

LAWRENCE

BLOCK

EL LADRÓN  
QUE PINTABA  
COMO  
MONDRIAN

Lectulandia

Desaparece un cuadro valorado en un cuarto de millón de dólares. Esta vez, aunque no por falta de voluntad, el ladrón no ha sido Bernie Rhodenbarr, culto librero de día y refinado ladrón por la noche. En relación con el hecho se han producido además dos asesinatos, y una mente sagaz se ha propuesto cargar los muertos y el robo al bueno de Bernie. Pero en cuestión de astucia Bernie no tiene rival, y menos cuando se trata de salvar el pellejo.

Lectulandia

Lawrence Block

# El ladrón que pintaba como Mondrian

Bernie Rhodenbarr - 5

ePub r1.1

Ledo 28.07.14

Título original: *The burglar who painted like Mondrian*

Lawrence Block, 1983

Traducción: Daniel Aguirre

Editor digital: Ledo

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Lynne Wood.*

*Deseo dar las gracias especialmente  
a Michael Trossman,  
que me enseñó a preparar el lienzo,  
y a Laurence Anne Coe,  
que me ayudó a colocar el marco*

# 1

Era un día tranquilo en Barnegat Books, aunque en realidad todos lo son. Al fin y al cabo los librereros de viejo no sueñan con jubilarse para llevar una vida tranquila y sencilla. Ya la llevan.

Aquel día en concreto tuvo dos momentos de interés, y quiso la suerte que se dieran simultáneamente. Una mujer me leyó un poema y un hombre intentó venderme un libro. El poema era «Smith, del Tercero de Oregón, muere», de Mary Carolyn Davies, y la mujer que lo leyó era una criatura delgada con buen color en la cara, grandes ojos marrones de largas pestañas y una manera de ladear la cabeza que debía de haber aprendido de un pajarito. Sus manos (pequeñas y bien torneadas, sin anillos en los dedos y sin esmalte en las uñas) sostenían un ejemplar del primer libro de la señorita Davies, *Tambores en nuestra calle*, que la editorial MacMillan había considerado adecuado editar en 1918. Lo que me leyó fue:

*Otoño en Oregón: nunca volveré a ver  
esas colinas, un borrón de azul y lluvia  
sobre el viejo Willamette. No ahuyentaré  
a los faisanes mientras camino y oigo zumbiar  
sobre mi cabeza, una cosa indolente y confiada...*

Yo también soy una cosa bastante indolente y confiada, pero aun así lancé una mirada poco cordial a la sección de filosofía y religión, donde se había detenido el último visitante que había entrado en la librería. Era un tipo grandullón de unos treinta años que llevaba unas botas bajas Frye, unos Levi's con botones en la bragueta y una chaqueta marrón de pana con el bordón ancho sobre una camisa de franela de un tono marrón más oscuro. Gafas de concha, coderas de cuero en la chaqueta, una barba que había sido pulcramente recortada y una abundante mata de pelo castaño y lacio que antes no lo había sido.

*Cuando todo este estúpido sueño se acabe aquí,  
los compañeros se irán a casa, donde caen  
pétalos de rosa en cada calle,  
y todo el año es como una acogedora fiesta...*

Algo me decía que no debía quitarle ojo de encima. Quizá fuera cierto aire que tenía, que le hacía a uno pensar que en cualquier momento podía echar a andar con los hombros caídos en dirección a Belén. Quizá fuese su cartera. En Brentano y

Strand tienes que dejar los bolsos y maletines en la entrada; sin embargo a mis clientes se les permite entrar con ellos y a veces sus bolsas son más pesadas cuando se van que cuando llegan. El negocio de los libros de segunda mano es precario en el mejor de los casos, y resulta muy desagradable ver que el género desaparece por la puerta de ese modo.

*Pero nunca veré esos setos perder el color  
a gotas, ni veré el palo alto de un barco  
en nuestro viejo puerto. Dicen que estoy muriéndome,  
quizá esta sea la razón por la que todo vuelve:  
el otoño en Oregón y los faisanes volando.*

La mujer dejó escapar un leve suspiro de admiración y cerró el librito de golpe. Luego me lo entregó y me preguntó cuánto valía. Consulté el precio que había escrito a lápiz en la guarda y la tabla de impuestos que tengo pegada en el mostrador. Debido a la última subida, el impuesto sobre las ventas se había puesto en un 8 ¼ por ciento. Hay gente que puede hacer ese tipo de operación mentalmente, pero es probable que no sea capaz de abrir una cerradura con una ganzúa. Dios nos da a todos talentos diferentes, y cada cual hace con ellos lo que puede.

—Doce dólares —le informé—, más noventa y nueve centavos del impuesto.

La mujer puso sobre el mostrador un billete de diez dólares y tres de uno, y yo metí su libro en una bolsa de papel, la cerré con un poco de cinta adhesiva y le di a ella un penique. Cuando cogió la moneda, nuestras manos se rozaron por un momento, y el contacto provocó una pequeña descarga eléctrica. Nada abrumador, nada que a uno pudiera dejarle patitieso, pero se notó, y ella ladeó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron por un instante. El autor de una novela romántica estilo Regencia habría indicado que entre nosotros había habido un mudo entendimiento, pero eso es una tontería. Todo lo que había habido entre nosotros fue un penique.

Mi otro cliente estaba examinando un libro en cuarto encuadernado con bucarán de Matthew Gilligan, S. J. Se titulaba *El catogramático contra el sincogramático*. ¿O era al revés? Tenía el libro desde que el anciano señor Litzauer me había vendido la tienda, y si yo no hubiera quitado el polvo a las estanterías, jamás lo habría cogido nadie. Si aquel tipo iba a robar algo, lo mejor que podía hacer era llevarse aquel libro, pensé.

Pero el hombre dejó al padre Gilligan en su estante en el preciso momento en que Mary Carolyn Davies salía de la tienda con mi modosa amante de la poesía. La seguí con la mirada hasta que cruzó el umbral de la puerta (llevaba un traje y una boina a juego; era de un tono ciruela o arándano, o como lo llamen esta temporada, pero el caso es que le sentaba muy bien), y a él lo seguí con la mirada hasta que se acercó al

mostrador y apoyó una mano sobre él.

La expresión de su cara, en la medida en que la barba permitía vérsela, era de cautela. Me preguntó si compraba libros, y su voz sonó cascada, como si no tuviera muchas oportunidades de utilizarla.

Contesté que sí los compraba, si consideraba que eran libros que podía vender. Apoyó la cartera sobre el mostrador, y la abrió para dejar a la vista un volumen de gran tamaño, que cogió y me mostró. Se titulaba *Lepidópteros*, François Duchardin era su autor y versaba sobre las mariposas del Viejo Mundo, que se estudiaban de modo exhaustivo en su texto en francés e ilustraban espectacularmente en sus láminas en color.

—Le falta el frontispicio —me dijo mientras hojeaba el libro—. Las otras cuarenta y tres láminas están intactas.

Asentí y mis ojos se posaron en una página de mariposas de cola horquillada o de golondrina. De pequeño solía perseguirlas con una red de fabricación casera, las mataba con un tarro para envasar al vacío y luego les extendía las alas y las prendía en cajas de puros con alfileres. Debía de tener algún motivo para comportarme de aquel modo, pero no alcanzo a imaginarme cuál.

—Los vendedores de láminas suelen arrancarlas —añadió—, pero este volumen es tan atractivo y está en tan buen estado que he pensado que debía ofrecérselo a un librero especializado en libros antiguos.

Volví a hacer un gesto de asentimiento, mirando esta vez las mariposas nocturnas. Una era una cecropia. Esta y la luna son las únicas mariposas nocturnas cuyos nombres me sé. Antes me sabía otros.

Cerré el libro y le pregunté cuánto quería por él.

—Cien dólares —respondió—. Es menos de dos dólares la lámina. Un vendedor de láminas cobraría cinco o diez dólares por cada una, y un decorador se los pagaría sin vacilar.

—Es posible —dije. Pasé un dedo por el extremo superior del lomo, donde un rectángulo encerraba unas palabras estampadas: «Biblioteca Pública de Nueva York». Abrí de nuevo el libro en busca del sello de Retirado. Las bibliotecas se desprenden de libros, de la misma manera que los museos se deshacen de cuadros, aunque el *Lepidópteros* de Duchardin no parecía realmente un candidato para recibir semejante trato.

—Los recargos por los retrasos en la devolución de un libro pueden llegar acumularse —dije comprensivamente—, pero hay días de amnistía en los que uno puede devolver sin pagar la sanción los libros cuyo plazo de entrega ha vencido. Parece injusto para los que pagamos nuestras multas sin protestar, pero supongo que de esa manera se consigue que los libros vuelvan a la circulación, y eso es lo que importa, ¿no? —Cerré de nuevo el libro y lo metí en la cartera, que seguía abierta—.

No compro libros de biblioteca —dije.

—Lo comprará otra persona.

—No lo dudo.

—Conozco a un vendedor que tiene su propio sello de «retirado».

—Y yo conozco un carpintero que mete tornillos con un martillo —dije—. Hay trucos para todos los oficios.

—Este libro ni siquiera ha estado en circulación. Estaba guardado en una vitrina cerrada de la sección de libros de consulta. Sólo se podía pedir prestado mediante una instancia especial, pero a causa de su valor encontraron la manera de evitar que la gente tuviera acceso a él. En teoría la biblioteca debe servir al público, pero se piensan que son un museo y mantienen los libros fuera del alcance de la gente.

—Parece que no ha funcionado.

—¿Por qué lo dice?

—No han conseguido mantener este fuera de su alcance.

De pronto sonrió, mostrando unos dientes limpios aunque mal alineados.

—Puedo sacar cualquier cosa de ahí —dijo—. Cualquier cosa.

—¿En serio?

—Diga un libro y lo birlo. Se lo aseguro: podría traerle uno de esos leones de piedra de la biblioteca si pagara razonablemente.

—En este momento estamos un tanto apretados aquí.

Dio un golpecito al *Lepidópteros*.

—¿Seguro que no le interesa? Podría rebajar un poco el precio.

—No vendo muchos libros de historia natural. Pero no se trata de eso. En serio, no compro libros de biblioteca.

—Es una lástima. Es la única clase de libros que vendo.

—Es usted un especialista.

Hizo un gesto de asentimiento.

—Nunca le quitaría nada a un vendedor, a un hombre de negocios independiente que tiene que hacer un esfuerzo por llegar a fin de mes. Y nunca le robaría a un coleccionista. Pero a las bibliotecas... —Irguió los hombros y un músculo vibró en su pecho—. Fui estudiante de posgrado durante mucho tiempo —añadió—. Cuando no estaba dormido estaba en una biblioteca. Bibliotecas públicas y universitarias. Pasé diez meses en Londres y jamás salí del Museo Británico. Tengo una relación especial con las bibliotecas. Una relación de amor y odio, cabría llamarla.

—Comprendo.

Cerró su cartera y echó los cierres.

—En la biblioteca del Museo Británico tienen dos biblias de Gutenberg. Si alguna vez se entera de que una de ellas ha desaparecido, sabrá quién se la ha llevado.

—Bueno —dije—, haga lo que haga, no la traiga aquí.

Un par de horas después estaba bebiendo un agua Perrier en el Bum Rap y contándoselo todo a Carolyn Kaiser.

—Lo único que me venía a la cabeza —dije— era que parecía un trabajo para Hal Johnson.

—¿Quién?

—Hal Johnson. Un expolicía contratado por la biblioteca para localizar libros no devueltos.

—¿Tienen un expolicía para eso?

—No en la vida real —le expliqué—. Hal Johnson es un personaje de una serie de cuentos de James Holding. Se pone a seguir la pista de un libro no devuelto y acaba investigando un delito más serio.

—Que se supone resolverá.

—Pues claro. No es ningún idiota. ¿Sabes qué? Ese libro me ha traído recuerdos. Yo coleccionaba mariposas de pequeño.

—Ya me lo dijiste una vez.

—A veces encontrábamos capullos. He visto la ilustración de una cecropia y me lo ha recordado. Había sauces cerca de la escuela a la que iba y las cecropias solían sujetar sus capullos en las ramas. Nosotros encontrábamos los capullos, los metíamos en tarros e intentábamos que las mariposas salieran.

—¿Y qué sucedía?

—Nada. Creo que nunca llegó a salir nada de mis capullos. No todas las orugas llegan a mariposa.

—Ni todas las ranas llegan a príncipe.

—¿Verdad que no?

Carolyn acabó su martini y llamó a la camarera para que le sirviera otro. Yo tenía todavía bastante Perrier. Estábamos en el Bum Rup, un barucho destartado pero cómodo situado en la esquina de la calle 11 Este con Broadway, es decir, a sólo media manzana de Barnegat Books y La Casa del Caniche, donde Carolyn se gana la vida lavando y cepillando perros. Aunque su negocio apenas le proporciona a uno nada que le sirva para halagarle el ego, socialmente resulta más útil que el robo de bibliotecas.

—Perrier... —dijo Carolyn.

—Me gusta la Perrier.

—Pero si no es más que agua de diseño, Bernie. Nada más.

—Si tú lo dices.

—¿Tienes una noche ocupada?

—Voy a salir a correr —respondí—, y luego es posible que vaya a dar una vuelta por ahí.

Carolyn empezó a decir algo, pero se calló cuando la camarera se acercó con su martini. Esta era una rubia con las raíces oscuras y llevaba un vaquero ajustado y una blusa rosa chillón. Carolyn la siguió con la mirada hasta la barra.

—No está mal —comentó.

—Creí que estabas enamorada.

—¿Con la camarera?

—Con la que hace planes fiscales.

—Ah, Alison...

—La última vez que me hablaste de ella —dije—, estabais haciendo juntas un plan fiscal.

—Yo estoy planeando ataques y ella está planeando una defensa. Anoche salí con ella. Fuimos al Jan Wallman, en Cornelia Street, y cenamos una especie de pescado con una especie de salsa encima.

—Debió de ser una cena memorable.

—Bueno, tengo una memoria espantosa para los detalles. Bebimos demasiado vino blanco y escuchamos a Stephen Pender cantar una balada romántica tras otra, tras lo cual volvimos a mi piso y nos pusimos cómodas con un poco de Drambuie y un programa de la WNCN. Me dijo que le gustaba mi Chagall y acarició mis gatos. Mejor dicho, uno de ellos. *Archie* se sentó en su regazo y ronroneó. *A Ubi* no le apetecía.

—¿Por qué no salió bien?

—Bueno... es que es una lesbiana política y económica.

—¿Y eso qué es?

—Cree que, debido a su compromiso con el feminismo, es esencial desde el punto de vista político evitar las relaciones sexuales con los hombres. Por otra parte, las relaciones que mantiene en su vida profesional son exclusivamente con mujeres, pero todavía no duerme con mujeres porque no está físicamente preparada para ello.

—Entonces ¿qué opción le queda? ¿Los pollos?

—No lo sé, pero la opción que me queda a mí es subirme por las paredes. No dejé de ofrecerle alcohol y de hacerle insinuaciones, pero no obtuve absolutamente nada.

—Menos mal que no sale con hombres. Probablemente tratarían de explotarla sexualmente.

—Y que lo digas. Los hombres son un asco en ese sentido. Su matrimonio salió mal y por culpa de ello los hombres la sacan de quicio. Por si fuera poco, tiene que llevar el apellido de su marido porque se ha creado su reputación profesional con él, y también porque es un apellido fácil: Warren. Su apellido de soltera es armenio, lo cual le sería muy útil si se dedicara a vender alfombras y no a hacer planes fiscales. No es que planee impuestos exactamente, ya que es el Congreso quien se dedica a eso. Supongo que ella hace planes para evitar pagarlos.

—Yo también lo hago.

—Y yo. Si no fuera tan atractiva, pasaría de ella y lo mandaría todo a freír espárragos, pero creo que voy a intentarlo de nuevo. Después sí mandaré todo a freír espárragos.

—¿Vas a verla esta noche?

Hizo un gesto de negación.

—Esta noche me voy de bares. Un par de copas, un par de risas y quizá ligue. No sería la primera vez que ocurre.

—Ten cuidado.

Me miró fijamente y dijo:

—Ten cuidado tú.

Un par de trenes de metro me llevaron rápidamente a casa. Me puse un pantalón corto de nailon y unas zapatillas de deporte y bajé a Riverside Park con idea de echar una carrerita de media hora. Estábamos a mediados de septiembre; faltaba poco más de un mes para el maratón de Nueva York y el parque estaba atestado de corredores. Algunos eran de mi cuerda, gente despreocupada que, sin ninguna prisa, se hacía cinco o seis kilómetros tres o cuatro veces a la semana. Los demás, que eran los que entrenaban para el maratón, recorrían ochenta, noventa o cien kilómetros a la semana y se tomaban el asunto muy en serio.

Este era el caso de Wally Hemphill, aunque él estaba siguiendo un programa de carreras largas y cortas, y como el plan para aquella noche era seis kilómetros, acabamos haciéndonos compañía. Wallace Riley Hemphill era un abogado divorciado recientemente. Tenía poco más de treinta años y no parecía lo bastante mayor como para haber estado casado. Había pasado la infancia en algún lugar del este de Long Island y ahora vivía en Columbus Avenue, salía con modelos y actrices y («¡Uf, uf, uf...!») entrenaba para el maratón. Tenía un bufete entre la calle 30 y la 40 Oeste en el que trabajaba él solo, y mientras corríamos me habló de una mujer que le había pedido que la representara en una demanda de divorcio.

—Acepto, preparo los papeles —me contó— y resulta que la muy puta no está casada. Ni siquiera está viviendo o saliendo con alguien. Pero tiene antecedentes. De tanto en tanto algo se dispara en su interior y busca un abogado para entablar una demanda de divorcio.

Le hablé de mi ladrón de libros especializado en bibliotecas. Se quedó consternado.

—¿Que roba en las bibliotecas? ¿Me estás diciendo que hay gente capaz de hacer algo así?

—Hay gente que roba de todo —dije—. En cualquier parte.

—Hay que ver en qué mundo vivimos... —comentó.

Terminé de correr, hice unos estiramientos y fui andando hasta el edificio donde vivo, en la esquina de la Setenta y uno con West End. Me desnudé, me duché e hice unos cuantos estiramientos más. A continuación me tendí en la cama y cerré los ojos durante un rato.

Luego me levanté, busqué dos números de teléfono en el listín y los marqué por turnos. Nadie respondió a mi primera llamada. A la segunda respondieron cuando el teléfono había sonado dos o tres veces. Charlé un poco con la persona que había respondido y luego volví a marcar el primer número y dejé que el teléfono sonara una docena de veces. Una docena de veces equivale a un minuto, pero cuando estás llamando parece más, y cuando es otra persona la que está llamando y tú no respondes, parece una hora y media.

Por el momento todo iba bien.

Tenía que decidir entre el traje marrón y el traje azul, y acabé eligiendo el azul. Casi siempre lo hago, y a este paso el marrón seguirá estando en buen estado cuando sus solapas se pongan otra vez de moda. Llevaba una camisa de algodón con botones para el cuello, y escogí una corbata a rayas que probablemente a un inglés le habría hecho pensar que me habían expulsado de un buen regimiento. Para un americano no habría sido más que una muestra de sinceridad e integridad fiscal. Me hice el nudo bien a la primera y decidí considerarlo un buen augurio.

Calcetines azul marino y mocasines negros de cuero escocés, no tan confortables como las zapatillas de deporte pero bastante más convencionales. Bastante cómodos además, una vez me hube puesto mis complementos ortopédicos a medida. Cogí mi cartera, que era más delgada y elegante que la de mi ladrón de libros, estaba forrada con ultraante de color beige y tenía unos remates de latón bruñidos que lanzaban destellos. Llené sus diversos compartimientos con las herramientas de mi oficio: un par de guantes de goma con las palmas recortadas, una anilla de ingeniosos instrumentos de acero, un rollo de cinta adhesiva, una linterna de bolsillo, un cortacristales, una tira plana de celuloide y otra de acero flexible, y un par de chismes más. Si me detuvieran y registraran legalmente, el contenido de aquella cartera me valdría una invitación del gobernador a pasar unas vacaciones a la sombra.

Aquella idea hizo que se me encogiera el estómago, y me alegré de haberme saltado la cena. Sin embargo, en el mismo momento en que retrocedía ante la imagen de unos muros de piedra y unos barrotes de hierro, noté un cosquilleo familiar en la yema de los dedos y un cierto aceleramiento de la sangre. Dios santo, permíteme superar estas reacciones infantiles, pero, eh... todavía no, por favor.

Metí también un bloc en la cartera y equipé el bolsillo de pecho interior de mi chaqueta con un par de bolígrafos y lápices y una delgada libreta forrada de cuero. El bolsillo exterior ya contenía un pañuelo, el cual saqué, volví a doblar y coloqué de nuevo en su sitio.

Un teléfono sonó cuando ya había salido al vestíbulo y me dirigía al ascensor. Podía ser el mío. Dejé que sonara. Una vez abajo, el portero me miró con expresión de respeto a su pesar. Un taxi se detuvo en el preciso momento en que levantaba la mano para llamarlo.

Di al calvo taxista una dirección de la Quinta Avenida entre la Setenta y seis y la Setenta y siete. Tomó el tramo transversal de la Sesenta y cinco, que cruza Central Park, y mientras hablábamos de béisbol y de terroristas árabes vi cómo otros corredores recorrían kilómetros a toda velocidad. Ellos se divertían mientras yo me dirigía al trabajo: qué frívolo me parecía ahora su pasatiempo.

Le dije al taxista que se detuviese a media manzana de mi destino, le di una propina, salí y eché a andar. Crucé la Quinta Avenida y me confundí con la gente que había en la parada de autobús para mirar con detenimiento la Fortaleza Inexpugnable.

Porque eso era. Un edificio de viviendas enorme y de aspecto imponente construido en la época de entreguerras y que se alzaba veintidós pisos por encima del parque. El Carlomagno, lo había bautizado su constructor, y sus pisos aparecían de vez en cuando en la sección de ventas inmobiliarias del *Times* del domingo. Unos años atrás había pasado a ser propiedad de una cooperativa, y ahora, cuando sus pisos cambiaban de manos, lo hacían por cifras de cinco ceros. Cifras de cinco ceros *elevadas*.

De tanto en tanto leía u oía hablar de alguien, de un coleccionista de monedas, pongamos, y archivaba su nombre por si pudiera serme útil en el futuro. Luego me enteraba de que dicha persona vivía en el Carlomagno y le borraba de mi archivo, porque esto equivalía a enterarse de que guardaba sus objetos de valor en la cámara acorazada de un banco. El Carlomagno tenía un portero y un conserje, así como ascensores con ascensoristas y televisores de circuito cerrado. Otros artilugios de circuito cerrado vigilaban la entrada de servicio, las escaleras de incendio y Dios sabe qué más, y el conserje tenía una consola en su mesa en la que podía ver y veía seis o siete pantallas a la vez. En cuestiones de seguridad, el Carlomagno constituía un verdadero objeto de admiración para muchas personas, y si bien podía comprender sin ningún problema semejante actitud, supongo que nadie se sorprenderá si digo que no estaba de acuerdo con ella. Un autobús vino y se fue, llevándose a la mayoría de mis compañeros. El semáforo se puso verde. Cogí mi cartera llena de herramientas de ladrón y crucé la calle.

Al lado del portero del Carlomagno, el de mi casa parecía el encargado de un espectáculo porno de Times Square. El del Carlomagno tenía más galones de oro que un almirante ecuatoriano y por lo menos la misma seguridad en sí mismo. Me examinó de pies a cabeza y se quedó tan tranquilo. No le había impresionado.

—Bernard Rhodenbarr —le dije—. El señor Onderdonk me espera.

Por supuesto no se fio de mi palabra. Me mandó al conserje y se quedó a mi lado por si le causaba algún problema a este caballero. El conserje llamó a Onderdonk por el interfono, confirmó que estaba esperándome y me mandó al ascensorista, que me condujo cincuenta metros más cerca del cielo. En el ascensor había una cámara. Procuré no mirarla y no aparentar que estaba evitando hacerlo; tuve la sensación de que mostraba la misma desenvoltura que una muchacha en su primera noche de camarera *top-less*. El ascensor era de lo más lujoso: decorado con paneles de palisandro y apliques de latón bruñido y suelo de moqueta burdeos. Familias enteras vivían en lugares menos cómodos que aquel ascensor, y aun así me alegré de salir de él.

Esto sucedió cuando llegamos a la decimosexta planta, donde el ascensorista me indicó una puerta y aguardó a que se abriera y me dejaran pasar. Se abrió sólo un par de centímetros, hasta que la cadenilla la detuvo, pero bastó para que Onderdonk me echara un vistazo y sonriera en señal de reconocimiento.

—Ah, señor Rhodenbarr —exclamó mientras manipulaba la cerradura—. Me alegro de que haya venido. —Y añadió—: Gracias, Eduardo. —Fue entonces cuando la puerta del ascensor se cerró y la caja descendió.

—Estoy torpe esta noche —dijo Onderdonk—. Ya está. —Soltó la cadenilla y abrió la puerta—. Pase, señor Rhodenbarr. Por aquí, por aquí. ¿Aún hace un tiempo tan agradable? Dígame qué quiere tomar. También tengo una cafetera preparada, si prefiere café.

—Sí, por favor.

—¿Leche y azúcar?

—Solo y sin azúcar.

—Encomiable.

Habría cumplido ya los sesenta años y tenía la tez curtida y el pelo gris acero con la raya cuidadosamente peinada hacia un lado. Era más bien bajo y de constitución frágil, algo que quizá intentaba compensar con su porte de militar, aunque también era posible que hubiese estado realmente en el ejército. No sé por qué, pero se me hacía difícil pensar que hubiera sido alguna vez portero o almirante ecuatoriano.

Tomamos el café en el salón, en una mesa con superficie de mármol. La alfombra era una Aubusson y los muebles en su mayoría estilo Luis xv. Los diversos cuadros que tenía, todos ellos abstractos del siglo xx con sencillos marcos de aluminio, hacían un llamativo contraste con los muebles de época. Uno de ellos, que mostraba formas ameboides azules y beige sobre un fondo crema, parecía obra de Hans Arp, mientras que el lienzo colgado sobre la chimenea estilo Adam era sin duda un Mondrian. No tengo muy buen ojo para los cuadros, y no siempre puedo distinguir entre Rembrandt

y Hals o entre Picasso y Braque, pero Mondrian es Mondrian. Una cuadrícula negra, un fondo blanco, un par de cuadrados de colores primarios... aquel hombre tenía estilo, sin duda.

A ambos lados de la chimenea unas librerías cubrían las paredes del techo al suelo. Ellas eran la razón de mi presencia. Un par de días antes Gordon Kyle Onderdonk había entrado en Barnegat Books con la misma naturalidad que alguien que quisiera comprar *Tambores en nuestra calle* o vender *Lepidópteros*. Había estado hojeando libros durante un rato, había hecho dos o tres preguntas razonables, había comprado una novela de Louis Auchincloss y cuando ya se dirigía hacia la puerta se había detenido para preguntarme si tasaba bibliotecas.

—No estoy interesado en vender mis libros —dijo—. Al menos eso creo, aunque estoy considerando la posibilidad de trasladarme a la costa Oeste y supongo que si me fuera me desharía de ellos antes que enviarlos. Pero tengo cosas que he acumulado con el paso de los años, y quizá debería tener una póliza general para protegerlos en caso de incendio, y si alguna vez quiero venderlos, pues bien, he de saber si mi biblioteca vale unos cientos de dólares o unos miles, ¿no?

No he hecho muchas tasaciones, pero es un trabajo con el que disfruto. No se puede cobrar mucho por él, pero los ingresos por hora son mayores que los que obtengo por estar sentado tras el mostrador en la librería, y a veces la ocasión de tasar una biblioteca se convierte en una oportunidad para comprarla. «Bueno, vale mil dólares —puede decir un cliente—. ¿Cuánto me da por ella?». «No voy a pagar mil dólares, —puedo contestar yo—, así que dígame por cuánto está dispuesto a venderla...». Ah, el divertido juego del regateo.

Pasé la siguiente hora y media con mi bloc y mi bolígrafo, anotando cifras y sumándolas. Miré todos los libros que había en las estanterías de nogal que flanqueaban la chimenea y, en otra habitación, una especie de estudio, examiné el contenido de varias estanterías de caoba acristaladas.

La biblioteca tenía interés. Onderdonk no había coleccionado nada específico sino que simplemente había permitido que los libros fueran acumulándose en el transcurso de los años, deshaciéndose de los de poco valor de tanto en tanto. Había algunos volúmenes en cuero: un bonito Hawthorne, un Defoe, el inevitable Dickens... Tendría una docena de volúmenes de Limited Editions Club, que valen bastante, y varias docenas de ejemplares de Heritage Press, que se venden por sólo ocho o diez dólares pero es fácil desprenderse de ellos. Tenía algunas primeras ediciones de autores célebres: Evelyn Waugh, J. P. Marquand, John O'Hara, Wallace Stevens... Alguna cosa de Faulkner, algo de Hemingway, alguna obra de Sherwood Anderson de la primera época. Libros de historia bastante buenos, entre los que se encontraban la *Francia* de Guizot y los siete volúmenes de Ornan sobre la guerra de la Independencia. No tenía mucha ciencia. Ni tampoco *Lepidópteros*.

Se había gastado bastante dinero. Como muchas personas que no coleccionan, había prescindido de las sobrecubiertas de la mayoría de sus libros, quitándoles involuntariamente la mayor parte de su valor al hacerlo. Hay muchas primeras ediciones de libros modernos que valen, pongamos, cien dólares con la sobrecubierta y diez o quince sin ella. Onderdonk se quedó atónito al enterarse de esto. Como la mayoría de la gente.

Trajo más café mientras yo me dedicaba a sumar una columna de números. Bebí un trago de mi taza de café solo y seguí sumando cifras. La cantidad que me salió rebasaba los 5400 dólares. Se la leí.

—Creo que he sido prudente —añadí—. Lo he hecho aquí mismo, sin consultar ninguna referencia, y he tirado hacia abajo. Obtendrá una cantidad más ajustada si redondea y pone seis mil.

—¿Y qué representaría esa cantidad?

—El precio de venta. El valor normal de mercado.

—¿Y si usted deseara comprar los libros en su calidad de librero, suponiendo, claro está, que esta clase de material fuese algo que le interesara...?

—Me interesaría —reconocí—. Por esta clase de material abonaría un cincuenta por ciento.

—¿De modo que podría pagarme tres mil dólares?

Negué con la cabeza.

—Me basaría en la primera cantidad que le he dado —dije—. Le pagaría dos mil setecientos dólares. Aunque esto significa que yo correría con los gastos del transporte de los libros, por supuesto.

—Comprendo. —Bebió un poco de su café y cruzó sus delgadas piernas. Llevaba un pantalón de franela bien cortado y un batín de pata de gallo con botones de cuero. Los zapatos podían ser de piel de tiburón. Eran sin duda elegantes y hacían resaltar sus menudos pies.

—Ahora no me interesa vender —dijo—, pero si me traslado, lo cual es una posibilidad y no una probabilidad, tendré en cuenta su oferta, por supuesto.

—Los libros suben y bajan de valor. Dentro de unos meses o de un año el precio podría ser más elevado o más bajo.

—Lo comprendo. Si decido deshacerme de los libros, la consideración primordial será la conveniencia, no el precio. Sospecho que me resultará más sencillo aceptar su oferta que buscar un precio mejor en otra parte.

Miré por encima de su hombro al Mondrian y me pregunté cuánto valdría. Diez, veinte o treinta veces el valor de mercado de su biblioteca, poco más o menos. Y su piso costaba tres o cuatro veces lo que costaba el Mondrian, de manera que mil dólares de más o de menos por unos libros viejos probablemente no tendrían mucha importancia para él.

—Permítame darle las gracias —dijo, poniéndose en pie—. Ya me ha dicho cuánto eran sus honorarios. Doscientos dólares, ¿verdad?

—Eso es.

Sacó su cartera y de pronto vaciló.

—Espero que no le resulte inconveniente que le pague en efectivo.

—Eso nunca me resulta inconveniente.

Hay gente a la que no le gusta llevar encima dinero en efectivo. Puedo entenderlo. Vivimos en una época peligrosa. Contó cuatro billetes de cincuenta y me los dio. Yo saqué mi cartera y los coloqué en su interior.

—¿Le importa si llamo por teléfono?

—En absoluto —dijo, y me indicó que fuera al estudio. Marqué el número que había marcado con anterioridad y una vez más dejé que sonara doce veces. Sin embargo, cuando dio la cuarta señal aproximadamente, dije unas palabras al micrófono como si alguien hubiera respondido. No sé si Onderdonk podía oír mi voz, pero si vas a hacer algo más vale que lo hagas correctamente, y ¿qué sentido tiene llamar la atención sobre ti mismo sosteniendo junto al oído un auricular durante un lapso de tiempo extraordinariamente largo si nadie ha contestado a tu llamada?

Absorto en mi actuación, supongo que dejé que el teléfono sonara más de una docena de veces, pero ¿qué más daba? No respondió nadie, colgué y regresé al salón.

—Bueno, le agradezco que me haya llamado —le dije a Onderdonk al tiempo que metía el bloc en la cartera—. Si decide añadir una póliza general a su seguro y le piden la tasación, puedo dársela por escrito. Y puedo bajar o subir la cantidad para ese fin, como usted prefiera.

—Lo tendré en cuenta.

—Y si decide deshacerse de los libros, hágamelo saber.

—Descuide.

Me condujo hasta la puerta, me la abrió y salió conmigo al vestíbulo. El indicador mostraba que el ascensor se encontraba en la planta baja. Acerqué el dedo al botón, pero evité pulsarlo...

—No quiero entretenerle —le dije a Onderdonk.

—No es ninguna molestia —respondió—. Un momento... ¿no es ese mi teléfono? Creo que sí. Tengo que despedirme, señor Rhodenbarr.

Nos estrechamos la mano y él entró apresuradamente en su piso. La puerta se cerró. Conté hasta diez, crucé a toda velocidad el vestíbulo, abrí la puerta de incendios y bajé precipitadamente cuatro pisos por las escaleras.

### 3

En el rellano del undécimo piso me detuve lo suficiente para recuperar el aliento. Esto no me costó mucho, gracias tal vez a todas esas carreras de media hora que me echaba en Riverside Park. Si hubiera sabido que correr iba a ser tan ventajoso para mi carrera profesional, quizá hubiera empezado a hacerlo años antes.

(¿Cómo es posible que cuatro escaleras me llevaran del decimosexto piso al undécimo? No había decimotercero. Pero esto ya lo sabías, ¿verdad? Pues claro que sí).

La puerta de incendios estaba cerrada por la parte de las escaleras. Otra medida de seguridad. Los inquilinos (y cualquier otra persona) podían bajar y salir del edificio en caso de incendio o avería de ascensor, pero sólo podían salir de las escaleras desde el vestíbulo de entrada al edificio. No podían salir desde otro piso.

Bueno, todo eso estaba muy bien en teoría, pero una tira de acero flexible de una pulgada de ancho hizo su trabajo en un abrir y cerrar de ojos. Luego abrí la puerta lentamente y me aseguré de que no había moros en la costa (o al menos en el vestíbulo).

Atravesé el vestíbulo y me dirigí al 11 B. No se veía ninguna luz por debajo de la puerta, y cuando apreté el oído contra esta, no oí nada, ni siquiera el rugido de las olas al romper. No esperaba oír nada, ya que había llamado al 11 B y el teléfono había sonado doce o veinte veces. Pero robar casas es algo arriesgado incluso cuando uno no corre riesgos. Había un timbre, un botón plano nacarado instalado a la misma altura que la jamba. Lo pulsé y oí el timbrado en el interior. También había una aldaba, un modelo *art nouveau* en forma de cobra enroscada, pero no quería hacer ruido en el vestíbulo. En realidad no quería pasar un segundo más de lo necesario en aquel vestíbulo, por lo que, me incliné y puse manos a la obra.

En primer lugar estaba la alarma antirrobo. Seguramente pensarás que no era necesario tener una alarma en el Carlomagno, pero es probable que no tengas la casa llena de *objets d'art* y una colección de sellos semejante a la del rey Faruk. Si los ladrones no corren riesgos innecesarios, ¿por qué habrían de hacerlo sus víctimas?

Estaba claro que había una alarma antirrobo porque había un ojo de cerradura para ella, abierto en la puerta a la altura del hombro aproximadamente y provisto de un cilindro niquelado que mediría de diámetro las cinco octavas partes de una pulgada. Lo que el hombre ha cerrado, el hombre puede abrirlo. Eso es precisamente lo que hice. Tenía en la anilla una llavecita muy práctica de fabricación casera que entra en la mayoría de las cerraduras de esa clase y que, a poco que uno la lime y hurgue con ella, puede conseguir que las gachetas cedan y... Pero no te apetece que te cuente este rollo técnico, ¿verdad? Ya decía yo.

Giré la llave en la cerradura con la esperanza de que no tuviera que hacer nada

más. Los sistemas de alarma son mecanismos muy ingeniosos con una infinidad de dispositivos de seguridad incorporados. Algunos se disparan, por ejemplo, si cortas la corriente de la casa. Otros se inquietan si giras la llave de alguna manera que no sea la prescrita. Este parecía dócil, pero ¿y si era una de esas alarmas silenciosas que suenan desapaciblemente en la planta baja del edificio o en las oficinas de alguna compañía de seguridad?

Bueno, qué remedio. La otra cerradura, la que mantenía la puerta cerrada, era una Poulard. Según la publicidad del fabricante, nadie ha conseguido jamás forzar una cerradura Poulard y salirse con la suya. Podría ir a su despacho y rebatir esa afirmación, pero ¿qué conseguiría con ello? El mecanismo de la cerradura es bueno, concedámoslo, y la llave es un modelo muy elaborado que resulta imposible de duplicar. Sin embargo, yo suelo tener más dificultades con la típica Rabson. Una de dos: o conseguí abrir la Poulard o me estiré y estreché hasta el punto de poder deslizarme por el ojo de la cerradura, ya que en menos de tres minutos ya me encontraba dentro del piso.

Cerré la puerta y la iluminé con mi linterna de bolsillo. Si había cometido algún error grave con la alarma antirrobo y esta era de las que suenan en las oficinas de una compañía de seguridad, disponía de tiempo suficiente para irme antes de que llegaran. Así pues, examiné el cilindro para ver cómo estaba conectado y si algo tenía mal aspecto. Tras unos segundos frunciendo el ceño y rascándome la cabeza, solté una risilla.

Y es que no había ningún sistema de alarma. Lo único que había era un cilindro niquelado, unido a absolutamente nada, instalado en la puerta como un talismán. ¿Has visto esas pegatinas que tienen las ventanas de los coches para advertirte que el vehículo dispone de un sistema de alarma? La gente compra pegatinas por un dólar con la esperanza de que mantendrán a los ladrones a raya, y puede que así sea. ¿Has visto esos carteles que hay en algunas casas? «Cuidado con el perro», advierten, y luego resulta que no tienen perro. Un cartel es más barato que las vacunas para la rabia y la comida, y además no tienes que sacar a pasear al perro dos veces al día. ¿Qué sentido tiene instalar una alarma antirrobo que cuesta mil dólares cuando uno puede pagar dos dólares, poner un cilindro y estar igual de protegido? ¿Qué motivo hay para tener un sistema de seguridad que vas a olvidarte de conectar la mitad de las veces y de desconectar la otra mitad cuando la apariencia de una alarma es exactamente igual de eficaz?

Mi corazón se llenó de admiración hacia John Charles Appling. Iba ser un placer hacer negocios con él.

Estaba prácticamente seguro de que no se encontraba en casa. Había ido a Greenbrier, en White Sulphur Springs, una localidad de Virginia Occidental, a jugar a golf, tomar

el sol y asistir a una convención desgravable de los Amigos del Pavo Salvaje Americano, una panda de conservacionistas dedicados a mejorar las condiciones de la naturaleza con el objeto de crear un hábitat más favorable para las aves en cuestión, de suerte que aumente su número hasta el punto de que en otoño los Amigos puedan ir rápidamente al bosque con una escopeta y el reclamo para pavo en el remolque y matar al objeto de su afecto. Al fin y al cabo, ¿para qué están los amigos?

Cerré la puerta con llave, por si acaso, y saqué los guantes de goma de la cartera. Me los puse y dediqué unos segundos a limpiar las superficies que pudiera haber tocado mientras examinaba el cilindro de alarma falso. Todavía me quedaba la parte exterior de la puerta, pero ya me ocuparía de borrar esas huellas cuando saliera. Luego dediqué unos segundos más a apoyarme contra la puerta, dejar que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad y, reconozcámoslo, disfrutar de la sensación.

Y es que menuda sensación era. En una ocasión leí que una mujer pasaba todos los momentos libres que tenía en Coney Island, montándose en la montaña rusa una y otra vez. Evidentemente sentía el mismo estremecimiento con aquel curioso pasatiempo que yo cada vez que entro en la residencia de otra persona. Esa sensación como de batería cargada, de fuego en la sangre, la impresión de tener todas y cada una de las células vivas... La he tenido desde la primera vez que entré en la casa de un vecino, cuando apenas era un adolescente, y todos los años que han pasado desde entonces, todos los delitos y todos los castigos no la han enfriado o disminuido lo más mínimo. Es el mismo estremecimiento de siempre.

No estoy fanfarroneando. Al igual que un trabajador, me enorgullezco de la habilidad que tengo, pero no de las fuerzas que me impulsan a servirme de ella como lo hago. Que Dios me ayude, pero soy un ladrón nato, el ansia de robar surge en lo más profundo de mi ser. ¿Cómo van a rehabilitarme? ¿Puedes enseñar a un pez a dejar de nadar? ¿Puedes hacer que un pájaro renuncie a volar?

Para cuando me hube acostumbrado a la oscuridad, la emoción del allanamiento de morada había disminuido hasta convertirse en una sensación de bienestar profunda pero no tan intensa. Linterna en mano, di una rápida vuelta por el piso. Incluso si Appling y su esposa estaban aislados con el resto de los pavos, siempre existía el riesgo de que en una de sus habitaciones se encontrara algún familiar, amigo o sirviente durmiendo tranquilamente, encogiéndose de terror o haciendo una discreta llamada a la comisaría del distrito. Entré y salí rápidamente de todas las habitaciones y no encontré nada vivo excepto las plantas de interior. Luego regresé al salón y encendí una lámpara.

Tenía mucho donde elegir. La aldaba en forma de cobra era la primera pero ni mucho menos la última pieza de *art nouveau* que hallé, y el salón estaba adornado con suficientes lámparas de Tiffany para causar un corte de electricidad. Lámparas grandes, pequeñas, de mesa, de pie... Era imposible que una persona deseara tener

tanta luz. Pero la manía coleccionista es por definición irracional y excesiva. Appling tenía miles y miles de sellos de correos, y ¿cuántas cartas crees que mandaba?

Las lámparas de Tiffany valen una fortuna hoy en día. Reconocí algunas, como la Libélula y la Glicinia. Uno puede comprarse una bonita casa en las afueras con lo que podrían llegar a pagar por un par de ellas en Parke-Bernet. También puedes ganarte una temporada en la prisión de Dannemora si intentas salir del Carlomagno cargado de lámparas de cristal emplomado. Di una vuelta para verlas de cerca (aquel lugar era prácticamente un museo), pero las dejé, tanto a ellas como a las demás baratijas y gámbainas, tal como las había encontrado.

Los Appling tenían al parecer dormitorios separados. Encontré joyas en el de ella, en un magnífico joyero de carey que había en el cajón superior de su tocador. La caja estaba cerrada con llave y la llave estaba allí mismo, a su lado, en el cajón. Hay gente que es la monda. Abrí el joyero con su llavecita; habría podido abrirla casi con la misma rapidez sin ella... pero ¿qué sentido tiene alardear si no hay nadie cerca para ponerse a lanzar exclamaciones de admiración? Iba a dejar las joyas en su sitio, pese a que eran realmente preciosas, pero vi un par de pendientes de rubí que me pareció irresistible y me lo metí en el bolsillo. ¿Echaría de menos la señora Appling un par de pendientes en un joyero repleto de joyas? Y, si así era, ¿no pensaría que lo había extraviado? Al fin y al cabo, ¿qué clase de ladrón se llevaría un par de pendientes y dejaría todo lo demás?

Uno cauteloso. Un ladrón de cuya presencia en el Carlomagno aquella noche iba a quedar constancia y que por tanto tenía que evitar robar cualquier cosa que fuera a brillar por su ausencia. Al final me llevé los pendientes de rubí (mi profesión no puede estar ciento por ciento exenta de riesgos al fin y al cabo); en cambio, el fajo de billetes de cincuenta y cien dólares que me encontré en el cajón de la cómoda de J. C. Appling lo dejé donde estaba.

Aunque me supuso un gran esfuerzo, lo reconozco. No era una fortuna, dos mil ochocientos dólares aproximadamente, pero el dinero es el dinero y, cuando es en efectivo, son palabras mayores. Cuando robas cosas, tienes que venderlas a un perista, pero cuando se trata de dinero en metálico, simplemente te lo quedas y lo gastas cuando te apetece. El problema era que Appling podía darse cuenta de que había desaparecido. En realidad podía ser lo primero que fuera a ver en cuanto regresara a casa, y si había desaparecido, sabría de inmediato que no lo había extraviado, que no se había marchado de allí espontáneamente.

Pensé en coger un par de billetes, imaginando que no los echaría de menos, pero ¿qué cantidad era prudente llevarse? Resulta más complicado hacer distinciones tan sutiles como esa que justificar la tenencia del dinero. Era más fácil dejar el dinero donde estaba.

En el estudio encontré el tesoro que buscaba.

Había una biblioteca, aunque nada comparada con la de Onderdonk. Algunos libros de consulta, un estante lleno de catálogos de sellos, unos cuantos libros sobre armas y una serie barata de reediciones de las novelas de Zane Grey. Material para la mesa de ofertas de Barnegat Books: uno por cuarenta centavos, tres por un dólar.

Una vitrina de la pared contenía dos escopetas y un rifle con las culatas primorosamente labradas y los cañones relucientes de amenaza. Supongo que eran para cazar pavos, pero en caso de necesidad valdrían para cazar ladrones, y a mí no me gustaba su aspecto.

Detrás del escritorio colgaba una lámina de Audubon de un pavo salvaje americano enmarcada en un marco envejecido. El pavo de verdad, disecado, colocado sobre un soporte y con solo cierto aire de desamparo, montaba guardia sobre la librería. Supongo que su amigo J. C. lo había cazado. En primer lugar habría tocado uno de esos extraños reclamos de madera que tenía allí expuestos y luego habría disparado la escopeta, de resultas de lo cual la criatura había alcanzado una especie de inmortalidad taxidérmica. Bueno, qué remedio. La gente que entra ilegalmente en casas ajenas no debería lanzar la primera piedra. O calumnias o lo que sea.

De todos modos, los pavos, las escopetas y los libros no hacían al caso. Sobre el fondo del gran escritorio y debajo del pavo de Audubon se alineaba una docena de volúmenes de color verde oscuro de treinta y pico centímetros de alto y cinco de ancho. Eran álbumes de sellos Scott Specialty, y eran justo lo que el ladrón había venido a buscar. Asia británica, África británica, Europa británica, Norteamérica británica y Oceanía británica; Francia y colonias francesas; Alemania, estados alemanes y colonias alemanas; Benelux; América Central y América de Sur; Escandinavia; y, en un álbum que no iba a juego con sus compañeros, Estados Unidos.

Fui de álbum en álbum. Los sellos de Appling no estaban sujetos a las hojas con fijasellos sino metidos en pequeñas fundas de plástico individuales concebidas para ese fin. (Pegar un sello nuevo es tan insensato desde el punto de vista económico como deshacerse de la sobrecubierta de un libro). Habría podido quitar las fundas de plástico, pero era más rápido, sencillo y discreto arrancar hojas enteras de las carpetas de anillas, y eso fue lo que hice.

Sé un poco de sellos. Hay mucho que no sé, pero puedo hojear un álbum y elegir bien en ese mismo momento qué conviene llevarse y qué no. En el álbum del Benelux, por ejemplo (es decir, el de Bélgica, Holanda y Luxemburgo, junto con las colonias holandesas y belgas), me limpié todas las emisiones de sellos de beneficencia (todas enteras, nuevas y fáciles de vender) y la mayoría de los buenos clásicos de siglo XIX. Dejé los artículos más especializados: paquetes postales, franqueos insuficientes y cosas por el estilo. En cuanto a los álbumes del Imperio británico, arramblé con las emisiones de la reina Victoria, Eduardo VII y Jorge V. No

me llevé muchas hojas de los álbumes latinoamericanos, ya que no conocía tan bien el material.

Para cuando terminé, mi cartera estaba repleta de hojas de álbum y los álbumes de los que habían salido, de nuevo ordenados sobre la superficie del escritorio sin que se notase la merma de su contenido. No creo que cogiera más de una hoja de cada veinte, pero eran las que merecía la pena llevarse. Estoy seguro de que se me pasó por alto alguna que otra rareza de valor incalculable y también de que mezclé lo malo con lo bueno, de la misma manera que lo hago en la vida misma, pero tengo la sensación de que, en conjunto, hice un trabajo de primera como aventador.

No tenía ni idea de lo que podía valer el lote. En una de las hojas de Estados Unidos se encontraba el correo aéreo de veinticuatro centavos al revés, un sello a dos colores con un avión que aparecía invertido, y aunque ahora no me acuerdo de la cantidad a la que se vendió en la última subasta, sé que era una cifra de cuatro ceros elevada. No obstante había que vendérselo a un perista, es decir, una persona que era consciente de que estaba comprando objetos robados y que por consiguiente esperaba una ganga. En comparación, el resto del material era en su mayoría bastante anónimo, y sacaría por él un porcentaje más alto de su precio normal en el mercado.

¿Cuánto tenía en mi cartera entonces? ¿Cien mil? Cabía la posibilidad. ¿Y cuánto podía sacarme en limpio por ello? ¿Treinta o treinta y cinco mil dólares?

Era una cantidad bastante aproximada. Pero no era más que una estimación, y podía equivocarme tanto por exceso como por defecto. En un plazo de veinticuatro horas sabría mucho más al respecto. Para entonces todos los sellos estarían separados de sus hojas y fuera de sus fundas, ordenados por grupos y metidos en pequeños sobres de papel glaseado, y yo habría consultado sus precios en el catálogo Scott del último año, que era el ejemplar más reciente que me había llegado a la librería. (Podía comprármelo nuevo, pero, no sé por qué, se me hacía cuesta arriba). Luego las hojas y las fundas de Appling irían a parar al incinerador junto con cualquier sello que tuviera marcas que permitieran identificarlo de forma precisa. Un día después, mi único vínculo con la colección de John Charles Appling sería una caja de sellos metidos en sobres de papel glaseado, todos completamente anónimos. Luego, en cierto momento, sin duda no más de una semana después, los sellos tendrían nuevos dueños y yo tendría dinero en su lugar.

Y podrían pasar meses hasta que Appling se enterara de que habían desaparecido. Era probable que detectara su ausencia la primera vez que cogiera un álbum y lo hojeara, pero esto no era en absoluto algo seguro. Me había llevado una quinta parte de las hojas, si no en valor, al menos en volumen, por lo que cabía la posibilidad de que él cogiera un álbum, lo abriera por una hoja cualquiera, añadiera un sello y no se diera cuenta de que faltaban otras hojas.

No tenía importancia realmente. No iba a darse cuenta en el mismo momento en

que llegara a casa, y cuando por fin se diese cuenta, no sabría cuándo se había cometido el robo. Podría haber ocurrido tanto antes como después de la excursión a Greenbrier. Su compañía de seguros le pagaría, o no, y saldría ganando, perdiendo o exactamente con la misma cantidad. Pero ¿a quién le importaba eso? A mí no. Un montón de trozos de papel coloreado habrían cambiado de dueño al igual que un montón de trozos de color verde, y nadie iba a dejar de comer a causa de mis actividades nocturnas.

Que conste que no estoy haciendo una defensa de la moralidad de mi comportamiento. Robar es moralmente censurable y soy consciente de ello. Pero no había robado los peniques de los ojos de un muerto, ni el pan de la boca de un niño, ni objetos con un gran valor sentimental. El problema es que me encantan los coleccionistas. Puedo desvalijar sus propiedades sin sentirme apenas culpable.

El Estado, en cambio, tiene un modo más severo de enfocar las cosas. No establece ninguna distinción entre birlarle los sellos a un filatelista y sisarle a una viuda el dinero del alquiler. Por buenas que sean las razones que se me ocurran para justificar mi ocupación, sigo teniendo que hacer todo lo posible para permanecer fuera de la cárcel.

Esto, en el caso que nos ocupa, significaba que tenía que largarme de allí a toda prisa. Apagué las luces (también había una lámpara de Tiffany en el estudio, quién lo iba a decir) y me dirigí a la puerta principal. Mi estómago soltó un rugido por el camino, y se me ocurrió mirar en el frigorífico y prepararme un sándwich, pensando que antes echarían de menos una fortuna en sellos raros que un poco de comida. Pero Sing Sing y Attica están repletas de tipos que se detuvieron a comer un sándwich; y además, si conseguía salir de allí podría comprarme un restaurante entero.

Miré por el ojo de la cerradura y no vi a nadie en el vestíbulo. Apoyé el oído contra la puerta y tampoco oí a nadie en el vestíbulo. Quité el cerrojo, abrí la puerta lentamente, no vi a nadie y salí. Volví a forzar la cerradura Poulard, cerrándola esta vez para no herirle los sentimientos al fabricante. En lugar de conectar de nuevo el falso cilindro de la alarma antirrobo, le guiñé el ojo y me puse en camino, deteniéndome únicamente para borrar las huellas que pudiera haber dejado en la parte exterior de la puerta. Luego, cartera en mano, fui a la puerta de incendios, la abrí, pasé por ella y, mientras se cerraba lentamente a mi espalda, solté todo el aire que había estado conteniendo.

Subí un piso, me detuve lo suficiente para quitarme los guantes de goma y metérmelos en el bolsillo de la chaqueta (no quería abrir la cartera y arriesgarme a sembrar aquel jodido lugar de sellos), subí tres pisos más, abrí la cerradura de la puerta de incendios, entré en el vestíbulo y llamé el ascensor. Mientras subía desde la planta baja, consulté mi reloj.

La una menos veinticinco. Eran casi las once y media cuando había dado las buenas noches a Onderdonk, de manera que había pasado aproximadamente una hora en el piso de Appling. Debí habérmelas arreglado para terminar en media hora. Sin embargo, no hubiera podido regatear muchos minutos al tiempo que había pasado examinando los álbumes; quizá hubiera podido evitar entrar en los dormitorios, y no debería haber prestado tanta atención a las lámparas de Tiffany, pero ¿qué es eso que dicen sobre la gente que trabaja demasiado y no se divierte nada? Había salido sano y salvo y eso era lo que contaba.

De todos modos era una lástima que no me hubiera marchado antes de la medianoche, que es cuando en general cambia el turno en los edificios de viviendas. Ahora me vería otro ascensorista, otro conserje y otro portero. En caso contrario me habrían visto los mismos dos veces. ¿Qué era más arriesgado? En realidad daba igual, puesto que ya había dado mi nombre y...

El ascensor llegó. Entré y me volví hacia la puerta cerrada de Onderdonk.

—Buenas noches —dije—. Le haré esos cálculos lo antes posible.

La puerta se cerró y el ascensor descendió. Me apoyé contra los paneles de madera y crucé las piernas a la altura del tobillo.

—Qué día más largo he tenido —dije.

—Para mí acaba de empezar —respondió el ascensorista.

Traté de olvidarme de la cámara que tenía encima de la cabeza. Era como tratar de olvidarse de que tienes el pie izquierdo dentro de un cubo lleno de agua helada. No podía mirarla, pero tampoco podía contener las ganas de mirarla, por lo que me dediqué a bostezar aparatosamente. En realidad llegamos abajo con bastante rapidez, aunque a mí no me lo pareció en absoluto.

Saludé al conserje con una vigorosa inclinación de la cabeza. El portero me abrió la puerta y luego salió apresuradamente a la acera para llamar a un taxi. Apareció uno casi de inmediato. Di un dólar al portero y dije al taxista que me llevara a la esquina de Madison con la Setenta y dos. Le pagué, recorrí una manzana en dirección oeste, llegué a la Quinta Avenida y cogí otro taxi para volver a mi casa. Durante el camino apoyé la cartera sobre las rodillas y reviví parte de la hora pasada en el piso 11 B del Carlomagno: el momento en que la cerradura Poulard, hurgada y manoseada hasta límites insoportables, había soltado sus gachetas y se había rendido; el hallazgo del sello de correo aéreo al revés, solo en su hoja, como si hubiera estado esperándome desde el día en que se había cometido el error de imprenta que lo caracterizaba...

Di un dólar de propina al taxista. El portero de mi casa, un joven de ojos vidriosos que trabajaba en el turno de doce a ocho sumido permanentemente en los efluvios del moscatel, no corrió a abrirme la puerta del taxi. Supongo que me hubiera abierto la puerta del vestíbulo, pero no tenía por qué hacerlo, puesto que estaba abierta con una cuña. Permaneció sentado en su taburete, y me saludó con una taimada sonrisa de

conspirador. Me pregunto qué secreto se creería que compartíamos.

Una vez arriba, metí torpemente la llave en la cerradura de mi piso y abrí la puerta, para variar. La luz estaba encendida. Qué amables han sido al dejar la luz encendida para el ladrón, pensé. Un momento, pensé luego. ¿A qué venía eso de «han sido»? En todo caso había sido yo quien había dejado la luz encendida, si no fuera porque no lo había hecho. Nunca lo hacía.

¿Qué estaba ocurriendo?

Di un paso al frente y luego, cautelosamente, otro hacia atrás, como si estuviera tratando de cogerle el ritmo a un nuevo baile. Avancé nuevamente, me volví hacia el sofá y parpadeé. Como si fuera un búho bizco, Carolyn Kaiser me respondió con otro parpadeo.

—Por Dios —exclamó—, ya iba siendo hora. ¿Dónde demonios has estado?

Cerré la puerta y eché el cerrojo.

—Has forzado mi cerradura Rabson —dije—. No creía que supieras hacer algo así.

—No lo sé hacer.

—No irás a decirme que el portero te dejó entrar. No le está permitido hacerlo, y además no tiene la llave.

—Soy yo quien tiene la llave de tu piso, Bern. Tú mismo me la diste. ¿No te acuerdas?

—Ah sí, es verdad.

—Metí la llave en la cerradura y la giré, y te puedo asegurar que el cacharro se abrió enseguida. Deberías probar a hacerlo tú alguna vez. Funciona como por ensalmo.

—Carolyn...

—¿Tienes algo para beber? Ya sé que lo educado es esperar a que te lo pregunten, pero se me ha acabado la paciencia.

—Hay dos botellines de cerveza en el frigorífico —respondí—. Uno me lo voy a beber con el sándwich que voy a prepararme ahora mismo, pero puedes beberte el otro.

—Cerveza negra mejicana, ¿verdad? Dos Equis.

—Exacto.

—Han volado. ¿Qué más tienes?

Pensé por un momento.

—Queda un poco de whisky escocés.

—¿Uno sin mezclar? ¿Glen Islay o algo así?

—Ya lo has encontrado y también ha volado, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Entonces no queda nada —dije—. A menos que quieras darle al alcohol del

botiquín. Creo que tiene una graduación de noventa grados.

—Los padres que me engendraron...

—Carolyn...

—¿Sabes qué? Creo que voy a volver a decir «la madre que me parió». Puede que sea discriminatorio, pero es mucho más satisfactorio que decir «los padres que me engendraron». Si vas por ahí diciendo «los padres que me engendraron», la gente no se da cuenta de que estás jurando.

—Carolyn, ¿qué estás haciendo aquí?

—Estoy muriéndome de sed, eso es lo que estoy haciendo.

—Estás borracha.

—¿No me digas, Bernie?

—Te has bebido dos cervezas y medio litro de whisky y has cogido una buena mierda.

Afirmó un codo sobre la rodilla, apoyó la cabeza encima de la palma de la mano y me miró fijamente.

—En primer lugar —dijo—, no era medio litro, sino un cuarto de litro. Esto equivale a tres copas en un buen bar y a dos copas en bar de primera. En segundo lugar, no está nada bien decirle a tu mejor amiga que ha cogido una mierda. Que se ha cogido una mona, pase. O una cogorza, una merluza, una tajada: todas estas expresiones son aceptables. Pero una mierda... No está nada bien decir eso a alguien a quien quieres. En tercer lugar...

—En tercer lugar, sigues borracha.

—En tercer lugar, estaba borracha antes de que me bebiera el alcohol que tenías aquí. —Sonrió triunfalmente y luego frunció el entrecejo—. En quinto lugar, estaba borracha cuando he regresado al lugar donde vivo; luego me he tomado una copa antes de venir al lugar donde vives, lo cual significa que estoy...

—Fuera de lugar —sugerí.

—No sé qué significa. —Meneó la mano en señal de impaciencia—. Eso no es lo que importa.

—¿Ah no?

—No.

—¿Qué es lo que importa, pues?

Miró en torno furtivamente.

—No puedo decírselo a nadie —respondió.

—¿Qué no puedes decirle a nadie?

—No hay micrófonos en este lugar, ¿verdad, Bernie?

—No. Aquí sólo hay las típicas cucarachas y lepismas. ¿Qué sucede, Carolyn?

—Pues que me han dejado compuesta y sin novio.

—¿Qué? ¿Cómo pueden haberte dejado sin novio, Carolyn, si tú eres...?

—Dios mío... Que me han gateado al rapto.

—¿El rapto? ¿Pero de qué estás hablando? ¿Cuánto has bebido antes de venir aquí?

—Pero bueno... —dijo levantando la voz—. ¿Te importaría escucharme, por favor? Se trata de *Archie*.

—¿Archie?

Hizo un gesto de asentimiento.

—Han raptado a *Archie Goodwin*.

—El gato —dije.

—Eso es.

—*Archie* el gato. Tu gato birmano. Ese *Archie*.

—Pues claro, Bernie. ¿Cuál iba a ser sino?

—Has dicho Archie Goodwin, y lo primero que he pensado es...

—Ese es su nombre y apellido, Bern.

—Lo sé.

—No me refería a la persona, Bern, porque Archie Goodwin es un personaje de los relatos de Nero Wolfe, y sólo podrían haberlo raptado en un libro. Si hubiera ocurrido eso, no habría venido aquí corriendo a altas horas de la noche para darte la lata. ¿Quieres que te diga la verdad, Bernie? Creo que te hace falta una copa más que a mí, que ya es decir.

—Creo que tienes razón —dije—. No tardo ni un minuto.

En realidad tardé cinco. Salí al vestíbulo, pasé por delante del piso de la señora Hesch y me dirigí al de la señora Seidel. La señora Seidel estaba visitando a su familia en Shaker Heights, según la señora Hesch. Llamé al timbre para mayor seguridad y luego entré en su piso. Se había ido sin echar el cerrojo, de modo que sólo tuve que tarjetear la cerradura de resorte con una tira de plástico. Alguien tendría que hablar con la señora Seidel sobre ese asunto, pensé.

Regresé con una botella casi llena de Canadian Club. Serví dos vasos y Carolyn se bebió el suyo antes de que yo pusiera el tapón en la botella.

—Así está mejor —dijo.

Yo también bebí un trago, y cuando llegó al estómago, me acordé de que lo tenía totalmente vacío. Iba a resultarme más fácil emborracharme que conseguir que Carolyn se despejara, y no estaba seguro de si era una buena idea. Abrí el frigorífico y me preparé un sándwich de jamón polaco y queso Monterey con uno de esos panes de centeno que vienen en pequeñas barras cuadradas. Le di un buen mordisco y me puse a masticar pensativamente. Habría sido capaz de matar a alguien por una botella de Dos Equis.

—¿Qué me dices de *Archie*? —dije.

—No bebe.

—Carolyn...

—Perdona. No era mi intención emborracharme, Bern. —Inclinó la botella y se sirvió unos cuantos cc. de CC., por así decirlo—. Fui a casa, di de comer a los gatos y comí algo. Luego empecé a sentirme intranquila y salí a dar un paseo. Creo que estaba un tanto alterada por culpa de la luna. ¿No te habrás fijado en ella por casualidad?

—No.

—Yo tampoco, pero estoy segura de que hoy hay luna llena o casi llena. Seguía teniendo la sensación de que no me encontraba en el lugar adecuado. Iba a otro sitio y tenía la misma sensación. Fui al Paula's, al Duquesa, al Kelly's West y a un par de bares para heterosexuales que hay en Bleecker Street; luego volví al Paula's y jugué un poco al billar. A continuación entré en un antro de mala muerte de la calle Diecinueve que no recuerdo cómo se llama y luego regresé al Duquesa...

—Me hago una idea.

—Iba sin rumbo fijo, y, claro, tienes que beber una copa cuando entras en un bar, y yo fui a un montón de bares.

—Y por tanto has bebido un montón de copas.

—¿Qué iba a hacer? Pero mi intención no era emborracharme, ¿sabes? Mi intención era ligar. ¿Conocerá Carolyn Kaiser el verdadero amor alguna vez? Y si esto no llega a ocurrir, ¿conocerá la verdadera lujuria?

—Esta noche no, me temo.

—Nada podía pararme. Llamé a Alison un par de veces, algo que había jurado no iba a hacer. Pero no pasa nada porque no ha respondido. Luego volví a casa. Pensaba meterme en la cama a una hora prudencial y quizá beberme un brandy antes de acostarme. Abrí la puerta y el gato no estaba. Me refiero a *Archie*. *Ubi* estaba bien.

*Archie*, nombre y apellido *Archie Goodwin*, era un birmano bien alimentado dado a maullar con frecuencia. *Ubi*, nombre completo *Ubicuidad* o *Ubicuo*, se me ha olvidado cuál, era más cariñoso y bastante menos tajante que su amigo birmano. Durante la primera etapa de su vida ambos fueron machos, pero a una tierna edad recibieron la clase de atención quirúrgica que le deja a uno ronroneando con voz de soprano.

—Se habrá escondido en alguna parte —sugerí.

—En absoluto. He mirado en todos sus escondites. Dentro, debajo y detrás de todo. Además he puesto en funcionamiento el abrelatas eléctrico. Eso es como una alarma de incendios para un dálmata.

—Puede que se haya ido a hurtadillas.

—¿Cómo? La ventana estaba cerrada, y yo había cerrado la puerta con llave al salir. Ni John Dickson Carr hubiera podido sacarlo de allí.

—¿La puerta estaba cerrada con llave?

—A cal y canto. Siempre cierro con dos vueltas y echo el cerrojo cuando salgo. Has conseguido que acabe creyendo en este tipo de cosas. Y no pienses que me he olvidado de la Fox: sé que las he cerrado todas porque luego he tenido que abrir todas para entrar.

—Entonces se habrá ido cuando has salido. O quizá se escabulló cuando entraste.

—Me habría dado cuenta.

—Bueno, tú misma has dicho que has bebido unas cuantas copas de más para celebrar que hay luna llena. Quizá...

—No ha sido para tanto, Bern.

—De acuerdo.

—Y además *Archie* nunca hace esa clase de cosas. Ninguno de los dos gatos intenta escaparse jamás. Escucha, tú puedes decir esto y yo puedo decir lo otro y lo único que conseguiremos será marear la perdiz, porque sé a ciencia cierta que el gato ha sido robado. Me han llamado por teléfono.

—¿Cuándo?

—No lo sé. No sé a qué hora he llegado a casa y no sé cuánto tiempo me he pasado buscando al gato y con el abrelatas eléctrico en funcionamiento. Tenía brandy, y al final me serví un poco, me senté y sonó el teléfono.

—¿Y?

Se sirvió más whisky, y se detuvo con el vaso a medio camino de la boca. Entonces dijo:

—¿Bern? No habrás sido tú, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Puedo entender que hayas querido gastarme una broma y que el asunto haya ido un poco lejos, pero si así es, dímelo ahora, ¿vale? Si me lo dices ahora no te guardaré rencor, pero si no me lo dices ya puedes ir preparándote.

—¿Crees que me he llevado al gato?

—No, no lo creo. No creo que tengas el sentido del humor de un hijo puta. Pero la gente hace cosas muy extrañas, y ¿qué otra persona puede abrir todas esas cerraduras y volver a cerrarlas al salir? Lo único que quiero que digas es: «Sí, Carolyn, he robado tu gato» o «No, so tonta, no he robado tu gato», para que podamos seguir adelante.

—No, so tonta, no he robado tu gato.

—Gracias a Dios. Aunque si lo hubieras robado, sabría que el gato está a salvo. —Miró el vaso que tenía en la mano como si lo viera por primera vez—. ¿Acabo de servirme esto?

—Pues sí.

—Bueno, seguro que sabía qué estaba haciendo —dijo, y se lo bebió—. La llamada.

—Exacto. Cuéntame.

—No sé si era un hombre o una mujer. Una de dos: o era un hombre poniendo voz aguda o una mujer poniendo voz ronca, pero no sabría decírtelo. Fuera quien fuese, tenía un acento como el de Peter Lorre, sólo que sonaba realmente falso. «Tenemoss tuu catitoo». Esa clase de acento.

—¿Eso ha dicho? ¿«Tenemoss tuu catitoo»?

—O algo parecido. Si quiero volver a verle, bla, bla, bla...

—¿Qué significan esos bla bla?

—No vas a creértelo, Bern.

—¿Te ha pedido dinero?

—Un cuarto de millón de dólares para volver a ver a mi gato.

—Un cuarto de...

—Eso es.

—Doscientos cincuenta mil.

—Dólares. Eso es.

—Por...

—Un gato. Eso es.

—Los...

—Padres que me engendraron. Eso es.

—Pero es un disparate... —exclamé—. En primer lugar, el gato no vale dinero. ¿Tiene calidad como para que lo lleven a una exposición?

—Probablemente, pero qué más da. Es estéril.

—Y tampoco es una estrella de la televisión como *Morris*. No es más que un gato.

—No es más que mi gato —dijo ella—. No es más que un animal al que casualmente quiero.

—¿Quieres un pañuelo?

—Lo que quiero es dejar de portarme como una estúpida. Mierda, no puedo evitarlo. Dame el pañuelo. ¿Dónde voy a conseguir un cuarto de millón de dólares, Bern?

—Podrías empezar por devolver todos los cascos a la tienda.

—Acaban acumulándose, ¿verdad?

—Como granos de agua o gotas de arena. Ese es otro disparate. ¿A quién se le ha podido ocurrir que eres capaz de reunir todo ese dinero? Tienes un piso muy acogedor, pero el veintidós de Arbor Court no es el Carlomagno. Cualquier persona lo bastante inteligente para entrar, salir y cerrar con llave... ¿Es cierto que ha cerrado al salir?

—Te lo juro por Dios.

—¿Quién tiene las llaves de tu piso?

—Sólo tú.

—¿Y Randy Messinger?

—Ella no me haría una cosa así. Además cambié la cerradura Fox cuando dejamos de ser amantes. ¿No recuerdas que la instalaste tú?

—Y tú la has cerrado al salir y la has abierto al volver.

—Sin lugar a dudas.

—No sólo has girado el cilindro. La barra se ha movido y todo lo demás.

—Bernie, créeme: estaba cerrada con llave y tuve que abrirla.

—Eso excluye a Randy.

—Ella no es capaz de hacer algo así.

—No, pero puede que alguien haya hecho copias de las llaves. ¿Tengo todavía tu juego?

Fui a mirar, y todavía las tenía. Me giré y vi mi cartera apoyada contra el sofá. Si vendía su contenido por su precio de mercado, quizá tuviera las dos quintas partes de lo que vale un gato birmano de segunda mano. Vaya por Dios, pensé.

—Tómate dos aspirinas —sugerí—. Y si quieres otra copa, tómatela con agua caliente y azúcar. Así dormirás mejor.

—¿Que dormiré mejor?

—Eso es, y cuanto antes mejor. Duerme tú en la cama, que yo lo haré en el sofá.

—No digas tonterías —dijo—. Soy yo quien va a dormir en el sofá. Aunque en realidad no quiero dormir y de todos modos no puedo quedarme aquí. Me han dicho que volverán a llamar por la mañana.

—Por eso quiero que vayas a dormir. De ese modo tendrás la cabeza despejada.

—Bernie, permíteme que te diga una cosa. No voy a tener la cabeza despejada por la mañana. La voy a tener como el balón de fútbol con el que se cabreó Pelé.

—Bueno, pues yo sí la tendré despejada —dije—, y una cabeza es mejor que ninguna. Las aspirinas están en el botiquín.

—Un lugar muy adecuado. Seguro que eres la clase de persona que tiene la leche en el frigorífico y el jabón en la jabonera.

—Voy a prepararte un ponche bien caliente.

—¿Pero no has oído lo que te acabo de decir? Tengo que estar en mi piso para cuando llamen.

—Llamarán aquí.

—¿Por qué habrían de hacerlo?

—Porque tú no tienes un cuarto de millón de dólares —dije— y nadie ha podido confundirte con David Rockefeller. Si quieren un rescate elevado por *Archie* es porque seguramente esperan que lo robes, y eso significa que seguramente saben que tienes un amigo que está metido en el negocio del robo, lo cual significa que llamarán aquí. Bébetelo, tómalo tu aspirina y prepárate para ir a la cama.

—No he traído pijama. ¿Tienes una camiseta?

—Claro.

—No tengo sueño. Voy a dar vueltas y más vueltas, aunque supongo que da igual. Al cabo de cinco minutos estaba roncando.

Un cartel que había en el mostrador sugería que se contribuyera con dos dólares y medio. «Contribuya con más o con menos si así lo prefiere —aconsejaba—, pero debe contribuir con algo». El tipo que teníamos justo delante dejó caer una moneda de diez centavos sobre el mostrador. El encargado comenzó a hablarle de la contribución sugerida, pero nuestro amigo no estaba dispuesto a oír sugerencias.

—Lee tu cartel, jovencito —dijo desabridamente—. ¿Cuántas veces vais a hacerme pasar por esta situación, sanguijuelas? Cualquiera diría que lo pagáis de vuestro bolsillo. No os llevaréis una comisión, ¿verdad?

—Todavía no.

—Pues bien, soy pintor. Los diez centavos son el óbolo de mi viuda. Espero que la próxima vez los aceptéis de buena gana, porque de lo contrario reduciré mi contribución a un penique.

—Pero no puede hacer eso, señor Turnquist —dijo el encargado malhumoradamente—. Sería un desastre para nuestro presupuesto.

—Conque me conoce, ¿eh?

—Todo el mundo le conoce, señor Turnquist. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Todo el mundo.

Cogió la moneda de diez centavos de Turnquist y le dio a cambio una pequeña insignia amarilla. Turnquist se volvió hacia nosotros mientras se ponía la insignia en el bolsillo de pecho de su chaqueta de segunda mano. Era gris e iba casi a juego con sus pantalones de segunda mano. Sonrió, mostrando unos dientes mal alineados y manchados de tabaco. Tenía barba, una perilla despeluchada algo más roja que su pelo castaño cobrizo y algo más veteada de canas. El resto de su cara llevaba dos o tres días sin ver una maquinilla de afeitar.

—Se creen muy importantes, pero en realidad no valen un pimiento —nos advirtió—. No permitan que se les suban a las barbas. Si el Arte puede ser intimidado, no es Arte.

Siguió andando; yo puse un billete de cinco dólares sobre el mostrador y acepté dos insignias a cambio.

—Los artistas... —dijo el encargado expresivamente, dando un golpecito a otro cartel, en el que se indicaba que no se permitía la entrada a los menores de dieciséis años tanto si iban acompañados como si no lo iban—. Deberíamos modificar las normas —añadió—. Ni niños, ni perros, ni artistas.

Me había despertado antes que Carolyn y había ido directamente a la tienda de bebidas alcohólicas de la calle 72 Oeste, donde había comprado una botella de

Canadian Club. La llevé a casa, llamé a la puerta de la señora Seidel y, al ver que nadie contestaba, entré, rompí el precinto de la botella, vertí aproximadamente una tercera parte por el fregadero, cerré la botella y la puse donde había encontrado a su compañera la noche anterior. Salí y me encontré a la señora Hesch en el vestíbulo con el inevitable cigarrillo en los labios, que ardía sin que le prestara atención. Entré en su piso para tomar una taza de café (la señora Hesch prepara un café estupendo) y hablamos, no por primera vez, sobre la lavandería de monedas del sótano. Estaba irritada por las secadoras, las cuales, pese a los termostatos, tenían dos temperaturas: encendido y apagado. Yo estaba molesto por las lavadoras, las cuales eran tan voraces con los calcetines como el monstruo de las galletas. Ninguno de los dos dijo nada sobre el hecho de que acabara de salir del piso de la señora Seidel.

Regresé al piso y, mientras ponía la cafetera a calentar, oí a Carolyn vomitar en el cuarto de baño. Salió con la cara un tanto verde y se sentó en un extremo del sofá apoyando la cabeza entre las manos. Me duché, me afeité y, cuando salí, me la encontré mirando una taza de café con expresión de desdicha. Le pregunté si quería una aspirina. Ella me respondió que no le importaría tomarse unas pastillas de paracetamol concentrado, pero yo no tenía ninguna. Yo comí algo para desayunar y ella no, los dos bebimos café y el teléfono sonó.

Una voz de mujer sin acento dijo:

—¿Señor Rhodenbarr? ¿Ha hablado con su amiga?

Pensé en responder que aquella pregunta era implícitamente insultante, ya que presuponía que sólo tenía una amiga, que yo era la clase de persona que no podía tener más de una única amiga, que era una suerte que la tuviera y que probablemente cabía esperar que me abandonara en cuanto espabilase.

—Sí —respondí.

—¿Está preparado para pagar el rescate? ¿Tiene el cuarto de millón de dólares?

—¿No le parece una suma un poco elevada? Sé que la inflación es de infarto hoy en día y, según tengo entendido, hay una gran demanda en el mercado de los gatos birmanos, pero...

—¿Tiene el dinero?

—Procuro no guardar en casa tal cantidad de dinero en efectivo.

—¿Puede conseguirlo?

Carolyn se había acercado a mi lado al sonar el teléfono. Apoyé una mano sobre su hombro para tranquilizarla. A la persona que llamaba le dije:

—Se acabó la farsa. Traiga el gato y nos olvidaremos de todo este asunto. De lo contrario...

De lo contrario, ¿qué? Que me cuelguen si sé qué clase de amenaza tenía previsto hacer. Pero Carolyn no me dio la oportunidad. Me agarró del brazo y dijo:

—Bernie...

—Mataremoss suu catoo —dijo la mujer, hablando de pronto con acento y subiendo la voz.

El efecto que tuvieron sus palabras fue algo parecido al que produce un anuncio de pastas vienesas *mit schlag* o una de esas películas sobre la Segunda Guerra Mundial que te recuerdan que tienes familiares en *Deutschland*.

—Mantengamos la calma —les dije a ambas—. No es necesario hablar de violencia.

—Ssi no paca el resscatee...

—Ninguno de los dos tiene esa cantidad de dinero. Debería saberlo. ¿Por qué no me dice qué quiere?

Se produjo un silencio.

—Dícalee a ssu amicaa que sse vayaa a cassaa.

—¿Cómo dice?

—Tienee alcoo en el bussón.

—De acuerdo. La acompañaré y...

—No.

—¿No?

—Quédessee dondee esstaá. Le llamaremooss porr teléfonoo.

—Pero.

Se oyó un chasquido. Me quedé unos segundos mirando el auricular y luego colgué. Pregunté a Carolyn si había oído algo de la conversación.

—Alguna que otra palabra —dijo—. Era la misma persona que llamó ayer. Al menos eso creo. Tenía el mismo acento.

—Lo ha cambiado a media conversación. Supongo que al principio se le pasó y luego recordó que tenía que parecer amenazadora. O quizá se pone a hablar así cuando se acalora. No me gusta la idea de que nos separemos. Quiere que tú vayas a tu piso y que yo me quede aquí, y eso no me gusta.

—¿Por qué?

—Bueno, ¿quién sabe qué está tramando?

—Tengo que ir al centro de todos modos. Un cliente va a traerme un schnauzer a las once. Mierda, no dispongo de mucho tiempo, ¿verdad? No puedo enfrentarme con un schnauzer teniendo la cabeza como la tengo. Menos mal que es un schnauzer miniatura. No sé qué haría si tuviera que lavar un schnauzer gigante un día como hoy.

—Pasa antes por tu piso. Si es que tienes tiempo.

—Me las arreglaré para tenerlo. Además he de dar de comer a *Ubi*. No pensarás...

—¿Qué?

—Que lo ha robado también... Quizá por eso quiere que vaya a mi piso.

—Ha dicho que mires en el buzón.

—Oh, Dios mío —exclamó ella.

Cuando se fue me puse a trabajar en la colección de sellos de Appling. Supongo que hace falta sangre fría para hacer algo así, estando la vida de *Archie* pendiente de un hilo. Pero esto significaba que todavía le quedaban seis, y yo quería que los sellos de Appling resultaran inidentificables lo antes posible. Me senté en mi mesa de cocina bajo una buena luz con un par de pinzas para sellos, una caja de sobres de papel glaseado y un catálogo Scott y transferí los sellos, serie por serie, de las fundas a los sobres, haciendo la oportuna anotación en cada uno de estos. No me tomé la molestia de calcular el valor. Aquella era una operación diferente, y podía dejarla para otro momento.

Estaba ocupado con los sellos más valiosos de Jorge v de Trinidad y Tobago cuando sonó el teléfono.

—¿Qué estupidez es esa de mi buzón? No hay nada dentro excepto una factura.

—¿Cómo está *Ubi*?

—Tiene aspecto de estar perdido y sentirse solo, y probablemente se le esté rompiendo el corazón, pero aparte de eso está bien. ¿Ha vuelto a llamar esa nazi?

—Todavía no. Quizá se refiriera al buzón de la Casa del Caniche.

—No tengo buzón allí, sólo una ranura en la puerta.

—Bueno, tal vez hubo un malentendido. Ve a lavar al saluki y a ver qué sucede.

—No es un saluki, sino un schnauzer, y ya sé qué va a suceder. Voy a acabar oliendo a perro, para variar. Llámame cuando sepas algo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dije. Un cuarto de hora después el teléfono volvió a sonar: era la mujer misteriosa. Esta vez no habló con acento ni con complicadas evasivas. Dijo lo que tenía que decir y yo la escuché. Cuando hubo acabado, me quedé un minuto sentado, pensando y rascándome la cabeza. Luego guardé los sellos de Appling y llamé a Carolyn.

Ahora nos encontrábamos en una pequeña sala situada en el primer piso de la galería. Habíamos seguido las instrucciones de la mujer y por tanto nos hallábamos delante de un cuadro que me resultaba sumamente conocido.

Un pequeño rectángulo de bronce sujeto a la pared a su lado daba la siguiente información: «Piet Mondrian. 1872-1944. *Composición con color*, 1942. Óleo sobre lienzo, 86 × 94 cm. Donación del señor y la señora MacLendon Barlow».

Apunté las dimensiones en mi libreta. El fondo era blanco, matizado con un poco de gris por el tiempo o por el artista. Unas líneas negras entrecruzaban el lienzo, dividiéndolo en cuadrados y rectángulos, varios de los cuales estaban pintados con colores primarios. Había dos áreas rojas, dos azules y una sección larga y estrecha de amarillo. Me acerqué y Carolyn puso una mano sobre mi brazo.

—No lo endereces —me instó—. Está bien como está.

—Sólo quería mirarlo de cerca.

—Hay un guarda al lado de la puerta —dijo— y está mirándonos. Hay guardas por todas partes. Esto es una locura, Bern.

—Sólo estamos viendo cuadros.

—Y eso es todo lo que vamos a hacer, porque esto es imposible. Es tan difícil sacar un cuadro de este lugar como meter un niño.

—Cálmate —dije—. Lo único que estamos haciendo es mirar.

Aquel edificio, al igual que el cuadro que teníamos delante, había sido propiedad privada en el pasado. Años atrás había sido la residencia en Manhattan de Jacob Hewlett, un magnate del transporte y la minería que a finales de siglo había explotado a los pobres con un éxito desmesurado. Había legado a la ciudad su mansión Murray Hill, situada en la esquina de Madison con la Treinta y ocho, con la condición de que se conservara como museo bajo la dirección y el control de una fundación creada por él mismo con ese propósito. Aunque sus propiedades habían constituido el núcleo de la colección, en el curso de los años se habían comprado y vendido cuadros, y la exención de impuestos de la que gozaba la fundación había dado pie a que de vez en cuando se hicieran donaciones y se dejaran legados, por ejemplo, el óleo de Mondrian que había donado el tal Barlow.

—He mirado el horario al entrar —estaba diciendo Carolyn—. Abren de nueve y media a cinco y media los días laborables y los sábados. Los domingos abren a mediodía y cierran a las cinco.

—¿Y los lunes cierran?

—Los lunes cierran y los martes abren hasta las nueve.

—La mayoría de los museos tienen un horario como este. Siempre sé que es lunes porque me entran ganas de ir a un museo y siempre están cerrados.

—Cierto. Si tenemos planeado entrar, podemos hacerlo después de la hora de cierre o los lunes.

—Olvídalo. Tienen guardas de servicio las veinticuatro horas del día. Y el sistema de alarma es de primera. No basta con cruzar un par de cables y darle una palmadita.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Arrancarlo de la pared y echar a correr?

—No saldría bien. Nos echarían el guante antes de que llegáramos a la planta baja.

—¿Entonces qué opción nos queda?

—Oración y ayuno.

—Estupendo. ¿Quién es este tipo? ¿Qué pone...? ¿Van Doesburg? Él y Mondrian debieron de ir a escuelas diferentes.

Nos habíamos movido hacia la izquierda y nos encontrábamos delante de un lienzo de Theo van Doesburg. Como el de Mondrian, era todo ángulos rectos y

colores primarios, pero era imposible confundir a un pintor con otro. El Van Doesburg no producía la sensación de espacio y equilibrio que se tenía ante el Mondrian. Es curioso, pensé, que una persona se pase meses sin ver un solo cuadro de Mondrian y que de repente vea dos en dos días seguidos. Lo más raro, me parecía, era la similitud que había entre el Mondrian de Hewlett y el que había visto colgado encima de la chimenea de Gordon Onderdonk. Si no me engañaba la memoria, tenían aproximadamente el mismo tamaño y las mismas proporciones, y parecían haber sido pintados en la misma época de la carrera del artista. Estaba dispuesto a creer que tendrían un aspecto muy diferente si los miraba el uno al lado del otro, pero no parecía que fuera a tener la oportunidad de verlos simultáneamente, y si alguien me hubiera dicho que la pintura de Onderdonk había sido transportada apresuradamente al centro de la ciudad y colgada en la pared del Hewlett, no habría podido jurar que se equivocaba. El cuadro de Onderdonk estaba enmarcado, por supuesto, mientras que a este lienzo lo habían dejado sin encuadrar para que pudiera verse cómo el artista había continuado la línea geométrica del cuadro por los lados. Por lo que podía recordar, el de Onderdonk tenía el doble de áreas coloreadas. Quizá fuera más alto o más bajo, más ancho o más estrecho. Sin embargo...

Sin embargo seguía teniendo la extraña sensación de que se había producido una coincidencia. Las coincidencias no tienen por qué ser significativas, por supuesto. Había ido a recoger a Carolyn a la Casa del Caniche y habíamos ido juntos en taxi al Hewlett, y no me había molestado en leer el nombre del conductor en el permiso de taxista que había en el interior del vehículo. Pero ¿y si lo hubiese hecho y hubiera resultado ser Turnquist? Cuando el encargado hubiese saludado al artista malvestido por su nombre, quizá habríamos hecho alguna observación acerca de la coincidencia que constituía el hecho de que yo me hubiera encontrado con dos Turnquist en media hora. Bueno, ¿y qué?

Aun así...

Caminamos, deteniéndonos de vez en cuando delante de un cuadro, entre los cuales hubo varios que me dejaron indiferente y un Kandinsky que me gustó muchísimo. Había un Arp. Onderdonk también tenía un Arp, pero como no nos habían ordenado que robáramos un Arp, no había nada especialmente coincidente en ello o nada extraordinario en la coincidencia o...

—¿Bern? ¿No será mejor que me olvide del gato?

—¿Y cómo te propones hacerlo?

—No lo sé. ¿Crees realmente que le harán algo a *Archie* si no robamos el cuadro?

—¿Por qué habrían de hacerle nada?

—Para demostrarnos que van en serio. ¿No es eso lo que hacen los secuestradores?

—No sé qué hacen los secuestradores. Creo que matan a la víctima para evitar

que les identifique, pero ¿cómo va a identificarles un gato birmano? Sin embargo...

—Sin embargo, cualquiera sabe cómo puede comportarse un chiflado. El problema es que esperan que hagamos lo imposible.

—No es necesariamente imposible —dije—. En los museos desaparecen cuadros continuamente. En Italia, el robo de museos es toda una industria, e incluso aquí puedes leer en los periódicos alguna noticia al respecto cada dos meses. Al parecer, en el Museo de Historia Natural roban cosas de forma periódica.

—Entonces opinas que podemos robarlo.

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces...?

—Es precioso, ¿verdad?

Me volví al oír la voz y vi a nuestro amigo el artista, con su insignia de diez centavos prendida en la solapa de su chaqueta de segunda mano, expresión apasionada y una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes amarillos. Nos encontrábamos de nuevo delante de *Composición con color*, y Turnquist tenía la mirada puesta en él y los ojos brillantes.

—No hay quien pueda con el viejo Piet —dijo—. Sabía pintar el muy cabrón. Menudo era, ¿eh?

—Menudo... —dije asintiendo.

—La mayor parte de esto es basura. Detritus, bazofia. En una palabra, y si me permiten la expresión, mierda. Le ruego me perdone, señorita.

—No se preocupe —le aseguró Carolyn.

—El museo es la papelera de la historia del arte. Parece una cita, ¿verdad? Pues es mía.

—Suená bien.

—Papelera es como se dice cubo de la basura en inglés. En inglés inglés, quiero decir. Pero el resto de lo que hay aquí es peor que basura. Un cagarro, como dirían algunos de mis amigos.

—Eh...

—Sólo ha habido un puñado de buenos pintores este siglo. Mondrian, por supuesto. Y de Picasso, quizá el cinco por ciento de lo que hizo, cuando no estaba fanfarroneando por ahí. Pero el cinco por ciento de Picasso es bastante, ¿no?

—Eh...

—¿Quién más? Pollock. Frank Roth. Trossman. Clyfford Still, Darragh Park. Rothko antes de que llegara al extremo de no utilizar colores. Y unos cuantos más, un puñado. Pero la mayor parte de esto...

—Bueno... —le interrumpí.

—Sé lo que va a decir. ¿Quién es este pesado que no para de hablar? La chaqueta que lleva ni siquiera va a juego con el pantalón y está soltando juicios a diestro y

siniestro, diciendo qué es arte y qué es basura. Eso es lo que está pensando, ¿verdad?

—Yo no diría eso.

—Pues claro que no diría eso, ni usted ni esta joven. Ella es una señorita y usted es un caballero, y no dirían cosa semejante. Yo soy un artista y un artista puede decir cualquier cosa. Es el margen que el artista tiene con respecto al caballero. Sé qué está pensando.

—¿Cómo dice?

—Y tiene razón al pensarlo. No soy nadie, eso es lo que soy. No soy más que un pintor del que nadie ha oído hablar. Aun así, le he visto mirar la obra de un verdadero pintor, le he visto volver una y otra vez a este cuadro, e inmediatamente he sabido que podía distinguir entre la ensalada de pollo y la mierda de pollo, si me perdona una vez más la expresión, señorita.

—Descuide —dijo Carolyn.

—Pero me enfurece ver que la gente presta atención seriamente a la mayor parte de esta basura. Supongo que habrán leído alguna vez en el periódico que un hombre ha cogido un cuchillo o una botella de ácido y ha atacado un cuadro famoso. Y probablemente se dirán para sus adentros lo que todo el mundo dice: «¿Cómo es posible que una persona haga algo así? Debe de estar loco». La persona que lo hace es siempre un artista, y en la prensa lo llaman un «supuesto» artista, con lo cual se quiere decir que él dice que es un artista pero usted y yo sabemos que ese pobre individuo sólo tiene mierda en el cerebro. Señorita, le ruego que...

—No importa.

—Les diré una cosa más —prosiguió— y luego les dejaré tranquilos, queridos amigos. No es una señal de locura sino de cordura destruir el arte malo cuando se expone en los templos de la nación. Es más: la destrucción del arte malo es en sí misma una obra de arte. Bakunin decía que el afán por destruir es un afán creativo. Rasgar algunos de estos lienzos... —Respiró hondo y expulsó el aire dando un suspiro—. Soy una persona que habla, no que destruye. Soy un artista, pinto mis cuadros y vivo mi vida. He visto el interés que mostraban en mi cuadro favorito y eso es lo que ha provocado este repentino discurso. ¿Me perdonan?

—No hay nada que perdonar —le dijo Carolyn.

—Son ustedes muy amables y benevolentes. Y si les he dado algo en lo que pensar, pues bien, entonces ni ustedes ni yo hemos perdido el día.

## 6

—Ya tenemos la respuesta —dijo Carolyn—. Destruiremos el cuadro. Luego no podrán pedirnos que lo robemos.

—Entonces ellos destruirán al gato.

—No lo digas ni en broma. ¿Podemos irnos de aquí?

—Buena idea.

Fuera, un joven vestido de ante y una joven de vaquero estaban tumbados sobre las escaleras del Hewlett, pasándose un porro. Un par de guardas uniformados situados en lo alto de las escaleras les hacían caso omiso, quizá porque tenían más de dieciséis años. Carolyn arrugó la nariz cuando pasó al lado de la pareja.

—Qué asco... —exclamó—. ¿Por qué no se emborrachan como seres humanos civilizados?

—Podrías probar a preguntárselo.

—Me dirían: «Jo, tía, qué alucine», que es lo que siempre dicen. ¿Adónde vamos?

—A tu casa.

—Muy bien. ¿Por alguna razón en particular?

—Alguien ha robado un gato de un piso cerrado con llave —respondí—. Me gustaría averiguar cómo lo ha hecho.

Echamos a andar en dirección oeste, llegamos al centro en metro y fuimos andando de Sheridan Square al piso de Carolyn, que está en Arbor Court, una de esas calles irregulares del Village que se desvía siguiendo una línea oblicua, salvando la distancia entre acá y acullá. La mayoría de la gente no puede encontrarla, aunque lo cierto es que la mayoría no tiene ningún motivo para buscarla. El cielo estaba encapotado y hacía una tarde de septiembre plácida y sosegada, y sentí ganas de irme rápidamente a casa y ponerme las zapatillas de deporte. Le dije a Carolyn que hacía un día estupendo para correr, y ella me respondió que no existía tal cosa.

Cuando llegamos a su casa, examiné la cerradura de la puerta principal. Abrirla no parecía un gran reto. De todos modos no es preciso ser especialmente habilidoso para entrar en un edificio que no está vigilado en la puerta principal. Llamas al timbre de los demás inquilinos hasta que uno de ellos comete la irresponsabilidad de dejarte entrar, o aguardas fuera y calculas la distancia de manera que cuando alguien entre o salga puedas llegar a la puerta antes de que se cierre. Son pocos los inquilinos que te detienen si sabes moverte con aire arrogante e indiferente.

Aun así, no era necesario que hiciera eso, dado que Carolyn tenía su llave. Abrió la puerta y avanzamos por el vestíbulo en dirección a su piso, que se encuentra al fondo de la planta baja. Me arrodillé y examiné los ojos de las cerraduras.

—Si ves un ojo que te mira —dijo Carolyn—, no quiero saberlo. ¿Qué estás buscando?

—Señales de que alguien ha tratado de forzar las cerraduras. No veo rayas recientes. ¿Tienes una cerilla?

—No fumo. Y tú tampoco, ¿recuerdas?

—Quería tener más luz. He dejado mi linterna de bolsillo en casa. Pero da igual. —Me puse en pie—. Dame las llaves.

Abrí todas las cerraduras, y cuando entramos las examiné, sobre todo la Fox. Mientras lo hacía, Carolyn recorrió el piso llamando a *Ubi*. El tono de pánico de su voz fue aumentando hasta que el gato apareció respondiendo al runrún del abrelatas eléctrico.

—Oh, *Ubi* —exclamó, cogiéndolo del suelo y dejándose caer en una silla con él—. Pobrecito mío, echas de menos a tu compañero, ¿verdad?

Me acerqué a la ventana y la abrí. Unas barras cilíndricas de una pulgada de grosor se extendían cuan larga era la ventana, sujetas al ladrillo de arriba y al dintel de hormigón de abajo. Lo único que le faltaba a la ventana para ser un Mondrian eran unas barras parecidas que corrieran horizontalmente y unos cuantos cuadrados de color. Agarré un par de barras y tiré de ellas. No se movieron.

Carolyn me preguntó qué demonios estaba haciendo.

—Alguien podría haber serrado las barras —respondí— y luego haberlas puesto de nuevo. —Tiré de un par más. A su lado el peñón de Gibraltar parecía un razonamiento poco sólido—. No hay quien las mueva —concluí—. Esto es ilegal, ¿sabías? Si te hacen una inspección de incendios, te obligarán a quitarlas.

—Lo sé.

—Porque si se produce alguna vez un incendio, esta es la única ventana que tienes y no podrás salir.

—Lo sé. Y también sé que vivo en una planta baja que da a un pozo de ventilación y que si no tuviera barras en la ventana los ladrones se pelearían por ver quién entra primero. Podría instalar una de esas verjas que se pueden abrir en caso de incendio, pero sé que jamás encontraría la llave si tuviera que hacerlo, y estoy segura de que los ladrones pueden burlar ese tipo de verjas. En una palabra, creo que será mejor que las deje donde están.

—Te comprendo. Con estas barras, nadie podría entrar aquí a menos que fuera extremadamente delgado. La gente puede pasar por lugares más estrechos de lo que imaginas. Cuando era pequeño podía introducirme por el agujero por donde mete la leche el repartidor y, ahora que lo pienso, es probable que todavía pueda hacerlo, ya que tengo aproximadamente el mismo tamaño que entonces. Parecía algo imposible. Medía unos veinticinco centímetros de ancho por treinta y cinco de alto, y aun así podía hacerlo. Si logras meter la cabeza por una abertura, puedes meter el resto del

cuerpo.

—¿En serio?

—Pregúntaselo a un tocólogo. Aunque supongo que la gente que está realmente gorda no puede hacerlo.

—Ni la que tiene la cabeza muy pequeña.

—Eh... bueno, sí. Es una buena norma en general. De todos modos, nadie ha entrado por esta ventana, porque las barras están a unos diez centímetros unas de otras.

—Puedes dejar la ventana abierta, Bern. Huele a cerrado. Ni entraron por la ventana ni forzaron las cerraduras. ¿Qué otra posibilidad hay? ¿Magia negra?

—No deberíamos descartarla.

—El cañón de la chimenea está obstruido. Te lo digo por si piensas que ha sido Santa Claus quien lo ha hecho. ¿De qué otra manera han podido entrar? ¿Subiendo por el suelo desde el sótano? ¿Por el techo?

—No parece muy probable. Carolyn, ¿qué aspecto tenía el piso cuando llegaste?

—El mismo de siempre.

—¿No registraron los cajones o algo así?

—Podrían haber abierto los cajones y haberlos cerrado de nuevo y yo no me habría dado cuenta. No estropearon nada, si a eso te refieres. No me enteré de que había entrado alguien hasta que comprobé que el gato había desaparecido. De hecho no me enteré hasta que me llamaron por teléfono y me dijeron que lo habían robado. No desapareció por iniciativa propia, Bernie. ¿Importa algo?

—No lo sé.

—Puede que alguien me birlara las llaves del bolso. No sería muy difícil. Alguien pudo entrar cuando estaba en la Casa del Caniche, coger mi llavero, hacer copias de todas las llaves y dejarlo luego en mi bolso.

—¿Sin que tú te dieras cuenta?

—¿Por qué no? Pongamos que cogieron las llaves mientras me preguntaban si podía limpiar un perro y luego volvieron para pedir hora y me las devolvieron. Es posible, ¿no?

—¿Dejas el bolso en un lugar donde cualquier persona puede cogerlo?

—Por norma general no, pero ¿quién sabe? Además, ¿qué más da, joder? No estamos aquí sólo para cerrar con llave el establo después de que nos hayan robado el caballo. Estamos aquí para mirar las cerraduras y buscar huellas dactilares en el cerrojo. —Frunció el entrecejo—. Ahora que lo pienso, quizá deberíamos haberlo hecho.

—¿Buscar huellas dactilares? Incluso si hubiera habido alguna, ¿de qué nos habría servido? No somos de la policía, Carolyn.

—¿No podrías pedir a Ray Kirschmann que comparase unas huellas dactilares

con las de las fichas?

—No con la esperanza de que lo hiciera desinteresadamente. Además no puedes comparar una huella dactilar a menos que ya tengas un sospechoso. Es necesario tener el conjunto completo de las huellas, que es algo que no tendríamos incluso si la persona que ha entrado las hubiera dejado, y probablemente no las dejó. Además tendría que haber una ficha de ellas para que la comparación sirviera de algo y...

—Olvídate que lo he mencionado, ¿vale?

—¿Que olvide que has mencionado qué?

—No me acuerdo. Mira, ¿por qué no...? ¡Mierda! —exclamó, y fue a responder al teléfono—. ¿Sí? ¿Cómo? Un momento, acabo de... Mierda. Ha colgado.

—¿Quién?

—La nazi. Debo ir a mirar el buzón. Pero ya lo he hecho, ¿recuerdas? Lo único que había era una factura, lo cual ya es una noticia bastante mala como para que encima me vengan con esto. Y por la ranura de la Casa del Caniche no han echado nada excepto un catálogo de artículos para limpiar perros y un folleto de las organizaciones protectoras de animales. Hoy no hay más repartos, ¿verdad?

—Quizá hayan metido algo en el buzón sin mandarlo por correo, Carolyn. Sé que es un delito federal, pero creo que estamos tratando con desalmados.

Me miró fijamente y luego salió al vestíbulo. Volvió con un sobre pequeño. Lo habían doblado a lo largo para meterlo por la pequeña ranura del buzón. Lo desdobló.

—No tiene nombre —dijo—, ni dirección.

—Ni remite. Menuda sorpresa, ¿eh? ¿Por qué no lo abres?

Lo acercó a la luz y lo miró con ojos entornados.

—Está vacío —dijo.

—Ábrelo y asegúrate.

—De acuerdo, pero no sé con qué fin. Y si vamos a eso, no sé con qué fin puede meter alguien un sobre vacío en el buzón de otra persona. ¿Es realmente un delito federal?

—Sí, aunque será difícil denunciarles. ¿Qué sucede?

—¡Mira!

—Pelos —dije, cogiendo uno—. ¿Por qué demonios habrán...?

—Oh, Bernie. ¿Pero es que no ves lo que son? —Me cogió por los codos y me miró fijamente—. Son el bigote del gato.

—Entonces aquí hay gato encerrado... Perdona. ¿Es cierto que lo son? ¿Por qué lo habrán hecho?

—Para convencernos de que van en serio.

—Bueno, a mí me han convencido desde el momento que han logrado sacar al gato de una habitación cerrada con llave. Deben de estar locos para cortarle el bigote.

—De esa manera pueden probar que lo tienen de verdad.

Me encogí de hombros.

—No sé qué decirte. Los bigotes se parecen mucho. Supongo que si has visto un bigote los has visto todos. Dios mío...

—¿Qué sucede?

—No podemos llevarnos el Mondrian del Hewlett.

—Eso ya lo sé.

—Pero sé dónde hay un Mondrian que podría robar.

—¿Dónde? ¿En el Museo de Arte Moderno? Tienen un par allí. Y también tienen unos cuantos en el Guggenheim, ¿no?

—Sé de uno que pertenece a una colección privada.

—El del Hewlett también era propiedad privada. Ahora es propiedad pública, y a menos que pase a nuestra propiedad pronto...

—Olvídate de ese. El cuadro del que estoy hablando pertenece todavía a una colección privada. Lo vi anoche.

Carolyn me miró fijamente.

—Sé que anoche saliste.

—Exacto.

—Pero no me has dicho qué hiciste.

—Bueno, puedes imaginártelo. Pero lo que hice antes, lo que me permitió entrar en el edificio, fue la tasación de una biblioteca, la de un tipo muy simpático llamado Onderdonk. Me pagó doscientos dólares por decirle cuánto valen sus libros.

—¿Valen mucho?

—No en comparación con lo que tenía colgado de la pared. Tenía un Mondrian, entre otras cosas.

—¿Como el que hay en el Hewlett?

—Bueno, ¿quién sabe? Tenía aproximadamente el mismo tamaño y la misma forma, y creo que los colores eran los mismos, aunque quizá a un experto le parecerían diferentes. El caso es que podría entrar allí y robárselo...

—Pero sabrán que no es el cuadro correcto porque el que quieren seguirá colgado en el Hewlett.

—Sí, pero ¿crees que les importará mucho? Si podemos entregarles un Mondrian auténtico que valga, no sé, un cuarto de millón de dólares, que es la cantidad que piden...

—¿Tanto vale?

—No tengo ni idea. Actualmente el mercado del arte no está en su mejor momento, pero eso es todo lo que sé. Si podemos darles un Mondrian a cambio de un gato robado, ¿no crees que se lo quedarán? Sería de locos rechazarlo.

—Si algo sabemos es que están locos.

—Bueno, tendrían que ser estúpidos además, y no pueden serlo demasiado si se

las han arreglado para robar el gato. —Cogí la guía de teléfonos, busqué el número de Onderdonk y lo marqué. El teléfono sonó doce veces y nadie contestó—. Ha salido —dije—. Confiamos en que tarde en volver.

—¿Qué vas a hacer, Bern?

—Me voy a casa —dije—, a cambiarme de ropa y meterme en los bolsillos unos artilugios muy prácticos...

—Tus herramientas de ladrón.

—Luego iré al Carlomagno. Será mejor que llegue antes de las cuatro, porque si no alguien me reconocerá, el portero, el conserje o el ascensorista. O quizá no. Anoche llevaba un traje, y ahora voy a ir vestido informalmente. Aun así es mejor que llegue antes de las cuatro.

—¿Pero cómo vas a entrar, Bern? ¿No es una de esas casas en las que resulta más difícil entrar que en Fort Knox?

—Oye, en ningún momento he dicho que fuera a ser fácil —respondí.

Fui rápidamente a casa, me puse un pantalón color caqui y una camiseta de manga corta que habría sido de las del cocodrilo si el logotipo bordado en el pecho hubiera sido un reptil en lugar de un pájaro. Debía de ser una golondrina que se dirigía a las playas de Capistrano, California. No ha llegado a tener éxito, lo cual no es de extrañar.

Me puse también un par de zapatillas de deporte desgastadas y me llené los bolsillos con herramientas de ladrón, puesto que una cartera no hubiera casado con la imagen que tenía pensado ofrecer. Saqué una tablilla sujetapapeles, le puse un bloc y la dejé a la vista.

Marqué de nuevo el número de Onderdonk y dejé que sonara. No contestó nadie. Busqué otro número en la guía y tampoco contestó nadie. Marqué un tercer número y una mujer contestó a la cuarta señal. Pregunté si estaba el señor Hodpepper y me dijo que me había equivocado de número, pero eso era lo que ella pensaba.

Entré en una floristería de la calle Setenta y dos y compré un surtido de flores que valía cuatro dólares y noventa y ocho centavos. Me pareció, como a menudo me lo ha parecido en el pasado, que las flores no han subido mucho de precio durante los últimos años. De hecho son una de las pocas cosas que valen el dinero que pagas.

Pedí una tarjeta en blanco, escribí «Leona Tremaine» en el sobre y firmé «Afectuosamente, Donald Brown». (Pensé en poner el nombre de Howard Hodpepper, pero se impuso la cordura, como de vez en cuando ocurre). Pagué las flores, sujeté la tarjeta al envoltorio con cinta adhesiva y salí a llamar un taxi.

Me dejó en Madison Avenue, a la vuelta de la esquina del Carlomagno. Al fin y al cabo, el repartidor de una floristería no llega en taxi a los sitios donde tiene que hacer una entrega. Fui andando a la entrada del edificio, pasé por delante del portero y me

dirigí al conserje.

—Tengo que entregar unas flores a... Leona Tremaine, pone aquí —dije leyendo la tarjeta.

—Ya me encargaré de que las reciba —repuso el conserje estirando el brazo para coger el ramo.

Lo aparté.

—Tengo que entregarlas personalmente.

—No te preocupes, las recibiré.

—Es por si hay respuesta —expliqué.

—Quiere su propina —terció el portero—. Eso es todo.

—¿De Leona Tremaine? —preguntó el conserje, cruzando una sonrisa con el portero—. Como quieras —me dijo, y cogió el interfono—. ¿Señora Tremaine? Hay una entrega para usted. Flores, al parecer. Se las sube el repartidor. Sí, señora. — Colgó e hizo un gesto con la cabeza—. Adelante. El ascensor está ahí. Es el piso 9 C.

En el ascensor eché un vistazo a mi reloj. No podía haber sido más puntual, pensé. Eran las tres y media. El portero, el conserje y el ascensorista no eran los que me habían visto entrar la noche anterior ni los que estaban de servicio cuando había salido con los sellos de Appling en la cartera. En media hora habrían acabado su jornada, antes de que les diera tiempo a preguntarse por qué el repartidor pasaba tanto tiempo en el piso de la señora Tremaine. El personal que los sustituyera no sabría que había ido a entregar unas flores y supondría que tenía algún asunto legítimo que tratar con algún inquilino. Sea como sea, el caso es que no te ponen tantos obstáculos cuando vas a salir, ya que suponen que, si te han dejado pasar al entrar, debes de ser una persona de fiar. Es distinto si tratas de llevarte los muebles de un piso, por supuesto, pero por lo general lo difícil es entrar.

El ascensor se detuvo en el noveno y el ascensorista me indicó la puerta correcta. Le di las gracias, fui y me paré delante de ella esperando oír el ruido de la puerta al cerrarse. No lo hizo. Claro que no lo hizo. Aguardaban hasta que el inquilino abría la puerta. Bueno, Leona Tremaine contaba con que le llevaran flores, de modo que ¿a qué estaba yo esperando?

Pulsé el timbre. En el interior sonó una campanada y al cabo de un momento se abrió la puerta. La mujer que salió tenía un inverosímil cabello castaño rojizo y una cara que se había caído una vez más de las que había sido levantada. Llevaba una especie de bata con un motivo oriental y, por su expresión, parecía haber olido algo indecoroso.

—Flores... —dijo—. ¿Está seguro de que son para mí?

—¿La señora Leona Tremaine?

—En efecto.

—Entonces son para usted.

Todavía estaba esperando oír el sonido de la puerta del ascensor, y empezaba a darme cuenta de que no iba a oírlo. ¿Pero por qué iba a oírlo? El ascensorista no iba a ir a ninguna parte, sino que iba a esperar a que ella cogiera las flores y me diese una propina, tras lo cual me llevaría a la planta baja. Estupendo. Había encontrado la manera de entrar en el Carlomagno, pero todavía tenía que hallar el modo de quedarme en él.

—No sé quién puede mandármelas —dijo Leona Tremaine, cogiendo el ramo—. A menos que haya sido Lewis, el hijo de mi hermana. ¿Pero cómo ha podido ocurrírsele mandarme flores? Debe de haber algún error.

—Trae una tarjeta —le indiqué.

—Oh, una tarjeta —exclamó, descubriéndola ella misma—. Espere un momento. Vamos a ver si hay algún error. Pues no, este es mi nombre, Leona Tremaine. Abriré esto...

¿No había ninguna persona en aquel jodido edificio que tuviera que utilizar el ascensor? ¿Nadie iba a sacar a aquel estúpido de su ensimismamiento y llevarle en volandas a otro piso?

—«Afectuosamente, Donald Brown» —leyó la señora Tremaine en voz alta—. Donald Brown. Donald... Brown... ¿Quién será?

—Mmm...

—Bueno, son una preciosidad, ¿no le parece? —Las olió diligentemente, como si estuviera decidida a aspirar no sólo el perfume sino también los pétalos—. Y huelen muy bien. Donald Brown... El nombre me resulta conocido, pero... Bueno, aunque estoy segura de que se trata de un error, me gustan de todos modos. Voy a tener que coger un jarrón y ponerlas en agua... —De pronto se interrumpió, acordándose de que yo estaba allí—. ¿Desea algo más, joven?

—Bueno, es que...

—Por amor de Dios, se me estaba olvidando, ¿verdad? Espere un momento, voy por mi bolso. Dejo las flores aquí y... Ya está, aquí tiene. Muchas gracias, y dele las gracias a Donald Brown, quienquiera que sea.

Cerró la puerta.

Me volví y allí estaba el jodido ascensor, esperando para llevarme a casita. El ascensorista no estaba sonriendo exactamente, pero tenía cara de estar divirtiéndose. Descendimos hasta la planta baja y crucé el vestíbulo. El portero sonrió cuando me vio llegar.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Cómo ha ido eso, amigo?

—¿Que cómo me ha ido?

—¿Te ha dado una buena propina?

—Veinticinco centavos —respondí.

—Bueno, ánimo, no está mal tratándose de la señora Tremaine. No suelta un

centavo en todo el año y luego en Navidad da un aguinaldo de cinco dólares a cada miembro del personal del edificio. Eso equivale a diez centavos por semana. Parece mentira, ¿eh?

—Sí —dije—, pero me lo creo.

No conservé los veinticinco centavos de Leona Tremaine durante mucho tiempo. Di la vuelta a la esquina, pasé por delante del bar Big Charlie y me senté en un establecimiento de comidas rápidas de Madison Avenue. Tomé una taza de café y dejé los veinticinco centavos de propina con la esperanza de que la camarera se alegrara de recibirlos tanto como yo.

Ya habían dado las cuatro. A menos que alguien se hubiera retrasado, el turno ya habría cambiado. Aun así, sería probablemente más fácil burlar al personal que me había visto la noche anterior que convencer al portero y el conserje de que quería hacer otra entrega personalmente.

Fui a una floristería y pagué siete dólares y noventa y ocho centavos por el mismo ramo que me había costado cuatro dólares y noventa y ocho centavos en West Side. Qué remedio... Seguramente el dueño tendría que pagar un alquiler más elevado. En cualquier caso, cabía la posibilidad de que la señora Tremaine me diera otros veinticinco centavos, que compensarían en parte por mis gastos.

«Leona Tremaine», escribí una vez más en el sobre. Y en la tarjeta: «¿No vas a perdonarme? Donald Brown».

El personal había cambiado en el Carlomagno. Reconocí al conserje y el portero de la noche anterior, pero, si mi cara les resultó conocida, no dijeron nada al respecto. La noche anterior había sido el invitado de un inquilino y había ido de punta en blanco con mi traje y mi corbata; ahora, en cambio, era un miembro de la clase trabajadora y llevaba una camiseta de manga corta. Si alguno de los dos me reconoció, probablemente pensó que me habría visto repartiendo flores en alguna otra ocasión.

De nuevo el conserje me aseguró que ya se encargaría de que la señora Tremaine las recibiera, de nuevo insistí en que tenía que entregarlas personalmente y de nuevo el portero soltó disimuladamente una sonrisilla, pensando que quería una propina. Da gusto ver que todos se saben sus papeles al dedillo. El conserje me anunció por el interfono y Eduardo me llevó a la novena planta, donde la señora Tremaine estaba esperándome en la puerta de su piso.

—Pero si eres tú otra vez —exclamó—. No entiendo qué está pasando. ¿Estás seguro de que estas flores son para mí?

—La tarjeta dice...

—La tarjeta, la tarjeta... —dijo, abriendo el sobre—. «¿No vas a perdonarme? Donald Brown». Qué frase más curiosa. Es más precisa que «afectuosamente», supongo, pero bastante más desconcertante. ¿Quién es Donald Brown y por qué he de perdonarle?

El ascensor no se había ido.

—Tengo que preguntarle si hay una respuesta —dije.

—¿Una respuesta? ¿Y a quién he de dirigir la respuesta? Tengo la absoluta certeza de que no soy la destinataria de estas flores, y sin embargo, ¿cómo cabría cometer semejante error? Excluyéndome a mí, conozco tantas Leonas Tremaine como Donalds Brown. A menos que sea alguien que conocí hace años y cuyo nombre haya echado en el olvido. —Sus dedos, cuyas uñas llevaba pintadas de color rojo anaranjado, desenvolvieron el regalo del esquivo señor Brown—. Preciosas —dijo—. Más que las anteriores, pero no entiendo por qué son para mí. No lo entiendo de ninguna manera.

—Podría llamar a la tienda.

—¿Cómo dice?

—Podría llamar a la floristería —sugerí—. ¿Podría utilizar su teléfono? Si ha habido un error, voy a meterme en un lío, y si no ha habido ningún error, quizá puedan decirle algo sobre la persona que le manda las flores.

—Oh... —exclamó.

—Más vale que llame —insistí—. No sé si debería dejarle las flores sin llamar antes.

—Pues... —dijo—. Bueno, sí, más vale que llame.

Me dejó pasar y cerró la puerta. Intenté oír si el ascensor se iba a recoger a otra persona, pero no oí nada, por supuesto. Seguí a Leona Tremaine hasta un salón que tenía una gruesa moqueta y más muebles de los necesarios, la mayoría de ellos estilo Provenzal. Las sillas y el sofá estaban en su mayoría adornados con festones y en los colores abundaba mucho el rosa y el blanco. Un gato se exhibía en la que al parecer era la silla más cómoda de todas. Era de Angora, blanquísimo y tenía el bigote intacto.

—Allí tiene un teléfono —dijo, señalando uno de esos antiguos aparatos de estilo francés con un acabado de esmalte dorado y blanco. Acerqué el auricular a mi oído y marqué el número de Onderdonk. Estaba comunicando.

—Están comunicando —dije—. La gente hace pedidos por teléfono continuamente. Ya sabe cómo son estas cosas. —¿Por qué estaba cotorreando de aquella manera?—. Lo intentaré de nuevo dentro de un minuto.

—Bien.

¿Por qué estaba Onderdonk comunicando? Pero si había salido. ¿Por qué no podía seguir fuera, ahora que yo había conseguido entrar en su edificio? No podía irme, por Dios. Nunca conseguiría entrar de nuevo.

Cogí el teléfono y llamé a Carolyn Kaiser.

—Señora Kaiser, soy Jimmie —dije—. Estoy en casa de la señora Tremaine, en el Carlomagno.

—Se ha equivocado de número —dijo la espabilada de mi compinche—. Un momento. ¿Ha dicho...? ¿Bernie? ¿Eres tú?

—Sí, soy el repartidor —respondí—. Ha ocurrido lo mismo de antes. Dice que no conoce a ningún Donald Brown y que no cree que las flores sean para ella... Sí.

—¿Llamas de la casa de otra persona?

—Sí, eso es —dije.

—¿Sospecha de ti?

—No, el problema es que no sabe quién manda las flores.

—¿Qué sucede, Bern? ¿Estás simplemente haciendo tiempo?

—Sí.

—¿Quieres que hable con ella? Voy a decirle que ese tipo ha pagado en efectivo y que nos ha dado el nombre y la dirección de ella. Dime otra vez cómo se llaman.

—Donald Brown. Y ella se llama Leona Tremaine.

Le tendí el auricular a la señora Tremaine, que había estado dando vueltas en torno a mí impacientemente. Dijo:

—¿Oiga? ¿Con quién hablo, por favor? —Tras lo cual dijo cosas como: «Sí», «Comprendo», «Pero yo no...» y «Es tan misterioso». Luego me devolvió el auricular.

—Espero que algún día me expliques claramente qué está ocurriendo —dijo Carolyn.

—Por supuesto, señora Kaiser.

—Lo mismo digo, señor Rhodenbarr. Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Sí, señora.

Colgué.

—«Curiorífico y rarífico, exclamó Alicia» —dijo Leona Tremaine—. El señor Donald Brown es un caballero alto, de pelo canoso, con bastón y vestido elegantemente que pagó por ambos ramos con un par de billetes de veinte dólares nuevos. No dio su dirección. —Relajó la expresión de la cara—. Quizá sea alguien que conocí hace años —dijo con voz queda—. Con otro nombre, quizá. Y tal vez vuelva a tener noticias de él. Estoy segura de que volveré a tener noticias de él, ¿no le parece?

—Bueno, si se ha tomado tanta molestia...

—Exacto. No habría llegado a tales extremos sólo para permanecer en el anonimato. Virgen Santa... —dijo, ahuecándose su pelo castaño rojizo—, es tan poco habitual tener tanta agitación.

Di lentamente un paso hacia la puerta.

—Bueno —dije—, será mejor que me vaya.

—Sí, claro. Bueno, ha sido usted muy amable al hacer esa llamada. —Fuimos juntos hasta la puerta—. Oh —exclamó, acordándose—, le daré algo por la molestia.

Voy por el bolso.

—No se preocupe —dije—. Ya me ha dado antes.

—Es cierto —dijo ella—. Se lo he dado, verdad. Se me había olvidado. Gracias por recordármelo.

Si el ascensorista está esperándome, pensé, me doy por vencido. Pero no lo estaba. El indicador de pisos mostraba que se encontraba en el tercero y, mientras miraba, subió al cuarto. Quizá Eduardo se había olvidado de mí, aunque también podía estar regresando.

Abrí la puerta de incendios y salí a las escaleras.

¿Y ahora qué? El teléfono de Onderdonk estaba comunicando. Había marcado su número de memoria y podía haberme equivocado, o quizá estaba comunicando porque otra persona había marcado el mismo número unos segundos antes que yo. O quizá estaba en casa.

No podía arriesgarme a entrar en el piso si había alguien dentro. Tampoco podía llamar a la puerta, ni tampoco pasarme una eternidad en las escaleras, pues aunque era posible que el conserje, el ascensorista y el portero se olvidaran de mí, también era posible que no lo hicieran. Una llamada por el interfono les permitiría saber que había salido del piso de la señora Tremaine, ante lo cual supondrían que me había ido por las escaleras (o incluso por el ascensor) sin que nadie se diera cuenta de ello, o bien pensarían que seguía en el edificio.

En tal caso podrían empezar a buscarme.

Pero incluso en caso de que no lo hicieran, no podía quedarme en las escaleras. Antes de entrar, tenía que comprobar por teléfono que el piso de Onderdonk estaba vacío. Luego, una vez dentro, tenía que esperar hasta la medianoche para irme con el cuadro, ya que, hiciera lo que hiciera, el personal que estaba ahora de servicio sin duda se acordaría de mí. ¿Qué repartidor de floristería abandona un edificio una hora después de haber entregado las flores? Podía escapar sano y salvo mancillando un poco la reputación de la señora Tremaine, dando a entender que habíamos pasado el tiempo coqueteando, pero ¿y si habían llamado a su piso mientras tanto y sabían que yo me había marchado hacía rato...?

Subí dos pisos. Tarjeteé la puerta de incendios, me asomé al vestíbulo, vi que estaba vacío e hice lo único sensato que se me ocurría. Sin molestarme en ponerme los guantes, sin siquiera tomar la lógica precaución de llamar al timbre y, por supuesto, sin perder ni un segundo con la alarma antirrobo falsa, saqué la anilla de las ganzúas y las sondas y entré en el piso de John Charles Appling.

Por un momento pensé que había cometido un terrible error. El piso tenía más luz de día que cuando había entrado en él la vez anterior. Incluso con las cortinas echadas se filtraba cierta cantidad de luz natural, por lo que pensé que las luces estaban encendidas y que había alguna persona. El corazón se me encogió, me dio un vuelco y empezó a latirme aceleradamente. Luego se calmó y yo también lo hice. Me puse los guantes de goma, eché el cerrojo y respiré hondo.

Me produjo una sensación muy extraña estar de nuevo en el piso de Appling. Sentí otra vez la emoción del allanamiento de morada, pero reducida por el hecho de que ya había estado antes en aquel lugar. Uno puede sentir el mismo placer la segunda, la tercera o la centésima vez que hace el amor con determinada mujer (puede sentir más en realidad), pero no puede obtener esa triunfal sensación de conquista más que una vez. Lo mismo sucede con la seducción de cerraduras y la entrada ilícita en un piso. Para colmo, esta vez no había entrado ilícitamente para robar. Sólo estaba buscando refugio.

Lo cual se me hacía realmente extraño. Veinticuatro horas antes me había encontrado en un estado de gran tensión que no empezó a disminuir hasta que salí del piso. Ahora había tenido que entrar nuevamente sólo para sentirme a salvo.

Fui al teléfono y cogí el auricular. ¿Pero qué necesidad había de llamar a Onderdonk ahora? No quería salir del edificio hasta medianoche, así que, ¿qué sentido tenía entrar en su piso antes? Si había salido, podía ir ahora, por supuesto. Podía robar el Mondrian y volver al piso de Appling, donde podría esperar hasta que dieran las doce, cuando salir no entrañara peligro.

Pero no quería hacerlo. Prefería quedarme donde estaba, llamar a Onderdonk a eso de las doce y, si no estaba, entrar ilícitamente en su piso e irme apresuradamente. Si estaba podía pedirle perdón y decirle que me había equivocado de número de teléfono, darle tres, cuatro o cinco horas para que se fuera a la cama y luego entrar ilícitamente en su piso mientras él dormía plácidamente en su cama. Decidido como estoy a evitar el contacto humano mientras trabajo, prefiero no entrar a robar en la vivienda de nadie si los inquilinos están en casa. Sin embargo, ir de visita cuando ya están en casa tiene la ventaja de que no tienes que preocuparte de que vuelvan a casa antes de que hayas acabado tu trabajo. En el caso que me ocupaba, yo quería una cosa y nada más que una, y no tenía que buscarla. Estaba allí, en el salón, y si el inquilino estaba durmiendo en el dormitorio, yo no tenía que acercarme a él en absoluto.

De todos modos, marqué el número. Dejé que el teléfono sonara una docena de veces y luego colgué. Habría dejado que sonara más tiempo, pero como no iba a ir, al menos en las próximas siete horas, ¿qué sentido tenía insistir?

Crucé el salón y aparté un poco la cortina con un dedo cubierto de goma. La

ventana daba a la Quinta Avenida, y ofrecía una vista bastante espectacular de Central Park. Tampoco tenía que preocuparme por que alguien me viera dentro del piso, a menos que hubiera una persona encaramada a una casa de Central Park West, a ochocientos metros de distancia, con unos prismáticos y una gran paciencia, lo cual no parecía muy probable. Corrí la cortina y acerqué una silla para contemplar al parque. Distinguí el zoo, el estanque, el anfiteatro en forma de concha para los conciertos y otros lugares conocidos. Pude ver muchos corredores en la avenida circular, el «sendero nupcial» y la pista de atletismo que rodea el embalse. Verles era como observar el tráfico de la autopista desde un avión.

Era una pena que no pudiera estar allí abajo con ellos. Hacía un día perfecto para correr.

Perdí la paciencia al cabo de un rato y me puse a pasear por el piso. En el estudio de Appling cogí un álbum de sellos y lo hojeé distraídamente. Vi unas cuantas cosas que debería haber cogido en mi última visita, pero ni siquiera me planteé la posibilidad de cogerlas. La vez anterior había sido un ladrón, un depredador en busca de su botín. Esta vez en cambio era un huésped, pese a que no había sido invitado, y no podía abusar de la hospitalidad de mi anfitrión.

De todas formas, disfruté mirando los sellos sin tener la obligación de apropiarme de ellos. Me puse cómodo y me relajé con la fantasía de que el piso y la colección de sellos eran míos, que había encontrado y comprado todos aquellos rectángulos perforados de papel coloreado y que mis dedos se habían deleitado metiéndolos en fundas y pegando estas en sus lugares correspondientes. Me suele costar trabajo imaginarme que una persona pueda dedicar tiempo y dinero a pegar sellos de correos en un álbum, pero aquella vez llegué a interesarme en ello e incluso me sentí un tanto culpable por haber robado algo realizado con tanto mimo.

Si quieres que te diga la verdad, fue una suerte que no llevara los sellos de Appling encima. Podría haber llegado a ponerlos en su sitio.

El tiempo pasaba lentamente. No quería encender la televisión ni la radio, ni siquiera andar por el piso demasiado, por miedo a que a algún vecino le extrañaran los sonidos provenientes de un piso supuestamente vacío. No podía concentrarme en la lectura y, no sé por qué, pero sostener un libro con guantes en las manos le impide a uno seguir la historia con atención. Volví a mi silla de la ventana y vi cómo el sol se ponía tras los edificios de la parte oeste del parque. Por lo que se refiere al entretenimiento, eso fue prácticamente todo.

A eso de las nueve empecé a tener hambre y me puse a rebuscar en la cocina. Llené un tazón de cereales con nueces y uvas y añadí un poco de leche de aspecto sospechoso. Probablemente en una taza de café se habría cuajado, pero para los cereales no estaba mal. Luego lavé el tazón y la cuchara y los puse donde los había

encontrado. Volví al salón, me quité los zapatos y me tumbé en la alfombra con los ojos cerrados. Mi imaginación se entregó a la contemplación de una enorme extensión blanca, y mientras observaba su perfecta pureza (nieve virgen, pensé, o la lana de millones de corderos) y me iba poniendo poético, unos rizos negros empezaron a desenrollarse y extenderse sobre la blanca extensión, desplegándose de arriba abajo, formando una cuadrícula rectangular sin orden ni concierto. Luego uno de los espacios en blanco cerrados empezó a ponerse rojo, y de forma espontánea otro tomó una suave coloración celeste y fue cobrando intensidad hasta teñirse de un vivo azul cobalto, y otro cuadrado rojo empezó a destacarse en la parte inferior derecha...

Dios mío, mi mente estaba pintándome un Mondrian.

Observé cómo las líneas cambiaban y se reconstituían, elaborando variaciones sobre un tema. No sé con seguridad qué es la consciencia y qué no lo es, pero lo cierto es que en un momento dado era consciente y en otro no lo era. De pronto recuperé el dominio y me liberé de algo. Me incorporé y consulté mi reloj.

Eran las doce y siete... Y ocho minutos.

Tardé unos minutos en cerciorarme de que dejaba el piso de Appling tal como lo había encontrado. Me había quedado dormido con los guantes puestos y tenía los dedos húmedos, fríos y pegajosos. Me quité los guantes, sequé la parte interior de los dedos, me lavé las manos, me las sequé y volví a ponerme los guantes. Arreglé un par de cosas, ordené otras, eché las cortinas y puse en su sitio la silla que había movido. Luego cogí el teléfono, consulté el número de Onderdonk en la guía para asegurarme de que no me equivocaba, lo marqué y dejé que el teléfono sonara una docena de veces.

Apagué la única luz que tenía encendida, salí, cerré la puerta con llave y limpié el tirador, el área que lo rodeaba y el timbre. Rápidamente pasé por la puerta de incendios, subí cuatro pisos y llegué al decimosexto; entré en el vestíbulo, fui hasta la puerta de Onderdonk y llamé al timbre. Esperé unos segundos, por si acaso, recé una ferviente aunque apresurada plegaria a san Dimas e hice saltar una cerradura Segal con cuatro gachetas y cerrojo basculante en no mucho más tiempo que lo que me había costado echar la leche a los cereales con nueces y uvas.

Estaba oscuro. Entré con sigilo, cerré la puerta, respiré lenta y profundamente y esperé a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra. Me metí la anilla de las ganzúas en el bolsillo y busqué la linterna. Ya tenía los guantes puestos, puesto que no me había molestado en quitármelos para la rápida carrera escaleras arriba. Me orienté en la oscuridad o, mejor dicho, lo intenté, levanté la linterna, la dirigí hacia el lugar donde debía estar la chimenea y la encendí.

La chimenea estaba allí. Encima había una extensión blanca, igual a la que mi imaginación había creado cuando estaba tumbado en el suelo de Appling antes de que las líneas negras se dibujaran a lo largo y ancho de su superficie. Pero ¿dónde estaban

ahora las líneas negras? ¿Dónde los rectángulos azules, rojos y amarillos?

Es más, ¿dónde estaba el lienzo? ¿Dónde el marco de aluminio? ¿Y por qué sobre la chimenea de Onderdonk no había más que una pared desnuda?

Apagué la linterna y me quedé de nuevo a oscuras. A la conocida emoción del robo se le sumó el elemento añadido del pánico. Pero, por amor de Dios, ¿me encontraba acaso en un piso equivocado? ¿Había subido una escalera de más o de menos? Leona Tremaine vivía en el noveno, y yo había subido dos escaleras, hasta el undécimo, donde había sido el huésped de los Appling. Del undécimo al decimosexto había cuatro pisos. ¿Acaso había contado los pisos mientras subía y había incluido el inexistente decimotercero?

Encendí la linterna. Era probable que todos los pisos de la letra B tuvieran la misma distribución y que todos tuvieran una chimenea en aquel lugar en concreto. ¿Pero tendrían los otros pisos bibliotecas a ambos lados de la chimenea? Además, estas bibliotecas me resultaban conocidas e incluso podía reconocer algunos libros. Allí estaban el Defoe con tapas de cuero y la caja de dos volúmenes de la antología de prosa y poesía de Stephen Vincent Benét. También se veía, apenas perceptible en la extensión de blanco, casi como una imagen en negativo de un «negro sobre negro» de Ad Reinhardt, el rectángulo algo más claro sobre el que el Mondrian había estado colgado. El tiempo y el aire de Nueva York habían oscurecido la pared circundante, dejando una imagen fantasma del cuadro que yo había ido a robar.

Bajé el haz de luz al suelo y entré en la habitación. El cuadro no estaba allí y debería estarlo, luego algo no encajaba. ¿Acaso seguía dormido? ¿Estaba dormitando en el suelo de Appling y simplemente había soñado la parte en que me despertaba y subía al piso de Onderdonk? Decidí que así era y mentalmente me di un empujón para espabilarme. No ocurrió nada.

Tenía la sensación de que algo iba mal, y no se trataba sólo de la inesperada ausencia del cuadro. Avancé unos pasos e iluminé diferentes partes de la habitación con la linterna. Si había desaparecido algo más, no reparé en ello. El cuadro de Arp seguía colgado donde lo había visto durante mi primera visita. Los otros cuadros se encontraban en los lugares que recordaba. Me volví y moví la linterna alrededor. Su haz de luz me mostró un busto de bronce de estilo cicládico colocado sobre un plinto de plexiglás. Recordaba haber visto el busto la otra vez, aunque no me había fijado mucho en él. Seguí moviendo la luz, describiendo lentamente una circunferencia, y es posible que oyera o percibiera que alguien contenía la respiración. A continuación el haz de luz cayó de lleno sobre la cara de una mujer.

No era ni un cuadro ni una estatua. Era una mujer, y estaba situada entre la puerta y el lugar en el que yo me encontraba con una mano pequeña colocada sobre la cintura y la otra a la altura del hombro con la palma hacia fuera como para defenderse de algo amenazante.

—Oh, Dios mío —exclamó—. Es un ladrón, y va a violarme, va a matarme. Oh, Dios mío...

Que sea un sueño, rogué. Pero no lo era y yo lo sabía. Me había cogido con las manos en la masa, tenía el bolsillo lleno de herramientas de ladrón y ningún derecho a estar donde estaba, y un registro en mi piso permitiría encontrar el número suficiente de sellos robados como para abrir una delegación de correos. Además la mujer se interponía en mi camino hacia la puerta, e incluso si conseguía esquivarla y salir del piso, ella podría llamar al conserje antes de que yo lograra acercarme al vestíbulo del edificio. Por si fuera poco, tenía la boca abierta e iba a ponerse a gritar en cualquier momento.

Y todo por culpa de un jodido gato con un nombre ingenioso y carácter intransigente. La Asociación Protectora de Animales Americana dedicaba seis días de cada semana al sacrificio de gatos que nadie reclamaba y yo iba a acabar en chirona por intentar rescatar a uno. Me quedé quieto, apuntando a sus ojos con la luz como si así pudiera hipnotizarla, como si la linterna fuera los faros de un coche y ella un ciervo. Pero no tenía cara de hipnotizada, sino de estar aterrada, y tarde o temprano el terror disminuiría lo suficiente como para permitirle gritar. Pensé en ello y también en unos muros de piedra.

Según Richard Lovelace, unos muros de piedra no constituyen una cárcel, pero permite que te diga que ese hombre se las da de valiente. Unos muros de piedra constituyen una cárcel de mucho cuidado y unos barrotes de hierro constituyen una jaula perfecta. Yo he estado en una y no quiero volver a ella jamás.

Sácame de esta y prometo que...

Pero ¿cómo voy a prometer yo nada?, pensé. Probablemente volvería a hacerlo, porque está claro que soy incorregible. De todos modos sácame de aquí. Luego ya veremos.

—Por favor... —dijo la mujer—. Por favor, no me haga daño.

—No voy a hacerle daño.

—No me mate.

—Nadie va a matarla.

Mediría un metro setenta y era delgada. Tenía la cara ovalada y unos ojos con los que un spaniel habría ganado el premio al mejor ejemplar de su raza. Era morena y llevaba una melena peinada hacia atrás y recogida con un par de trenzas que mostraban el marcado nacimiento de su pelo. Vestía un vaquero beige y un polo color lima con un cocodrilo en el pecho. Las zapatillas de ante marrón que llevaba se parecían a algo que podría ponerse un hobbit.

—Va a hacerme daño...

—Jamás hago daño a nadie —le dije—. Ni siquiera mato a las cucarachas. Bueno, echo un poco de ácido bórico por el suelo, lo cual supongo que es lo mismo desde el

punto de vista moral, pero eso de dar un paso atrás y aplastarlas de un pisotón no lo hago nunca. Y no sólo porque dejen mancha, sino porque en el fondo soy una persona pacífica...

¿Por qué estaba parlotando de aquella manera? Por los nervios, supongo, y la premisa de que ella había tenido la amabilidad de no gritar mientras yo hablaba.

—Dios mío —dijo—. Estoy tan asustada...

—No era mi intención asustarla.

—Míreme. Estoy temblando.

—No se alarme.

—No puedo evitarlo. Tengo miedo.

—Yo también.

—¿En serio?

—Si le contara...

—Pero si es un ladrón —dijo, frunciendo el entrecejo—. ¿No?

—Bueno...

—Pues claro que es un ladrón. Lleva guantes.

—Estaba fregando los platos.

Se echó a reír, pero la risa se desvaneció y se convirtió en expresión de la histeria.

—Dios mío, ¿cómo puedo estar riéndome? Estoy en peligro.

—No, no lo está.

—Sí, sí lo estoy. Siempre ocurre lo mismo: una mujer sorprende a un ladrón y acaba violada y muerta. Acuchillada.

—Pero si ni siquiera llevo navaja.

—Pues estrangulada.

—No tengo fuerza en las manos.

—Está bromeando.

—Es muy amable al decir eso.

—Usted... parece simpático.

—Exacto —dijo—. Ha acertado usted. Eso es lo que soy: el típico tipo simpático.

—Pero míreme. Quiero decir, no me mire. Mejor dicho...

—Cálmese. Todo va a salir bien.

—Le creo.

—Pues claro que me cree.

—Pero sigo asustada.

—Sé que lo está.

—Y no puedo evitarlo. No puedo dejar de temblar. Por dentro parece como si fuera a desintegrarme de tanto temblar.

—No va a pasarle nada.

—¿Podría...?

—¿Qué?

—Esto es una locura.

—No, no, adelante, dígame.

—Va a decir que estoy loca. Es decir, es usted la persona de la que estoy asustada, y sin embargo...

—¿Sí?

—¿Podría abrazarme, por favor?

—¿Abrazarla?

—Sí, abrazarme.

—Bueno, si piensa que así se sentirá mejor.

—Sólo quiero que me abrace.

—Claro, cómo no.

La cogí entre mis brazos y ella ocultó la cara en mi pecho. Nuestras camisetas se apretaron, fundiéndose. Noté el calor y la turgencia de sus senos bajo las dos capas de tela. Me quedé quieto en la oscuridad (la linterna estaba de nuevo en mi bolsillo), abrazándola, acariciando sus sedosos cabellos con una mano, dándole palmaditas en el hombro con la otra y diciendo «Ya está, no pasa nada» con un tono que pretendía ser tranquilizador.

La espantosa tensión que la embargaba desapareció. Seguí abrazándola y hablándole al oído, aspirando su perfume, absorbiendo su calidez...

—Ah... —dijo.

Alzó la cabeza y nuestras miradas se encontraron. Había luz suficiente para que yo pudiera mirarla a los ojos fijamente, y estos eran lo bastante profundos como para que un hombre se ahogara en ellos. La abracé, la miré y sucedió lo que tenía que suceder.

—Esto es...

—Lo sé.

—Una locura.

—Lo sé.

La solté. Se quitó la camiseta. Yo hice lo mismo. Volvió a mis brazos. Todavía tenía puestos aquellos estúpidos guantes. Me los quité de un tirón y sentí su piel bajo mis dedos y sobre mi pecho.

—Dios... —exclamó.

—Dios... —volvió a decir al cabo de unos minutos. Nuestra ropa estaba en el suelo hecha un montón, al igual que nosotros. Si me hubieran dado a elegir, supongo que hubiera optado por una cama con somier, colchón de muelles y sábanas Porthault, aunque lo cierto es que nos había ido estupendamente en la alfombra Aubusson. La sensación de irrealidad y ensueño que había empezado a invadirme con la misteriosa desaparición del Mondrian se hacía más intensa cada minuto que pasaba, pero he de reconocer que empezaba a gustarme.

Pasé la mano sin ninguna prisa sobre una superficie curva absolutamente maravillosa, luego me puse en pie y avancé a tientas en la penumbra hasta que encontré una lámpara de mesa y la encendí. Ella se tapó instintivamente la entrepierna con una mano y los senos con otra, luego se detuvo y se echó a reír.

—¿No te lo había dicho? Sabía que ibas a violarme —dijo.

—Pues menuda violación.

—Me alegro de que te hayas quitado esos guantes. Me habría sentido como si me examinara el ginecólogo.

—¿Por qué has venido aquí?

Inclinó la cabeza hacia un lado y me preguntó:

—¿No soy yo quien debería hacer esa pregunta?

—Ya sabes por qué estoy aquí —dije—. Soy un ladrón. He venido aquí a robar algo. ¿Y tú?

—Yo vivo aquí.

—Sí, ya. Onderdonk ha estado solo desde que murió su esposa.

—Ha estado solo —dijo ella—, pero no solo solo.

—Comprendo. Tú y él habéis estado...

—¿Te sorprende? Acabo de hacerlo contigo en la alfombra del salón, de modo que seguramente te habrás dado cuenta de que no soy virgen. ¿Por qué Gordon y yo no habríamos de ser amantes?

—¿Dónde está él?

—Ha salido.

—¿Y estás esperando a que vuelva?

—Eso es.

—¿Por qué no has respondido al teléfono hace unos minutos?

—¿Eras tú? No he respondido porque nunca respondo al teléfono de Gordon. Al fin y al cabo no vivo oficialmente en esta casa. Sólo me quedo a dormir de vez en cuando.

—¿Tampoco abres la puerta cuando suena el timbre?

—Gordon siempre utiliza las llaves para entrar en casa.

—De ahí que, hace unos minutos, cuando abrí la puerta, tú hayas apagado la luz y te hayas quedado de espaldas a la pared.

—No apagué la luz. Estaba leyendo y me quedé adormilada.

—Estabas leyendo a oscuras y te quedaste adormilada.

—Sentí sueño y apagué la luz, y luego me quedé adormilada. Por tanto reaccioné con lentitud y quizá ilógicamente cuando tú llamaste al timbre y abriste la puerta. ¿Satisfecho?

—Mucho. ¿Dónde está el libro?

—¿Qué libro?

—El que estabas leyendo.

—Puede que haya acabado debajo del sofá. O tal vez lo puse en la estantería antes de apagar la luz. De todas formas, ¿qué importa?

—Nada.

—Al fin y al cabo eres un ladrón, ¿no? Cualquiera diría que eres el fiscal de distrito y que estás preguntándome qué hice la noche del 23 de marzo. Soy yo quién debería estar haciendo las preguntas. ¿Cómo has conseguido que te deje pasar el conserje? Esa es una buena pregunta.

—Es una pregunta excelente —dije asintiendo—. Llegué al tejado en helicóptero, descendí por una cuerda y me metí en un ático por la ventana desde la terraza. Luego bajé varios pisos y aquí estoy.

—¿Has robado algo en el ático?

—No tenían nada especial. Imagino que la casa les ha dejado arruinados. Se lo habrán gastado todo comprándola.

—Supongo que es lo que suele ocurrir.

—No lo sabes. ¿Cómo has conseguido tú que te deje pasar el conserje?

—¿Yo?

—Tú no vives oficialmente en esta casa. ¿Por qué habrían de dejarte pasar si Onderdonk ha salido?

—Estaba aquí cuando vine. Luego salió.

—Y te dejó a oscuras.

—Ya te he dicho que...

—Sí, ya, que apagaste la luz cuando te entró sueño.

—¿No te ha ocurrido nunca?

—A mí nunca me entra sueño. ¿Cuál es la capital de Nueva Jersey?

—¿Nueva Jersey? ¿La capital de Nueva Jersey?

—Eso es.

—¿Es una pregunta con trampa? La capital de Nueva Jersey es... Trenton, ¿no? ¿Qué tiene que ver con lo que estábamos hablando?

—Absolutamente nada —reconocí—. Sólo quería ver si te cambia la cara cuando

cuentas la verdad. La última vez que has hablado sinceramente fue cuando dijiste «Dios...». Apagaste la luz cuando oíste que venía e intentaste fundirte con la pared para disimular. Te quedaste encogida de miedo al verme, aunque si hubiera sido Onderdonk no habrías podido ni contarle del susto. ¿Por qué no me dices qué has venido a robar y si lo has encontrado?

Ella se limitó a mirarme fijamente por unos segundos, durante los cuales su cara experimentó una interesante serie de cambios. Luego suspiró y se puso a rebuscar en el montón de ropa.

—Más vale que me vista —dijo.

—Si crees que debes hacerlo.

—Volverá pronto. O al menos es posible. A veces no viene en toda la noche, pero es probable que vuelva a eso de las dos. ¿Qué hora es?

—Casi la una.

Cogimos cada uno nuestra ropa y empezamos a vestirnos.

—No he robado nada —dijo ella—. Puedes registrarme.

—Buena idea. Desnúdate.

—Pero si acabo... Por un momento creí que lo decías en serio.

—No ha sido más que una broma tonta.

—Pues he estado a punto de creerte. —Pensó por un momento y luego dijo—: Quizá debería decirte de una vez por qué estoy aquí.

—Quizá.

—Estoy casada.

—Pero no con Onderdonk.

—No, por Dios. Pero Gordon y yo... Digamos que he cometido un desliz.

—¿En esta misma alfombra?

—No; esta ha sido la primera vez. Tú eres el primer ladrón con que lo hago y este es el primer revolcón que me he dado en una alfombra. —De pronto sonrió—. Siempre he tenido la fantasía de que un extraño me hacía el amor brusca y apasionadamente. No de que me violaba exactamente, pero sí de que perdía la cabeza, de que me dejaba llevar por el deseo.

—Espero no haber echado a perder tu fantasía.

—Todo lo contrario, querido. La has hecho realidad.

—¿Te importa si seguimos hablando de Onderdonk? Hablabas de una imprudencia.

—Le escribí unas cartas.

—¿Cartas de amor?

—Cartas lujuriosas. «Me gustaría tener tu tal dentro mi tal». «Me gustaría hacer lo que te imaginas con lo que tú sabes hasta que hagas ya sabes qué». Esa clase de cosas.

—Debes de escribir unas cartas estupendas.

—Eso pensaba Gordon. Hasta que dejamos de vernos. Rompimos hace unas semanas y le pedí que me devolviera las cartas.

—¿Y él se negó?

—«Fueron escritas para mí —me dijo—. Eso me convierte en su dueño». No quería devolvérmelas.

—¿Y empezó a utilizarlas para hacerte chantaje?

Me miró con ojos muy abiertos.

—¿Por qué habría de hacer algo así? Gordon es rico y yo no tengo dinero.

—Podría haberte hecho chantaje para conseguir algo aparte de dinero.

—¿Te refieres a sexo? Supongo que podría haberlo hecho, pero no es el caso. La relación acabó de común acuerdo. No, sólo quería conservar las cartas con el fin de mantener vivo el recuerdo de la relación. En una ocasión me dijo que tenía intención de guardarlas para la vejez, para tener algo que leer cuando la lectura fuera lo único que le quedara.

—Y luego dicen de Louis Auchincloss.

—¿Qué?

—Nada, nada. De modo que se quedó con tus cartas.

—Y con las fotografías.

—¿Fotografías?

—Hizo fotos en un par de ocasiones.

—¿Fotos de ti?

—Algunas de mí y algunas de los dos. Tiene una Polaroid con disparador automático.

—Y así podía hacer fotos de ti haciendo lo que él se imaginaba con lo que ya sabía.

—Podía hacerlo y lo hizo.

Me erguí y dije:

—Bien, aún disponemos de unos minutos y a mí se me dan bien las misiones de «búsqueda y destrucción». Si las fotos y las cartas están en este piso, estoy seguro de que puedo encontrarlas.

—Ya las he encontrado.

—¿Ah, sí?

—Estaban en la cómoda, que ha sido prácticamente el primer lugar en el que he mirado.

—¿Y ahora dónde están?

—En el incinerador.

—Polvo somos y en polvo nos convertiremos.

—Tienes una manera graciosa de hablar.

—Gracias. Misión cumplida, ¿no? Has encontrado las cartas y las fotos, las has mandado a que las quemem, las compriman o hagan con ellas lo que se haga con la basura en el Carlomagno, y luego te has puesto en camino.

—Eso es.

—¿Entonces cómo es que todavía estabas aquí cuando yo entré?

—Me disponía a salir —dijo—. Me dirigía hacia la puerta. Tenía la mano en el tirador cuando llamaste al timbre.

—¿Y si hubiera sido Onderdonk?

—Pensé que era él. Pero no cuando oí el timbre, porque no tenía ningún motivo para llamar a su propia puerta. A menos que supiera que yo estaba dentro, claro está.

—¿Cómo has entrado?

—Nunca cierra con dos vueltas. La abrí con una tarjeta de crédito.

—¿Sabes cómo hacer eso?

—Es algo que todo el mundo sabe hacer, ¿no? Lo único que tienes que hacer es ver la televisión y fijarte en cómo lo hacen. Es muy instructivo.

—Si tú lo dices. La puerta estaba cerrada con dos vueltas cuando intenté abrirla. Tuve que utilizar una ganzúa para que cedieran las gachetas.

—He echado el cerrojo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Ha sido algo instintivo, supongo. De paso debería haber puesto la cadena. Entonces tú te habrías dado cuenta de que había alguien dentro y no habrías entrado, ¿no?

—Probablemente no, y tú no habrías tenido la ocasión de hacer realidad tu fantasía.

—Pues no te falta razón...

—Pero supongamos que no hubiera sido yo, sino Onderdonk. ¿Le habrías hecho lo que él se imagina en la alfombra o lo habrías arrastrado hasta el dormitorio?

Dejó escapar un suspiro.

—No lo sé. Supongo que le habría dicho lo que he hecho. Probablemente se habría reído al oírlo. Como ya te he dicho, nos separamos amistosamente. Pero es un hombre robusto y tiene el genio vivo, por eso me he ocultado con la esperanza de encontrar la manera de salir sin que él me viera. Sabía que era imposible, pero no sabía qué más podía hacer.

—¿Qué ha ocurrido con el cuadro?

Me miró y parpadeó.

—¿Cómo?

—¿El que estaba allí, encima de la chimenea?

Miró.

—Tenía un cuadro colgado allí, ¿verdad? Claro que sí. Se puede ver el contorno.

—Un Mondrian.

—Claro, pero ¿dónde tengo la cabeza? Su Mondrian. ¡Ah...! ¡Has venido a robar su Mondrian!

—Sólo quería verlo. Los museos cierran a la seis y de pronto me han entrado ganas de dejarme iluminar por el fulgor del gran arte.

—Y yo que pensaba que habías entrado a robar en su piso por casualidad. Has venido aquí por el Mondrian.

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta que lo digas. ¿Sabes?, una vez hizo un comentario sobre ese cuadro. Fue hace tiempo. Pero ahora no lo recuerdo; tengo que hacer memoria.

—Tómate el tiempo que necesites.

—¿No están organizando una exposición de la obra de Mondrian? De Mondrian o de toda la escuela De Stijl de pintura abstracta. Querían que Gordon les prestara su Mondrian.

—¿Y han venido a recogerlo esta tarde?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Ha sido entonces cuando ha abandonado su lugar en la pared? Si sabías que se lo iban a llevar esta tarde, ¿por qué has venido esta noche a cogerlo?

—No sé cuándo ha abandonado su lugar en la pared. Sólo sé que ayer estaba aquí.

—¿Cómo es que sabes eso? Déjalo. Supongo que no querrás decírmelo. Quizá me falle la memoria y lo que voy a decirte no sea del todo correcto, ya que no estaba prestando mucha atención cuando lo dijo, pero creo que Gordon iba a encargarse de que le pusieran otro marco para la exposición. Tenía un marco de aluminio, como el resto de las pinturas que hay aquí, pero él quería uno que encuadrara el lienzo sin tapar los bordes. Mondrian era uno de esos pintores que continúan el cuadro por los lados del lienzo, y Gordon deseaba que esa parte se viera, ya que técnicamente formaba parte de la obra. Pero no quería exponer un lienzo sin ningún tipo de marco. No sé cómo lo habrá solucionado al final, pero, bueno, no me sorprendería que eso haya pasado con el cuadro. ¿Qué hora es?

—La una y diez.

—Tengo que irme. Tanto si vuelve como si no, tengo que irme. ¿Vas a robar algo más? ¿Otros cuadros o alguna otra cosa?

—No. ¿Por qué?

—Por curiosidad, nada más. ¿Quieres salir tú primero?

—No especialmente.

—¿Y eso?

—Es mi carácter caballeresco. No se trata simplemente del antiguo principio según el cual las damas salen primero, sino de que me moriría de preocupación si no supiera que has conseguido salir sana y salva. Por cierto, ¿cómo vas a salir?

—Ni siquiera me hará falta mi tarjeta de crédito. Ah, ¿te refieres a cómo salir del edificio? Tal como entré. Voy a bajar en el ascensor, sonreír dulcemente y esperar a que el portero llame a un taxi.

—¿Dónde vives?

—A un viaje en taxi de distancia.

—Yo también, pero creo que deberíamos ir en taxis diferentes. No quieres decirme dónde vives.

—Pues, a decir verdad, no. No creo que sea una buena idea darle a un ladrón la dirección de tu casa. Podrías birlar la cubertería de plata de la familia.

—No robo cuberterías desde que bajaron los precios. Hoy en día casi no merece la pena hacerlo. ¿Y si quisiera volver a verte?

—Tendrás que seguir abriendo puertas. ¿Quién sabe lo que puedes encontrar al otro lado?

—Tienes razón. Quizá la dama o quizá el tigre.

—Quizá los dos.

—Quizá. Por cierto, tienes unas uñas muy afiladas.

—No me pareció que te importara.

—No estaba quejándome; era sólo un comentario. Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Digamos que la Dama del Dragón.

—Ya decía yo que hacía calor. Yo me llamo Bernie.

Ladeó la cabeza y meditó el asunto.

—Bernie el ladrón. Supongo que no hay nada de malo en que sepas mi nombre de pila, ¿no?

—Podrías inventártelo.

—¿Es eso lo que acabas de hacer? Yo sería incapaz. Nunca miento.

—Es lo más prudente, según tengo entendido.

—Eso he oído decir. Me llamo Andrea.

—Andrea. ¿Sabes qué me gustaría hacer, Andrea? Me gustaría empujarte de nuevo sobre nuestra entrañable Aubusson y darme otro revolcón contigo.

—Caramba, eso no suena nada mal. Si tuviéramos tiempo y tranquilidad, que es precisamente lo que no tenemos. Yo no, al menos. Tengo que largarme de aquí.

—Me gustaría volver a verte. ¿Puedo localizarte de alguna manera? —le pregunté.

—El problema es que estoy casada.

—Pero de vez en cuando cometes imprudencias.

—De vez en cuando. Pero imprudencias prudentes, ¿sabes a lo que me refiero? Ahora bien, si me dices cómo puedo localizarte yo a ti...

—¿Qué?

—¿No lo comprendes? Eres un ladrón y no deberías correr el riesgo de que me dé

un ataque de mala conciencia o se me crucen los cables y vaya a la policía, y yo no quiero correr un riesgo parecido. Quizá deberíamos dejar las cosas tal como están. Ya sabes lo que se suele decir: somos dos barcos que se cruzan en la noche. Así estaremos los dos a salvo.

—Puede que tengas razón. Pero pasado un tiempo podríamos decidir correr el riesgo juntos, y entonces ¿qué haríamos? Ya sabes cuáles son las palabras más tristes que se han dicho o escrito.

—«Podría haber salido bien». Eres ingenioso, pero el Fénix lo era más.

—Dios mío. Lees los clásicos, eres una listilla y te gusta hacer de tigresa. No puedo dejarte escapar así por las buenas... Ya lo tengo.

—¿Qué es lo que tienes?

—Compra el *Village Voice* todas las semanas y lee los anuncios personales de la sección «tablón de anuncios del Village». ¿Vale?

—Vale. Tú haz lo mismo.

—De acuerdo. ¿Pueden un ladrón y una adúltera encontrar la felicidad en el mundo de hoy? Habrá que esperar a verlo, ¿no? Adelante, ve a llamar al ascensor.

—¿No quieres bajar conmigo?

—Quiero ordenar un poco todo esto. Además, voy a esperar unos minutos para que no parezca que salimos juntos. De ese modo, si tengo algún problema, tú no te verás involucrada.

—¿Tendrás algún problema?

—Probablemente no, ya que no voy a robar nada.

—Eso es lo que quería preguntarte en realidad. Es decir, no debería importarme que robes algo, incluso si se trata de la alfombra en la que hemos hecho eso que me gusta hacer que tú ya sabes, pero evidentemente me importa. Bernie, ¿podrías abrazarme?

—¿Estás asustada otra vez?

—No, pero me gusta cómo me abrazas.

Me puse los guantes y esperé con la puerta abierta unos centímetros hasta que la vi llamar al ascensor. Luego cerré la puerta, eché el cerrojo y recorrí el piso rápidamente con el único propósito de asegurarme de que en las otras habitaciones no había nada que yo debiera saber. No abrí ningún cajón o armario; simplemente me asomé a todas las habitaciones y encendí la luz lo suficiente para cerciorarme de que no había ninguna señal de la presencia de Andrea. No había ningún cajón sacado o volcado, ni ninguna mesa tumbada, ni ningún indicio de que el piso había sido visitado por un ladrón, un ciclón o cualquier otro fenómeno molesto.

Y tampoco había un cadáver en la cama o en el suelo. Uno no va por ahí esperando encontrarse algo así, pero es que en una ocasión fui sorprendido robando

en el piso de un hombre llamado Flaxford, y ese Flaxford estaba muerto en otra habitación en aquel preciso momento, circunstancia que llegó al conocimiento de la policía antes de entrar en mi archivo de información. Así pues, eché un vistazo aquí y allá, y si me hubiera encontrado con el Mondrian, apoyado contra la pared o quizá envuelto en papel de embalar a la espera del enmarcador, me habría sentido verdaderamente complacido.

Pero no tuve tal suerte, ni pasé mucho tiempo buscando. En realidad hice toda esta labor de reconocimiento con bastante mayor rapidez que lo que cuesta contarlo, y cuando salí al vestíbulo el ascensor ya estaba subiendo.

¿Estaría atestado de chicos de uniforme? ¿Había acabado mi suerte, al igual que la de Sansón, lord Randall y el Seductor Audaz antes que yo, debido a la perfidia de una mujer? No tenía sentido que me quedara a averiguarlo. Me escabullí por la puerta de incendios y esperé a que el ascensor se detuviera en el decimosexto.

Pero no se detuvo. Miré por la rendija de la puerta y agucé el oído. El ascensor pasó por el decimosexto sin detenerse, luego se paró, esperó, bajó y volvió a pasar por el decimosexto sin detenerse. Volví al vestíbulo,forcé las gachetas de la cerradura de Onderdonk para que la puerta quedara cerrada con llave, recordé que Andrea había dicho que Onderdonk nunca cerraba con dos vueltas, volví a forzar la cerradura para echar sólo el pestillo, como al parecer había hecho él, solté un profundo suspiro pensando en todo el tiempo y el esfuerzo inútil que aquello me había costado, me quité los estúpidos guantes de goma y llamé al ascensor.

No me encontré con ningún policía, ni en el ascensor ni en el vestíbulo ni en la calle, ni sufrí contratiempo alguno con el ascensorista, el conserje o el portero, ni siquiera cuando respondí negativamente al ofrecimiento de este último de llamar un taxi. Le dije que me apetecía pasear y recorrí tres manzanas paseando antes de detenerme a llamar un taxi. De este modo no tenía que cambiar de taxi al cabo de unos segundos y podía ir directamente a casa, que fue lo que hice.

Cuando llegué, me hubiera gustado irme directamente a la cama, pero tenía que resolver el asunto de los sellos de Appling y estaba preocupado. Hubiera corrido el riesgo y dejado el trabajo sin acabar, pero me sentía incapaz después de todo lo sucedido en el Carlomagno durante las últimas diez horas. Había tenido demasiado contacto humano, el suficiente como para correr el riesgo de llamar la atención de la policía. No había hecho nada en el piso de Onderdonk, ni había robado nada excepto los sellos de Appling (y los pendientes, no hay que olvidarse de los pendientes), pero desde luego no quería tener los sellos por casa si alguien con una insignia de hojalata y un mandamiento judicial llamaba a mi puerta.

Estuve levantado toda la noche por culpa de los jodidos sellos. Te aseguro que nunca se tienen semejantes problemas con el dinero en metálico; te lo gastas cuando y como quieres. Metí todos los sellos en sobres de papel glaseado y todas las hojas de

álbum de Appling en el incinerador, tras lo cual guardé los sobres en un escondrijo del que seguramente no debería hablarte, pero ¿qué demonios importa? Tengo en el rodapié un enchufe falso, es decir, no tiene cables de electricidad que lo conecten con una cajita de aluminio situada detrás. No es más que una tapa con un par de receptáculos, fijado al rodapié con un par de tornillos. Si quitas los tornillos y retiras la tapa, puedes meter la mano en una abertura del tamaño de un pan (no de los que parecen estar hinchados, sino uno prieto y sabroso de los que venden en la tienda de productos naturales). En ella guardo los objetos robados hasta que puedo deshacerme de ellos y también escondo mis herramientas de trabajo (no todas, porque algunas son totalmente inocentes fuera de contexto; puedes guardar un rollo de cinta adhesiva en el botiquín y una linterna en el cajón de las herramientas sin necesidad de preocuparte. Sin embargo, las ganzúas, las sondas y las palancas son harina de otro costal, y resultan incriminatorias tanto si están en contexto como si no lo están).

Cuento con otro escondrijo, de características parecidas, en el que guardo el dinero para casos de emergencia. Tengo incluso una radio enchufada en uno de los receptáculos, y además funciona, a pilas, claro, porque su cable falso no recibe corriente de ninguna parte. Allí tengo unos cuantos miles de dólares en billetes de cincuenta y de cien sin numerar que servirían para sobornar a un policía, satisfacer una fianza o, si la situación llega alguna vez a ser desesperada, pagarme un viaje a Costa Rica. Espero de todos modos que nunca se dé semejante situación, porque acabaría volviéndome loco allí. ¿A quién conozco en Costa Rica? ¿Qué haría si se me antojara una rosquilla o una pizza?

No llegué a irme a la cama. Me duché, me afeité y me puse ropa limpia. Salí y tomé una rosquilla (que no una porción de pizza), un plato de huevos con beicon y un tazón de café en un establecimiento griego que hay a una manzana de mi casa. Me bebí el café a sorbos y mi cabeza, agotada y cargada después de todas las horas que había pasado despierta y concentrada en unos diminutos cuadrados de papel coloreado, se trasladó a lo sucedido unas horas antes. Recordé unas manos anhelantes, una piel suave y una boca cálida, y me pregunté si habría habido algo de verdad en medio de todas las mentiras que me había contado.

Se había producido entre nosotros una magia especial, una magia física y una magia mental, y estaba lo bastante cansado para bajar la guardia y liarme con ella. No me sería difícil, pensé, relajarme un poco más y enamorarme.

Además no sería tan peligroso, decidí. No sería más arriesgado que volar en ala delta con los ojos vendados. Bien mirado, era más seguro que nadar con una herida abierta en aguas infestadas de tiburones o que jugar a coger la pelota con un frasco de nitroglicerina.

Pagué la cuenta y dejé una propina excesiva, como suelen hacerlo los

enamorados. Luego fui andando a Broadway y cogí el metro que iba al centro.

Descorrí la verja de acero, abrí la puerta, recogí el correo y lo arrojé sobre el mostrador; saqué la mesa de las ofertas a rastras y cambié el cartel de «Perdone. Hemos cerrado» por el de «Abierto. Puede usted pasar». Para cuando me puse detrás del mostrador y me encaramé a mi taburete, ya había entrado el primer cliente del día, un caballero cargado de espaldas y ataviado con una chaqueta estilo Norfolk que se acercó a los estantes de narrativa mostrando cierto interés, más o menos el mismo con que yo me puse a repasar el correo. Había un par de facturas, unos cuantos catálogos de libros, una postal para preguntarme si tenía la biografía de Lewis Carroll escrita por Derek Hudson (no la tenía) y un mensaje con franqueo oficial de un payaso que esperaba poder continuar representándome en el Congreso. Un deseo comprensible, ya que en caso contrario tendría que empezar a pagar los gastos de correos él mismo.

Mientras el individuo de la chaqueta Norfolk hojeaba un libro de Charles Reade, una joven de tez cetrina y dientes de castor compró un par de volúmenes de la mesa de ofertas. El teléfono sonó; era alguien que quería saber si tenía algo de Jeffery Farnol. Recibo miles de llamadas telefónicas y juro que nadie me ha preguntado eso jamás. Rebusqué en las estanterías y pude informar al interesado que tenía un ejemplar en buen estado de *La marcha del peregrino* y otro de *El caballero aficionado*. El interesado deseaba saber si tenía *Beltane el herrero*.

—No, a menos que esté a la sombra del castaño —respondí—. Pero voy a mirar.

Accedí a guardarle los otros dos títulos, pese a que era poco probable que otra persona fuera a llevárselos. Los cogí de la estantería, entré un momento en la trastienda, dejé los libros sobre mi escritorio, donde podrían gozar de la luminosa presencia del retrato que había colgado encima (el de san Juan de Dios, patrono de los libreros) y regresé a la tienda para encararme con un hombre alto y bien alimentado, vestido con un traje oscuro que parecía haber sido confeccionado con meticulosidad para otra persona.

—Vaya, vaya... —exclamó Ray Kirschmann—. Pero si es nada menos que Bernie, el hijo de la señora Rhodenbarr.

—Pareces sorprendido, Ray —dije—. Esta es mi tienda y el lugar donde trabajo. Siempre estoy aquí.

—Razón por la cual he venido aquí a ver si te encontraba, Bern. Pero estabas en la trastienda y me he llevado un susto. He pensado que alguien habría entrado sigilosamente en la tienda y te habría robado algo.

Miré por encima de su hombro y observé al individuo de la chaqueta Norfolk. Había cambiado la lectura de Charles Reade por otra cosa, pero no podía ver de qué se trataba.

—¿Va bien el negocio, Bern?

—No puedo quejarme.

—Estás saliendo adelante, ¿eh? Bueno, eso no es de extrañar, porque tú siempre te las has arreglado para salir adelante. ¿De manera que consigues llegar a final de mes?

—Bueno, hay semanas buenas y semanas malas.

—Pero vas tirando.

—Voy tirando.

—Y además tienes la satisfacción de haber recorrido el recto y estrecho camino que hay entre el bien y el mal. Eso tiene un gran valor.

—Ray...

—Tranquilidad de ánimo, eso es lo que has conseguido. Pues tiene un gran valor, eso de la tranquilidad de ánimo.

—Oye...

Hice una señal con la cabeza hacia el individuo que estaba hojeando libros, el cual había adoptado la inconfundible postura de la persona que escucha disimuladamente. Ray se volvió, observó al cliente y se pellizcó su abundante papada.

—Ah, ya lo he cogido, Bern —dijo—. Te preocupa que este caballero se quede desconcertado al enterarse de que has sido un delincuente. ¿Se trata de eso?

—Ray, por Dios...

—Caballero —dijo Ray—, tal vez no lo sepa, pero va a tener el privilegio de comprarle un libro a alguien que ha sido un célebre delincuente. Bernie era antes la clase de ladrón capaz de dejarle a uno la casa vacía y ahora es una prueba evidente de que existe la rehabilitación de delincuentes. Sí señor, se lo digo yo, todos los que trabajamos en el departamento de policía de Nueva York sentimos una grandísima admiración por Bernie... Oiga, caballero, puede usted mirar y hojear cuanto quiera. Lo último que querría es molestarle...

Pero mi cliente ya se había marchado, dejando la puerta oscilando tras de sí.

—Gracias —dije.

—Bah, de todos modos era un agarrado. Jamás te habría comprado un libro. Los tipos como él piensan que las librerías son bibliotecas. ¿Cómo vas a ganar un centavo con un gorrón como ese?

—Ray...

—Además, no parecía de fiar. Probablemente te habría robado un libro en cuanto hubiera tenido ocasión. Las personas honradas como tú no se dan cuenta de la cantidad de gente con malas intenciones que hay en el mundo.

No dije nada. ¿Qué necesidad había de animarle?

—Oye, Bern —dijo, apoyando un grueso brazo sobre mi mostrador de cristal—. Ya sé que estás siempre rodeado de libros y leyendo, pero me gustaría leerte una

cosa. ¿Tienes un minuto?

—Pues mira...

—Claro que lo tienes —dijo, y se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. En aquel instante se abrió bruscamente la puerta y Carolyn irrumpió en la tienda.

—Te he llamado y no respondías. Luego he vuelto a llamar y comunicaba, y luego... Vaya... Hola, Ray.

—«Vaya... Hola, Ray» —repitió él—. Cualquiera diría que no te alegras de verme, Carolyn. No soy un perro al que tengas que lavar.

—Fingiré que no he oído lo último que has dicho —respondió ella.

—Gracias a Dios —dijo.

—Has llamado y no estaba —dijo Ray—, luego has vuelto a llamar y comunicaba, y finalmente has venido aquí corriendo. De modo que tienes algo que decirle.

—¿Y qué?

—Pues que se lo digas.

—Puede esperar —dijo.

—Entonces quizá deberías seguir tu camino, Carolyn. Ve por el aspirador y quítale las garrapatas a un sabueso.

—Podría sugerirte que hicieras lo mismo —dijo ella dulcemente—, pero sin el aspirador. ¿Por qué no vas a pedirle a alguien que te soborne, Ray? Tengo un asunto que tratar con Bernie.

—Yo también, encanto. Sólo quería que me diera su opinión de lector. Bueno, qué narices, supongo que no te hará daño oír lo que voy a leerle.

Sacó una tarjetita de su bolsillo y leyó monótonamente:

—Tiene derecho a guardar silencio. Tiene derecho a hablar con su abogado. Si no tiene un abogado, tiene derecho a que le proporcionen uno... —Había más, y las palabras que utilizó no eran exactamente las que yo recordaba pero no voy a consultarlo para reproducir el texto entero aquí. Si tienes interés, vete a tirar una piedra a la ventana de una comisaría, que ya saldrá alguien y te lo leerá sin saltarse ni una palabra.

—No entiendo nada. ¿Por qué estás leyéndome eso?

—Bernie, por favor... ¿Me permites una pregunta? ¿Conoces un edificio de viviendas llamado Carlomagno?

—Claro. Está en la Quinta Avenida y la Setenta y pico. ¿Por qué?

—¿Has estado allí alguna vez?

—Precisamente estuve allí anteanoche.

—Vamos anda. Y ahora me dirás que has oído hablar de un hombre llamado Gordon Onderdonk.

Hice un gesto de asentimiento.

—Nos hemos visto dos veces —dije—. Primero aquí, en la librería, y luego anteanoche.

—En su piso, en el Carlomagno.

—Eso es. —¿Qué pretendía averiguar con aquellas preguntas? No le había robado nada a Onderdonk, y era poco probable que este me hubiera denunciado por robar las cartas de Andrea. A menos que Ray estuviera simplemente dando vueltas a la pelota antes de lanzarla y todas estas preguntas sobre Onderdonk fueran el preludio de otras más incisivas acerca de la colección de cromos de J. C. Appling. Pero a medianoche los Appling ni siquiera habían regresado a la ciudad, así que, ¿cómo era posible que hubieran descubierto la pérdida y hecho la denuncia y Ray ya hubiese relacionado el asunto conmigo?

—Fui allí por invitación suya —le expliqué—. Quería que tasara su biblioteca, aunque es probable que no la venda. Pasé un rato entre sus libros y le di una cantidad.

—Muy generoso de tu parte.

—Me pagó por el tiempo que le había dedicado.

—¿Ah sí? Y también te extendió un cheque, ¿no?

—Me pagó en efectivo. Doscientos dólares.

—¿No me digas? Supongo que mencionarás el ingreso en la próxima declaración de renta, como el honrado ciudadano reformado que eres ahora.

—¿A qué viene ese sarcasmo? —preguntó Carolyn con tono apremiante—. Bernie no ha hecho nada.

—Nadie hace nunca nada. Las cárceles están llenas de tipos inocentes sentenciados injustamente por culpa de un policía corrupto.

—Todo el mundo sabe que hay el número suficiente de policías corruptos como para que eso le haya ocurrido a todos los presos —dijo Carolyn—. Y si no están tramando algo para que sentencien injustamente a gente inocente, ¿a qué se dedican entonces?

—Como te iba diciendo, Bern...

—¿Aparte de comer en restaurantes y no pagar la comida —prosiguió ella—, aparte de contar chistes en las esquinas mientras atracan y violan a las ancianas, aparte...?

—Aparte de soportar los insultos de una lesbiana enana a la que habría que poner la vacuna de la rabia y un bozal.

—Ve al grano, Ray —dije—. Acabas de leerme mis derechos, según los cuales no tengo que responder a tus preguntas, de manera que ya puedes dejar de hacerlas. Ahora voy a hacerte yo a ti una. ¿A qué viene todo este circo?

—¿Que a qué viene? ¿A qué demonios piensas tú que viene? Estás detenido, Bernie. ¿Por qué crees que te he leído tus derechos?

—¿Detenido por qué?

—Vamos, Bernie, por amor de Dios... —Suspiró y meneó la cabeza, como si acabara de confirmar una vez más su opinión pesimista acerca de la naturaleza humana—. Han encontrado a ese tipo, Onderdonk, en el armario de su dormitorio, atado, amordazado y con la cabeza aplastada.

—¿Muerto?

—¿Cómo? ¿Estaba respirando cuando lo dejaste de esa manera? Qué desconsiderado de su parte haberse muerto, pero eso es lo que ha hecho el muy cabrón... Claro que está muerto, y tengo que detenerte porque ha sido asesinato. — Me mostró unas esposas—. Tengo que endilgarte esto —dijo—. Han vuelto a poner en vigor la norma. Pero puedes tomártelo con calma y cerrar la librería antes. Eso sí, ciérrala bien. Es posible que permanezca cerrada durante una temporada.

Creo que no dije nada. Simplemente me quedé quieto.

—Carolyn, ¿por qué no sostienes la puerta mientras Bern y yo metemos la mesa? No querrás dejarla ahí fuera. En una hora te la habrán dejado vacía y luego vendrá alguien y se la llevará. Mierda, Bern... ¿Pero qué te ha sucedido? Con lo apacible que eras antes. Robar es una cosa, pero ¿qué necesidad había de matarle?

—Lo que me resulta más difícil es hallar el tiempo para correr todos los kilómetros. Claro que es más sencillo si se tiene un cliente que también corre. Es lo mismo que la gente que hace negocios en un recorrido de nueve hoyos, ¿sabes a lo que me refiero? «Vístase, vamos a echar una carrerita alrededor del embalse y a ver cómo se nos presenta el caso». ¿Crees que podríamos apretar un poco el paso, Bernie?

—No lo sé. Vamos bastante rápido, ¿no te parece?

—Yo diría que estamos corriendo el kilómetro en cinco minutos veinte segundos.

—Qué curioso. Yo hubiera dicho que íbamos más rápido que el sonido.

Rio educadamente y apretó el paso. Yo aspiré todo el aire que pude y le seguí. Con valentía, cabría decir. Todavía era jueves y aún no me había acostado; eran aproximadamente las seis y media de la tarde y Wally Hemphill y yo estábamos recorriendo el circuito de Central Park en sentido contrario al de las agujas del reloj. La calzada que describe una vuelta de más de nueve kilómetros por el interior del parque estaba cerrada al tráfico, y un número ingente de corredores se dedicaban a tomar aire y convertir su oxígeno en dióxido de carbono.

—Llama a Klein —le había dicho a Carolyn al salir esposado de la librería—. Dile que venga a recogerme. Y coge algo de dinero de mi casa para pagar la fianza.

—¿Algo más?

—Que tengas un buen día.

Mientras Ray y yo caminábamos en una dirección y Carolyn en la otra, pensé en Norb Klein, que me había representado en varias ocasiones en el curso de los años. Era un hombrecillo simpático que recordaba por su aspecto a una comadreja gorda. Tenía el bufete en Queens Boulevard y una clientela de delincuentes de poca monta con la que nunca conseguía aparecer en los titulares de los periódicos. No causaba una gran impresión en los juicios, pero se manejaba muy bien entre bastidores y sabía qué juez se mostraba comprensivo si se le abordaba de la manera adecuada. Estaba tratando de recordar cuándo había sido la última vez que había visto a Norb cuando Ray me dijo con tono despreocupado:

—¿No te has enterado, Bern? Norb Klein está muerto.

—¿Qué?

—Ya sabes que era un ligón empedernido y que no había una prostituta entre sus clientes a la que no le hubiera probado la mercancía. Pues bien, ¿sabes cómo acabó palmándola? Estaba cepillándose a su secretaria en el sofá del bufete, la misma que llevaba ocho o diez años trabajando para él, y va y le revienta el corazón. Un infarto de... ¿cómo se dice? Ah sí, un infarto de miocardio, y de los fuertes además. Murió

en el ejercicio del deber, por así decirlo. La chica dijo que hizo todo lo posible para reanimarle, y estoy convencido de que así fue.

—Mierda... —exclamé—. ¡Carolyn!

Mantuvimos una apresurada conversación en la calle y el único nombre que logré recordar fue el de Wally Hemphill, que estaba tomando medidas para no sufrir la misma suerte que Norb Klein entrenándose para el próximo maratón de Nueva York. Wally era un abogado que se ocupaba de divorcios, testamentos, contratos de sociedades y temas semejantes, y yo no tenía ningún motivo para pensar que supiera desenvolverse en lo que la gente insiste en llamar el sistema de justicia criminal. Pero había respondido cuando se le había llamado, Dios le bendiga, y yo había salido libre bajo fianza y, siguiendo su consejo, me había negado a responder a todas y cada una de las preguntas que me había formulado la policía. Además, si ahora conseguía sobrevivir a la carrerita alrededor del parque, cabía la posibilidad de que viviera eternamente.

—Qué curioso... —estaba diciendo Wally, mientras encabezaba nuestro ataque a la colina como si se creyera Teddy Roosevelt—. Como siempre nos hemos visto en Riverside Park y hemos corrido unos cuantos kilómetros juntos, siempre te he tenido por un corredor.

—Bueno, rara vez corro más de cinco kilómetros, ¿sabes?, y no estoy acostumbrado a subir colinas.

—No, no me has dejado terminar. No estoy criticando tu manera de correr. Siempre te he tenido por un corredor; jamás se me habría ocurrido que pudieras ser un ladrón de casas. Me explico: cuando uno piensa en un ladrón, uno no se imagina a un hombre normal y corriente al que le gusta hablar del pie de Morton y de astillamientos en la tibia. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Al pensar en mí, procura imaginarte a un hombre que lleva una librería de segunda mano.

—Que es la razón por la que fuiste al piso de Onderdonk.

—Exacto.

—Por invitación suya. Fuiste anteanoche, es decir, la noche del martes, y tasaste su biblioteca.

—Eso es.

—Y estaba vivo cuando te fuiste.

—Claro que estaba vivo cuando me fui. No he matado a una persona en mi vida.

—¿Lo dejaste atado?

—No, no lo dejé atado. Lo dejé vivo y coleando en el vestíbulo, despidiéndose de mí. Aunque, ahora que lo pienso, no fue así: volvió rápidamente a su piso para responder al teléfono.

—De modo que el ascensorista no llegó a verle cuando te acompañó al vestíbulo.

—No.

—¿Qué hora era? Si estuvo hablando con alguien por teléfono, podemos averiguar quién...

—Debían de ser las once aproximadamente. Más o menos.

—Pero el ascensorista que te llevó a la planta baja estuvo trabajando hasta medianoche, ¿no? Y también el portero y... ¿cómo se llama el otro?

—El conserje.

—Eso es. Se fueron a casa a medianoche; el personal del siguiente turno te ha identificado y ha dicho que saliste del edificio a eso de la una. De modo que si te despediste de Onderdonk a las once...

—Quizá fueran las once y media.

—Pues estuviste esperando mucho rato al ascensor.

—Son como el metro; si pierdes uno, puedes pasarte una eternidad esperando a que llegue el siguiente.

—Tenías otra cita en el edificio.

No creo que Norb Klein hubiera podido deducir aquello con mayor rapidez.

—Digamos que sí —dije, asintiendo.

—Pero anoche volviste. Y no te serviste de Onderdonk para entrar en el edificio. El personal del turno de noche dice que saliste tarde las dos noches del edificio, y el ascensorista jura que en ambas ocasiones te recogió en el piso de Onderdonk. ¿Es cierto?

—Sí.

—Y los demás miembros del personal dicen que conseguiste entrar con la excusa de que ibas a entregar unos sándwiches de la tienda de comestibles.

—Eran flores de la floristería, lo cual demuestra lo buenos testigos oculares que son.

—Ahora que lo dices, creo que han dicho flores.

—¿De la tienda de comestibles?

—Creo que han dicho flores de la floristería, y también creo que me ha fallado la memoria y he cambiado lo que han dicho por sándwiches de la tienda de comestibles. También creo que estás engañándote si piensas que los miembros del personal del edificio no van a ser buenos testigos. Además el informe del forense tampoco es bueno.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que he conseguido averiguar, Onderdonk fue asesinado de un golpe en la cabeza. Le pegaron dos veces con algo duro y pesado, y el segundo golpe acabó con él. Fractura craneal, hematoma cerebral y... No me acuerdo de las palabras exactas, pero vienen a significar que le golpearon y que murió como consecuencia de ello.

—¿Han averiguado la hora?

—Aproximadamente.

—¿Y?

—Murió entre la hora a la que llegaste la primera vez al Carlomagno y la hora a la que te fuiste.

—¿La segunda vez que me fui? —pregunté.

—No.

—¿No?

—Fuiste al piso de Onderdonk la noche del martes ¿no es así? Y te fuiste poco antes de la una de la madrugada del miércoles, más o menos.

—Más o menos.

—Pues bien, fue entonces cuando murió. Hora más, hora menos, claro está, porque no pueden determinar la hora con mucha exactitud si tardaron un día entero en descubrir el cadáver. ¿Bernie? ¿Adónde vas?

Iba al atajo de la calle Ciento dos, que permite acortar los nueve kilómetros del circuito en kilómetro y medio y evitar la peor colina. Wally quería correr el kilómetro y medio adicional y entrenar en la colina, pero yo seguí trotando tercamente en dirección oeste por el atajo, por lo que no le quedó más remedio que correr a mi lado y tratar de convencerme.

—Escucha —dijo—, dentro de un par de años estarás rogando para que te dejen entrenar en una colina. En los patios de la cárcel se tiene tiempo de sobra para correr, pero hay que hacerlo en un circuito plano de cien metros. Pese a ello, tengo un cliente en Green Heaven que corre más de ciento cincuenta kilómetros por semana. Va, sale al patio y se pasa las horas corriendo. Es aburrido, aunque tiene sus ventajas.

—Probablemente no le sea muy difícil recordar el recorrido.

—Eso por un lado, y por otro, está haciendo una media de veinticinco kilómetros al día. Imagínate en qué forma estará cuando salga.

—¿Y eso cuándo será?

—Bueno, no sabría decírtelo, pero deberían dejarle en libertad condicional dentro de un par de años y, si se porta bien hasta entonces, tiene muchas posibilidades de que se la concedan.

—¿Qué hizo?

—Bueno, tenía una novia que tenía un novio. Se enteró y digamos que les cortó un poco.

—¿La relación?

—No, a ellos, y con un cuchillo... Murieron.

—Vaya.

—Son cosas que ocurren.

—Puntualmente —dije—. Wally, no corras tanto. Estas cuestas van a acabar con mis piernas.

—Tienes que atacar las colinas, Bernie. Así es como se te ponen fuertes los cuádriceps.

—Fuerte es la angina que voy a coger. ¿Cómo pudo morir antes de que yo saliera del edificio?

Por unos segundos no dijo nada, y corrimos el uno al lado del otro en amigable silencio.

—Bernie, puedo imaginarme que ocurriera accidentalmente. Era un hombre grande y fuerte, y tuviste que dejarle sin sentido y atarle. Le diste un buen golpe y le ataste. En aquel momento estaba vivo todavía, pero un derrame cerebral o algo tétrico de esas características lo mató y tú ni te enteraste. Porque evidentemente no habrías vuelto al edificio al día siguiente si hubieras sabido que estaba muerto. A menos que... Un momento. Si creías que le habías dejado atado y vivo, ¿qué motivo tenías para volver al edificio? No querrías que te vieran la cara en un kilómetro a la redonda, ¿verdad?

—Verdad.

—Tú no le mataste.

—Claro que no.

—A menos que le mataras, supieses que estaba muerto y volvieras para... ¿Para qué?

—Ni le maté ni le robé. Ni siquiera le golpeé, Wally, de manera que tu pregunta resulta un tanto difícil de contestar.

—Olvidémonos de Onderdonk por un momento. ¿Por qué volviste al Carlomagno? Ya habías cometido un robo allí la noche anterior. Eso es lo que hiciste cuando saliste del piso, ¿no? Ir a robar algo a otra persona.

—Sí.

—¿Entonces por qué volviste? No me digas que el edificio era pan comido, porque no voy a creerte.

—No; es peor que Fort Knox. Mierda...

—Será mejor que seas franco conmigo, Bernie. Todo lo que me digas es confidencial. No puedo contárselo a nadie.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—Volví al piso de Onderdonk.

—Al piso de Onderdonk...

—Eso es.

—¿Tenías otra cita con él? No, no puede ser porque te serviste de la artimaña de los sándwiches para pasar por la puerta.

—Eran flores.

—¿He dicho sándwiches otra vez? Quería decir flores. ¿Volviste sabiendo que

estaba muerto?

—Volví sabiendo que había salido porque no cogía el jodido teléfono.

—¿Le llamaste? ¿Por qué?

—Porque para volver quería asegurarme de que no estaba.

—¿Para qué?

—Para robar una cosa.

Izquierda, derecha, izquierda, derecha...

—¿Algo te llamó la atención mientras tasabas la biblioteca?

—Eso es.

—Por lo que decidiste entrar un momento en el piso y birlarlo.

—Es más complicado que como lo describes, pero así es fundamentalmente.

—Cada vez me resulta más difícil imaginarme que eres un librero y más fácil que eres un ladrón, lo que en los periódicos llaman reincidente. Pero esto último que has dicho te convierte en un cleptómano precavido. ¿Volviste a un piso en el que habías dejado un montón de huellas digitales la noche anterior? ¿Volviste a un lugar en el que, para entrar, habías tenido que dar tu verdadero nombre?

—No estoy diciendo que fuera la decisión más inteligente de mi vida.

—Menos mal, porque no lo fue. No sé qué decirte, Bern. Creo que llamarme tampoco ha sido la decisión más inteligente de tu vida. Soy un abogado pasable, pero mi experiencia en el campo criminal es limitada y no puedo decir que le prestara una gran ayuda a ese cliente que mató a su novia y al novio de esta, aunque, dicho sea de paso, tampoco, me esforcé demasiado, ya que imaginé que todos dormiríamos mejor si lo mandaban a correr al patio de Green Haven. Si quieres que te sea franco, lo que necesitas es alguien que pueda combinar un soborno y una sentencia acordada, y yo no tengo los contactos para hacerlo.

—Soy inocente, Wally.

—Lo que no me entra en la cabeza es por qué volviste ayer a robar en el edificio.

—En aquel momento me pareció una buena idea, ¿vale? Wally, anoche no dormí nada y nunca corro más de seis kilómetros. Tengo que parar.

—Podemos ir un poco más despacio.

—Vale. —Seguí moviendo los pies—. ¿Qué importa que fuera ayer otra vez? —le pregunté—. Si no lo hubiera hecho me encontraría en el mismo apuro que ahora. Mis huellas dactilares estarían por todas partes y el personal del edificio se acordaría de mí. Y si realmente han averiguado que la muerte se produjo a la hora que tú dices, da igual que ayer volviera al piso.

—Pues sí, si no fuera porque, debido a ello, en el juicio resultará más difícil sostener que no fuiste allí la primera vez.

—Vaya...

—Ayer estuviste allí más de ocho horas. Esa es otra cosa que no entiendo. Pasaste

ocho horas en un piso con un cadáver y dices que ni siquiera sabías que estaba muerto. ¿No te pareció que su comportamiento era un tanto pasivo?

—No llegué a verlo, Wally. —Uf, uf...—. Ray Kirschmann dice que el cuerpo fue hallado en el armario del dormitorio. Entré en todas las habitaciones, pero no miré dentro de los armarios.

—¿Qué te llevaste del piso?

—Nada.

—Bernie, soy tu abogado.

—Y yo que pensaba que eras mi entrenador... No importa. Incluso si fueras mi confesor, la respuesta sería la misma. No me llevé nada del piso de Onderdonk.

—Fuiste a robar algo.

—Has acertado.

—Y te fuiste sin ello.

—Vuelves a acertar.

—¿Por qué?

—Ya no estaba cuando llegué. Alguien lo había birlado.

—De modo que diste media vuelta y te fuiste.

—Eso es.

—Pero no antes de que pasaran ocho horas. ¿Ponían algo en la televisión que no querías perderte? ¿Querías leer toda su biblioteca antes de irte?

—Quería esperar a que cambiara el turno para salir del edificio. Y no pasé ocho horas en el piso de Onderdonk. Estuve en otro piso, uno vacío, hasta después de la medianoche.

—Hay cosas que no me estás contando...

—Una o dos quizá.

—Bueno, supongo que no importa. Pero no me has mentido descaradamente muchas veces, ¿verdad?

—Verdad.

—¿Estás seguro?

—Por completo.

—Y no lo mataste.

—No, por Dios.

—Y no sabes quién lo mató... ¿Bernie? ¿Sabes quién lo mató?

—No.

—¿Y no tienes idea de quién pudo hacerlo?

—Ninguna.

—¿Una vuelta más? Tomamos el atajo de la Setenta y dos y recorremos los nueve kilómetros del circuito en un abrir y cerrar de ojos. ¿Vale?

—De ninguna manera, Wally.

—Vamos.

—Ni lo sueñes.

—Bueno —dijo, respirando aparatosamente y moviendo con rapidez los brazos de arriba abajo—. Entonces ya nos veremos. Yo voy a intentarlo.

—Seguro que lo mató ella —dijo Carolyn—. ¿No te parece?

—¿Te refieres a Andrea?

—¿A quién sino? Esa es una de las razones por las que estaba muerta de miedo cuando entraste en el piso y la sorprendiste. Tenía miedo de que descubrieras el esqueleto que había encerrado en su armario. Claro que no era su armario y no era todavía un esqueleto, aunque...

—¿Piensas que pudo con él, y que luego lo ató y lo mató? No es más que una chica, Carolyn.

—Ese es un comentario machista, ¿sabías?

—Estoy hablando desde el punto de vista de la fuerza física. Puede que le golpeará lo bastante fuerte para que se desmayara, o incluso lo bastante fuerte para matarlo. Incluso cabe la posibilidad de que, cuando hubo acabado, lo arrastrara hasta el armario y lo metiera en él, pero, no sé por qué, no me creo que hiciese todas estas cosas. Es posible que fuera a buscar las cartas, tal como dijo.

—¿Eso crees?

—No, y no sabría decirte por qué. Pero estoy dispuesto a creerme que fue allí a buscar algo.

—El Mondrian.

—¿Y entonces qué hizo? ¿Llevarse lo escondido en sus cavidades corporales para que yo no lo viera?

—Es poco probable. Lo hubieras encontrado.

La miré fijamente. Era por la mañana, viernes por la mañana, y yo no me sentía como un hombre nuevo. En todo caso me sentía como un hombre de segunda mano en excelentes condiciones físicas. Había dejado a Wally Hemphill en el parque y había ido directamente a casa para ducharme, tomar un ponche caliente y dormir diez horas seguidas con la puerta cerrada a cal y canto, las persianas bajadas y el teléfono desconectado. Había ido al centro temprano y llamado a Carolyn a la Casa del Caniche cada diez minutos aproximadamente. Cuando respondió, colgué en el escaparate el cartel de «Vuelvo dentro de diez minutos», salí y cerré la puerta.

En la acera de enfrente, dos tipos con aspecto desaseado que acechaban en un portal se escondieron precipitadamente en las sombras. Parecían una pareja de borrachos sin botella. Pensé en meter la mesa de las ofertas en la librería, pero ¿qué iban a robar? Los libros que tenía sobre la elaboración del vino estaban todos en el interior, sanos y salvos. Dejé la mesa donde estaba, fui por dos tazas de café a la tienda de la esquina y las llevé al salón de belleza canino de Carolyn.

Cuando llegué estaba cortándole el pelo a un bichón frisé. En un principio lo confundí con un caniche blanco, pero Carolyn no tardó en indicarme en qué se

diferenciaba de un caniche. Tras transmitirme parte de la sabiduría que poseen los miembros de la Asociación Canina de Estados Unidos, la interrumpí a media frase y le puse al corriente de lo sucedido: la visita al Carlomagno, el episodio de las flores, el incidente ocurrido en el piso de Onderdonk y la conversación con Wally Hemphill. Todo.

—¿Es un problema serio, Bernie? —me preguntó—. ¿Estás metido en un lío?

—Digamos que estoy metido hasta el pecho y que sigue subiendo.

—Es culpa mía.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que todo ha ocurrido por mi gato, ¿no?

—Secuestraron a *Archie* para enredarme a mí, Carolyn. Si no hubieras tenido un gato, habrían encontrado otra manera de presionarme. Y todo para sacar un cuadro de un museo, lo cual sigue siendo tan difícil como lo ha sido siempre. Me preguntas si Andrea lo mató. Eso fue lo primero que pensé, pero no coinciden las horas. A menos que el forense esté loco, a Onderdonk lo mataron mientras yo estaba robando los sellos de Appling.

—Estaba solo cuando te despediste de él.

—Que yo sepa, sí.

—Entonces apareció otra persona, le aplastó la cabeza, lo ató y lo metió en el armario. ¿Y luego robó el cuadro?

—Supongo.

—Qué interesante que alguien mate a una persona y le robe un cuadro precisamente cuando nosotros hemos de robar un cuadro del mismo autor a fin de recuperar nuestro gato, ¿verdad?

—A mí también me ha llamado a la atención la coincidencia.

—Ajá... Este café es de esa tienducha donde preparan falafels, ¿no?

—Sí. No es muy bueno, ¿verdad?

—No se trata de que sea bueno o malo, sino de saber qué le han puesto.

—Garbanzos.

—¿En serio?

—Es una suposición. Ponen garbanzos en todo. Debo de haber vivido los veinticinco primeros años de mi vida sin saber qué era un garbanzo, y ahora, me los encuentro por todas partes.

—¿Cuál crees que puede ser la razón?

—Probablemente las pruebas nucleares.

—Tiene sentido. Bern, ¿por qué ataron a Onderdonk y lo escondieron en el armario? Supongamos que lo mataron con idea de llevarse el cuadro.

—Lo cual es un disparate, ya que, por lo que pude ver, no se llevaron nada más. Las demás obras de arte de Onderdonk valen una fortuna, pero ni siquiera parecía que

hubieran registrado el piso, y menos aún desvalijado.

—Puede que alguien necesitara el Mondrian para un fin concreto.

—¿Por ejemplo?

—Para pagar el rescate de un gato.

—No se me había ocurrido.

—Lo importante es... Oye, la próxima vez compra el café en otra parte, ¿de acuerdo?

—Descuida.

—Lo importante es: ¿por qué lo ataron y lo escondieron en el armario? ¿Para evitar que encontraran el cadáver? No tiene sentido, ¿no?

—No lo sé.

—¿Sabía...? ¿Cómo se llamaba? ¿Andrea? ¿Sabía Andrea que Onderdonk estaba en el armario?

—Quizá. No lo sé.

—Tenía la sangre de horchata, ¿no? Está en un piso en el que hay un cadáver escondido en un armario, le sorprende un ladrón y ¿qué hace? Darse un revolcón con él en una alfombra oriental.

—Era una Aubusson.

—Perdón. ¿Qué hacemos ahora, Bernie? ¿Cuál es el siguiente paso?

—No lo sé.

—A la policía no le has contado lo de Andrea.

Negué con la cabeza.

—No les he contado nada de nada. De todos modos no me serviría de coartada. Podría probar a decirles que me encontraba en el piso de Appling mientras mataban a Onderdonk, pero ¿qué conseguiría con ello? Me acusarían de otro robo, e incluso si les enseñara los sellos no podría probar que no matara a Onderdonk antes o después de que arramblase con la colección de Appling. En cualquier caso, no sé ni cómo se llama ni dónde vive.

—¿Crees que no se llama Andrea?

—Puede que sí, puede que no.

—Podrías poner un anuncio en el *Voice*.

—Sí, podría.

—¿Ocurre algo?

—No sé... Es que, bueno... me hacía gracia, eso es todo.

—Menos mal. A mí no me gustaría retozar sobre una alfombra con alguien que no pudiera ni ver.

—No, claro... El problema es que empecé a darle vueltas a la posibilidad de volver a verla. Es una mujer casada, claro está, y una relación así no tiene futuro, pero pensé que...

—Te pusiste romántico.

—Pues... sí, Carolyn, supongo que sí.

—Eso no tiene nada de malo.

—¿No?

—Claro que no. Yo también me pongo romántica. Alison vino a casa anoche. Habíamos quedado para tomar una copa, y yo le expliqué que estaba esperando una llamada importante, de modo que fuimos a mi piso. La llamada a la que me refería tenía que ver con el gato, pero no llamaron, así que nos quedamos escuchando música y hablando.

—¿Hubo suerte?

—Bern, ni siquiera lo intenté. Fue algo muy agradable y amistoso, ¿entiendes? Ya sabes lo hosco que puede llegar a ser *Ubi*, y ahora, con la desaparición de *Archie*, está especialmente raro. Sin embargo, se acercó a Alison y se le acurrucó en el regazo. Le conté lo de *Archie*.

—¿Le contaste que ha desaparecido?

—Que lo han secuestrado. Se lo conté todo. No pude evitarlo, Bernie. Tenía que hablar con alguien sobre el asunto.

—Ya.

—El mundo se mueve gracias a las historias románticas, ¿no crees, Bern?

—Eso dicen.

—Tú y Andrea, Alison y yo...

—Andrea medirá metro setenta, es delgada, tiene buena figura y el pelo castaño hasta los hombros. Cuando la vi lo llevaba recogido en trenzas.

—Alison también tiene buen tipo, pero no es tan alta. Yo diría que mide uno sesenta. Tiene el pelo castaño claro y corto, y no se pinta ni los labios ni las uñas.

—Lógico, si es una lesbiana política y económica. Andrea se pinta las uñas, pero no recuerdo si llevaba lápiz de labios.

—¿Por qué estamos comparando las descripciones de nuestras obsesiones, Bern?

—Se me había ocurrido una idea tonta y sólo quería asegurarme de que era una idea tonta.

—Pensabas que eran la misma persona.

—Ya he dicho que era una idea tonta.

—Lo que pasa es que tienes miedo de aceptar que te has puesto romántico, eso es todo. Hace mucho tiempo que no tienes una relación de este tipo con alguien.

—Supongo.

—Dentro de unos años —dijo—, cuando tú y Andrea seáis unos ancianos, tendréis canas y os quedéis adormilados juntos ante la chimenea, recordaréis estos días y os reiréis dulcemente. Y ninguno de los dos tendrá que preguntarle al otro por qué se ríe, porque los dos lo sabréis.

—Dentro de unos años —dije—, tú y yo estaremos tomando un café en alguna parte, y uno de los dos vomitará, y sin necesidad de pronunciar una palabra el otro se acordará inmediatamente de esta conversación.

—Y de este asqueroso café —dijo Carolyn.

Cuando volví a la librería, estaba sonando el teléfono, pero para cuando entré ya había dejado de hacerlo. Aunque pensaba que había dejado la puerta cerrada sólo con el pestillo, evidentemente me había tomado la molestia de cerrarla con dos vueltas, porque tuve que sacar la llave para abrirla, lo cual le dio a la persona que llamaba los segundos necesarios para colgar. Dije las cosas que uno suele decir en semejantes ocasiones, improbables observaciones sobre los antepasados, las prácticas sexuales y las costumbres dietéticas de la persona en cuestión, y luego me agaché para recoger un billete de dólar del suelo. Un trozo de papel que había al lado tenía una nota escrita a lápiz según la cual el dólar era para pagar tres libros de la mesa de ofertas.

Hay veces que ocurre. Eso sí, hasta el momento nadie ha sido lo bastante honrado para pagar también los peniques del impuesto de ventas, y si esto sucede alguna vez, es posible que abandone la delincuencia por vergüenza. Me metí el dólar en el bolsillo y me senté detrás del mostrador.

El teléfono volvió a sonar.

—Barnegat Books —dije—, buenos días.

Una voz de hombre, bronca y desconocida, dijo:

—Quiero el cuadro.

—Esto es una librería.

—Déjate de juegos. Tienes el Mondrian y yo lo quiero. Te pagaré un precio justo.

—Estoy seguro de que sí —respondí—; por tu manera de hablar parece una persona justa. Sin embargo hay algo en lo que te equivocas. No tengo lo que estás buscando.

—Haz lo que te dé la gana. Pero hazte un favor a ti mismo, ¿vale? No se lo vendas a nadie sin habérmelo ofrecido a mí antes.

—Me parece razonable —dije—, pero no sé cómo puedo ponerme en contacto contigo. Ni siquiera sé quién eres.

—Yo en cambio sí sé quién eres —dijo—. Y sé cómo ponerme en contacto contigo.

¿Me había amenazado? Estaba meditándolo cuando oí un chasquido. Colgué el auricular y analicé la conversación en busca de alguna pista que me permitiera identificar al hombre con el que había hablado. Si había alguna, no la encontré. Supongo que me quedé un tanto ensimismado, porque al cabo de unos segundos alcé la mirada y vi que una mujer se aproximaba al mostrador, y ni siquiera había oído el ruido de la puerta.

Era delgada y con aspecto de pajarillo, tenía ojos grandes y marrones y pelo corto y castaño, y la reconocí enseguida aunque en un primer momento no supe de qué. Tenía un libro en una mano, un voluminoso libro de arte; colocó la otra sobre el

mostrador y dijo:

—¿Señor Rhodenbarr? «Sólo Euclides ha contemplado la belleza desnuda».

Había oído aquella voz antes ¿Cuándo? ¿Por teléfono? No...

—La señorita Smith, del Tercero de Oregón —dije—. Pero el poema que acaba de citar no es de Mary Carolyn Davies.

—Cierto, no lo es. Es de Edna St. Vincent Millay. El verso me vino a la cabeza cuando vi esto.

Puso el libro sobre el mostrador. Era una historia del arte moderno desde los impresionistas hasta la anarquía actual y lo tenía abierto por una lámina que mostraba un cuadro abstracto geométrico. Unas bandas negras verticales y horizontales dividían un lienzo blancuzco en cuadrados y rectángulos entre los que había varios pintados con los colores primarios.

—La belleza absoluta de la geometría pura —dijo—. O quizá lo que quiero decir es la belleza pura de la geometría absoluta. Ángulos rectos y colores primarios.

—Es un Mondrian, ¿verdad?

—Piet Mondrian. ¿Sabe usted mucho sobre «el hombre y su obra», señor Rhodenbarr?

—Sé que era holandés.

—Así es. Nació en 1872 en Amersfoort. Tal vez recuerde que comenzó su carrera como pintor de paisajes naturalistas. A medida que encontraba su propio estilo, que crecía artísticamente, su obra fue haciéndose más y más abstracta. En 1917 ya se había unido a Theo van Doesburg, Bart van der Leek y otros para fundar un movimiento llamado *De Stijl*. Mondrian tenía un artículo de fe: el ángulo recto lo era todo. Las líneas verticales y horizontales interseccionaban el espacio de tal manera que se convertían en una declaración filosófica importante.

No acabó ahí el asunto. Me soltó toda una conferencia, declamándola tan ardientemente como había leído los versos acerca del pobre Smith un par de días antes.

—Piet Mondrian organizó su primera exposición en América en 1926 —me dijo—. Catorce años después se mudó aquí. Se había trasladado a Inglaterra en 1939 para huir de la guerra. Luego, cuando la Luftwaffe empezó a bombardear Londres, vino aquí. Nueva York le fascinaba, ¿sabe usted? La organización en cuadrícula de las calles, los ángulos rectos. Ese fue el comienzo de su periodo *boogie woogie*... Parece desconcertado.

—No sabía que fuera músico.

—No lo era. Su estilo pictórico cambió. Se inspiró en el tráfico de las calles, los ferrocarriles elevados, los taxis amarillos, las luces rojas, el pulso jazzístico de Manhattan. Probablemente conozca usted *Broadway boogie woogie*. Es uno de sus lienzos más conocidos. Se encuentra en el Museo de Arte Moderno. También tiene

uno titulado *Victory Boogie Woogie* y..., bueno, unos cuantos más.

En unos cuantos museos más, pensé, que era donde podían quedarse.

—Comprendo —dije, que es algo que digo con mucha frecuencia cuando no comprendo nada.

—Murió el uno de febrero de 1944, exactamente seis semanas antes de cumplir setenta y dos años. Creo que de neumonía.

—No cabe duda de que sabe mucho sobre él.

Alzó las manos para ajustarse el sombrero, el cual ya estaba bien como estaba. Luego clavó la mirada en un lugar situado justo encima y a la izquierda de mi hombro.

—Cuando era pequeña —dijo con el mismo tono—, íbamos a casa de mis abuelos todos los domingos a cenar. Yo vivía con mis padres en una casa de White Plains y veníamos a la ciudad, donde mis abuelos tenían un piso enorme en Riverside Drive con unas ventanas enormes que daban al Hudson. Piet Mondrian se alojó en ese piso cuando llegó a Nueva York en 1940. Encima del aparador del comedor había colgado un cuadro suyo, un regalo que había hecho a mis abuelos.

—Comprendo.

—Siempre nos sentábamos en los mismos lugares —dijo, cerrando sus grandes ojos—. Ahora puedo ver la mesa del comedor. Mi padre en un extremo, mi madre en el otro; mi tío, mi tía y mi primo menor a un lado de la mesa y mi madre, mi padre y yo al otro. Todo lo que tenía que hacer era mirar por encima del hombro de mi primo para ver el Mondrian. Tuve ocasión de contemplarlo casi todos los domingos de mi infancia.

—Comprendo.

—Lo lógico sería pensar que no me fijara en él, que es lo que suelen hacer los niños. Al fin y al cabo, no llegué a conocer al pintor. Murió antes de que yo naciera. Además de niña no mostraba interés en el arte en general. Pero es evidente que aquel cuadro me transmitía algo especial. —El recuerdo le hizo sonreír—. En clase de arte siempre trataba de pintar figuras abstractas geométricas. Mientras los otros niños dibujaban caballos y árboles, yo hacía cuadrículas negras y blancas con cuadrados rojos, azules y amarillos. Mis profesores no sabían qué pensar, pero yo estaba intentando ser otro Mondrian.

—A decir verdad —dije sin mucha convicción—, sus cuadros no parecen muy difíciles de pintar.

—Mondrian pensaba en sus cuadros antes de pintarlos, señor Rhodenbarr.

—Bueno, qué duda cabe, pero...

—Y su sencillez es engañosa. Las proporciones eran perfectas, ¿comprende?

—Comprendo.

—Yo no tengo talento artístico. Ni siquiera era una buena copista. Y tampoco

tenía verdaderas ambiciones artísticas. —Volvió a ladear la cabeza y, clavando la mirada en mis ojos, me sondeó—. El cuadro iba a ser mío, señor Rhodenbarr.

—¿Cómo?

—Mi abuelo me lo prometió. Nunca fue un hombre adinerado. Él y mi abuela vivieron cómodamente, pero nunca acumuló riquezas. No creo que tuviera mucha idea de lo que valía el Mondrian. Sabía cuál era su valor artístico, pero dudo que supiera el precio por el que podía llegar a venderlo. Nunca coleccionó arte, ¿sabe?, y para él este cuadro no era ni más ni menos que el estimado regalo de unpreciado amigo. Me dijo que yo lo heredaría cuando él muriera.

—¿Y no fue así?

—Mi abuela fue la primera en morir. Contrajo una especie de infección vírica y no respondió a los antibióticos, de manera que en menos de un mes murió de fallo renal. Tras su muerte, mis padres intentaron convencer a mi abuelo de que fuera a vivir con ellos, pero él insistió en quedarse donde estaba. La única concesión que hizo fue contratar a una asistenta que viviera en casa. Nunca llegó a recuperarse de la muerte de mi abuela, y murió al cabo de un año.

—Y el cuadro...

—Desapareció.

—¿Se lo llevó la asistenta?

—Esa fue una de las teorías. Mi padre pensó que lo habría cogido mi tío, y supongo que mi tío pensaría lo mismo sobre mi padre. Todo el mundo sospechaba de la asistenta, y se habló de hacer una investigación, pero creo que al final no se hizo nada. La familia llegó a una especie de acuerdo: dado que también habían desaparecido otras cosas, como la cubertería de plata de la boda, se decidió que habían entrado a robar en la casa. Era más fácil atribuírselo a un ladrón anónimo que ponerse todos a sospechar los unos de los otros.

—Supongo que la compañía de seguros les indemnizaría por la pérdida.

—Por la del cuadro no. Mi padre nunca llegó a firmar una póliza general para él. Estoy segura de que ni se le pasó por la cabeza hacerlo. Al fin y al cabo, no le había costado nada, y estoy segura de que jamás pensó que podrían robárselo.

—¿Nunca lo recuperaron?

—No.

—Comprendo.

—Transcurrió el tiempo. Mi padre murió. Mi madre volvió a casarse y se fue a vivir al campo. Mondrian siguió siendo mi pintor favorito, señor Rhodenbarr, y siempre que miraba unos de sus cuadros en el Museo de Arte Moderno o en el Guggenheim, notaba que tenía una fuerte reacción primaria. Y también sentía una punzada de dolor, porque me acordaba de mi cuadro, de mi Mondrian, de la obra que se me había prometido. —Se irguió y sacó pecho—. Hace dos años se organizó una

retrospectiva de Mondrian en la galería Bermellón. Como es natural, fui. Estaba yendo de cuadro en cuadro, señor Rhodenbarr, conteniendo la respiración como siempre hago cuando estoy ante la obra de Mondrian, cuando de repente me acerqué a uno y sentí un vuelco en el corazón. Era mi cuadro.

—Vaya...

—Estaba consternada, atónita. Era mi cuadro. Lo habría reconocido en cualquier parte.

—Naturalmente hacía diez años que usted no veía el cuadro —dije pensativamente—, y los cuadros de Mondrian guardan cierta semejanza entre sí. Con esto no quiero restarle nada al genio del artista, pero...

—Era mi cuadro.

—Si usted lo dice.

—Estuve sentada enfrente de ese cuadro todas las noches de domingo durante años. Lo miraba fijamente mientras mezclaba mis guisantes con mi puré, y...

—Vaya. ¿Usted también hacía eso? ¿Sabe qué otra cosa solía hacer yo? Un castillo con el puré y luego, alrededor, una especie de foso con la salsa. A continuación ponía un trozo de zanahoria a modo de cañón y utilizaba los guisantes de balas. Mi gran deseo era encontrar la manera de catapultarlas hasta el asado, pero en ese momento mi madre siempre decía basta. ¿Cómo llegó su cuadro a la galería Bermellón?

—Era un préstamo.

—¿De un museo?

—De una colección privada. Señor Rhodenbarr, me da igual cómo llegó el cuadro a la colección privada y cómo salió de ella. Lo único que quiero es el cuadro. Es legítimamente mío, aunque a estas alturas me da igual incluso que no lo sea legítimamente. Ese cuadro ha sido una verdadera obsesión para mí desde que lo vi en la retrospectiva. He de conseguirlo.

¿Qué tendría Mondrian, me pregunté, que gustaba tanto a los locos? El secuestrador de gatos, el hombre del teléfono, Onderdonk, el asesino de Onderdonk y ahora esta pretenciosa señorita. A propósito, ¿quién era?

—A propósito —dije—, ¿quién es usted?

—¿Pero no ha estado escuchándome? Mi abuelo...

—No me ha dicho cómo se llama.

—Ah, cómo me llamo... —exclamó, y tras un momento de titubeo dijo—: Me llamo Elspeth. Elspeth Peters.

—Un nombre precioso.

—Gracias. Como...

—Imagino que pensará que soy yo la persona que robó el cuadro del piso de su abuelo hace años. Puedo entenderlo, señorita Peters. Hace unos días compró un libro

en mi librería y mi nombre se le quedó grabado. Luego habrá leído o le habría oído decir a alguien algo en el sentido de que, hace años, antes de dedicarme a la venta de libros antiguos, me labré un pequeño historial delictivo. Ha hecho una asociación mental, que supongo es algo comprensible, y...

—No pienso que sea usted la persona que robó el cuadro de mi abuelo.

—¿Ah, no?

—¿Por qué me lo pregunta? ¿Acaso fue usted quien lo robó?

—No, pero...

—Supongo que es posible, aunque, con los años que han pasado, tendría que ser un ladrón bastante joven, ¿no? Yo siempre he pensado que mi padre tenía razón, que lo robó tío Billy, pero, que yo sepa, tío Billy tenía razón y fue mi padre quien se lo llevó. Fuera quien fuese, el hecho es que lo vendió, y ¿sabe usted quién lo compró?

—Podría intentar adivinarlo, aunque tal vez diga algo descabellado.

—Seguro que puede.

—J. McLendon Barlow. —Aquello le pilló de sorpresa. Me miró de hito en hito. Repetí el nombre y una vez más no pareció significar nada para ella—: Es el hombre que se lo prestó a la galería Bermellón —expliqué— y luego lo donó a la Colección Hewlett. ¿Se acuerda?

—No sé de qué me está hablando —dijo—. El cuadro... mi cuadro, fue un préstamo procedente de la colección de un tal Gordon Kyle Onderdonk.

—Vaya...

—Y leo los periódicos, señor Rhodenbarr, y no parece que ese pequeño historial delictivo suyo haya concluido con su dedicación al negocio del libro. Si hemos de creer a los periódicos, usted ha sido arrestado por el asesinato del señor Onderdonk.

—Supongo que eso es técnicamente cierto.

—¿Y ahora está en libertad bajo fianza?

—Más o menos.

—Y usted ha robado el cuadro de su piso. Mi cuadro, mi Mondrian.

—Al parecer eso es lo que piensa todo el mundo —dije—, pero no es cierto. El cuadro ha desaparecido, lo admito, pero yo nunca le he puesto un dedo encima. Están organizando una especie de exposición itinerante y Onderdonk iba a prestar el cuadro. Lo mandó a que le cambiaran el marco.

—Él no haría eso.

—¿Que no haría eso?

—Los patrocinadores de la exposición se ocuparían de ello si pensaran que era preciso volver a enmarcar la obra. Estoy completamente segura de que usted se llevó el cuadro.

—Ya había desaparecido cuando llegué.

—Eso resulta difícil de creer.

—Yo también tuve dificultades para creerlo, señorita Peters. Sigo teniéndolas, pero estuve allí y lo vi con mis propios ojos. O, mejor dicho, no lo vi con mis propios ojos porque no había nada que ver excepto un espacio vacío en el que había habido un cuadro.

—¿Y Onderdonk le dijo que había mandado el cuadro a enmarcar?

—No se lo pregunté. Estaba muerto.

—Lo mató antes de darse cuenta de que el cuadro había desaparecido.

—No tuve ocasión de matarle porque alguien se me adelantó. Y no sabía que estaba muerto porque no busqué su cuerpo en el armario, ya que no sabía que hubiera un cuerpo que buscar.

—Lo mató otra persona.

—Bueno, no creo que fuera suicidio. Si lo fue, es el peor caso de suicidio que conozco.

Su mirada se perdió en el vacío y un par de arrugas aparecidas en su frente le ensombrecieron el gesto.

—Quienquiera que lo matara se llevó el cuadro.

—Es posible.

—¿Quién lo mató?

—No lo sé.

—La policía piensa que fue usted.

—Son ellos quienes mejor lo saben —dije—. Al menos el agente que me arrestó. Me conoce desde hace años y sabe que no mato gente. Pero pueden demostrar que me encontraba en el piso, de modo que les serviré de sospechoso hasta que encuentren a uno mejor.

—¿Y eso cómo va ocurrir?

Ya había anticipado aquella pregunta.

—Bueno, si puedo descubrir quién lo mató, supongo que podría contárselo.

—De manera que está intentando averiguar la identidad del asesino.

—Simplemente estoy intentando llegar al final de cada día sin pensar en el siguiente —respondí—, aunque he de reconocer que mantengo los ojos y los oídos abiertos.

—Cuando encuentre al asesino, encontrará el cuadro.

—No se trata de «cuando» sino de «si» lo encuentro. E incluso en ese caso, es tan posible que encuentre el cuadro como que no lo encuentre.

—Cuando lo encuentre, quiero que me lo dé.

—Bueno...

—Es legítimamente mío. Hágase cargo. Y mi intención es recuperarlo.

—¿Espera simplemente que se lo entregue?

—Eso sería lo más inteligente que podría hacer.

Miré fijamente a aquella delicada criatura.

—¡Caramba! —exclamé—. ¿Es una amenaza?

Ella no apartó la mirada. Tenía unos ojos enormes.

—Habría sido capaz de matar a Onderdonk con tal de recuperar ese cuadro —me aseguré.

—Pues sí que está obsesionada.

—Soy consciente de ello.

—Escuche, puede que esto le parezca una idea descabellada, pero ¿se le ha ocurrido alguna vez acudir a un psiquiatra? Las obsesiones nos impiden concentrarnos en los problemas de verdad, ¿sabe?, y si consiguiera que le quitaran esa obsesión...

—Cuando tenga el cuadro en mi poder, la obsesión desaparecerá.

—Comprendo.

—Podría ser una buena amiga suya, señor Rhodenbarr. O una enemiga peligrosa.

—Supongamos que consigo el cuadro —dije cautelosamente.

—¿Significa eso que ya lo tiene?

—No; significa lo que acabo de decir. Supongamos que lo consigo. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted?

Titubeó un momento, luego abrió su bolso y sacó un rotulador de punta fina y un sobre. Puso el sobre al revés y arrancó un trozo de la solapa, tras lo cual metió el sobre en el bolso y escribió un número de teléfono en el papel. Luego volvió a titubear y escribió «E. Peters» debajo del número.

—Aquí tiene —dijo, poniendo el papel sobre el mostrador al lado de libro de arte. Metió el rotulador en el bolso y, cuando parecía que se disponía a decir algo, se abrió la puerta y el tintineo de las campanas anunció la llegada de un visitante.

El visitante anunció asimismo su llegada. Era Carolyn, y dijo:

—Oye, Bern, he recibido otra llamada y pensé...

Entonces Elspeth Peters volvió la cara hacia Carolyn, y las dos mujeres se miraron por un momento, tras lo cual Elspeth Peters pasó por delante de ella y se marchó.

—No te enamores de ella —le dije a Carolyn—. Ya es presa de una obsesión.

—¿De qué estás hablando?

—De la forma en que la has mirado. He pensado que estabas enamorándote o quizá sintiendo lujuria. Lo cual es comprensible, aunque...

—He pensado que la conocía.

—¿Qué?

—Por un momento pensé que era Alison.

—¿En serio? ¿Y lo era?

—No, claro que no. En ese caso la habría saludado.

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy. ¿Por qué, Bern?

—Porque me ha dicho que se llama Elspeth Peters, y no la creo. Y está relacionada con el asunto del Mondrian.

—¿Y qué? Alison no lo está, ¿no te acuerdas? Alison está relacionada conmigo.

—Cierto.

—Se parecen mucho, pero eso es todo, un gran parecido. ¿Cómo está relacionada?

—Piensa que es la legítima propietaria del cuadro.

—Quizá sea ella quien secuestró al gato.

—No me refiero a ese cuadro, sino al de Onderdonk.

—Ah... —exclamó—. Hay demasiados cuadros en este asunto, ¿sabes?

—Hay demasiado de todo. Acabas de recibir una llamada, estabas diciendo. ¿De la nazi?

—Sí.

—Bien, entonces no ha podido ser Elspeth, puesto que estaba aquí, conmigo.

—En efecto.

—¿Qué quería?

—Bueno, digamos que me ha tranquilizado —respondió Carolyn—. Me dijo que el gato está vivo y en buen estado, y que no le va a ocurrir nada mientras yo coopere. También me dijo que no me preocupe porque vayan a cortarle una oreja, una pata o cualquier otra cosa, que lo del bigote era para que supiera que van en serio, pero no significa que vayan a hacerle daño. Luego dijo que sabe que es difícil conseguir el cuadro, pero que está segura de que lo lograremos si nos concentramos en ello.

—Parece tratar de consolarte.

—Pues bien, lo ha conseguido, Bern. Me siento muchísimo mejor en lo que respecta al gato. Todavía no sé si volveré a verle alguna vez, pero ya no tengo los nervios de punta como antes. El hecho de hablar anoche con Alison sobre ello me ha

ayudado mucho, y si a esto sumas la llamada... Ahora sé que al gato no va a ocurrirle nada espantoso...

Aunque apenas había oído la puerta, alcé la mirada y lo vi, y mientras se acercaba, llamé la atención a Carolyn con un siseo, quien se calló en medio de una frase y se volvió para ver por qué la había interrumpido.

—Mierda... —exclamó—. Hola, Ray.

—Hola, hola... —dijo el mejor poli que se puede comprar con dinero—. ¿Sabéis qué? En esta profesión uno acaba enterándose de quiénes son sus amigos. Veo a dos personas que conozco desde hace años y basta que entre en el local para que una sisee y la otra diga mierda. ¿Qué va a sucederle al gato, Carolyn?

—Nada —dijo ella. Años atrás había oído en alguna parte que la mejor defensa es un buen ataque, y jamás lo había olvidado—. Lo que realmente importa es qué va a sucederle a Bernie si sus supuestos viejos amigos no dejan de arrestarle cada vez que aparecen. ¿Alguna vez has oído hablar de hostigamiento policial, Ray?

—Da las gracias porque nunca haya oído hablar de brutalidad policial, Carolyn. ¿Por qué no vas a dar una vuelta, eh? Vete a estirar las piernas. Les vendría bien.

—Si vas a hacer bromas sobre mi estatura, yo voy a hacerlas sobre gilipollas, y no sé si eso te conviene.

—Caray, Bern —dijo él—, ¿no puedes hacer algo para que se comporte como una dama?

—Estoy en ello. ¿Qué quieres, Ray?

—Unos tres minutos de conversación. En privado. Supongo que podríamos entrar en la trastienda si quiere quedarse.

—No hace falta, ya me voy —dijo Carolyn—. Tengo que ir al servicio.

—Ahora que lo dices, yo también. No, vete tú primero, Carolyn. Bernie y yo vamos a hablar, así que puedes tomártelo con calma. —Esperó a que Carolyn hubiera salido del local y luego puso una mano sobre el libro de arte que Elspeth Peters había dejado sobre el mostrador. Ahora estaba cerrado; ya no estaba abierto por la lámina de Mondrian—. Cuadros —dijo—, ¿no?

—Muy bien, Ray.

—Como el que te llevaste del piso de Onderdonk.

—¿De qué estás hablando?

—De un tipo llamado Mondrian —dijo, aunque pronunció «Muundrein»—. Lo tenía colgado sobre la chimenea y estaba asegurado en trescientos mil dólares.

—Eso es mucho dinero.

—Sí, ¿verdad? Por lo que se ha podido averiguar hasta el momento, es lo único que ha sido robado. Un cuadro bastante voluminoso, de fondo blanco, líneas negras entrecruzadas y un poco de color aquí y allá.

—Ya lo he visto.

—¿Ah sí? ¿No me digas?

—Cuando fui a valorar la biblioteca. Colgaba sobre la chimenea. —Pensé por un momento—. Creo que Onderdonk comentó que iba a mandarlo a enmarcar.

—Sí, le hacía falta un nuevo marco.

—¿Y eso?

—Voy a explicarte la situación, Bernie. El marco del Muundrein estaba en el armario junto con el cadáver de Onderdonk, hecho pedazos. Estaba el marco de aluminio, roto, y lo que llaman el bastidor, que es donde el lienzo suele estar sujeto. El problema es que no lo estaba.

—¿Que no lo estaba? ¿Qué quieres decir?

—Que no estaba sujeto. Alguien cortó el cuadro del bastidor, pero dejó lo suficiente para que el de la compañía de seguros supiera que se trataba del Muundrein con sólo echarle un vistazo. A mí no me pareció que fuera gran cosa. Sólo un pedazo de lienzo de tres centímetros de ancho que se extendía en torno al bastidor, blanco con alguna que otra raya negra, como el código Morse, y un poco de rojo, creo. Yo diría que lo enrollaste y lo sacaste del edificio escondido bajo la ropa.

—Ni siquiera lo toqué.

—Ya... Debías de tener prisa o algo así para cortarlo del marco en lugar de tomarte la molestia de quitarle las grapas. De ese modo podrías haberte llevado todo el lienzo. No creo que lo mataras, Bern. He estado pensando en ello, y no creo que lo hicieras.

—Gracias.

—Pero sé que estuviste allí, y seguramente te llevaste el cuadro. Puede que oyeras llegar a alguien, y por eso corriste a cortarlo del marco. Puede que dejaras el marco colgado de la pared y a Onderdonk atado, y que luego otra persona metiera el marco en el armario y de paso matara a Onderdonk.

—¿Por qué habría de hacer eso nadie?

—¿Quién sabe lo que hace la gente? El mundo está loco y está lleno de gente loca.

—Amén.

—Bueno, el caso es que yo creo que tienes el Muundrein.

—Mondrian. No Muundrein. Mondrian.

—¿Qué más da? Podría llamarlo Picasso y seguiríamos sabiendo de quién estamos hablando, joder. Creo que lo tienes, Bern, y si no lo tienes, creo que puedes conseguirlo. Por eso he venido aquí ahora, en mis horas libres, cuando debería estar en casa tumbado en el sofá viendo la tele.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Porque hay una recompensa —dijo—. Los de la compañía de seguros son un panda de cabrones agarrados: la recompensa es sólo el diez por ciento. A todo esto,

¿cuánto es el diez por ciento de trescientos cincuenta mil pavos?

—Treinta y cinco mil.

—Si la librería fracasa, siempre puedes dedicarte a la contabilidad, Bernie. Va a hacerte falta dinero para librarte de esta acusación de asesinato, ¿verdad? Dinero para tu abogado, dinero para las costas. Qué demonios, todo el mundo necesita dinero, ¿verdad? De lo contrario no tendrías que salir a robar. Pues bien, si consigues el cuadro, yo lo entrego a cambio de la recompensa y nos dividimos el dinero.

—¿Cómo lo dividimos?

—Bern, ¿cuándo he sido yo codicioso? A partes iguales es como lo vamos a dividir, de ese modo todo el mundo se quedará contento. Tú me lavas la mano y yo te rascó la espalda. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Creo que sí.

—Estamos hablando de diecisiete mil quinientos pavos para cada uno, así que deja que te diga una cosa, Bernie: no podrás conseguir más. Con toda la publicidad, el asesinato y todo lo demás, te será imposible encontrar un comprador. Y olvídate de llegar a un acuerdo con la compañía de seguros para vendérselo, porque esos cabrones ponen trampas y acabarán dándote la patada. Naturalmente, puede que lo hayas robado por encargo y que tengas un cliente esperándote, pero ¿puedes arriesgarte con él? En primer lugar podría engañarte y, en segundo lugar, si la compañía de seguros recupera el cuadro, podrás quitarte parte del peso de encima.

—Veo que lo tienes todo previsto.

—Bueno —dijo—, un hombre tiene que pensar por sí mismo. También cabe la posibilidad de que ya lo hayas vendido, que lo robaras por encargo y se lo entregaras al perista aquella misma noche. —Dejó de apoyarse sobre un pie y descansó todo su peso sobre el otro—. Dime, Bernie, ¿qué está haciendo Carolyn ahí dentro?

—Responder a una llamada de la naturaleza, supongo.

—Pues ya podría acabar de cagar o dejar libre el retrete de una vez. Estoy que reviento. Como te iba diciendo, si ya te has deshecho del Muundrein, lo que tienes que hacer es robarlo de nuevo.

—¿A la persona a quien se lo haya vendido?

—O a la persona a la que él se lo haya vendido, si ya se ha deshecho de él. Déjame que te diga una cosa, Bernie: si se recupera el Muundrein, dejará prácticamente de hablarse de este caso. De ese modo se contribuiría a separar el robo del asesinato y quizá la gente dejaría de pensar que tú eres el asesino y se pondría a buscar a otro.

—Y tú te embolsarías treinta y cinco mil dólares, Ray.

—Y tú la otra mitad, no lo olvides. ¿Qué leches está haciendo, Carolyn? Será mejor que vaya a ver si se ha caído por el agujero.

En aquel instante mi peluquera de perros favorita irrumpió sin aliento en la

habitación, tirando del cinturón de su pantalón con una mano y alzando la otra con la palma vuelta hacia nosotros.

—Bernie, ha ocurrido un desastre —dijo—. Ray, no entres ahí. Ni se te ocurra. Bernie, he tirado un tampón usado por el retrete, se ha obturado todo, el agua se ha desbordado y ahora hay mierda por todo el suelo y el agua sigue saliendo. Intenté limpiarlo pero no he hecho más que empeorar las cosas. Bernie, ¿puedes ayudarme? Me temo que se va a inundar toda la tienda.

—Yo ya me iba —dijo Ray, retrocediendo. Había palidecido y no parecía muy contento—. Bern, ya hablaremos, ¿vale?

—¿No quieres echarnos una mano?

—¿Estás de broma? —exclamó—. ¡Jesús...!

Rodeé el mostrador antes de que él saliera por la puerta, y eso que él tampoco perdió el tiempo. Fui a la trastienda, me asomé al servicio y vi que en el suelo no había más que baldosas de vinilo negro y rojo colocadas en forma de tablero de damas. Estaban completamente secas y tan limpias como suelen estarlo.

Había un hombre sentado en mi retrete.

Por el aspecto que tenía, se diría que no se encontraba en el sitio que le correspondía. Iba completamente vestido, y llevaba un pantalón gris de piel de tiburón y una chaqueta a cuadros blancos y grises. Su camisa era burdeos y sus zapatos un modelo de puntera perforada viejo y desgastado de un tono entre negro y marrón. Tenía el pelo castaño rojizo y enmarañado y una perilla roja mal cortada y algo canosa. Su cabeza estaba echada hacia atrás y su mandíbula caída, mostrando unos dientes manchados de tabaco que nunca habían conocido los cuidados de un ortodoncista. Los ojos también los tenía abiertos, y eran de un intenso azul celeste.

—Joder...

—¿No sabías que estaba aquí?

—Claro que no.

—Me lo figuraba. ¿Lo reconoces?

—Es el pintor —dije—, el que pagó diez centavos para entrar en la Colección Hewlett. No me acuerdo de cómo se llamaba.

—Turner.

—No, ese es otro pintor, pero era algo así. El encargado sabía cómo se llamaba, le llamó por su nombre... Turnquist.

—Eso es. Bernie, ¿adónde vas?

—Quiero asegurarme de que no hay nadie en la tienda —dije—. Y también quiero echar el cerrojo y cambiar el cartel de «Abierto» por el de «Cerrado».

—¿Y luego qué?

—No lo sé todavía.

—Oye, Bernie...

—¿Qué?

—Está muerto, ¿verdad?

—Oh, sin duda —respondí.

—Ya decía yo. Creo que voy a vomitar.

—Bueno, si tienes que hacerlo... ¿Pero no puedes esperar a que lo aparte del retrete?

—Puedes alquilarlas por sólo cincuenta dólares al mes —dijo Carolyn—. Es un precio bastante bueno, ¿no? Sale a menos de dos dólares al día. ¿Qué más puedes pedir por menos de dos dólares al día?

—Un desayuno —dije—, si sabes elegir el sitio adecuado.

—Y si eres un roñoso dando propinas. El único problema es que hay que pagar un mínimo de un mes. Incluso si la devolviéramos dentro de hora y media, seguiría costándonos cincuenta pavos.

—Puede que no la devolvamos nunca. ¿Qué fianza has tenido que pagar?

—Cien dólares, además del alquiler de un mes, es decir, he desembolsado ciento cincuenta dólares. Pero los cien dólares los recuperaré cuando devolvamos el cacharro. Si es que lo devolvemos.

Nos detuvimos en la esquina de la Sexta Avenida con la calle Doce y esperamos a que cambiara el semáforo. Cambió y cruzamos. Cuando estábamos a punto de llegar a la acera de enfrente, Carolyn dijo:

—¿Pero no habían sacado una ley? ¿No tenían que poner rampas de acceso en todas las esquinas?

—Eso me suena.

—¿Llamarías rampa a eso? Fíjate en esta acera, por favor. Se podría saltar de ella en ala delta.

—Tira de las empuñaduras hacia abajo —dije— y yo levanto. Vamos.

—Mierda.

—Poco a poco...

—Mierda y crema de chocolate. Nosotros podemos arreglárnoslas, incluso con una acera empinada, pero ¿qué ha de hacer una persona verdaderamente incapacitada que esté sola? ¿Quieres explicármelo?

—Me has hecho esa pregunta en cada manzana.

—Bueno, es que cada vez que tenemos que subir este maldito cacharro a una acera, me conciencio más de la situación. Esta es la clase de causa por la que podría llegar a interesarme de veras. Tráeme una instancia y la firmaré. Dime dónde se celebra una manifestación y participaré en ella. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Estaba imaginándome la manifestación.

—Tienes un sentido del humor enfermizo, Bernie. ¿Te lo ha dicho alguien alguna vez? Ayúdame a empujar. La de sacudidas que se está llevando nuestro amigo.

Cierto, aunque era poco probable que nuestro amigo fuera a quejarse. Era el difunto señor Turnquist, por supuesto, y el cacharro que estábamos empujando, como probablemente ya habrás adivinado, era una silla de ruedas, la cual habíamos alquilado en el almacén Equipo Quirúrgico y Hospitalario Pitterman, situado en la

Primera Avenida, entre la calle Quince y la Dieciséis. Carolyn había ido allí, había alquilado el armatoste y lo había traído en el portaequipajes de un taxi. Yo le había ayudado a meterla en la librería, donde la habíamos desplegado y, trabajosamente, habíamos conseguido sentar a Turnquist en ella.

Para cuando habíamos salido de la tienda, el cadáver tenía un aspecto bastante normal sentado en la silla y estaba más presentable que en el trono de mi retrete. Llevaba una correa sujeta a la cintura y un par de trozos de cable de lámpara que yo había cogido para atarle las muñecas a los brazos de la silla y los tobillos al apoyo para los pies, el cual habíamos colocado convenientemente. También habíamos cogido una manta vieja y algo mohosa y, en lugar de abrigarle el regazo o las rodillas como suele hacerse, le habíamos tapado del cuello a los pies. Unas Foster Grant ocultaban sus inamovibles ojos azules y una gorra de lana con visera que había colgado de un clavo en la trastienda desde marzo, a la espera de que su dueño la reclamara, cubría su cabeza, haciendo todo lo posible para que resultara menos reconocible. De aquella manera pusimos rumbo al oeste, intentando adivinar qué demonios estaba pasando y distrayéndonos cada vez que llegábamos a una manzana y Carolyn empezaba a despotricar contra las aceras.

—¿Esto de transportar un cadáver qué es? —preguntó—. ¿Un delito grave o una falta?

—No me acuerdo, pero es algo que no se debe hacer, eso seguro. La ley no lo ve con buenos ojos.

—En las películas uno no debe tocar nada.

—Yo nunca toco nada en las películas. Lo que se debe hacer es notificar inmediatamente a la policía que ha aparecido un cadáver. Podrías haberlo hecho. Podrías haber salido rápidamente del servicio y decirle a Ray que había un cadáver en el retrete. Ni siquiera habrías tenido que hacer una llamada telefónica.

Carolyn se encogió de hombros.

—He pensado que pediría una explicación.

—Es probable.

—También he pensado que no teníamos ninguna que darle.

—Vuelves a acertar.

—¿Cómo ha llegado a la librería, Bernie?

—No lo sé. Cuando lo toqué estaba bastante caliente, aunque no he tocado muchos cadáveres y no sé cuánto tiempo tardan en enfriarse. Quizá estuviera en la tienda ayer, cuando cerré. Cerré a toda prisa, ¿recuerdas?, porque acababan de arrestarme, lo cual me impidió concentrarme en la rutina de siempre. Puede que estuviera hojeando libros entre las estanterías o que se colase en la trastienda y se escondiera a propósito.

—¿Por qué habría de hacer algo así?

—Ni idea. También es posible que estuviera allí y que en un momento dado de la noche o la mañana haya ido al servicio, se haya sentado en el retrete sin bajarse el pantalón y haya muerto.

—¿De un ataque al corazón o algo así?

—O algo así —repetí, asintiendo. En aquel momento la silla de ruedas pasó por un bache de la acera. La cabeza de nuestro pasajero se inclinó pesadamente hacia adelante, y la gorra y las gafas de sol estuvieron a punto de soltársele. Carolyn lo puso todo en su sitio.

—Nos va a demandar —dijo—. Se ha desnucado.

—Carolyn, este hombre está muerto. No bromees.

—No puedo evitarlo. Es una reacción nerviosa. ¿Crees que ha muerto por causas naturales?

—Estamos en Nueva York. En esta ciudad el asesinato es una causa natural.

—¿Crees que lo han asesinado? ¿Quién puede haberlo asesinado?

—No lo sé.

—¿Crees que había otra persona en la librería con él?

—No lo sé.

—Puede que se haya suicidado.

—¿Por qué no? Era un agente ruso, tenía una cápsula de cianuro metida en un diente vacío y sabía que no había esperanza, de modo que se metió en mi librería y mordió su querido bicúspide. Es natural que haya querido morir en presencia de primeras ediciones y buenas encuadernaciones.

—Bueno, si no ha sido un ataque al corazón ni un suicidio...

—Ni herpes —dije—. He oído que está muy extendido.

—Si no ha sido ninguna de estas cosas, y alguien lo mató, ¿cómo lo han hecho? ¿Crees que anoche pudiste encerrar a dos personas en la librería?

—No.

—¿Entonces?

—Es posible que se haya colado cuando abrí esta mañana. No me hubiera dado cuenta. Luego, mientras compraba el café y lo llevaba a la Casa del Caniche...

—Ese asqueroso café.

—... puede que haya ido al servicio y se haya muerto. O, si había alguien con él, puede que esa persona le haya matado. O, si ha venido solo, puede que luego haya aparecido otra persona, que él le haya abierto la puerta y luego esa persona le haya matado.

—O que el asesino se quedara encerrado en la librería anoche o esta mañana y que, cuando Turnquist apareció, le haya dejado pasar y le haya matado. ¿Es posible que uno de los dos le haya abierto la puerta al otro sin una llave?

—No habría tenido ningún problema —respondí—. No me entretuve mucho con

la puerta cuando salí por el café. Dejé la mesa de las ofertas fuera y sólo apreté el botón con el que se acciona el pestillo. Ni siquiera recuerdo si cerré la puerta con dos vueltas. —Fruncí el entrecejo mientras hacía memoria—. Aunque debo de haberlo hecho, porque cuando volví el cerrojo estaba echado. Tuve que dar dos vueltas a la llave. Mierda.

—¿Qué ocurre?

—Pues que eso lo complica todo —dije—. Supongamos que Turnquist abre la puerta al asesino, algo que puede hacer desde dentro con sólo girar el tirador. Luego el asesino mata a Turnquist, lo deja en el retrete y se va, pero ¿cómo cierra la puerta?

—¿No tienes otro juego de llaves en alguna parte? Quizá las encontré.

—Le habría costado mucho tiempo encontrarlas; además, ¿para qué iba a tomarse la molestia si, al fin y al cabo, la puerta no estaba cerrada con llave?

—No tiene sentido.

—Casi nada tiene sentido. Cuidado con la acera.

—Mierda...

—Ten cuidado con eso también. Parece que la gente ha dejado de limpiar los excrementos de sus perros. Andar está convirtiéndose de nuevo en una aventura.

Nos la arreglamos para bajar de otra acera, cruzar otra calle y escalar la acera de enfrente. Seguimos avanzando en dirección oeste y, una vez hubimos cruzado Abingdon Square, el tráfico, tanto el de automóviles como el de peatones, disminuyó considerablemente. En la esquina de la calle Doce con Hudson pasamos por delante de la residencia Village, donde un anciano caballero sentado en una silla de ruedas parecida a la nuestra mostró su apoyo a Turnquist haciéndole una señal con el pulgar en alto y diciendo:

—No permita que esos jóvenes le lleven de aquí para allá. Aprenda a manejar la silla usted mismo. —Al no obtener respuesta, sus ojos se posaron en Carolyn y en mí—. ¿Qué? ¿Al viejo bribón se le han acabado las fuerzas? —preguntó con apremio.

—Me temo que sí.

—Bueno, al menos no lo habéis dejado tirado en una residencia —dijo, no sin cierta acritud—. Si alguna vez vuelve en sí, le decís de mi parte que tiene verdadera suerte de tener unos hijos tan buenos.

Seguimos avanzando, cruzamos Greenwich Street y en Washington doblamos hacia la izquierda. Manzana y media más adelante, entre Bank y Bethune, estaban convirtiendo un almacén en un edificio de viviendas propiedad de una sociedad cooperativa. El personal encargado de llevar a cabo semejante transformación alquímica ya había acabado su jornada laboral.

Metí el freno a la silla de ruedas.

—¿Aquí? —preguntó Carolyn.

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro. Han colocado una tabla sobre los escalones para las carretillas. Es una buena rampa para la silla de ruedas.

—Creía que íbamos hasta el embarcadero de Morton Street para arrojarlo al Hudson con silla y todo.

—Carolyn...

—Arrojar a los muertos al mar, a la gran tumba del océano, es una antigua tradición. «A una profundidad de cinco brazas mi padre yace...».

—¿Quieres echarme una mano?

—Sí, claro. Nada me gustaría más. «Bueno, al menos no habéis dejado al viejo bribón tirado en una residencia». Conque no, ¿eh, vejete? Vamos a dejar tirado al viejo bribón en un almacén con pinta de abandonado... ¿Por qué tendré la impresión de que nos parecemos a Burke y Hare?

—Porque ellos robaban cadáveres y los vendían. Nosotros sólo estamos trasladando uno.

—Estupendo.

—Ya te he dicho que lo haría yo, Carolyn.

—Vamos, no digas tonterías. Soy tu compinche, ¿no?

—Eso parece.

—Y estamos juntos en este asunto. Si nos hemos metido en este lío es por culpa de mi gato. Bern, ¿por qué no podemos dejarlo aquí con silla y todo? Te lo digo en serio, los cien dólares me importan un bledo.

—No es por el dinero.

—¿Entonces por qué es? ¿Por principios?

—Si dejamos la silla —le expliqué—, averiguarán a quién pertenece.

—¿A Equipo Quirúrgico y Hospitalario Pitterman? Pues vaya lío que se montará entonces, ¿eh? Un lío de padre y muy señor mío. He pagado en efectivo y les he dado un nombre falso.

—No sé quién era Turnquist y ni qué pintaba en este asunto del Mondrian, pero tiene que haber alguna relación. Cuando la poli lo asocie con él, irán a Pitterman y obtendrán una descripción de la persona que nos ha alquilado la silla. Luego llevarán al dependiente a la comisaría y te pondrán delante de él en una fila junto con cuatro jugadores de los Harlem Globbetrotters. ¿Adivinas a quién señalará?

—No me extraña que Ray haga bromas sobre mi estatura, pero que las hagas tú...

—Estaba intentando explicarte una cosa.

—Pues bien, ya me la has explicado. Pensaba que sería más decoroso dejarle en la silla, eso es todo. Olvídate de que he dicho nada, ¿vale?

—Vale.

Le quité el cable de las muñecas y los talones, le desabroché el cinturón y me las arreglé para tenderle boca arriba en una parte del suelo razonablemente despejada.

Luego cogí la gorra, las gafas y la manta.

Cuando volvimos a la calle, dije:

—Sube, Carolyn. Te llevo.

—¿Qué?

—Dos personas empujando una silla de ruedas llaman la atención. Vamos, sube a la silla.

—Sube tú.

—Tú pesas menos que yo y...

—Cierra la boca. Tú eres más alto que yo y eres un hombre, de modo que quien tiene que hacer de Turnquist eres tú, Bern. Sube a la silla y ponte la gorra y las gafas.

—Me arropó con la manta y una vaharada de moho me llegó a la nariz. Con una sonrisa maliciosa, mi compinche quitó el freno de mano—. Agárrense —dijo— y abróchense el cinturón. Conque bromas sobre mi estatura, ¿eh? Puede que nos encontremos con alguna turbulencia en el camino.

Cuando llegué a la librería, registré todo el local por si había algún cuerpo, vivo o muerto, antes de hacer cualquier otra cosa. No encontré ninguno, y tampoco di con ninguna pista que me permitiera averiguar cómo había entrado Turnquist en mi tienda o cómo había ido a reunirse con sus antepasados en ese gran estudio de pintor que hay en las alturas. Carolyn metió la silla de ruedas en la trastienda y yo le ayudé a plegarla.

—Voy a ir a devolverla en taxi —dijo—, pero antes quiero tomarme un café.

—Voy por él.

—No vayas a la tienducha de los falafels.

—Descuida.

Cuando regresé con los dos cafés, Carolyn me dijo que el teléfono había sonado en mi ausencia.

—Iba a cogerlo, pero preferí no hacerlo.

—Probablemente fue lo más prudente.

—Este café está mucho mejor. ¿Sabes qué deberíamos hacer? Poner una de esas cafeteras aquí o en la Casa del Caniche. Así podríamos tomar café recién hecho todo el día. Uno de esos cacharros eléctricos con chorrito.

—O una placa calentadora y una cafetera Chemex.

—Eso. Naturalmente, estarías todo el día sirviendo café a los clientes y no podrías quitarte a Kirschmann de encima. Sería un invitado permanente. Le he dado verdadero asco, ¿verdad?

—Ha salido como un rayo.

—Bien, de eso se trataba. He pensado que cuanto más asqueroso fuera lo que dijese, más rápido se iría. Quería que se cansara de esperar, ¿sabes? Imaginaba que si me quedaba dentro del servicio el tiempo suficiente, acabaría yéndose. Pero como al parecer no pensaba irse sin mear...

—Pues a mí me ha faltado poco para irme. Ray no es la única persona a la que has dado asco.

—Anda ya. ¿No sabías que estaba fingiendo?

—Claro que no. No sabía que había un cadáver ahí dentro.

—Puede que haya dado demasiados detalles.

—No te preocupes —dije.

En ese momento sonó el teléfono. Lo cogí y Wally Hemphill dijo:

—Es difícil ponerse en contacto contigo, Bernie. Pensaba que te habías fugado bajo fianza.

—Yo no haría eso. No conozco a nadie en Costa Rica.

—Bueno, un tipo como tú haría amigos en cualquier parte. Oye, ¿qué sabes de ese

Mondrian?

—Sé que era holandés. Nació en 1872 en Amersfoort o algo así. Tal vez recuerdes que comenzó su carrera como pintor de paisajes naturalistas. A medida que encontraba su propio estilo, que crecía artísticamente, su obra fue haciéndose más y más abstracta. En 1917...

—¿Qué es esto, una conferencia de museo o qué? Ha desaparecido un cuadro del piso de Onderdonk por valor de casi medio millón de dólares.

—Lo sé.

—¿Lo tienes?

—No.

—Quizá viniera bien que lo consiguieras. Danos algo con lo que negociar.

—¿Y si os doy al juez Crater<sup>[1]</sup> o una forma de curar el cáncer?

—¿En serio no tienes el cuadro?

—En serio.

—¿Quién lo tiene?

—Probablemente quien mató a Onderdonk.

—¿No mataste a nadie ni robaste nada?

—Eso es.

—Fuiste sólo a dejar las huellas dactilares.

—Evidentemente.

—No tiene sentido. ¿Qué vas a hacer ahora, Bernie?

—Seguir en este círculo vicioso.

Colgué y entré en la trastienda seguido por Carolyn. Al lado del escritorio tengo una especie de armario lleno de cosas que no me he decidido a tirar a la basura, entre ellos una camiseta y otras prendas para hacer deporte. Lo abrí, hice inventario y cogí la camiseta.

—Oye, ¿qué estás haciendo? —me preguntó Carolyn.

—Desnudarme —dije mientras me desabrochaba el pantalón—, ¿a ti qué te parece?

—Vaya —exclamó ella, dando media vuelta—. Si se trata de una sutil insinuación, ya puedes ir olvidándote. En primer lugar soy lesbiana, en segundo lugar somos amigos íntimos y en tercer lugar...

—Me voy a correr, Carolyn.

—Oh. ¿Con Wally?

—Sin Wally. Voy a echar una carrerita por Washington Square hasta que se me despeje la cabeza. No tengo en ella más que cabos sueltos y salidas nulas. No puedo dar ni un paso sin que alguien me pida un cuadro que ni siquiera he tocado. Todo el mundo quiere que lo tenga. Kirschmann ha olido una recompensa, Wally unos honorarios considerables y el resto de la gente no lo sé. Óleos, probablemente. Me

voy a correr y a apretarme las clavijas de la cabeza; quizá cuando acabe le vea algo de sentido a todo este asunto.

—¿Y yo qué? ¿Qué hago mientras tú te dedicas a corretear?

—Podrías ir a devolver la silla.

—Sí, claro, tarde o temprano tendré que hacerlo, ¿verdad? Me pregunto si alguna de las personas que te han visto en la silla de ruedas te reconocerán si te ven corriendo por Washington Square.

—Espero que no.

—Escucha —dijo—, si alguien dice algo, dile que has ido a Lourdes.

Washington Square Park es un rectángulo, y la acera que lo rodea mide aproximadamente las cinco octavas partes de una milla o, lo que es lo mismo, un kilómetro. Es plana si vas andando, pero cuando corres, se nota que tiene una ligera cuesta. Si corres en sentido contrario al de las agujas del reloj, que es lo que hace casi toda la gente, notas la inclinación cuando vas dirección este por el margen sur del parque. Yo la noté mucho en la primera vuelta, ya que todavía tenía las piernas un poco doloridas a causa de la dura prueba a la que me había visto sometido el día anterior en Central Park, pero luego dejó de molestarme.

Llevaba un pantalón corto azul de nailon, una camiseta amarilla a rayas sin mangas y de cuello redondo y unas zapatillas burdeos, y hubo un momento en que me sorprendí preguntándome si a Mondrian le habría gustado mi atuendo. Unas zapatillas escarlata habrían sido más de su agrado, decidí. O bermellón, como la galería.

Me lo tomé con calma. Me adelantaba mucha gente, pero si lo hubieran hecho a toda velocidad unas ancianas con andadores de aluminio me habría importado lo mismo. Me limité a poner un pie de color vino delante del otro, y cuando iba por la cuarta vuelta mi mente empezó a flotar. Supongo que corrí tres vueltas más, pero no llevaba la cuenta.

No pensé en Mondrian, ni en sus cuadros, ni en todos los chiflados que los querían. En realidad no pensé en nada. Cuando iba por el séptimo kilómetro, cogí la bolsa de plástico que me había estado guardando uno de los jugadores de ajedrez en la esquina suroeste del parque, le di las gracias y me encaminé a buen paso hacia el oeste, hacia Arbor Court.

Carolyn no estaba en casa, de modo que usé las herramientas que llevaba encima para entrar en su edificio y luego en su piso. La cerradura del vestíbulo fue pan comido, a diferencia de las otras. Me pregunté qué curioso ladrón habría forzado aquellas cerraduras sin dejar ni rastro de su presencia y por qué no podía servirse de ese mismo talento para llevarse el Mondrian de la Colección Hewlett él solito.

Entré, cerré con llave, me desnudé y me duché, razón por la cual había ido a

Arbor Court. Me sequé, me puse la ropa que había estado llevando antes y colgué de la barra de la cortina de la ducha mi camiseta sin mangas y mi pantalón corto, que estaban empapados. Luego busqué una cerveza en el frigorífico, hice una mueca cuando vi que no había ninguna y me preparé un poco de té frío de sobre. Sabía como cabía esperar.

Me preparé un sándwich, me lo comí, me preparé otro y empecé a comérmelo. Un payaso dio un frenazo en la calle y tocó la bocina, ante lo cual *Ubi* se encaramó al alféizar de la ventana de un salto para investigar. Vi que metía la cabeza entre las barras y que las puntas de su bigote apenas las rozaban, pensé en el bigote de *Archie* y me sorprendí sintiendo lástima por el pobre gato, algo muy poco habitual. Ya habían muerto dos personas, yo estaba acusado de un asesinato y cabía la posibilidad de que me acusaran de otro, y lo único que me venía a la cabeza era lo desamparado que debía de sentirse el gato de Carolyn.

Busqué un número de teléfono en la guía, cogí el auricular y marqué el número. Denise Raphaelson respondió a la tercera señal.

—Soy Bernie —dije—, y nunca hemos tenido esta conversación.

—Qué curioso, la recuerdo como si fuera ayer.

—¿Qué sabes de un pintor llamado Turnquist?

—¿Para eso llamas? ¿Para preguntarme qué sé de un pintor llamado Turnquist?

—Sí, para eso. Tiene unos sesenta años, pelo rojizo y perilla, dientes en mal estado, y compra toda su ropa en la beneficencia. Modales un tanto bruscos.

—¿Dónde está? Creo que voy a casarme con él.

Denise estuvo saliendo conmigo durante una temporada; repentinamente empezó a salir con Carolyn, aunque no durante mucho tiempo. Es pintora y tiene una buhardilla en West Broadway llamada «galería el Estrecho», que es donde vive y trabaja.

—A decir verdad, es un poco tarde para eso.

—¿Le ha pasado algo?

—Será mejor que no te lo diga. ¿Has oído hablar de él alguna vez?

—Creo que no. Turnquist. ¿Tiene nombre de pila?

—Probablemente. La mayoría de la gente tiene nombre de pila, excepto Trevanian<sup>[2]</sup>. Puede que Turnquist sea su nombre de pila y que no tenga apellido. Hay mucha gente así: Hildegarde, Twiggy...

—Liberace.

—Ese es su apellido.

—Es verdad.

—¿No te suena Turnquist?

—Ni remotamente. ¿Qué clase de pintor es?

—Un pintor muerto.

—Lo que me temía. Bueno, estará bien acompañado: Rembrandt, El Greco, Giotto, El Bosco... Todos estos pintores están muertos.

—Nunca hemos tenido esta conversación.

—¿Qué conversación?

Colgué y busqué Turnquist en la guía de teléfonos de Manhattan. Sólo figuraba una persona con ese apellido: Michael Turnquist, que vivía en la calle 70 Este. Las cosas no son tan sencillas y, desde luego, Turnquist no vestía como las personas que viven en esa zona, pero, qué demonios, no perdía nada intentándolo.

—¿Michael Turnquist? —pregunté.

—Sí, ¿dígame?

—Perdone —dije—. Debo de haberme equivocado de número.

A la mierda. Cogí de nuevo el auricular y marqué el 911. Respondió una mujer y dije:

—Hay un cadáver en una obra de Washington Street. —Y le di la dirección exacta. Ella empezó a preguntarme algo, pero no le dejé acabar—: Lo siento —dije—, pero soy una de esas personas que no quieren meterse en líos.

Estaba absorto en algo, posiblemente en mis pensamientos, cuando una llave giró en una de las cerraduras de la puerta. El sonido se repitió cuando una persona abrió las otras dos cerraduras, y pasé un par de segundos intentando decidir qué haría si no era Carolyn. ¿Y si era la nazi, que venía a secuestrar el otro gato? Busqué a *Ubi* con la mirada, y entonces la puerta se abrió, me volví y vi a Carolyn y Elspeth Peters.

Sólo que no era Elspeth Peters. Me bastó lanzarle una segunda mirada para comprobarlo. Sin embargo comprendí por qué mi compinche también había lanzado una segunda mirada a Elspeth Peters, ya que el parecido entre ambas era muy marcado.

También comprendí por qué había lanzado más de un par de miradas a esta mujer, que evidentemente tenía que ser Alison, la amiga que se dedicaba a hacer planes fiscales. Era cuando menos tan atractiva como Elspeth Peters y, en lugar de ese carácter etéreo de la señorita Peters que tan bien armoniza con las poetisas de otros tiempos y los libros usados, lo que Alison transmitía era una especie de intensidad telúrica. Carolyn nos presentó:

—Alison, te presento a Bernie Rhodenbarr. Bernie, esta es Alison Warren.

Alison confirmó su condición de lesbiana política y económica dándome un apretón de manos de los de verdad.

—No esperaba verte aquí —dijo Carolyn.

—Bueno, es que he venido a ducharme.

—Es cierto, habías ido a correr.

—¿Oh? ¿Te gusta correr? —me preguntó Alison.

El tema nos dio para unos segundos de conversación. Carolyn se fue a preparar café, Alison se sentó en el sofá y *Ubi* apareció y se sentó en su regazo. Yo aproveché para ir a la cocina, donde Carolyn estaba armándose un lío con el café.

—¿A que es simpática? —me preguntó en voz baja.

—Desde luego —le respondí también en voz baja—. Deshazte de ella.

—¿Estás de broma?

—No.

—Pero ¿por qué?

—Porque nos vamos al museo. Al Hewlett.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Mira, acaba de llegar. Ya se ha puesto cómoda y tiene al gato en el regazo. Lo menos que puedo hacer es darle una taza de café.

—De acuerdo —dije, todavía en voz baja—. Yo me voy ahora. Despidete de ella lo antes posible. Te espero delante del Hewlett.

Cuando entregué mis dos dólares y cincuenta centavos, el encargado del Hewlett tuvo la amabilidad de indicarme que faltaba menos de una hora para que la galería cerrase. Le dije que no importaba y acepté mi insignia a cambio de mi dinero. El intercambio me trajo a la memoria al difunto señor Turnquist, y recordé la apasionada vivacidad con que nos había sermoneado sobre arte. Supongo que lo había despersonalizado a fin de poder llevar su cadáver por toda la ciudad y deshacerme de él, lo cual creo fue algo necesario. Sin embargo, ahora lo veía como una persona (estrafalaria, hosca e intensamente humana) y lamentaba que estuviera muerto y aún más que después de su muerte yo lo hubiera utilizado como pretexto para hacer una farsa macabra.

La sensación era bastante deprimente, pero me la quité mientras me dirigía a la sala del piso de arriba, que era donde estaba expuesto el Mondrian. Entré haciéndole al guarda uniformado un maquinal gesto con la cabeza. En el lugar de la pared que solía ocupar *Composición con color* esperaba encontrar un espacio en blanco o un cuadro totalmente distinto, pero el Mondrian seguía en el sitio que le correspondía y yo me alegré de volver a verlo.

Media hora más tarde la voz de alguien situado a mi espalda dijo:

—Bueno, no está mal, Bernie, pero no creo que vayas a engañar a mucha gente con él. Es difícil conseguir que un dibujo a lápiz se parezca a un óleo. ¿Qué estás haciendo?

—Dibujando el cuadro —dije, sin levantar la mirada de mi cuaderno—. Estoy calculando las medidas a ojo.

—¿Qué significan las iniciales? Ah, ya... Los colores, ¿no?

—Exacto.

—¿Para qué?

—No lo sé.

—El chico que hay abajo no ha querido aceptar mi dinero. Van a cerrar dentro de un minuto. ¿Vamos a robar el cuadro, Bernie?

—Sí.

—¿Ahora?

—Claro que no.

—Ah... ¿Cuándo entonces?

—No lo sé.

—Y supongo que tampoco sabrás cómo vamos a hacerlo.

—Estoy ocupándome de ello.

—¿Cómo? ¿Dibujando el cuadro en tu cuaderno?

—Mierda —exclamé. Cerré el cuaderno de golpe y dije—: Larguémonos de aquí.

—Lo siento, Bern. No tenía intención de molestarte.

—No pasa nada. Larguémonos de aquí.

Encontramos un bar llamado Gloryosky en Madison Avenue, a un par de manzanas de distancia. Luces tenues, moqueta gruesa, formica negra y cromo y algún que otro mural. Cerca de la mitad de los clientes estaba despachando sus primeras copas «postrabajo», mientras el resto tenía aspecto de no haber vuelto todavía de la comida. Todo el mundo estaba dando gracias a Dios porque ya era viernes.

—Qué sitio más agradable —dijo Carolyn cuando nos sentamos en un reservado—. Luces tenues, animación, risas, el tintineo de los cubitos de hielo y un disco de Peggy Lee en el *juke box*. Aquí podría ser feliz, Bernie.

—Y una monada de camarera.

—Ya me he fijado. Este bar tiene todo lo que no tiene el Bum Rap. Es una pena que esté tan lejos de la tienda.

La camarera se acercó a la mesa y se inclinó de manera impresionante. Carolyn la miró con una sonrisa de oreja a oreja y pidió un martini, muy frío, muy seco y muy rápido. Yo pedí una coca-cola con limón. La camarera sonrió y se fue.

—¿Por qué? —me preguntó Carolyn con tono apremiante.

—¿Cómo dices?

—¿Por qué has pedido una coca-cola con limón?

—Así sabe menos dulce.

—¿Por qué has pedido una coca-cola?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Porque no me apetece un agua Perrier, supongo. Además, creo que me vendrá bien un subidón de azúcar y un acelerón de cafeína.

—Bern, ¿estás siendo obtuso a propósito?

—¿Qué? Ah... ¿Te refieres a por qué no bebo una copa?

—Eso es.

Volví a encogerme de hombros.

—Por ninguna razón en concreto.

—¿Vas a intentar entrar a robar en el museo? Es un disparate.

—Lo sé, y de hecho no voy a intentarlo. De todos modos, haga lo que haga, tengo una noche complicada por delante y quiero estar en plena forma, es decir, tal como estoy ahora.

—Pues yo, por mi parte, creo que me sentiré mejor con un par de copas encima.

—Quizá.

—Eso sin contar que no podré sobrevivir diez minutos más si no me bebo una. Ah, ya las traen —dijo en el momento en que aparecían nuestras bebidas—. Puedes decirle a tu compañero que empiece a preparar otro de estos —le dijo a la camarera—, porque no quisiera pasarme de la raya con él.

—Otra ronda, pues.

—Sólo otro martini —le corrigió Carolyn—. Él tiene que beberse lo suyo a sorbitos. ¿Tu madre nunca te dijo que las bebidas efervescentes no hay que beberlas de un trago?

Exprimí el limón encima de la coca-cola, removí y bebí un trago.

—Tiene una forma encantadora de reírse —dijo Carolyn—. Me gustan las chicas con sentido del humor.

—Y con un buen par de...

—Eso también. Habría mucho que decir en favor de las curvas, incluso si tu amigo Mondrian no creía en ellas. Líneas rectas y colores primarios. ¿A ti te parece que era un genio?

—Probablemente.

—Vete tú a saber qué es un genio. Si se trata de tener algo colgado de la pared, yo prefiero mi litografía de Chagall.

—Qué curioso.

—¿Qué es curioso?

—Antes —dije—, cuando estaba delante del cuadro, pensé en lo bien que quedaría en mi piso.

—¿Dónde?

—Sobre el sofá. Centrado más o menos encima de él.

—¿En serio? —Cerró los ojos para intentar imaginárselo—. ¿El cuadro que acabamos de ver o el que tú viste en el piso de Onderdonk?

—El que acabamos de ver. Aunque el otro consistía prácticamente en lo mismo y tenía más o menos las mismas medidas, de modo que también quedaría bien.

—Sobre el sofá.

—Exacto.

—Pues, ahora que lo dices, podría quedar bastante bien en tu casa —dijo—. ¿Sabes qué tienes que hacer cuando se aclare todo este lío?

—Sí —respondí—. Pasar entre uno y diez años.

—¿Uno y diez años?

—De cárcel.

—Ah... —exclamó, y rechazó el conjunto del sistema penal haciendo un gesto de indiferencia con la mano—. Estoy hablando en serio, Bern. Cuando todo esto se aclare, tienes que sentarte, pintar un Mondrian y colgarlo encima del sofá.

—Anda ya...

—Lo digo de veras. Reconócelo, Bern. El cuadro de nuestro querido Piet que tienen en el museo no parece difícil de hacer. De acuerdo, Mondrian era un genio porque fue la primera persona a la que se le ocurrió pintar así, y las proporciones y los colores son estupendos y perfectos y responden a un sistema filosófico, el que fuera, pero ¿qué más da? Si lo único que pretendes es hacer una copia para tu piso, ¿qué tiene de difícil tomar las medidas, copiar los colores y pintarlo? No hay dibujos, ni gradaciones de colores, ni cambios de textura por medio. Sólo se trata de un lienzo blanco con líneas negras y unas manchas de color. No tendrías que pasar diez años en la facultad de Bellas Artes para hacerlo, ¿verdad?

—Qué ocurrencia... —dije—. Probablemente sea más difícil de lo que parece.

—Todo es más difícil de lo que parece. Lavar y cepillar a un shih tzu es más difícil de lo que parece, pero no es necesario ser un genio para hacerlo. ¿Dónde tienes ese dibujo que has hecho? ¿No podrías tomar las dimensiones y pintarlo en un lienzo?

—Puedo pintar una pared con un rodillo. Poco más.

—¿Por qué has hecho ese dibujo?

—Porque hay demasiados cuadros —contesté— y, siendo Mondrian como es, no podría distinguirlos a menos que los viera juntos. Por eso he pensado que un dibujo podría serme útil de cara a identificarlo. Si es que veo alguna vez algún cuadro que no sea el del Hewlett. No podría...

—¿Qué no podrías?

—Pintar un Mondrian falso. No sabría cómo hacerlo. Todas las bandas negras son rectas como el filo de un cuchillo. ¿Cómo se las arregla uno para pintar algo así?

—Supongo que sería necesario que tuvieras el pulso firme.

—Debe de ser más complicado. Además no sabría qué pinturas comprar, y menos aún mezclar los colores.

—Podrías aprender.

—Un pintor podría hacerlo —dije.

—Claro. Si conocieras la técnica y...

—Es una pena que no volviéramos a hablar con Turnquist antes de que muriese. Era pintor y admiraba a Mondrian.

—Bueno, no es el único pintor que hay en Nueva York. Si quieres un Mondrian para colgar encima del sofá y no quieres intentar pintarlo tú, estoy segura de que podrías encontrar a alguien que...

—No estoy hablando de un Mondrian para mi piso.

—¿Ah, no...?

—No.

—Entonces estás pensando...

—Eso es.

—¿Dónde está la camarera, maldita sea? En este lugar son capaces de dejarla a una morir de sed.

—Ya viene.

—Más vale. No creo que vaya a salir bien, Bern. Yo me refería a pintar algo que quede bien sobre tu sofá, no a algo para engañar a los expertos. Además, ¿dónde encontraríamos a un pintor en el que pudiéramos confiar?

—Tienes razón.

La camarera dejó un martini delante de Carolyn y miró mi coca-cola, que estaba todavía medio llena. O medio vacía, si eres pesimista.

—Perfecto —le dijo Carolyn—. Seguro que antes eras enfermera. ¿A que sí?

—Esto no es nada —respondió la camarera—. Se supone que es un secreto, pero estoy segura que no se lo vas a decir a nadie: el barman era neurocirujano.

—Sigue teniendo buena mano. Menos mal que soy miembro de la Cruz Azul.

Al igual que la otra vez, la camarera hizo el número de irse riéndose. Carolyn la siguió con la mirada.

—Es una monada —dijo.

—Es una pena que no sea pintora.

—Respuestas inteligentes, una gran personalidad y un estupendo par de piernas. ¿Crees que será lesbiana?

—La esperanza es lo último que se pierde, ¿eh?

—Eso dicen.

—Lesbiana o no, lo que necesitamos es un pintor —dije.

En aquel momento pareció como si todo el mundo se quedara en silencio, como si alguien acabara de decir una impertinencia. Pero no porque las conversaciones hubieran cesado, sino porque nosotros habíamos dejado de oírlas. Carolyn y yo nos quedamos de piedra y luego nos volvimos lentamente para clavar la mirada en los ojos exoftálmicos del otro. Al cabo de un rato, los dos hablamos como si fuéramos una misma voz.

—Denise —dijimos.

—Agarra esto —dijo Denise Raphaelson—. ¿Sabes? No recuerdo cuándo fue la última vez que puse un lienzo en un bastidor. Nadie se molesta en hacerlo hoy en día. Te compras el lienzo con el bastidor y te dejas de monsergas. Claro que no suelo tener clientes que especifican el tamaño que desean en centímetros.

—El universo está volviéndose métrico.

—Bueno, ya sabes lo que siempre digo: dales un gramo y se llevarán un kilo... Creo que debe de ser algo así, Bernie; si alguien coge un metro para medir esta belleza, es que ya conoce seis maneras diferentes de demostrar que no es auténtico. De todos modos, las medidas son prácticamente las mismas. Es posible que varíen en un par de milímetros. ¿Te acuerdas de ese cigarrillo que anunciaban diciendo que tenía un estúpido milímetro más de largo?

—Me acuerdo.

—Me pregunto qué habrá sido de él.

—Probablemente se lo ha fumado alguien.

Denise estaba fumándose uno suyo o dejando que ardiera sin prestarle atención en una concha que usaba de cenicero. Estábamos en su casa, colocando el lienzo en el bastidor. Al decir «estábamos» me refiero a Denise y a mí. Carolyn no me había acompañado.

Denise es delgada y tiene las extremidades largas, el pelo castaño oscuro y rizado y la tez blanca salpicada de alguna que otra peca. Es pintora, y le va lo bastante bien como para que ella y su hijo Jared puedan vivir de ello, aunque de vez en cuando recibe un cheque del padre de Jared destinado a la manutención de este. Sus cuadros son abstractos, muy vivos, intensos y vigorosos. Es posible que no te gusten, pero es difícil que no te llamen la atención.

Pensándolo bien, cabría decir lo mismo de su autora. Denise y yo nos hicimos compañía durante un par de años, compartiendo nuestra afición a la comida étnica, el jazz más reflexivo y el intercambio de respuestas rápidas e ingeniosas. El único punto en el que discrepábamos era Carolyn, a quien ella fingía despreciar. Un buen día Denise y Carolyn comenzaron una aventura, que no tardó en llegar a término. Cuando acabó, Carolyn no volvió a ver a Denise, y yo tampoco.

Podría decir que no entiendo a las mujeres, pero ¿qué tiene eso de especial? Nadie las entiende.

—Esto es yeso —me explicó Denise—. Si queremos que el lienzo quede suave, hemos de ponerle esto. Toma, coge la brocha. Eso es... Dale una buena capa, que quede uniforme... Todo consiste en el movimiento de la muñeca, Bernie.

—¿Y esto qué hace?

—Se seca. Es yeso acrílico, así que se secará en un momento. Luego lo lijas.

—¿Que lo lije?

—Con papel de lija. Suavemente. Luego le das otra capa de yeso y lo vuelves a lijar, le pones una tercera capa y lo lijas otra vez.

—¿Y tú en la orilla opuesta estarás?

—Eso es. Preparada para cabalgar y dar la voz de alarma en todos los poblados y granjas.

—Todos los poblados y granjas de Middlesex —dije, que era lo que había escrito Longfellow. La palabra «Middlesex» se quedó, por así decirlo, en el aire, suspendida entre nosotros—. Viene de *middle saxons*, que significa sajones del centro —expliqué—. El nombre indica el lugar donde se establecieron en Inglaterra. Essex equivale a sajones del este, Sussex a sajones del sur y...

—Ya es suficiente.

—Bueno.

—«En todos los poblados y granjas bisexuales». Y supongo que «No sexo» equivaldrá a *North Saxons*, ¿no?

—Creía que habías dicho que ya era suficiente.

—Es como la sarna: irresistible. Voy a ver si puedo encontrar un libro que tenga una reproducción del cuadro. *Composición con color*, 1942. Vete a saber cuántos cuadros llamaría de esa manera. Conozco a un pintor minimalista en Harrison Street que llama a todo lo que pinta *Composición n.º 104*. Es su número favorito. Si alguna vez llega a algo, los historiadores de arte van a volverse majaras tratando de aclararse.

Estaba lijando la tercera capa de yeso cuando Denise regresó con un gran libro titulado *Mondrian y el arte de De Stijl*. Lo abrió, pasó unas hojas y se detuvo en una de las últimas páginas: allí estaba el cuadro que habíamos visto en el Hewlett.

—Este es —dije.

—¿Cómo son los colores?

—¿A qué te refieres? ¿No están en el sitio correcto? Creía que habías llevado mi dibujo para buscarlo.

—Sí, y es un dibujo maravilloso. El robo con escalo ha ganado a un ladrón, pero el mundo del arte ha perdido a un pintor. Los libros de reproducciones nunca son perfectos, Bernie. Con la tinta jamás se consigue reproducir el color con exactitud. ¿Se parecen estos colores a los que viste en el cuadro?

—Eh...

—¿Y bien?

—No tengo tan buen ojo, Denise. O tan buena memoria. Creo que se parecen bastante. —Sostuve el libro con los brazos extendidos y lo incliné para que le diera la luz—. El fondo no lo recuerdo tan oscuro. Es más blanco en... Iba a decir en la vida real, pero no me refiero a eso, ya sabes.

Denise hizo un gesto de asentimiento.

—Mondrian empleaba tonos hueso. Matizaba el blanco con un poco de azul, un poco de rojo y un poco de amarillo. Probablemente pueda hacer algo que sea cuando menos pasable, aunque espero que no tengas que engañar a un experto con este cuadro.

—Yo también.

—¿A ver qué tal te ha ido con el yeso? No está mal. Creo que todavía le hacen falta una o dos capas de blanco. De ese modo conseguiremos el efecto de suavidad propio de los lienzos. Luego le pondremos una capa de blanco mezclado y después... Ojalá dispusiera de dos semanas para trabajar en este cuadro.

—Yo también.

—Voy a emplear acrílicos, claro está. Acrílicos líquidos. Él empleó óleos, pero no tenía a un lunático detrás que quería el cuadro acabado en cuestión de horas. Los acrílicos se secan con rapidez, pero no son óleos y...

—¿Denise?

—¿Qué?

—No tiene sentido que nos volvamos locos con este asunto. Vamos a hacerlo lo mejor posible y a correr. ¿Vale?

—Vale.

—Tengo algunas cosas que hacer, pero puedo volver cuando las acabe.

—Puedo arreglármelas sola, Bernie. No necesito ayuda.

—Bueno, es que he estado pensando mientras ponía el yeso en el lienzo. Hay unas cuantas cosas que puedo hacer al mismo tiempo.

—En un lienzo sólo puede trabajar una persona al mismo tiempo.

—Lo sé. Dime qué te parece esto.

Le dije lo que había pensado. Ella me escuchó y asintió, y cuando hube terminado de contárselo no dijo nada, pero encendió un cigarrillo. Se lo fumó casi hasta el filtro antes de hablar.

—Parece algo muy elaborado.

—Sí, supongo que sí.

—Y complicado. Creo que sé lo que te propones, pero tengo la impresión de que lo más conveniente para mí será que no sepa demasiado. ¿Me equivoco?

—Posiblemente no.

—Creo que quiero música —dijo. Encendió otro cigarrillo y puso la radio, que estaba sintonizada en una de las estaciones de FM de jazz. Reconocí el disco que estaban emitiendo: era una grabación de piano sin acompañamiento de Randy Weston.

—Me trae recuerdos —dije.

—¿Verdad que sí? Jared se encuentra en casa de un amigo. Estará en casa dentro

de una hora. Puede ayudarme.

—Estupendo.

—Me encanta la Colección Hewlett. Aunque Jared siente verdadero resentimiento hacia ese museo, claro está.

—¿Por qué?

—Porque es un niño. A los niños no se les permite entrar, ¿recuerdas?

—Ah, sí. ¿Pero ni siquiera se les permite entrar acompañados por un adulto?

—Ni siquiera acompañados por los cuatro delanteros de los Pittsburgh Steelers. No dejan pasar a menores de dieciséis años y no hacen absolutamente ninguna excepción.

—Me parece un tanto despótico —comenté—. ¿Cómo va a cultivar un niño el gusto por el arte en esta ciudad?

—Son realmente severos, Bernie. Dejando aparte el Metropolitan, el Museo de Arte Moderno, el Guggenheim, el Whitney, el de Historia Natural y un par de centenares de galerías privadas, un joven carece por completo de recursos culturales en Nueva York. Es un verdadero desastre.

—Si no te conociera, juraría que estás siendo sarcástica.

—¿Yo? Jamás de los jamases. —Dio una calada al cigarrillo—. Pero te diré una cosa: es un placer entrar en ese museo y no tener que aguantar a ocho millones de críos dándose golpes contra las paredes. O grupos de estudiantes con un profesor que sufre lesiones mentales explicando a un volumen de ochenta decibelios las ideas de Matisse mientras treinta críos se dedican a comerse las zapatillas de baloncesto de puro aburrimiento. El Hewlett es un museo para adultos y me encanta.

—Pero a Jared no.

—Le encantará el día que cumpla dieciséis años. Mientras tanto tiene el aliciente de la fruta prohibida. Creo que debe de estar convencido que es el mayor tesoro de arte erótico del mundo y que por eso no le permiten entrar. Lo que a mí me gusta de ese museo, dejando aparte la calidad de la colección y el hecho de que no hay niños, es la forma en que los cuadros están colgados en las paredes. ¿De la pared o en la pared?

—Da igual.

—Sí, da igual —dijo con decisión—. «De» se utiliza cuando colgar no se puede sustituir por «estar». En los demás casos da igual. Pues bien, en el Hewlett dejan mucho espacio entre los cuadros. Puedes contemplarlos uno a uno. —Me miró expresivamente—. Lo que intento decir es que ese museo me gusta especialmente.

—Lo comprendo.

—Asegúrame una vez más que esto es por una buena causa.

—Estarás contribuyendo a rescatar a un gato y a evitar que un vendedor de libros antiguos vaya a la cárcel.

—El vendedor de libros me importa un bledo. ¿De qué gato se trata? ¿Del siamés?

—De *Archie*, y es birmano, no siamés.

—Es cierto. El amistoso.

—Los dos son amistosos. Lo que pasa es que *Archie* es más abierto.

—Es lo mismo.

Randy Weston había dado paso a Chick Corea. Ahora este disco también había acabado y un joven con voz de inexperto estaba dando las noticias. La primera tenía que ver con los avances en unas conversaciones sobre la reducción de armamento y, aunque es posible que tuviera una importancia de alcance mundial, he de reconocer que no le presté atención. Luego el joven bocazas nos contó que una llamada anónima había permitido a la policía hallar en un almacén del West Village el cadáver de un hombre al que habían identificado como Edwin P. Turnquist. Turnquist había sido apuñalado en el corazón, probablemente con un picahielos. Era pintor y un bohemio moderno que se había codeado con los primeros expresionistas abstractos en la antigua Cedar Tavern y que en el momento de su muerte vivía en una pensión de Chelsea en la que a los huéspedes sólo se les permitía ocupar una habitación.

Con esto habría bastado, pero el locutor aún no había acabado. El principal sospechoso, añadió, era un tal Bernard Rhodenbarr, un librero de Manhattan con varios arrestos por robo. Rhodenbarr estaba en libertad bajo fianza tras haber sido acusado del homicidio de Gordon Kyle Onderdonk, cometido pocos días antes en el selecto y elegante edificio Carlomagno. Se suponía que Onderdonk había sido asesinado durante un robo, pero el móvil de Rhodenbarr para asesinar a Turnquist todavía no había sido revelado por fuentes policiales. «Quizá —sugirió el pelanas del locutor— el señor Turnquist era un hombre que sabía demasiado».

Apagué la radio, y el silencio que se produjo a continuación se alargó como las arenas del Sáhara. Lo rompió finalmente el chasquido del Bic que utilizó Denise para encender otro cigarrillo más.

—Ese nombre, Turnquist, me suena remotamente —dijo en medio de una nube de humo.

—Lo suponía.

—¿Cuál era su nombre de pila? ¿Edwin? Sigue sin sonarme de nada, si exceptuamos esa conversación que nunca hemos tenido.

—Eh...

—Tú no le mataste, ¿verdad, Bernie?

—No.

—¿Y a ese otro hombre? ¿Onderdonk?

—Tampoco.

—Pero estás metido en este lío hasta el cuello, ¿no?

—Hasta la raíz del pelo.

—Y la policía está buscándote.

—Supongo que sí. Lo mejor sería... eh, lo mejor sería que no me encontraran. El otro día gasté todo mi dinero en una fianza. Aunque, si me encuentran, no creo que el juez vaya a dejarme en libertad bajo fianza esta vez.

—Además, si te encierran en una celda de Rikers Island, ¿cómo vas a desfacerte entuertos, capturar asesinos y liberar gatitos?

—Eso digo yo.

—¿Cómo llaman a las personas que hacen lo que yo estoy haciendo? ¿Cómplices encubridores de un delito cometido?

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—Cómplice involuntario. Tú no has encendido la radio. Si salgo de esta, no me acusarán de nada, Denise.

—¿Y si no sales de esta?

—Eh...

—Olvida que te lo he preguntado. ¿Qué tal lo lleva Carolyn?

—¿Carolyn? Está bien.

—Es curioso las vueltas que da la vida.

—Ajá...

Dio un golpecito al lienzo.

—¿El del Hewlett está sin enmarcar? ¿No es más que un lienzo sobre un bastidor?

—Eso es. El cuadro continúa por los lados del lienzo.

—Sí, a veces Mondrian pintaba de esa manera. No siempre, pero sí a veces. Este asunto es un verdadero disparate, Bernie. Eres consciente de ello, ¿verdad?

—Sí.

—No obstante podría salir bien —añadió.

Serían cosa de las once cuando salí de la galería El Estrecho. Denise me demostró su hospitalidad ofreciéndome su sofá, pero tuve miedo de aceptar. La policía estaba detrás de mí y no quería quedarme en ningún lugar donde se les pudiera ocurrir buscarme. Carolyn era la única persona que sabía que había ido a casa de Denise, y no hablaría a menos que le pusieran cerillas encendidas en las uñas. Pero ¿y si se las ponían? Además podría escapársele delante de una amiga (Alison, por ejemplo) y la amiga podría resultar una persona menos discreta que ella.

De todos modos, si de encontrarme en casa de Denise se trataba, no era necesario que alguien informara a la policía al respecto. Ray sabía que Denise y yo habíamos salido juntos, y si la policía cumplía el trámite de ir a ver a todas las personas relacionadas con el sospechoso, yo saldría de Guatemala para entrar en Guatepeor.

Por el momento había salido a la calle. Faltaba aproximadamente una hora para que la primera edición del *Daily News* saliera asimismo a la calle, y con toda probabilidad sacaría mi fotografía. Por el momento era la misma persona anónima de siempre, aunque no era esa la sensación que tenía. Andando por el Soho, me sorprendí sospechando de las sombras y retrocediendo ante las imaginadas miradas de los transeúntes. O quizá no fueran imaginadas. Pásate un rato sospechando de las sombras y ya verás cómo la gente acaba mirándote.

En Wooster Street encontré una cabina telefónica. Una de verdad con una puerta que cerraba, por extraño que parezca, y no uno de esos modelos perfeccionados que te dejan expuesto a la intemperie. Las cabinas a las que me refiero se han vuelto escasas hasta el punto de que algún ciudadano no había identificado esta como lo que era y la había confundido con un urinario. Antepuse la intimidad a la comodidad y me encerré en ella.

Cuando hice esto, se encendió una lucecita. Literalmente, no metafóricamente. Aflojé un par de tornillos de la lámpara del techo, cogí una lámina de plástico traslúcido y desenrosqué un poco la bombilla; volví a poner el plástico y apreté los tornillos. Había dejado de ser el centro de atención de la calle, que era precisamente lo que deseaba. Llamé a información y luego marqué el número que me facilitó la operadora.

Me pusieron con la comisaría en la que Ray Kirschmann cuelga su sombrero, aunque en realidad no lo hace, puesto que tiene la costumbre de no quitárselo cuando entra en un sitio. No estaba. Llamé de nuevo a información y lo localicé en su casa de Sunnyside. Cogió el teléfono su esposa y me puso con él sin preguntarme quién era.

—¿Sí? —dijo Ray.

Y yo dije:

—¿Ray?

Y él dijo:

—¡Vaya! El personaje del día. A ver si dejas de matar gente, Bernie. Es una mala costumbre y quién sabe qué consecuencias puede acarrear. ¿Sabes a lo que me refiero?

—No he matado a Turnquist.

—Sí, claro, y nunca has oído hablar de él.

—Yo no he dicho eso.

—Menos mal, porque tenía en el bolsillo un papel con tu nombre y la dirección de tu librería.

¿Era eso posible? ¿Se me había pasado por alto algo tan inculpatario al registrar los bolsillos del cadáver? Hice memoria, me acordé de una cosa y cerré los ojos.

—¿Bernie? ¿Estás ahí?

No le había registrado los bolsillos. Había estado tan atareado deshaciéndome de él que no había dedicado unos minutos a mirarle la ropa.

—De todos modos —prosiguió Ray—, también hemos encontrado una de tus tarjetas en su habitación. Y, por si eso fuera poco, alguien nos ha dado un soplo por teléfono poco después de haber aparecido el cadáver. Es decir, nos han dado dos soplos, y no me extrañaría que nos los haya dado la misma persona. La primera vez nos han dicho dónde estaba el cadáver y la segunda que si queríamos saber quién ha matado a Turnquist, debíamos preguntárselo a un tipo llamado Rhodenbarr. Pues bien, qué demonios, eso es lo que voy a hacer: ¿quién lo ha matado?

—Yo no.

—Vaya, vaya... Dejamos a la gente como tú en libertad bajo fianza y ¿qué hacéis? Cometer más crímenes. Puedo entender que se te fuera la mano con una mole como Onderdonk y que le pegaras demasiado fuerte. Pero clavarle un picahielos a un renacuajo como Turnquist es una canallada.

—Yo no lo maté.

—Y supongo que tampoco registraste su habitación.

—Ni siquiera sé dónde vivía, Ray. Una de las razones por las que te llamaba era que quería pedirte su dirección.

—Llevaba un carnet en el bolsillo. Podrías haberla cogido de ahí.

Mierda, pensé. En los bolsillos de Turnquist había entrado de todo excepto mis manos.

—De todos modos, ¿para qué quieres su dirección?

—Pensaba que tal vez...

—Podrías ir a registrar su habitación.

—Pues sí —reconocí—. Para encontrar al verdadero asesino.

—Alguien ya se ha ocupado de registrar su habitación de arriba abajo, Bernie. Si no lo has hecho tú, lo habrá hecho otra persona.

—Pues que quede claro que no lo he hecho yo. Has dicho que has encontrado mi tarjeta allí, ¿no? Cuando registro habitaciones de muertos no suelo dejar mi tarjeta de visita.

—Tampoco sueles matar gente. Quizá la conmoción te haya vuelto descuidado.

—Eso no te lo crees ni tú, Ray.

—No, supongo que no. Pero han dado una orden de busca y captura a tu nombre, Bernie, y te han revocado la libertad bajo fianza. Así que más vale que te entregues, porque de lo contrario estarás metido en un lío de narices. ¿Dónde estás? Voy a buscarte: quiero que te entregues sin dar problemas.

—Estás olvidando la recompensa. ¿Cómo voy a conseguir el cuadro si me encerráis en una celda?

—¿Crees que tienes posibilidades de conseguirlo?

—Sí, creo que sí.

Se produjo un largo silencio, durante el cual el orgullo luchó con la codicia al tiempo que Ray contraponía un arresto impresionante con diecisiete mil quinientos dólares cuya obtención era sumamente hipotética.

—No me gustan los teléfonos —dijo finalmente—. Deberíamos discutirlo cara a cara.

Empecé a decirle algo, pero una grabación me interrumpió para decirme que se me habían acabado los tres minutos de que disponía. Cuando colgué todavía estaba perorando.

No ponían ni una sola película aceptable en la calle Cuarenta y dos. Hay ocho o diez cines en el trecho que va desde la Sexta a la Octava Avenida y en los que no ponían pelis porno proyectaban epopeyas como *La matanza de Texas* o *Comido vivo por los Lemmings*. Es patético. Si quitas el sexo y la violencia, ¿cómo va saber nadie que Times Square es el centro del mundo?

Al final decidí entrar en un cine cerca de la Octava Avenida donde ponían un par de películas de Kung fu. Nunca había visto una, y había hecho bien al no hacerlo. Sin embargo la sala estaba a oscuras y medio vacía, y no se me ocurría un lugar más seguro donde pudiera pasar unas cuantas horas. Si la poli estaba buscándome en serio, habría hecho circular mi fotografía por los hoteles, y los periódicos saldrían a la calle en cualquier momento. Una persona puede dormir en el metro, pero los guardias de seguridad suelen mirarte, e incluso si no lo hicieran me habría sentido más seguro acurrucado en la vía.

Me senté en una butaca situada a uno de los lados y me puse a mirar la pantalla. No había mucho diálogo, sólo los efectos de sonido que se utilizan cuando alguien recibe una patada en el pecho o se estrella contra una ventana. El público guardaba silencio en general, si exceptuamos los murmullos de aprobación que se oían cuando alguien acababa mal de una forma espectacular, lo cual ocurría bastante a menudo.

Permanecí sentado viendo la película durante un rato. En un momento dado me adormilé y en otro me desperté. Seguían poniendo la misma película, aunque podría haber sido la otra. Dejé que la violencia de la pantalla me hipnotizara y, sin darme cuenta, me puse a pensar en todo lo que había ocurrido y cómo había comenzado. Un caballero refinado había aparecido en mi librería y me había invitado a tasar su biblioteca. Un incidente civilizado, pensé, que había tenido un resultado realmente brutal.

Un momento...

Me erguí en mi butaca y pestañeeé mientras el oriental de ojos desorbitados que había en la pantalla destrozaba una cara de mujer con el codo. Apenas me fijé, ya que tenía en la mente la imagen de Gordon Onderdonk, que me saludaba en la puerta de su piso, quitando la cadena de la cerradura y abriendo la puerta de par en par para dejarme pasar. Luego en la retina de mi mente fueron apareciendo otras imágenes, al tiempo que resonaban como acompañamiento los retazos de una docena de conversaciones.

Durante unos minutos los pensamientos se sucedieron atropelladamente como si acabara de preparar una cafetera de café exprés y me lo hubiera inyectado todo directamente en una vena. Todos los acontecimientos de los últimos días empezaron a cobrar coherencia. En la pantalla que tenía ante mí, ágiles jóvenes daban brincos extraordinarios, realizaban asombrosas piruetas y se propinaban patadas, cuchilladas y golpazos.

Volví a quedarme adormilado y al cabo de un rato me desperté. Tras erguirme y pestañear un poco, me acordé de las asociaciones mentales que había hecho. Las medité y, como seguía pareciéndome que tenían tanto sentido como antes, me quedé maravillado por la forma en que me había venido todo a la cabeza.

Mientras avanzaba por el pasillo en dirección a la salida, se me ocurrió que quizá había soñado la solución. Pero no acerté a ver la importancia que eso podía tener. Encajaba lo mirara por donde lo mirase. Y en cualquier caso tenía mucho que hacer.

Me detuve en un portal de West End Avenue y vi a un par de corredores que se dirigían al parque a buen paso. Cuando se hubieron alejado lo suficiente, asomé un poco la cabeza y clavé la mirada en la puerta de mi edificio. Seguí mirándola, y al cabo de unos minutos salió por ella una persona de aspecto conocido. Avanzó hasta la acera con el omnipresente cigarrillo colgado de la comisura de los labios. En un primer momento giró hacia el norte, y yo me eché a temblar, luego giró hacia el sur, recorrió media manzana, cruzó la calle y se dirigió hacia mí.

Era la señora Hesch, la vecina que vivía enfrente de mi piso, una fuente continua de café y consuelo.

—Señor Rhodenbarr —dijo—. Menos mal que me ha llamado. Estaba preocupada. No va a creerse las cosas que esos malnacidos están diciendo sobre usted.

—Me da igual mientras usted no las crea.

—¿Yo? Que Dios no lo permita. Yo le conozco bien, señor Rhodenbarr. Usted se dedica a sus negocios; una persona tiene que ganarse la vida. Y, en lo que se refiere a los vecinos, no hay nadie como usted. Es un joven muy simpático. Sería incapaz de matar a nadie.

—Por supuesto.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por usted?

Le di las llaves de mi piso, le expliqué qué cerradura abría cada una y le dije lo que necesitaba. Volvió al cabo de un cuarto de hora con una bolsa de la compra.

—Hay un hombre en el vestíbulo —me dijo—. Lleva ropa de calle, no uniforme, pero creo que es irlandés y tiene pinta de poli.

—Probablemente sea las dos cosas.

—Y hay dos hombres, también con pinta de polis, en el coche verde que hay allí.

—Ya me he fijado en ellos.

—Le traigo el traje que me ha dicho y una camisa limpia; también le he cogido una bonita corbata a juego, y unos calcetines y ropa interior, que son cosas que no me ha pedido, pero he pensado que no le vendrían mal. Aquí tiene las otras cosas, las que no tengo que saber qué son. Tampoco quiero saber cómo las utiliza usted cuando fuerza cerraduras, pero permítame que le diga que las tiene escondidas en un lugar muy ingenioso: un enchufe falso. ¿Podría hacerme uno igual para guardar en él mis cosas?

—Será lo primero que haga la semana que viene, si es que consigo evitar que me metan en la cárcel.

—Es que de un tiempo a esta parte los robos han sido algo espantoso. Tengo esa cerradura tan buena que usted me instaló, pero aun así...

—Le haré un escondrijo en cuanto pueda, señora Hesch.

—Que conste que no tengo el diamante Hope ahí arriba, pero prefiero no correr riesgos. ¿Tiene todo lo que desea, señor Rhodenbarr?

—Creo que sí.

Me cambié de ropa en el servicio de una cafetería, metí mis herramientas de ladrón en varios bolsillos y dejé la ropa sucia en el cubo de la basura. O papelera, como dirían en inglés. ¿Quién me había dicho eso hacía poco? Turnquist... Turnquist, que ahora estaba muerto, con un picahielos en el corazón.

Compré una maquinilla de usar y tirar en una tienda de comestibles, la usé rápidamente en el servicio de otra cafetería y la tiré acto seguido. En la misma tienda de comestibles me vendieron unas gafas de sol bastante parecidas a las que Turnquist había llevado cuando le habíamos hecho cruzar la ciudad en silla de ruedas. Yo me las había puesto para regresar a la librería y ahora se encontraban en un estante de la trastienda. Me pareció curioso que en dos días hubiera comprado dos gafas de sol de esas baratas que venden en las tiendas de comestibles. De ordinario, pueden pasar años para que yo compre unas gafas de sol.

El cielo estaba nublado y vacilé en llevarlas. Quizá me ocultaran los ojos, pero al mismo tiempo llamaban un poco la atención. Decidí llevarlas de momento. Cogí el metro y fui a la calle Catorce. Entre la Quinta y la Séptima Avenida hay tienduchas de todo tipo en las que venden trastos a precios muy baratos y cuyos productos desbordan las aceras. Una tenía una mesa rebosante de gafas con lentes de color claro. La gente que quiere ahorrarse la factura del óptico puede probarse varias hasta que encuentra aquellas que parecen servirle.

Me probé varias hasta que encontré unas con montura de concha que no parecían distorsionar las cosas en absoluto. Las gafas que se pueden comprar sin consultar al óptico parecen siempre sacadas del atrezzo de un teatro debido a los reflejos que la luz produce sobre ellas. Estas sin embargo disfrazarían mi aspecto bastante bien sin parecer necesariamente un disfraz. Las compré, y un poco más adelante me probé sombreros hasta que encontré uno de fieltro gris oscuro estilo *fedora* que tenía buen aspecto y me pareció cómodo.

Compré un *knish* y una coca-cola en un puesto de la calle, intenté convencerme de que estaba desayunando e hice un par de llamadas. Me encontraba en la esquina de la Tercera Avenida con la calle Veintitrés cuando un Chevrolet bastante destartado se detuvo a mi lado. Con todo lo que roba este hombre, lo lógico sería que pudiera permitirse un coche más aparente.

—He estado mirándote con atención y no te he reconocido —dijo cuando me senté a su lado—. Deberías ponerte traje más a menudo. Te queda bien. Claro que fastidias todo el efecto con esas zapatillas de deporte que llevas.

—Mucha gente lleva traje con zapatillas de deporte hoy en día, Ray.

—Mucha gente come guisantes con cuchillo, y el que sea mucha no significa que esté bien lo que hace. Con el sombrero y las gafas, pareces uno de esos pronosticadores que van a las carreras de caballos para vender información a los apostadores. Lo que debería hacer, Bern, es detenerte. Así tú estarás fuera de peligro y yo recibiré una mención.

—¿No preferirías recibir una recompensa?

—Tú lo llamas recompensa y yo lo llamo ciento volando. —Soltó la clase de suspiro que sueltan las personas resignadas y añadió—: Lo que me estás pidiendo es un disparate.

—Lo sé.

—Pero ya te he hecho el juego en el pasado, y he de reconocer que en general he salido más beneficiado que perjudicado. —Me miró el sombrero, las gafas y las zapatillas y meneó la cabeza—. Preferiría que tuvieras más aspecto de policía —dijo.

—De este modo parezco un policía disfrazado.

—Pues es un disfraz estupendo —dijo—. Engañaría a cualquiera.

Dejó el coche en un sitio donde estaba prohibido aparcar, subimos un piso y avanzamos por un pasillo. De tanto en tanto Ray sacaba su placa, se la enseñaba a una persona y esta nos dejaba pasar. Luego tomamos un ascensor y bajamos al sótano. Cuando eres un particular y vas a identificar un cadáver, esperas en la planta baja y te traen en el ascensor a la difunta y llorada persona en cuestión. Cuando eres un policía, ahorran tiempo y te dejan bajar al sótano, donde sacan un cajón y te permiten echarle un vistazo. El encargado, un hombrecillo pálido que no había visto la luz del sol en años, sacó una tarjeta de un archivo, nos condujo por una habitación grande y silenciosa y abrió un cajón. Eché un vistazo y dije:

—No es este.

—Tiene que serlo —dijo el encargado.

—¿Entonces por qué pone «Vélez, Concepción» en la etiqueta?

El encargado examinó la etiqueta y se rascó la cabeza.

—No lo entiendo —dijo—. Este es el 228-B y aquí, en la tarjeta, pone... —nos miró acusadoramente— pone 328-B.

—¿Y qué?

—¡Pues nada! —exclamó.

Nos indicó que le siguiéramos y sacó otro cajón.

Esta vez en la etiqueta del pie ponía «Onderdonk, Gordon K.». Ray y yo lo miramos en amigable silencio. Luego él me preguntó si ya había visto suficiente, yo le dije que sí, y él se volvió hacia el encargado y le dijo que cerrara el cajón.

Mientras volvíamos a la planta baja, dije:

—¿Puedes averiguar si le drogaron?

—¿Si le drogaron?

—Con Seconal o algo así. ¿No aparecería en la autopsia?

—Sólo si alguien lo buscara a propósito. Si te encuentras con un tipo al que le han machacado la cabeza, lo examinas y llegas a la conclusión de que esa es la causa de su muerte, no vas e investigas si también tenía diabetes.

—Haz que investiguen si le drogaron.

—¿Por qué?

—Tengo una corazonada.

—¿Una corazonada? Me fiaría de tus corazonadas si no parecieras un pronosticador de carreras de caballos. Conque Seconal, ¿eh?

—Cualquier tipo de sedante.

—Pediré que investiguen. ¿Y ahora qué hacemos, Bernie?

—Ahora se va cada uno por su camino —dije.

Llamé a Carolyn y dejé que se desahogara durante unos minutos, hasta que se le pasó el pánico.

—Me va a hacer falta tu ayuda —dije—. Vas a tener que hacer una cosa para despistar.

—Esa es mi especialidad —dijo—. ¿Qué quieres que haga?

Se lo dije y se lo repetí un par de veces, y ella me dijo que parecía algo de lo que podía hacerse cargo.

—Sería mejor que buscaras ayuda —le dije—. ¿Crees que Alison podría echarte una mano?

—Quizá. ¿Cuánto puedo contarle?

—Lo menos posible. Si es necesario, dile que voy a intentar robar un cuadro de un museo.

—¿Puedo decirle eso?

—Sólo si es necesario. Entretanto, no sé... Tal vez deberías cerrar la Casa del Caniche e ir a su casa. ¿Dónde vive, a todo esto?

—En Brooklyn Heights. ¿Por qué debería ir allí, Bern?

—Para estar en un sitio donde la poli no vaya a darte la lata. ¿Está Alison contigo ahora?

—No.

—¿Dónde está? ¿En casa?

—Está en su oficina. ¿Por qué?

—Por nada. No sabrás su dirección de Brooklyn Heights, ¿verdad?

—No me acuerdo pero sé qué edificio es. Está en Pineapple Street.

—Pero no sabes el número.

—¿Qué más da? Ah, claro... estás buscando un sitio donde esconderte, ¿verdad?

—Bingo.

—Bueno, su piso está muy bien. Anoche estuve allí.

—¿De modo que era allí donde estabas? Te he llamado a primera hora de la mañana, pero no te he localizado. Un momento... ¿Anoche estuviste en casa de Alison?

—¿Y qué? ¿Quién te crees que eres, Bern? ¿La madre superiora?

—No; me sorprende, eso es todo. Era la primera vez que ibas, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y dices que está bien?

—Está muy bien. ¿Qué tiene eso de sorprendente? Las personas que se dedican a hacer planes fiscales no se ganan la vida nada mal. Sus clientes suelen tener dinero; de lo contrario no tendrían que preocuparse por los impuestos.

—Pues yo creo que todo el mundo tiene que preocuparse por los impuestos... ¿Viste todo el piso? ¿El... el dormitorio y todo?

—¿Qué diablos significa eso? No tiene dormitorio. Su piso es un estudio gigante. Mide unos setenta y cinco metros cuadrados, pero tiene una única habitación. ¿Por qué?

—Por nada.

—¿Es esta una manera indirecta de preguntarme si hemos dormido juntas? Porque no es asunto tuyo.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Bueno, tienes razón al decir que no es asunto mío —respondí—, pero eres mi mejor amiga y no quiero que te hagan daño.

—No estoy enamorada de ella, Bern.

—Bien.

—Y sí, dormimos juntas. Pensé que estaba acostumbrada a que los hombres le den la lata, la embauquen y traten de explotarla, de modo que empleé una estrategia acorde.

—¿Qué hiciste?

—Le dije que sólo metería la puntita.

—Y ahora estás en la Casa del Caniche.

—Sí.

—Y ella en su oficina.

—Sí.

—Y yo estoy perdiendo el tiempo preocupándome por ti.

—¿Sabes qué? —dijo ella—. Estoy conmovida. En serio.

Fui a la galería El Estrecho en taxi con las gafas de sol puestas para que el taxista no viera nada reconocible en el espejo retrovisor. Cuando salí me puse las otras gafas para llamar menos la atención. Todavía llevaba el sombrero puesto.

Abrió la puerta Jared, se fijó en las gafas y el sombrero y luego miró lo que llevaba en la mano.

—Eso es muy ingenioso —dijo—. Puedes meter cualquier cosa dentro y la gente piensa que es un animal. ¿Qué llevas? ¿Tus herramientas de ladrón?

—No.

—Entonces seguro que es pasta.

—¿Qué?

—Pasta, guita, plata... ¿Puedo mirar?

—Claro —respondí. Corrí los pasadores y levanté la tapa.

—Está vacío —dijo.

—Decepcionado, ¿eh?

—Mucho. —Entramos en la buhardilla, donde Denise estaba retocando un lienzo. Examiné lo que había hecho en mi ausencia y le dije que estaba impresionado.

—Más vale —dijo—, porque hemos estado los dos trabajando toda la noche. No creo que hayamos dormido más de una hora. ¿Qué has estado haciendo mientras tanto?

—Evitar ir a la cárcel.

—Bien, sigue así, porque cuando este asunto sea agua pasada espero recibir una cuantiosa gratificación. No me conformaré con una buena cena y una noche de copas.

—Descuida.

—Puedes incluir la cena y la noche de copas como prima, pero si al final vas a sacarte una buena tajada, quiero mi parte.

—La tendrás —le aseguré—. ¿Cuándo estará listo esto?

—Dentro de un rato.

—¿En dos horas, por ejemplo?

—Debería.

—Bien —dije. Llamé a Jared y le expliqué lo que había planeado que hiciera. En su rostro se reflejaron expresiones encontradas.

—No sé... —dijo.

—Podrías organizarlo, ¿no? ¿No puedes reunir a unos cuantos amigos?

—Lionel se apuntaría —sugirió Denise—. ¿Y qué me dices de Pegeen?

—Quizá —dijo él—. No lo sé. ¿Qué obtendría a cambio?

—¿Qué quieres? ¿Los libros de ciencia ficción que prefieras entre los que lleguen a la tienda durante...? ¿Cuánto tiempo? ¿Un año?

—No sé... —respondió. Por el entusiasmo que mostró, cualquiera hubiera dicho que le había ofrecido un surtido de coliflores para toda la vida.

—Asegúrate de que haces un buen trato —le dijo su madre—, porque vas a tener que ocuparte de muchas cosas. No me sorprendería que apareciera algún equipo de televisión. Si eres el cabecilla, será a ti a quien entrevisten.

—¿En serio?

—Claro.

Pensó en ello por un momento. Empecé a decir algo, pero Denise me indicó que me callara.

—Si alguien hiciera un par de llamadas —dijo Jared—, sabrían que han de mandar cámaras de televisión.

—Bien pensado.

—Voy a llamar a Lionel —dijo—. Y a Jason Stone y Shaheen y a Sean Glick y a Adam. Pegeen ha ido a casa de su padre a pasar el fin de semana, pero puedo llamar... Ya sé a quién puedo llamar.

—Muy bien.

—También necesitaremos carteles —dijo—. ¿Bernie? ¿A qué hora?

—A las cuatro y media.

—No saldremos en las noticias de las seis.

—Pero sí en las de las once.

—Es cierto. Además, los sábados la gente no suele ver las noticias de las seis.

Salió disparado escaleras abajo.

—Has estado estupenda —le dije a Denise.

—He estado magnífica. Mira, si no puedes manipular a tu propio hijo, ¿qué clase de madre eres? —Se acercó a uno de los lienzos y frunció el entrecejo—. ¿Qué opinas?

—Perfecto.

—Bueno, perfecto no —dijo—, pero no tiene mala pinta, ¿verdad?

Era la hora de comer cuando llegué al distrito financiero del centro. Las estrechas calles estaban llenas de gente. Los empleados de bolsa y las oficinistas, esos dientes vitales de las ruedas de la libre empresa, se pasaban finos cigarrillos unos a otros y llenaban de humo sus pequeños cerebros de capitalista. Hombres de más edad ataviados con ternos meneaban la cabeza en señal de desaprobación ante semejante espectáculo y buscaban refugio y consuelo en bares.

Hice una llamada telefónica. Como no respondieron, me puse en la cola formada delante de un establecimiento donde servían comidas para llevar y salí con dos sándwiches y un recipiente lleno de café en una bolsa de papel marrón. La llevé al vestíbulo de un edificio de oficinas de diez pisos de Maiden Lane. Todavía llevaba el sombrero, las gafas con montura de concha y la caja para animales domésticos que Jared había encontrado decepcionantemente vacía. Antes de llegar al ascensor, me detuve a firmar «Donald Brown» en el libro de registro, y añadí mi destino («habitación 702») y la hora a la que había llegado («12.18»). Subí en el ascensor hasta el séptimo piso y luego subí andando un piso más, lo cual significa que había faltado a la verdad en todo excepto en la hora. Encontré la oficina que estaba buscando. La cerradura de la puerta constituía para mis habilidades un reto bastante menor que el cubo de Rubik. Dejé en el suelo la caja, pero sostuve la bolsa de la comida con una mano mientras abría la puerta con la otra.

Dentro de la oficina me senté detrás de uno de esos escritorios de metal que tienen superficie de madera de imitación y saqué la comida. Abrí un sándwich, quité las lonchas de embutido y pavo, las corté en pedacitos e hice con ellas un montón sobre el escritorio. Me comí el otro sándwich y bebí el café, consulté algo en la guía telefónica de Manhattan y marqué un número. Respondió una mujer. La voz era conocida, pero quería estar absolutamente seguro, por lo que pregunté por Nathaniel. La voz me dijo que me equivocaba de número.

Hice un par de llamadas más y hablé con unas cuantas personas. Luego marqué el cero y dije: «Soy el agente de policía Donald Brown, el número de mi placa es el 23094 y necesito que me busque un número que no figura en la guía». Dije el nombre a la operadora y le leí el número del teléfono desde el que estaba llamando. No había pasado ni un minuto cuando me llamó. Apunté el número que me facilitó y dije: «Gracias. A todo esto, ¿qué dirección es la de este número?», y ella me dio la dirección. No tuve que apuntarla.

Marqué el número. Respondió una mujer.

—Soy Bernie —dije—. No te haces una idea de cuánto te he echado de menos.

—No sé de qué está usted hablando —dijo ella.

—Ah, querida —dije—. No puedo comer, ni dormir...

Un chasquido me anunció que había colgado.

Suspiré y marqué otro número. Me pasaron a varias extensiones y luego oí que alguien con una voz conocida se ponía al teléfono.

—A ver, desembucha. ¿Cómo es que lo sabías? —me preguntó.

—¿Han encontrado Seconal?

—Hidrato de cloral o, lo que es lo mismo, la «copa del sueño», que nunca se pasa de moda. ¿Cómo es posible que con sólo echar un vistazo a un cadáver con la cabeza machacada puedas adivinar que le han narcotizado? Incluso en las series de televisión tienen que hacer pruebas y utilizar microscopios.

—Estoy preparando una nueva serie: *Bernie Rhodenbarr, el forense con poderes psíquicos*.

Tras decirnos el uno al otro unas cuantas cosas más relativamente graciosas, colgué e hice un par de llamadas más, rebusqué en el interior de los cajones del escritorio y registré un archivo sin muchos miramientos. Dejé el contenido de los cajones y el archivo tal como lo había encontrado. Luego tiré la bolsa de la comida y los envoltorios al cubo de la basura junto con el pan del sándwich de embutido y pavo y el recipiente vacío del café. Abrí la caja y al cabo de unos minutos la cerré y eché los pasadores.

—Hora de irse —dije.

Antes de salir del edificio, miré mi reloj y escribí «12.51» en la columna de la hora de salida.

Había salido el sol, de modo que cambié de gafas y cogí un taxi. Le di al taxista una dirección de West Village. Había llegado recientemente de Irán, hablaba un inglés un tanto deficiente y tenía una idea muy vaga de la geografía de Manhattan, así que le indiqué el camino y nos perdimos. Aun así fuimos a parar a una calle conocida. Le pagué y le dejé que siguiera su camino.

Entré en un edificio en el que nunca había estado. Para ello tuve que abrir la puerta del vestíbulo y coger una tarjeta. Recorrí el edificio de un lado a otro hasta que llegué a otra puerta cerrada, la cual conducía a un patio trasero. La cerradura no me planteó problemas, y dejé parte de un palillo metido en el pestillo para que me planteara aún menos problemas al volver.

En el patio había unos cuantos cubos de basura y un jardín abandonado. Lo crucé, trepé un muro de bloques de hormigón y pasé a otro patio. Me asomé a una ventana, la abrí y la cerré. Volví sobre mis pasos caja en mano, escalé el muro de hormigón, recuperé mi palillo roto, volví a entrar en el edificio y salí finalmente a la calle, donde recorrí varias manzanas y cogí otro taxi.

Volví a la galería El Estrecho. Jared me dejó pasar y miró con suspicacia la caja que llevaba.

—Todavía la tienes —dijo.

—Estás en lo cierto.

—¿Está ahora llena de pasta?

—Compruébalo por ti mismo.

—Sigue vacía.

—Ajá.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Nada —respondí.

—¿Nada?

—Nada. Quédatela. Estoy harto de cargar con este maldito trasto. —Me acerqué a su madre, que estaba observando un lienzo—. Tiene buena pinta —dije.

—Por supuesto. Es una suerte que Mondrian no tuviera acrílicos con los que jugar. Hubiera podido pintar quinientos cuadros al año.

—¿Quieres decir que no lo hizo?

—No exactamente.

Extendí un dedo y toqué la pintura.

—Seco —dije.

—Y más preparado de lo que pueda llegar a estarlo nunca. —Suspiró y cogió un instrumento de aspecto amenazador que tenía una hoja curva. Creo que era una cuchilla para linóleo. Yo no estoy hecho de linóleo, pero puedo asegurarte que no me gustaría irritar a alguien que tuviera una cuchilla de esas en la mano. O en la de Denise, si vamos a eso.

—Se me hace cuesta arriba —dijo Denise—. ¿Estás seguro de esto?

—Totalmente.

—¿Un par de centímetros? ¿Así más o menos?

—Me parece bien.

—Bueno, allá va —dijo, y empezó a cortar el lienzo del bastidor.

Observé cómo lo hacía. Era desasosegante. Le había visto pintar el cuadro, y yo mismo había pintado una parte de él, le había pegado cinta indicadora al lienzo imprimado, había pintado las líneas y había quitado la cinta cuando la pintura de secado rápido había estado lista. De modo que sabía que Mondrian había tenido tan poco que ver con aquel cuadro como Rembrandt, por ejemplo. Aun así, sentí un escalofrío en el estómago cuando la cuchilla lo rajó como si fuera... no sé, linóleo. Di media vuelta y fui a donde se encontraba Jared, que estaba tumbado en el suelo escribiendo «¡INJUSTO!» en un gran cuadrado de cartón con un rotulador marca Marko. Contra una mesa de metal había apoyados varios carteles acabados, grapados

con esmero a unos listones.

—Buen trabajo —le dije.

—Llamarán la atención —dijo—. Los medios de comunicación ya han sido avisados.

—Estupendo.

—Arte performativo —estaba diciendo Denise—. Primero pintas un cuadro y luego lo destruyes. Ahora sólo nos hace falta que venga Christo a envolverlo con papel de aluminio. ¿Lo envuelvo o se lo va a comer aquí?

—Ni una cosa ni otra —dije, y empecé a desnudarme.

Llegué a la galería Hewlett pasadas las tres, vestido con mi traje y con aire un tanto envarado. Llevaba el sombrero y las gafas de montura de concha y lentes claras, las cuales habían empezado a causarme dolor de cabeza hacía una hora. Entregué sin chistar los dos dólares y medio de contribución que se sugería pagar en la entrada, pasé por el torniquete y subí al primer piso de mi galería favorita.

Había acabado poniéndome nervioso pensando en la posibilidad de que el Mondrian hubiera sido movido de lugar o incluso prestado a la exposición que estaban organizando, pero *Composición con color* se encontraba exactamente donde debía estar. Lo primero que pensé fue que no se parecía en absoluto al apaño que habíamos hecho en la buhardilla de Denise, que las proporciones y los colores estaban totalmente mal y que lo que habíamos llevado a cabo era equiparable a una copia de la Mona Lisa pintada por un niño con lápices de colores. Volví a mirar y llegué a la conclusión de que la autenticidad, al igual que la belleza, se halla en buena medida en el ojo del observador. El cuadro de la pared estaba bien porque se hallaba en la pared y tenía a su lado una pequeña placa de latón que daba fe de su noble procedencia.

Lo examiné durante un rato. Luego eché a andar sin rumbo fijo.

Regresé a la planta baja y entré en una sala llena de pinturas francesas del siglo XVIII, Boucher y Fragonard, escenas bucólicas idealizadas de faunos, ninfas, pastores y mirones. Un cuadro mostraba a un par de aldeanos con los pies descalzos que estaban merendando en el claro de un bosque; las personas que lo contemplaban bajo la atenta mirada de un guarda uniformado eran Carolyn y Alison.

—Fíjense —les dije en voz baja— en que esos dos inocentes tienen el pie de Morton.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que tienen el segundo dedo del pie más largo que el dedo gordo —respondí— y que necesitarán unos complementos ortopédicos si están pensando en correr el maratón.

—No tienen pinta de aficionados a correr —dijo Carolyn—. En realidad tienen pinta de cachondos como un gato en celo y el único maratón en que es probable que participen es...

—Jared y sus amigos han ocupado sus posiciones fuera —le interrumpí—. Empezarán dentro de cinco minutos, ¿vale?

—Vale.

En uno de los reservados del servicio de caballeros me quité la chaqueta y la camisa, luego volví a ponérmelas y regresé algo menos envarado a la sala del Mondrian. Nadie me prestó atención porque delante del edificio se estaba produciendo mucho alboroto y confusión y la gente se acercaba a la entrada para ver qué sucedía.

El sonido de unas consignas entonadas rítmicamente llegaron a mis oídos.

—¡El gusto por el arte no tiene edad! ¡El gusto por el arte no tiene edad!

Me acerqué al Mondrian. El tiempo pasaba lentamente y los chicos seguían lanzando consignas. Yo consulté mi reloj por enésima vez y, cuando empezaba a preguntarme a qué estaban esperando, se armó la gorda.

Se produjo un ruido como el de un trueno, el tubo de escape de un camión, la explosión de una bomba o, más bien, el de un petardo «cereza» de los que se dejan abandonados el Cuatro de Julio. Luego, de otra dirección salió una gran cantidad de humo y se oyeron gritos: «¡Fuego! ¡Fuego! ¡Sálvese quien pueda!».

El humo formaba una nube y la gente corría como enloquecida. ¿Qué hice yo entonces? Cogí el Mondrian de la pared y fui corriendo al servicio de caballeros. En ese preciso momento salía un hombre gordo y calvo de uno de los reservados. Le di un empujón para que se fuera y le grité:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Sálvese quien pueda!

—¡Caramba! —dijo, y se marchó.

Al cabo de unos minutos, yo también me marché. Abandoné el servicio de caballeros, bajé apresuradamente a la primera planta y salí por la puerta principal. Los coches de bomberos ya habían llegado, había policías por todas partes y Jared y su tropa empuñaban sus carteles, esquivaban a la policía y se lanzaban delante de las cámaras de televisión. En todo momento el personal de seguridad del Hewlett tuvo la situación bajo control y se aseguró de que nadie se fuera de allí con una obra maestra bajo el brazo.

Disimulando el sudor y los parpadeos tras el sombrero y las gafas, pasé entre todo aquel jaleo y me alejé.

Entré en un barucho oscuro y sucio de la Tercera Avenida justo a tiempo para ver las noticias de las seis. Allí estaba el joven Jared Raphaelson, reivindicando airadamente el derecho de la juventud a tener acceso a las grandes colecciones públicas de arte y

rechazando cualquier responsabilidad en el ataque terrorista que había sufrido el Hewlett y en la misteriosa desaparición de la obra maestra de Piet Mondrian, *Composición con color*.

«No creemos que los chicos estén involucrados directamente —dijo un portavoz de la policía a la cámara—. Es un poco pronto para afirmar nada todavía, pero parece que un ladrón muy sagaz ha aprovechado la oportunidad para cortar el cuadro del marco. Hemos encontrado el marco, hecho pedazos y con jirones de lienzo adheridos, en los servicios de la primera planta. Todo apunta a que los chicos son los responsables del incendio, aunque ellos lo niegan. Lo que ha ocurrido es que alguien ha arrojado un artefacto explosivo denominado petardo “cereza”, del tipo que se utilizan para celebrar el día de la Independencia, el cual ha explotado por casualidad en un cubo de basura en el que evidentemente había desechos de plástico, de manera que lo que debería haber sido una gran explosión ha resultado un incendio a gran escala en un cubo de basura. El incendio en sí no ha causado ningún daño. Ha producido mucho humo y ha asustado a la gente, pero no ha servido más que para amparar al ladrón».

Bien, pensé, son cosas que ocurren. Seguí mirando la pantalla, buscando alguna señal de aquel ladrón tan sagaz y oportunista. Pero no lo vi.

Un directivo del museo expresó su pesar por la desaparición de la pintura. Habló sobre su importancia artística y tasó su valor en un cuarto de millón de dólares. El locutor mencionó el robo con homicidio que se había cometido recientemente en el Carlomagno, el cual había supuesto la desaparición de otra obra de Mondrian, y se preguntó si la cobertura informativa de ese robo no podría haber inducido a este ladrón a llevarse el Mondrian en lugar de otra obra maestra.

El directivo del museo opinaba que era muy posible: «Podría haberse llevado un Van Gogh o un Turner, incluso un Rembrandt —dijo—. Tenemos pinturas que valen diez veces o más de lo que podría pagarse por el Mondrian. Esta es la razón por la que considero que el robo ha sido algo impulsivo, el resultado de un arranque. El ladrón sabía que el Mondrian era valioso, había oído en cuánto estaba valorado el Mondrian de Onderdonk y, al presentársele la oportunidad, ha actuado con rapidez y resolución».

Hicieron una pausa publicitaria. En el bar y asador Carney, un tipo impulsivo que se dejaba llevar por los arranques y que llevaba unas gafas de montura de concha y un sombrero de fieltro estilo *fedora* cogió su vaso de cerveza y se lo bebió con rapidez y resolución.

—¿Qué tiene ahí? —quiso saber el niño—. ¿Cañas para pecar?

¿Cañas para *pecar*?

—Andrew, no molestes a ese señor —dijo su madre, mirándome con una sonrisa encantadora—. Está en la edad —me explicó—. Ha aprendido a hablar y no ha aprendido a callar.

—El hombre va a pescar —dijo Andrew.

Ah, cañas de pescar...

Andrew, su madre y yo estábamos junto con cuatro personas más resguardándonos tras un tabique transparente concebido para proteger de los elementos a los pasajeros de autobús, pese a que su construcción había enriquecido a varios cargos públicos hacía unos cuantos escándalos. Yo rodeaba con un brazo un tubo cilíndrico de cartón que medía metro y medio de alto y unos diez centímetros de diámetro. Me abstuve de informarle a Andrew que no contenía cañas de pescar. Contenía... ¿Qué? ¿Un cebo?

Algo parecido.

Llegaron dos autobuses. Son como policías en un barrio conflictivo. Hacen el recorrido en parejas. Andrew y su madre subieron a uno de ellos junto con nuestros compañeros de refugio. Yo me quedé donde estaba, lo cual no tenía nada de extraordinario. Por la Quinta Avenida pasan diversos autobuses en dirección sur que tienen destinos igualmente diversos, de manera que pareció simplemente que estaba esperando otro autobús.

No sé que estaba esperando. Una intervención divina, quizá.

Al otro lado de la calle, a mi izquierda y a poca distancia, se erguía la enorme mole del Carlomagno, tan imponente e inexpugnable como siempre. Había abierto brecha en sus portaladas tres veces, una a invitación de Onderdonk, y dos llevando flores. En los cuentos de hadas el conjuro surte efecto a la tercera, y yo en cambio tenía que entrar a la cuarta. Además era imposible entrar en aquel jodido edificio incluso si no te conocían ni en tu casa, y ya no había ningún miembro del personal que no me conociera.

Siempre hay una manera, me dije. ¿Qué embuste le había contado a Andrea? Algo relacionado con un helicóptero que me había dejado en el tejado. Bueno, era una historia bastante fantástica, por supuesto, pero ¿había que descartarla definitivamente? Existían servicios de helicópteros privados. Te ofrecían un viaje de un par de horas sobre la ciudad por cierto precio. Por un precio considerablemente más alto, un empresario audaz no dudaría en dejarte en un tejado concreto, sobre todo si no se requería que se quedara esperándote.

Sin embargo no era tan sencillo. Si no tenía el dinero para alquilar una limusina,

¿cómo iba a tenerlo para alquilar un helicóptero? Además no tenía la menor idea de dónde podía encontrar un piloto de helicóptero avaricioso, y tenía la ligera sospecha de que no trabajaban por la noche.

Mierda.

Los edificios contiguos al Carlomagno tampoco me ofrecían ninguna solución. Tenían todos un mínimo de cuatro pisos menos que su vecino, por lo que eran considerablemente más bajos. Teóricamente cabía la posibilidad de pertrecharse con un equipo de montañismo Alpine, iniciar la escalada en el tejado de uno de los edificios, hincar las clavijas en el hormigón que había entre los ladrillos del Carlomagno, trepar, subiendo una mano y luego otra, hasta lo alto de su tejado y entrar de ese modo en el edificio. También era teóricamente posible dominar el olvidado arte de la levitación y ponerse a flotar rumbo a las alturas. Esto me parecía algo más fácil que pretender que el Carlomagno era el Cervino, sobre todo cuando no tenía motivos para pensar que fuera a poder burlar el sistema de seguridad de los edificios vecinos. En ellos también habría porteros y conserjes encargados de la seguridad del inmueble.

Las flores no surtirían efecto, ni en el caso de Leona Tremaine ni en el de cualquier otra persona. En los edificios también se entregaban otras cosas (bebidas alcohólicas, hielo, pizzas de anchoa...), pero ya había hecho el numerito del repartidor y estaba seguro de que no me valdría una segunda vez. Se me ocurrieron varios disfraces. Podía hacerme pasar por ciego. Ya tenía las gafas oscuras; todo lo que necesitaba era un bastón blanco. También podía hacerme pasar por sacerdote o por médico. Los sacerdotes y los médicos consiguen entrar en cualquier parte. Un estetoscopio o un alzacuellos te permiten el acceso a lugares infranqueables.

Pero no a este. Llamarían arriba, a la persona que supuestamente fuera a visitar.

Un coche patrulla azul y blanco pasó lentamente por la avenida. Me volví ligeramente hacia un lado, poniendo la cara a la sombra. El coche dejó atrás un semáforo en rojo y siguió su camino.

No podía quedarme allí sin hacer nada. Además, estaría más cómodo dentro que fuera, sentado que de pie. Por otra parte, como no parecía que fuera a trabajar aquella noche de ninguna de las maneras, no había ningún motivo por el que tuviera que abstenerme de beber una copa.

Crucé la calle, di la vuelta a la esquina y fui al Big Charlie.

Era un establecimiento más opulento de lo que su nombre puede hacer suponer. Moqueta gruesa, luces empotradas, asientos tapizados y mesas bajas en esquinas tenuemente iluminadas; un bar con piano y taburetes con respaldo mullido; camareras con uniformes almidonados de color blanco y negro y un barman con esmoquin. Me alegré de llevar traje y me avergoncé de mis zapatillas deportivas y mi sombrero.

Me quité este y escondí aquellas debajo de una de las mesas bajas. Pedí un escocés sin mezclar con una gota de soda y una peladura de limón, y me lo sirvieron en un tubo bastante alto de cristal tallado que parecía, por su aspecto y su calidad, de Waterford. Y quizá lo era. En una tienda medio litro de whisky costaba lo que en aquel establecimiento te cobraban por una copa, de manera que Big Charlie seguramente podría gastarse una considerable cantidad de dinero en vasos. Eso sí, que conste que no pagué de mala gana ni un centavo.

Bebí un trago y pensé; bebí otro trago y seguí pensando. Mientras un pianista que tocaba como un masajista y cantaba con una voz que parecía mantequilla derretida desgranaba una canción de Cole Porter, yo mandé mi imaginación a la vuelta de la esquina para que buscara una manera de entrar en el Carlomagno.

Siempre hay una manera de entrar. Mientras me bebía la segunda copa se me ocurrió llamar y dar un aviso de bomba. Haría que evacuaran el edificio. Luego podría confundirme con la multitud y regresar con ella al interior. Si llevaba un pijama y una bata en el momento de confundirme con ella, ¿quién iba a pensar que yo no vivía allí?

¿Pero dónde iba a conseguir un pijama y una bata? Encontré varias respuestas interesantes a esta pregunta, la más singular de las cuales comportaba cometer un audaz robo en Brooks Brothers. Cuando estaba acabando la tercera copa, una mujer se acercó a mi mesa y dijo:

—Dígame en qué situación se encuentra usted. ¿Perdido, robado o extraviado?

—A. A. Milne<sup>[3]</sup> —recordé.

—¡Exacto! —exclamó ella—. Seguramente se preguntará cómo he adivinado que usted sabría la respuesta. Quizá porque tiene aspecto de persona sensible. O solitaria. Alguien dijo que la soledad llama a la soledad. No sé quién, aunque no creo que fuera Milne.

—Probablemente no.

Entonces se produjo un silencio, durante el cual debería haberla invitado a que se sentara conmigo. No lo hice, pero dio igual. Se sentó a mi lado de todos modos, demostrando que era una mujer sumamente confiada. Llevaba un vestido negro escotado y un collar de perlas y olía a perfume caro y a whisky de la misma clase, lo cual no es de extrañar, ya que esta era la única calidad que se servía en Big Charlie.

—Me llamo Eva —dijo—. Eva DeGrasse. Y tú...

Estuve a punto de decir Adán.

—Donald Brown —dije.

—¿De qué signo eres, Donald?

—Géminis. ¿Y tú?

—Yo tengo varios —dijo. Me cogió la mano, le dio media vuelta y trazó las líneas de la palma con un dedo índice de uña escarlata.

—«Ceda el paso» es uno de ellos. «Terreno resbaladizo cuando está mojado».

—Vaya...

La camarera, sin que nadie se lo pidiera, nos trajo un par de copas. Me pregunté cuántas me harían falta beber para que aquella mujer me resultase agradable. El problema no era exactamente que no fuese atractiva, sino que me llevaba el número suficiente de años como para que yo no deseara verla cerca de mí. Era corpulenta e iba repeinada, y supongo que le habían estirado la piel de la cara y quitado los michelines, pero era lo bastante mayor como para ser... bueno, mi madre no, pero sí la hermana menor de mi madre. Con esto no quiero decir que mi madre tuviera realmente una hermana menor, pero...

—¿Vives cerca de aquí, Donald?

—No.

—Ya decía yo. No eres de por aquí, ¿verdad?

—¿Cómo lo has adivinado?

—A veces estas cosas se intuyen. —Dejó caer la mano sobre mi muslo y le dio un pequeño apretón—. Estás totalmente solo en la gran ciudad.

—Eso es.

—Y te alojas en un triste hotel. Tendrás una habitación cómoda, estoy segura, pero desangelada y anónima. Y tan solitaria...

—Tan solitaria... —repetí, y bebí otro trago de escocés.

Un par de copas más, pensé, y ya no tendría mucha importancia dónde me encontraba o con quién. Si aquella mujer tenía una cama, del tipo que fuera, podría permanecer sin conocimiento en ella hasta el amanecer. Quizá no ganara muchos puntos en galantería de aquel modo, pero al menos estaría seguro, y Dios sabe que no me encontraba en condiciones de recorrer las calles de Nueva York estando la mitad de la policía de la ciudad buscándome como estaba.

—No tienes por qué ir a dormir a esa habitación de hotel —me ronroneó Eva.

—¿Vives cerca de aquí?

—No podría vivir más cerca. Vivo en el Big Charlie.

—¿En el Big Charlie?

—Eso es.

—¿Aquí? —dije estúpidamente—. ¿Vives aquí, en este bar?

—Aquí no, tontín —respondió, dándome en el muslo otro amigable apretón—. Vivo en el verdadero Big Charlie. El gran Big Charlie. Pero claro, Donald, si no eres de aquí... no sabes de qué estoy hablando, ¿verdad?

—Me temo que no.

—Carlomagno significa Carlos el Grande, que a su vez significa Big Charlie. Ese es el nombre de mi casa, porque los propietarios son un par de maricones llamados Maurie y Les, por lo que podrían haberlo llamado el María Luisa, sólo que no lo

hicieron. Pero como no eres de aquí no sabes que hay un edificio de viviendas a la vuelta de la esquina llamado Carlomagno.

—Carlomagno —repetí.

—Exacto.

—Un edificio de viviendas.

—Exacto.

—Y está a la vuelta de la esquina y tú vives en él.

—Vuelves a acertar, Donald Brown.

—Pues bien —dije, dejando el vaso en la mesa sin acabar—. ¿A qué estamos esperando?

Reconocí al portero, al conserje y a Eduardo, el amable ascensorista. Ninguno de ellos me reconoció. Ni siquiera se pararon a mirarme, quizá porque ni siquiera se fijaron en mí. Aunque hubiese llevado un disfraz de gorila, ellos habrían puesto el mismo cuidado en apartar la mirada. Al fin y al cabo, la señora DeGrasse era una inquilina, y no creo que yo fuera el primer joven que sacaba del Big Charlie y llevaba a casa. Sin duda el personal del edificio recibiría una buena propina por hacer la vista gorda.

Subimos en el ascensor directamente al decimoquinto piso. Yo había tragado aire frenéticamente durante el trayecto del bar al Carlomagno, pero hace falta más que unas bocanadas del contaminado aire de Nueva York para contrarrestar los efectos de tres o cuatro *whiskies* dobles, y en el ascensor me sentí un tanto indispuerto. La luz que tenía, implacable como era para mi acompañante, tampoco contribuyó a despejarme. Fuimos andando hasta su puerta, y Eva tuvo más problemas para abrirla con la llave que los que yo suelo tener para forzar una cerradura. Aun así, le dejé que hiciera los honores y consiguió abrirla.

Una vez dentro, exclamó: «¡Oh Donald!» y me apretó súbitamente entre sus brazos. Medía casi lo mismo que yo y era un tanto excesiva. No estaba gorda, ni se le iban las manos ni nada por el estilo. Simplemente era excesiva, eso es todo.

—¿Sabes qué? Creo que a los dos nos vendría bien una copa —dije.

Nos vino tan bien que nos bebimos tres. Ella se bebió las suyas y yo vertí las mías en un tiesto que tenía pinta de estar en las últimas.

Puede que se sintiera intimidada por el entorno. El piso parecía una fotografía a doble página de *Revista de Arquitectura*, ya que tenía pocos muebles y muchas tarimas enmoquetadas y cosas por el estilo. La única pintura que había en la pared era un mural todo hélices y espirales y carente de ángulos rectos. A Mondrian le habría parecido detestable, y yo hubiera tenido que llevarme toda la pared para robarlo.

—Ah, Donald...

Esperaba que todo el whisky que se había bebido la aturdiera, pero no parecía

afectarla. Y aunque el tiempo pasaba yo no conseguía despejarme mucho. Qué demonios, pensé, y exclamé: «¡Eva!», y nos fundimos en un abrazo.

No había cama en el dormitorio, sino otra tarima enmoquetada con un colchón encima. Hizo su papel. Y cuál no sería mi sorpresa cuando vi que yo también hacía el mío. Fue algo extraño. En un primer momento me limité a concentrarme para no pensar en la hermana menor de mi madre, lo cual debería haber sido pan comido dado que mi madre no tuvo una hermana menor. Luego traté de imaginar una situación fantástica que tuviera que ver con nuestra diferencia de edad y pensé que yo era un ansioso joven de diecisiete años y Eva una mujer madura y experta de treinta y seis. Esto no funcionó muy bien, porque me vi a mí mismo sufriendo la torpeza y la turbación que se derivan del ímpetu adolescente.

Al final me di por vencido y me olvidé de quiénes éramos, lo cual funcionó. No sé si el whisky facilitó o dificultó las cosas, pero, en cualquier caso, decidí no pensar en lo que estaba sucediendo y dejé que ocurriera.

Que me cuelguen si no ocurrió. Puedes imaginártelo, querido lector.

Después lo más difícil fue aguantar despierto hasta que se quedó dormida. Daba un respingo cada vez que empezaba a cabecear y mi mente comenzaba a seguir el hilo de un pensamiento abstruso por la maraña de senderos que conducen al país de los sueños. Recuperaba la conciencia siempre de golpe, y siempre tenía la sensación de que me había escapado de milagro.

Cuando su respiración cambió, permanecí inmóvil durante uno o dos minutos, luego salí suavemente de entre las sábanas y bajé de la tarima de dormir al suelo. La alfombra era gruesa. Avancé por ella silenciosamente, recogí mi ropa y me la puse en el salón. Cuando estaba a punto de llegar a la puerta, me acordé de mi tubo de metro y medio de largo y volví por él. «Seguro que eres arquitecto y que llevas proyectos ahí dentro», me había dicho Eva. Yo le había preguntado cómo lo había adivinado. «Con ese sombrero y esas gafas y esos zapatos tan funcionales... Qué demonios, Donald, tienes pinta de arquitecto».

Miré por la mirilla, entreabrí la puerta y me asomé al vestíbulo. Una vez fuera, pensé en cerrar la puerta con mis ganzúas, pero al final decidí no hacerlo. Eva tenía un estilo de vida tal que probablemente tenía la costumbre de dormir sin cerrar la puerta con llave. Además no era inconcebible que a menudo los invitados le registraran el bolso antes de irse o que ella considerara semejante acto un pago en lugar de un hurto. Hay quien dice que un intercambio justo no constituye un robo.

Bajé por la escalera de incendios para ir al undécimo piso. Por un momento no pude acordarme de cuál era la puerta de los Appling, pero luego reparé en el revelador ojo del sistema de alarma, el que estaba conectado a un sistema de alarma inexistente. Tenía la anilla de las ganzúas en una mano y una delgada pieza de acero metida en las entrañas de la cerradura Poulard cuando algo me detuvo.

Menos mal que así fue, porque había gente dentro del piso. Debí de oír algo que me hizo acercar el oído a la puerta; cuando lo hice, oí las risas de la banda sonora de una comedia televisiva. Acerqué un ojo al lugar donde había metido la ganzúa y, ¡sorpresa!, vi luz por la cerradura.

Los Appling estaban en casa. En ese instante, justo cuando estaba a punto de entrar en su piso como si fuera un lemming, el señor Appling podía estar hojeando ociosamente su saqueada colección de sellos. En cualquier momento podía proferir un espantoso grito, que sin duda sobresaltaría a su esposa y le borraría inmediatamente de la cabeza todas las reposiciones de Mary Tyler Moore, tras lo cual podía precipitarse hacia la puerta, abrirla de golpe y encontrar... ¿Qué?

Un vestíbulo vacío, puesto que para cuando mi imaginación llegó a este punto, yo ya había salido por la puerta de incendios y me encontraba de nuevo en la escalera. Subí tres pisos, es decir, llegué al decimoquinto, que era donde había dejado a Eva

DeGrasse, vacilé un segundo delante de la puerta de incendios y luego subí al piso de arriba y abrí la puerta con mis ganzúas.

Se oía una discusión detrás de una puerta cerrada, pero no era la de Onderdonk. Esta tenía un papel pegado en el que se informaba que el lugar estaba precintado por orden del departamento de policía de Nueva York. El precinto era simbólico más que literal; la cerradura de Onderdonk era la única barrera tangible para entrar en el piso. Se trataba de una cerradura de cerrojo basculante Segal, una cerradura bastante buena, si no fuera porque ya la había abierto en una ocasión y no entrañaba ningún secreto para mí.

Pero no la abrí de inmediato. Antes escuché, con el oído contra la puerta, luego miré por el ojo de la cerradura y me agaché todavía más para ver si salía algo de luz por debajo. Nada, ni luz, ni sonido ni nada.

Entré.

Aparte del mío, en el piso de Onderdonk no había ningún cuerpo, ni muerto ni de ninguna otra manera. Miré en todas partes, incluso en los armarios de la cocina, para comprobarlo. Luego dejé que corriera el agua de un grifo hasta que estuvo lo bastante caliente como para preparar café instantáneo con ella. La bebida resultante no hubiera agradado a una persona mínimamente exigente, y tampoco iba a despejarme, pero al menos sería un borracho completamente despierto en lugar de uno tambaleante.

La bebí, estremeciéndome, y luego me puse al teléfono.

—Bernie, gracias a Dios. No podía más de la preocupación. Temía que hubiera pasado algo. No estás llamando de la cárcel, ¿verdad?

—No.

—¿Dónde estás?

—En la cárcel no. Estoy bien. No habéis tenido ningún problema para salir tú y Alison, ¿verdad?

—No, ninguno. ¡Vaya escena! Si no fuera porque está en el Louvre, creo que ya de paso podríamos habernos llevado la *Mona Lisa*. Pero tengo que darte una gran noticia: el gato está en casa.

—¿Archie?

—*Archie*. Hemos ido a beber una copa, luego hemos bebido otra y hemos vuelto a casa, y *Ubi* ha salido corriendo a que lo acariciáramos, algo extraño en él. Entonces, cuando estaba acariciándolo, levanté la vista y allí estaba *Ubi*, al fondo de la habitación. De modo que miré al gato que estaba acariciando y va y resulta que era el mismísimo *Archie Goodwin*. La misma persona que entró para llevárselo ha vuelto a entrar para devolverlo y ha dejado las cerraduras tal como las había dejado yo, al

igual que la otra vez.

—Asombroso. La nazi ha mantenido su palabra.

—¿Que ha mantenido su palabra?

—Le he dado el cuadro y ella ha devuelto el gato.

—¿Cómo la has encontrado?

—Es demasiado largo de explicar ahora mismo. Lo importante es que lo ha devuelto. ¿Cómo tiene el bigote?

—Le falta en un lado. Tiene el sentido del equilibrio un tanto trastornado; aparenta falta de seguridad cuando tiene que dar un brinco o saltar sobre algo. No sé si cortárselo todo o esperar a que le crezca de nuevo.

—Bueno, espera para tomar la decisión. No tienes por qué hacer nada esta noche.

—Es cierto. Alison se ha quedado asombrada de verlo. Creo que tan asombrada como yo.

—No me extraña.

—Bernie, ¿qué te propones? ¿Coleccionar Muundreins? Según tengo entendido, tienen un par en el Guggenheim. ¿Vas a dar ahí tu próximo golpe?

—Es siempre un placer hablar contigo, Ray.

—El placer es mío. ¿Estás loco o qué? Y no me digas que no has sido tú porque te he visto por la televisión. Ese debe de ser el sombrero más estúpido que habré visto en toda mi vida. Creo que me ha sido más fácil reconocer el sombrero que reconocerte a ti.

—Es un buen disfraz, ¿eh?

—Pero no llevabas nada, Bern. ¿Qué has hecho con el Muundrein?

—Doblarlo muchas veces y meterlo dentro del sombrero.

—Lo que imaginaba. ¿Dónde estás?

—En la barriga de la bestia. Escucha, tengo un trabajo para ti, Ray.

—Ya tengo un trabajo, ¿recuerdas? Soy policía.

—Eso no es un trabajo, es un permiso para robar. ¿Cómo era esa frase de *Casablanca*?

—«Tócala de nuevo, Sam».

—En realidad no la dice exactamente de esa manera en ningún momento. Dice «Tócala, Sam» o «Toca esa canción, Sam» o algo parecido. Pero en ningún momento dice «Tócala de nuevo, Sam».

—Eso es fascinante, Bern.

—Pero no me refería a esa frase. «Coged a los sospechosos habituales». Esa es la frase a que me refiero y eso es lo que quiero que hagas.

—No entiendo.

—Lo entenderás cuando te lo explique.

—Bernie, esto se ha convertido en un manicomio. Ahora están empezando a calmarse las cosas. Bueno, ¿qué opinas de mi hijo?

—Que es todo un actor.

—Me ha llamado el imbécil de su padre. Que cómo he podido permitir que ocurriera una cosa así, que está pensando seriamente en llevarme a juicio para conseguir la custodia, a menos, claro está, que acceda a reducir la pensión para la manutención, etcétera, etcétera... Jared dice que prefiere vivir en el Hewlett a vivir con su viejo. ¿Crees que tiene posibilidades?

—Creo que ni él piensa que tiene posibilidades, aunque no soy abogado. ¿Qué tal está aguantando Jared el interrogatorio?

—Convierte sus respuestas en discursos políticos.

—¿Y sus colegas?

—¿Te refieres a los otros miembros de su tropa? No podrían mencionarte ni aunque quisieran. Jared es el único que sabe que lo de esta tarde no ha sido más que un acto político de las Jóvenes Panteras.

—¿Así se llaman a sí mismos?

—Creo que es una invención de los medios de comunicación. Uno de los amigos de Jared, Shaheen Vladewicz, había sugerido Cachorros de Pantera, pero otro amigo, Adam, les informó que las panteras no tenían cachorros, sino crías, y Crías de Pantera fue rechazado porque no era lo suficientemente agresivo. De todos modos nadie va a revelar nuestro secreto. Creo que Jared empieza a creerse que ha sido él quien ha concebido todo el asunto y que tú te has metido en el último momento.

—Un ladrón sagaz y oportunista.

—Bueno, si tú lo dices. A todo esto, te has dejado esa caja aquí. La jaula para el gato o como se llame.

—Pues dásela a alguien que tenga gato. No va a hacerme falta. Carolyn ya ha recuperado su gato.

—¡No jodas!

—No si puedo evitarlo.

—¿En serio ha recuperado su gato?

—Eso me ha dicho.

—¿Y el Hewlett? ¿Va a recuperar su Mondrian?

—¿Qué Mondrian?

—Bernie...

—No te preocupes, Denise. Todo va a salir bien.

—Todo va a salir bien.

—Espero que tengas razón, Bernie. Aunque no sé qué decirte. He salido esta mañana con idea de correr veinticinco kilómetros y, cuando iba por los quince, he empezado a sentir una cosa extraña en la rodilla. No era dolor, sino una sensación, como si tuviera un punto sensible, ¿sabes a lo que me refiero? Ya sabes que dicen que uno ha de correr no para sentir dolor, sino para superarlo. ¿Pero qué hace uno si tiene un punto sensible? He decidido que me detendría en cuanto se convirtiera en dolor, pero seguía siendo un punto sensible y luego se me ha vuelto un poco más sensible. He corrido mis veinticinco kilómetros y luego cinco más, es decir, treinta kilómetros en total. Luego he venido a casa, me he duchado y me he tumbado, y ahora siento en la rodilla unas pulsaciones de narices.

—¿Puedes caminar?

—Probablemente podría correr otros treinta kilómetros. Tengo palpitaciones de sensibilidad, no de dolor. Que venga alguien y me lo explique.

—Bueno, ya verás como te pones bien. Wally, esta tarde se ha producido un incidente en un museo.

—Dios santo, casi se me olvida. No sé ni si debería estar hablando contigo. ¿Estás involucrado en ese asunto?

—Claro que no. Pero el cabecilla de la protesta de los chavales es el hijo de una amiga mía y...

—Oh, no. Ya estamos con lo mismo de siempre.

—Wally, ¿no te gustaría hacerte famoso representando a las Jóvenes Panteras? No creo que nadie vaya a presentar una denuncia contra ellos, pero habrá periodistas que querrán hacer entrevistas e incluso cabe la posibilidad de que escriban un libro o hagan una película sobre el asunto, de modo que Jared va a necesitar a alguien que vele por sus intereses. Además su padre está hablando de ir a juicio para conseguir su custodia, de modo que la madre de Jared va a necesitar a alguien que vele por sus intereses y...

—¿Tienes interés en la madre?

—Sólo somos buenos amigos. A decir verdad, Wally, creo que podría gustarte. Se llama Denise.

—Denise...

—¿Tienes un lápiz? Denise Raphaelson, 741 5374.

—¿Y su hijo se llama Jason?

—Jared.

—Viene a ser lo mismo. ¿Cuándo debería llamarle?

—Por la mañana.

—Ya es por la mañana, por amor de Dios. ¿Sabes qué hora es?

—No llamo a mi abogado para que me diga qué hora es. Llamo a mi abogado cuando quiero que haga algo por mí.

—¿Quieres que haga algo por ti?  
—Creía que no lo ibas a preguntar.

—¿Señorita Petrosian? «Canto a la desgracia, / canto al llanto, / no siento desgracia. / Sólo pido prestado...».

—¿Quién es?

—«Sólo pido prestado / al día de mañana / donde duerme tumbado / la suficiente desgracia / para cantar al llanto». Es de Mary Carolyn Davies, señorita Petrosian. Su favorita de toda la vida.

—No comprendo.

—No hay nada que comprender. Es un poema sencillo, o al menos así me lo parece. La poetisa dice que se vale del dolor del futuro para escribir sobre la hondura de una emoción que todavía no ha experimentado.

—¿Señor Rhodenbarr?

—El mismo. Tengo su cuadro, señorita Petrosian. Sólo tiene que venir a recogerlo.

—¿Que tiene...?

—El Mondrian. Es suyo por mil dólares. Ya sé que eso no es dinero, que es una cantidad ridícula, pero he de marcharme de la ciudad rápidamente y necesito todo el dinero que pueda reunir.

—No puedo ir al banco hasta el lunes y...

—Traiga todo el dinero en metálico que tenga y un cheque por valor de la diferencia. Coja un lápiz y apunte la dirección y la hora. Y no llegue ni pronto ni tarde, señorita Petrosian; de lo contrario ya puede olvidarse del cuadro.

—De acuerdo. ¿Señor Rhodenbarr? ¿Cómo me ha localizado?

—Me dio su nombre y número de teléfono. ¿No se acuerda?

—Pero el número...

—Resultó el de una frutería coreana de Ámsterdam Avenue. Me sentí decepcionado, señorita Petrosian, pero no sorprendido.

—Pero...

—Pero su nombre figura en la guía telefónica de Manhattan. No creo que sea la primera persona que le llama la atención sobre este hecho.

—No, pero... pero no le di mi verdadero nombre.

—Me dijo que se llamaba Elspeth Peters.

—Sí, pero...

—Pues bien, con todo respeto, señorita Petrosian, no consiguió engañarme. La forma en que titubeó cuando me dio su nombre y luego el número incorrecto fue totalmente reveladora.

—¿Pero cómo demonios ha podido averiguar mi verdadero nombre?

—Deduciendo un poco. Cuando los aficionados eligen un alias, casi siempre conservan las iniciales. Y con mucha frecuencia escogen un apellido que sea una variante de su nombre de pila: Jackson, Richards, Johnson... O Peters. Supongo que su verdadero nombre comienza por P, y es muy probable que tenga la misma raíz que Peters. Luego vi algo en sus facciones que me sugirió que podía tener antepasados armenios. Cogí la guía por la página de «Pet» y busqué un apellido que sonara armenio y tuviera la inicial E.

—Es extraordinario...

—Lo extraordinario, señorita Petrosian, no es más que lo ordinario y algo extra. Esto no me lo he inventado yo, que conste. Solía decirlo una maestra del colegio al que fui de pequeño. Se llamaba Isabel Josephson, y que yo sepa no usaba alias.

—Sólo soy armenia en un veinticinco por ciento. Y me han dicho que me parezco a la familia de mi madre.

—Yo diría que en su fisonomía hay algo marcadamente armenio. Pero quizá haya tenido simplemente una de esas intuiciones psicológicas que la gente tiene de vez en cuando. Quiere el cuadro, ¿no?

—Claro que lo quiero.

—Entonces anote...

—¿Señor Danforth? Me llamo Rhodenbarr, Bernard Grimes Rhodenbarr. Le ruego me perdone por llamar tan tarde, pero creo que disculpará la molestia cuando oiga lo que tengo que decirle. Tengo que contarle un par de cosas, hacerle una o dos preguntas y cursarle una invitación...

Llamadas, llamadas, llamadas... Cuando terminé de hacerlas, las orejas me dolían de tanto turnarse para servir de apoyo al auricular. Si Gordon Onderdonk hubiera sabido lo que estaba haciendo con su teléfono, se habría revuelto en su cajón.

Cuando acabé, me preparé otra taza de café, encontré una tableta de Milky Way en el frigorífico y un paquete de galletas saladas en un armario. Una comida de lo más curiosa, pero me la zampé.

Volví al salón e hice un poco de tiempo. Era tarde, pero no lo suficiente. Finalmente fue lo bastante tarde, por lo que salí del piso de Onderdonk, dejando la puerta cerrada pero sin llave. Bajé andando al quinto piso, sonriendo al pasar por el decimoquinto, donde dormía la señora DeGrasse, suspirando al pasar por el undécimo, donde vivían los Appling y meneando la cabeza al pasar por el noveno, donde vivía Leona Tremaine. Tuve dificultades para abrir la puerta de incendios del quinto. No sé por qué. Era la misma tarea que había tenido que llevar a cabo en todas las demás puertas de incendio, pero quizá tenía los dedos entumecidos de tanto

marcar números de teléfono. Abrí la puerta y crucé el vestíbulo en dirección a otra. Tras mirar y escuchar atentamente, la abrí. Guardé silencio absoluto. Había personas dormidas dentro y no quería despertarlas. Y tenía muchas cosas que hacer.

Por fin terminé de hacerlas todas. Salí más silenciosamente que nunca del quinto piso, cerré con llave y volví a subir por las escaleras al decimoquinto.

¿Sabes qué? Creo que esto fue lo peor de todo. Subir por unas escaleras cuesta trabajo, y subir diez pisos (seguía sin existir el decimotercer piso, gracias a Dios) me costó muchísimo. El Club de Correcaminos de Nueva York organiza una carrera todos los años en la que hay que subir los ochenta y seis pisos del Empire State Building, y siempre la gana algún chulito de piernas delgadas. Que le aproveche. Con diez pisos yo ya tuve suficiente.

Entré en el piso de Onderdonk una vez más, cerré la puerta, eché la llave y me detuve para recuperar el aliento.

—Ah, estupendo —dije—. Todo el mundo está aquí.

Y, en efecto, así era. Ray Kirschmann había sido el primero en aparecer, flanqueado por tres muchachos vestidos de azul y de buen color en la cara. Habló con alguien abajo, y un par de empleados del edificio subieron al piso de Onderdonk y trajeron unas cuantas sillas plegables como suplemento de las piezas estilo Luis xv que ya teníamos a nuestra disposición. Luego los tres guardas uniformados se distribuyeron: uno se quedó arriba y los otros dos fueron abajo a esperar a la gente y escoltarla conforme fuera llegando al tiempo que Ray iba a recoger a algunas de las otras personas que había en la lista.

Mientras ocurría todo esto, yo estuve en el dormitorio del fondo con un libro y un termo de café. Estaba leyendo *El coronel Jack*, de Defoe. Defoe vivió setenta años sin escribir una sola frase aburrida, pese a lo cual tuve alguna dificultad para concentrarme en su narración. Aun así esperé a que llegara el momento propicio. A todo el mundo le gusta hacer una entrada espectacular.

Que fue lo que finalmente hice, diciendo: «Ah, estupendo, todo el mundo está aquí». Fue alentador ver cómo todos volvían la cabeza al oír mis palabras y me seguían con la mirada mientras rodeaba el semicírculo de sillas y me sentaba en una butaca orejera de cuero de frente a ellos. Observé aquel pequeño mar de caras. Bueno, digamos que era un lago de caras. Estaban mirándome, o al menos la mayoría de ellas. Unas cuantas se volvieron para fijarse en lo que había encima de la chimenea; al cabo de un momento yo también lo hice.

¿Y por qué no? Allí estaba la *Composición con color* de Mondrian, colocado en el mismo lugar donde lo había visto la primera vez que había entrado en el Carlomagno y realmente resplandeciente con sus vivos colores primarios y sus sólidas líneas horizontales y verticales.

—Es un cuadro realmente impactante, ¿verdad? —Eché el cuerpo hacia atrás, crucé la piernas y me puse cómodo—. Naturalmente es el motivo por el que nos hemos reunido aquí. El interés común en la pintura de Mondrian es lo que nos une a todos.

Volví a mirarlos, no como grupo sino como individuos. Allí estaba Ray Kirschmann, por supuesto, sentado en la silla más cómoda y mirándome con un ojo a mí y con el otro a los demás. Aunque uno puede acabar estrábico de esa manera, a Ray le prestaba un gran servicio hacerlo.

No muy lejos de él, ocupando un par de sillas plegables, se encontraban mi compañera de fatigas y su compañera de lascivia. Carolyn llevaba una chaqueta verde y un pantalón de franela gris y Alison un pantalón color caqui y una camisa de Brooks Brothers a rayas con el cuello abotonado a la pechera y las mangas recogidas.

Hacían una pareja atractiva.

No muy lejos de ellas, sentado junto a su esposa, estaba el señor J. McLendon Barlow. Era un hombre delgado, apuesto y casi elegante con el pelo gris pulcramente peinado y porte militar; en la postura en que se había puesto habría estado igual de cómodo sentado en una de las sillas plegables, y podría haber dejado que ocupara el sofá alguien que lo necesitara. Su esposa, que hubiera podido pasar por hija suya, era una criatura delgada de estatura media y ojos grandes que llevaba su largo y oscuro pelo recogido en un moño.

Detrás de los Barlow, a su derecha, había un hombre fornido que tenía la clase de cara que Mondrian habría pintado si se hubiera dedicado a pintar retratos. Todos sus rasgos eran ángulos rectos. Tenía papada, los ojos caídos, un bigote canoso y un pelo rizado tan negro como la tinta china, y se llamaba Mordecai Danforth. A primera vista, cualquiera hubiera dicho que el hombre que estaba sentado a su lado tenía ochenta años. Sin embargo, si uno lo miraba con detenimiento, podía doblar la cantidad. Era muy pálido, llevaba gafas sin montura y se llamaba Lloyd Lewes.

A unos metros de Lewes, a la derecha, estaba sentada Elspeth Petrosian con las manos cruzadas sobre el regazo, los labios prietos formando una fina línea, la cabeza ladeada y expresión de furia contenida. Iba impecablemente vestida con un vaquero Faded Glory, una blusa a juego y unos zapatos Earth con el tacón más bajo que la puntera. Estos zapatos estuvieron de moda hace unos años, cuando en los anuncios se sugería que si todo el mundo los llevara, el hambre y la peste desaparecerían de la faz de la tierra. Ya no se suelen ver, y sigue habiendo muchísima hambre y peste.

Detrás de Elspeth, y a su derecha, sentado en otra silla plegable, había un joven vestido con un traje oscuro que parecía el de los domingos. Nada que objetar, dado que ese era precisamente el día que era. Tenía los ojos castaños y húmedos y la barbilla un tanto hendida, y se llamaba Eduardo Meléndez.

A la derecha de Eduardo había otro joven, también vestido con traje, pero que calzaba un par de New Balance 730 en lugar de los sencillos zapatos negros de cordones que llevaba Eduardo. Yo podía ver el empeine de una de las zapatillas y la suela de la otra porque estaba sentado en una silla tapizada con la pierna derecha apoyada sobre una de las sillas plegables. Era Wally Hemphill, por supuesto. Me figuré que el punto sensible de su rodilla había pasado a ser un punto doloroso.

Denise Raphaelson estaba sentada a un par de metros de Wally. Aunque había manchas de pintura en el mono que llevaba y su camisa a cuadros empezaba a clarear en los codos, a mí me parecía que tenía buen aspecto. Evidentemente a Wally tampoco le parecía que tuviera mal aspecto, y el sentimiento era al parecer mutuo, a juzgar por las asiduas miradas que se lanzaban el uno al otro. Bueno, ¿por qué no?

El público estaba compuesto por cuatro hombres más. Uno tenía la cara ovalada, la frente despejada y apariencia de banquero de provincias en un anuncio de

televisión, deseoso de prestarte dinero para que puedas arreglar tu casa y convertirla en un bien para la comunidad. Se llamaba Barnett Reeves. El segundo hombre tenía barba, botas y aspecto desaliñado, y cabía imaginárselo acercándose a un banquero y pidiéndole un préstamo para asistir a la universidad, y también recibiendo una respuesta negativa. Se llamaba Richard Jacobi. El tercero era un hombre de aspecto desvaído que llevaba un traje tan gris como su tez. Por lo que yo podía ver, carecía de labios, cejas y pestañas. Parecía un banquero auténtico, la clase de banquero que aprueba una hipoteca con la esperanza de embargar más adelante los bienes hipotecados. Se llamaba Orville Widener. El cuarto hombre era policía y llevaba uniforme, una pistola enfundada, una porra, un bloc de notas, esposas y toda la parafernalia de macho que suelen llevar los polis. Se llamaba Francis Rockland, y casualmente yo sabía que le faltaba un dedo del pie, aunque así de improviso no sabría decirte cuál.

Los miré y ellos me miraron a mí, y Ray Kirschmann, quien a veces creo que existe sólo para restar tensión a los momentos de gran dramatismo, dijo:

—No te entretengas más, Bernie.

Y dejé de entretenerme.

Dije:

—Supongo que estarán preguntándose por qué les he reunido a todos ustedes aquí, cabría decir, pero ese no es el caso. Ustedes ya saben por qué les he reunido aquí. Por tanto, como ya estamos reunidos, les diré...

—Ve al grano —sugirió Ray.

—Iré al grano —dije, asintiendo—. El caso es que un hombre llamado Piet Mondrian pintó un cuadro, y cuatro décadas más tarde un par de hombres fueron asesinados. Un hombre llamado Gordon Onderdonk fue asesinado en este mismo piso y otro hombre llamado Edwin Turnquist lo fue en una librería del Village. Mi librería del Village, da la casualidad. Al parecer yo soy, junto con Mondrian, el común denominador de esta historia. Salí de este piso minutos antes de que Onderdonk fuera asesinado y entré en mi propia tienda minutos después de que Turnquist fuera asesinado, y la policía sospechó que yo había cometido ambos crímenes.

—Quizá tuvieran buenos motivos para sospecharlo —sugirió Elspeth Petrosian.

—Tenían todos los motivos del mundo para hacerlo —dije—, pero yo tenía un punto a mi favor: sabía que no había matado a nadie. Es más, sabía que me habían tendido una trampa. Me habían hecho venir a este piso con el pretexto de que su dueño quería que tasara su biblioteca. Pasé un par de horas examinándola, calculé un precio y acepté unos honorarios por mi trabajo. Me marché tras haber dejado mis huellas dactilares por todo el piso. ¿Y por qué no había de hacerlo? No había hecho nada malo. Me daba igual dejar mis huellas dactilares en la mesita para el café o decirle mi nombre al conserje. Pero para mí estaba claro que me habían invitado a

venir aquí con el único propósito de que quedara constancia de mi presencia en el piso y en consecuencia tuviera que cargar con un robo y un homicidio: el hurto de un cuadro y el brutal asesinato de su legítimo dueño.

Respiré.

—Alcanzaba a comprender todo esto —proseguí—, pero no le hallaba sentido, ya que quien me había tendido la trampa no era el asesino, sino la víctima. ¿Y qué sentido tiene eso? ¿Por qué habría de ir Onderdonk a mi tienda y contarme un cuento chino, inducirme a que viniera aquí, conseguir que dejara mis huellas dactilares en toda superficie plana donde pudieran quedar marcadas y luego meterse en otra habitación para que le aplastaran la cabeza?

—Quizá el asesino aprovechó la oportunidad —dijo Denise—, de la misma manera que ayer por la tarde un ladrón sagaz y oportunista aprovechó la ocasión para robar un cuadro.

—Eso pensé yo —dije—, pero seguía sin entender la postura de Onderdonk. Me había traído aquí para que cargara con la culpa de un delito. ¿Pero qué podía ser ese delito aparte de su asesinato? ¿El robo de su cuadro? Bien, esto parecía posible. Supongamos que Onderdonk decide simular un robo con el propósito de que la compañía le pague el seguro. ¿Por qué no darle más verosimilitud poniendo las huellas de un ladrón reformado allí donde los investigadores puedan encontrarlas con facilidad? No tenía mucho sentido, ya que yo podía justificar mi presencia en su piso, por lo que tenderme una trampa no suponía más que una complicación innecesaria. Pero muchísimas personas hacen estupideces, sobre todo los aficionados que se dedican a la delincuencia como si fuera un juego. De modo que cabía la posibilidad de que hubiera hecho eso y de que su cómplice en el plan le hubiese engañado y asesinado para luego dejar que el ladrón reformado cargara con el robo y el asesinato.

—Ladrón reformado... —masculló Ray—. Una vez pase, pero dos ya es demasiado. ¡Reformado!

Hice caso omiso y continué:

—Pero seguía sin hallarle sentido. ¿Por qué el asesino había atado a Onderdonk y lo había metido en un armario? ¿Por qué no se había limitado a matarlo y dejarlo donde hubiera caído? ¿Y por qué había cortado el Mondrian del bastidor? Eso es algo que hacen los ladrones en los museos, donde cada segundo cuenta. Sin embargo, este asesino disponía de todo el tiempo del mundo, según parece, por lo que pudo arrancar las grapas y quitar el cuadro del bastidor sin dañarlo. Es más, pudo envolverlo en papel de embalaje y llevárselo sin necesidad de tocar el bastidor.

—Usted ha dicho que era un aficionado —dijo Mordecai Danforth— y que los aficionados hacen cosas ilógicas.

—He dicho estupideces, aunque viene a ser prácticamente lo mismo. De todos modos, ¿cuántas estupideces puede cometer la misma persona? Seguía tropezándome

con la misma contradicción. Gordon se tomó muchas molestias para tenderme una trampa y a cambio obtuvo que lo mataran. Pues bien, había algo que no acertaba a ver, pero ya saben lo que suele decirse en estos casos: los árboles me impedían ver el bosque. Estaba fijándome en los árboles, pero no podía ver el bosque. Sin embargo, poco a poco empecé a vislumbrarlo y luego se me hizo evidente. El hombre que me había tendido la trampa y la víctima del asesinato eran dos personas diferentes.

—Ve más despacio, Bern —dijo Carolyn—. El tipo que te trajo aquí y el que acabó con la cabeza aplastada...

—No eran el mismo tipo.

—No irás a decirme que el hombre que hay en el depósito no es Onderdonk —dijo Ray Kirschmann—. Lo han identificado de manera concluyente tres personas distintas. El tipo del que hablas es él: Gordon Kyle Onderdonk.

—En efecto. Pero fue otra persona la que vino a mi librería, se presentó diciendo que era Onderdonk, me invitó a venir aquí, me abrió la puerta, me pagó doscientos dólares por mirar unos libros y luego, en cuanto salí por la puerta, le machacó la cabeza al verdadero Onderdonk.

—¿Onderdonk estuvo aquí en todo momento? —dijo Barnett Reeves, el banquero alegre.

—Sí —respondí—. En el armario, atado como un pollo y con el suficiente hidrato cloral en la sangre como para hacer el mismo ruido que una bisagra bien lubricada. Por eso lo habían escondido: para evitar que yo lo encontrara si me equivocaba de camino al ir al cuarto de baño. El asesino no quería arriesgarse a matar a Onderdonk mientras no me hubiera tendido la trampa. Además, de ese modo se aseguraba de que la hora de la muerte coincidía puntualmente con mi salida del edificio. Los forenses no pueden determinar el momento preciso en que ocurren las cosas, tal exactitud no es posible. Aun así, elegir el momento más oportuno para hacerlo todo no podía ser contraproducente para el asesino.

—Todo lo que está diciendo no son más que conjeturas, ¿verdad? —preguntó inesperadamente Lloyd Lewes. Tenía voz aflautada y vacilante, lo cual se correspondía con la palidez de su cara y lo estrecho de su corbata—. Está simplemente concibiendo una teoría que le permita explicar ciertas inconsistencias. ¿O acaso dispone de algún dato más?

—Dispongo de dos datos bastante significativos —respondí—, pero no son una prueba especialmente importante para nadie excepto para mí. El primer dato es que he estado en el depósito de cadáveres y que el cadáver que hay en el cajón 328 B... —¿cómo demonios me acordaba de aquel número?— no es el del hombre que entró a curiosear en mi librería un día. El segundo dato es que el hombre que se me presentó como Gordon Onderdonk se encuentra aquí ahora mismo, en esta habitación.

Cuando todas las personas que hay en una habitación contienen la respiración, el

silencio que se produce es impresionante.

Orville Widener rompió el silencio.

—No tiene pruebas para demostrar eso —dijo—. Sólo tenemos su palabra.

—Es cierto. Eso es lo que acabo de decir. En lo que a mí respecta, supongo que debería haber adivinado antes que el hombre que conocí en mi librería no era Gordon Onderdonk. Dispuse de pistas casi desde el primer momento. El hombre que me dejó entrar en este piso (no puedo seguir llamándole Onderdonk, de modo que voy a llamarle el asesino) abrió la puerta uno o dos centímetros antes de hacerme pasar. No quitó la cadena hasta que el ascensorista supo que no había ningún problema. Me llamó por mi nombre, sin duda para que lo oyera el ascensorista, pero estuvo manipulando la cadena hasta que el ascensor hubo desaparecido.

—Es cierto —dijo Eduardo Meléndez—. El señor Onderdonk siempre sale al vestíbulo a recibir a sus invitados. Pero esta vez no lo vi. Entonces no le di importancia, pero es cierto.

—Yo tampoco le di importancia —dije—, aunque me extrañó que un hombre que se preocupaba tanto por la seguridad como para abrir la puerta sin quitar la cadena al recibir a alguien a quien había invitado y cuya llegada le había sido anunciada no tuviera más que una cerradura de cerrojo Segal en la puerta. También debería haberme extrañado que el asesino me dejara solo para esperar al ascensor y volviera apresuradamente a su piso para responder a un teléfono que yo no había oído sonar. —No había dudado de esta reacción porque había sido la respuesta a una ferviente plegaria y me había permitido bajar por las escaleras a toda prisa en lugar de tener que entrar de nuevo en el ascensor. Pero esto no tenía por qué contarlo.

»Había otro detalle que me pasaba inadvertido una y otra vez —añadí rápidamente—. Ray, siempre que hablabas de Onderdonk decías que era todo un hombretón, y tal como te expresabas parecía como si darle un mamporro en la cabeza fuera algo semejante a derribar a un buey de un solo golpe. Sin embargo el hombre que decía llamarse Onderdonk no respondía a la idea de hombretón. En todo caso era más bien pequeño. Debí haberme percatado de ello, pero supongo que no presté atención. Hay que tener en cuenta que la primera vez que oí hablar de Onderdonk fue cuando el asesino entró en mi librería y me dijo quién era. Di por supuesto que me decía la verdad y tardé mucho tiempo en dudar de dicha suposición.

Richard Jacobi se rascó su barbudo mentón.

—No nos mantenga en la incertidumbre —dijo con tono apremiante—. Si uno de nosotros mató a Onderdonk, ¿por qué no nos dice quién es?

—Porque antes hay que responder a una pregunta más interesante.

—¿Qué pregunta?

—¿Por qué cortó el asesino *Composición con color* de su marco?

—Ah, el cuadro... —dijo Mordecai Danforth—. Me agrada la idea de que

hablemos del cuadro, sobre todo en vista de que, según parece, ha sido devuelto de forma milagrosa. Allí descansa, en la pared: un ejemplo perfecto del estilo de Mondrian en su etapa de madurez. Nadie diría que un desalmado lo ha cortado de su bastidor.

—Nadie, ¿verdad?

—Díganos. ¿Por qué el asesino cortó la pintura? —preguntó Danforth.

—Porque de ese modo todo el mundo pensaría que había sido robado.

—No le entiendo.

Ni tampoco, por la cara que pusieron, la mayoría de las personas presentes.

—El asesino no sólo quería robar el cuadro —expliqué—. Quería que todo el mundo supiera que había desaparecido. Si simplemente se lo llevaba, ¿quién iba a darse cuenta de que había desaparecido? Onderdonk vivía solo. Supongo que haría testamento y que sus bienes terrenales serán para alguien, pero...

—Su heredero es un primo segundo que vive en Calgary, Alberta —indicó Orville Widener—. Hemos llegado a la parte que me corresponde a mí. Fue mi compañía la que concertó el seguro de Onderdonk. Ahora tenemos que pagar trescientos cincuenta mil dólares; como supongo que el cuadro fue robado, tenemos que abonar la indemnización. De todos modos, en situaciones como esta nos preguntamos: *Cui bono?* Estoy seguro de que saben lo que significa.

—Cooley Bono... —dijo Carolyn—. Fue la primera esposa de Sonny, antes de que este se casara con Cher, ¿no?

Widener le hizo caso omiso, con lo cual demostró que era un hombre de carácter.

—¿A beneficio de quién? —dijo, traduciendo del latín él mismo—. Es decir, ¿quién sale ganando? La póliza es pagadera a Onderdonk, y en caso de defunción, pasa a formar parte de sus bienes, los cuales son heredados por una persona que se encuentra en el oeste de Canadá. —Entornó los ojos y luego se volvió hacia Richard Jacobi—. ¿O acaso dicho familiar canadiense se encuentra en realidad entre los presentes?

—Se encuentra en Canadá —dijo Wally Hemphill—, porque he hablado con él a una hora que es igual de inoportuna en cualquiera de los husos horarios. Me ha dado poderes para velar por sus intereses en este asunto.

—¿De veras? —dijo Widener.

Ahora me tocaba a mí.

—El primo no ha salido de Calgary en ningún momento —dije—. El cuadro no fue robado por la indemnización del seguro, por cuantiosa que esta pueda ser. El cuadro fue robado por la misma razón por la que su dueño fue asesinado. Ambos delitos fueron cometidos para ocultar un crimen.

—¿Y qué crimen es ese?

—Bueno, es una historia larga de contar —dije—, por lo que sugiero que se

pongan cómodos y tomen una taza de café. ¿Cuántos lo quieren con leche y azúcar? ¿Y sólo con leche? ¿Y sólo con azúcar? Los demás lo querrán solo, ¿verdad? Muy bien.

No creo que realmente quisieran café, pero yo necesitaba un poco de tiempo para respirar. Cuando Carolyn y Alison hubieron servido aquel asqueroso brebaje a todos los presentes, yo bebí un trago de mi taza, hice una mueca y me puse manos a la obra.

—Érase una vez —dije— un hombre que se llamaba Haig Petrosian y que tenía un cuadro en el comedor de su casa. Más tarde el cuadro sería llamado *Composición con color*, aunque es probable que Petrosian, al referirse a él, dijera simplemente «El cuadro de mi amigo Piet», o algo parecido. Lo llamara como lo llamase, el caso es que el cuadro desapareció aproximadamente en el momento de su muerte. Puede que un miembro de la familia se lo llevara a hurtadillas. Puede que una sirvienta se fuera con él, impulsada tal vez por el convencimiento de que el anciano quería que se lo quedara.

—Puede que lo robara William, el hijo de Haig Petrosian —dijo Elspeth Petrosian, lanzando una penetrante mirada a su derecha y luego otra a mí.

—Puede —dije afablemente—. Lo cogiera quien lo cogiese, el caso es que acabó en poder de un hombre que conocía una forma estupenda de ganar dinero. Compraba cuadros y los regalaba.

—¿Esa es una forma de ganar dinero? —preguntó Carolyn.

—Es la forma en que lo hacía esta persona. Compraba un cuadro de un pintor importante, un cuadro auténtico, y lo prestaba a una o dos exposiciones para dejar constancia de su procedencia y de su historia durante el tiempo que él había sido su dueño. Luego un pintor de talento aunque excéntrico se ocupaba de hacer una copia del cuadro. El dueño se dejaba persuadir de que donara el cuadro a un museo, pero entre una cosa y otra era la copia la que acababa donándose. Pasado un tiempo donaba el cuadro en otra parte del país y una vez más era una copia la que cambiaba de manos. De vez en cuando modificaba su estrategia y vendía el cuadro a un coleccionista, alguno que difícilmente fuera a enseñarlo. En el curso de una década podía llegar a vender o donar el mismo cuadro cinco o seis veces, y si se limitaba a artistas abstractos como Mondrian y le pedía a su estrafalario pintor que variara un poquitín la línea del original de un lienzo a otro, conseguiría que no le descubrieran jamás.

»Cuanto más rico seas al principio, más lucrativo resultará el negocio. Dona un cuadro valorado en un cuarto de millón de dólares y puedes ahorrarte más de cien mil dólares en impuestos. Hazlo un par de veces y habrás pagado el cuadro sobradamente, y además seguirás teniendo el original. Sólo hay un problema.

—¿Cuál? —preguntó Alison.

—Que te cojan. Nuestro asesino se enteró de que el señor Danforth iba a

organizar una exposición retrospectiva de la obra de Piet Mondrian, lo cual, en sí, no era motivo de alarma. Al fin y al cabo, sus cuadros falsos ya habían superado antes la prueba de ser expuestos al público. Pero al parecer Danforth sabía que había más mondrianes en circulación que los que Mondrian había llegado a pintar. ¿Qué suele decirse de Rembrandt? Pintó doscientos retratos, de los cuales trescientos están en Europa y quinientos en Estados Unidos.

—Mondrian no ha sido falsificado en una escala tan grande —precisó Danforth—, pero en los últimos años se han oído rumores desconcertantes. Decidí combinar la retrospectiva con una investigación exhaustiva para demostrar la autenticidad o la falsedad de todos los mondrianes que pudiese encontrar.

—Y con ese propósito buscó la ayuda del señor Lewes.

—En efecto —respondió Danforth, y Lewes hizo un gesto de asentimiento.

—Nuestro asesino se enteró de todo esto —dije—, y se asustó. Sabía que Onderdonk tenía intención de prestar su cuadro a la exposición, pero no pudo disuadirle de que lo hiciera. No podía revelar que el cuadro era falso, ya que se lo había vendido él mismo, y cabía la posibilidad de que Onderdonk comenzara a sospechar. Esto era una suposición. Lo que estaba claro era que Onderdonk tenía que morir, que el cuadro tenía que desaparecer y que tenía que quedar constancia de que la maldita copia había desaparecido. Lo único que debía hacer a fin de quedar libre era tenderme una trampa para que yo cargara con el robo y el asesinato. Daba igual si había motivos para acusarme como si no los había. Si yo hacía lo previsto, bien, y si no también. La policía no iba a buscar a alguien que tuviera motivos personales para matar a Onderdonk, sino que decidiría que el culpable era yo incluso si no hallaban motivos para acusarme, y luego cerraría el caso.

—Y nosotros pagaríamos al primo de Calgary trescientos cincuenta mil dólares por un cuadro falso —añadió Orville.

—Lo cual no afectaría de ninguna manera al asesino. Su interés era salvarse a sí mismo, es decir, salir bien parado fueran cuales fuesen las circunstancias.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Ray.

—¿Qué?

—¿Quién vendió los cuadros falsos y mató a Onderdonk? ¿Quién lo hizo?

—Bueno, en realidad sólo pudo hacerlo una persona —dije volviéndome hacia el pequeño sofá—. Usted, ¿verdad, señor Barlow?

Se produjo otro de esos largos silencios. Luego J. McLendon Barlow, que en todo momento había permanecido sentado con gran rigidez en el sofá, se irguió todavía más si cabe.

—Eso es un disparate, por supuesto —dijo.

—No sé por qué, pero supuse que lo negaría.

—Un disparate manifiesto. Usted y yo no nos conocemos de nada, señor

Rhodenbarr. Jamás he vendido un cuadro a Gordon Onderdonk. Era un buen amigo y lamento su muerte, pero jamás le vendí un cuadro. Le desafío a que lo pruebe.

—Ah... —exclamé.

—Y jamás he visitado su librería ni me he hecho pasar por Gordon Onderdonk ante usted ni ante nadie. Puedo comprender su confusión, ya que hay constancia de que he donado un cuadro de Mondrian a la galería Hewlett. No se me ocurriría negarlo: hay una placa en una pared de la galería que da fe del hecho.

—Por desgracia —murmuré—, el cuadro ha desaparecido del Hewlett.

—Es evidente que usted ha hecho que desapareciera mientras preparaba esta farsa. Desde luego yo no tengo nada que ver con ello, y puedo demostrar dónde me encontraba ayer a cualquier hora. Es más, la desaparición del cuadro redonda en mi perjuicio, ya que era auténtico.

Negué con la cabeza.

—Me temo que no es así —dije.

—Un momento. —Barnett Reeves, el alegre banquero, había reaccionado como si yo le hubiera ofrecido una rata muerta como garantía—. Soy el director del Hewlett y estoy completamente seguro de que nuestro cuadro es auténtico.

Señalé la chimenea con la cabeza.

—Ese es su cuadro —dije—. ¿Hasta qué punto está usted seguro de lo que dice?

—Ese no es el Mondrian del Hewlett.

—Sí lo es.

—No sea estúpido. El nuestro lo cortó del bastidor un maldito vándalo. Ese cuadro está intacto. Puede que sea una falsificación, pero desde luego nunca ha estado colgado en nuestras paredes.

—Pues sí lo ha estado —repuse—. El hombre que lo robó ayer, cuya identidad preferiría que permaneciera en el anonimato, no era un vándalo en absoluto. Ni se le habría pasado por la cabeza rasgar su cuadro, tanto si es falso como auténtico. El ladrón fue al Hewlett con parte de un bastidor roto en el que había un par de centímetros de lienzo pertenecientes a un Mondrian falso de fabricación casera. Desarmó el bastidor de nuestro ejemplar, quitó las grapas y escondió el lienzo bajo su ropa. Se metió los pedazos de bastidor en las perneras de su pantalón y dejó unos indicios para que ustedes supusieran que había cortado la pintura de su soporte.

—Y el cuadro que hay colgado encima de la chimenea...

—Es su cuadro, señor Reeves. Con el bastidor montado y el lienzo en su sitio. Señor Lewes, ¿le importaría examinarlo?

Lewes se había puesto en camino antes de que yo acabara la frase. Sacó una lupa, echó un vistazo y apartó la cabeza casi de inmediato.

—¡Pero bueno! ¡Esto está pintado con acrílicos! —exclamó como si acabara de encontrar una cagada de ratón en su plato—. Mondrian jamás empleó acrílicos.

Mondrian empleaba óleos.

—Por supuesto —dijo Reeves—. Ya he dicho que ese cuadro no es nuestro.

—¿Señor Reeves? Examine el cuadro.

Se acercó y lo miró.

—Acrílicos —dijo, asintiendo—. No es el nuestro. ¿Qué le he dicho...?

—Descuélguelo y mírelo, señor Reeves. —Así lo hizo, y fue doloroso ver el cambio de expresión que se produjo en su rostro. Parecía un banquero que acababa de enterarse de que el terreno hipotecado que había embargado era una marisma—. Dios santo —exclamó.

—Exacto.

—Nuestro bastidor —dijo—. Nuestro sello está grabado en la madera. Este cuadro ha estado colgado en el Hewlett y ha sido visto por miles de personas cada día, y nadie se ha dado cuenta de que es una jodida copia hecha con acrílicos. —Se volvió y lanzó una mirada furiosa a Barlow—. Maldito sinvergüenza —exclamó—. Es usted un granuja asesino. Un jodido mentiroso...

—Es un truco —objetó Barlow—. Este ladrón saca conejos falsos de sombreros falsos y ustedes se dejan impresionar como unos estúpidos. ¿Pero qué le ocurre, Reeves? ¿No ve que le están estafando?

—Es usted quien me ha estafado —replicó Reeves, encolerizado—. Hijo de perra.

Reeves dio un paso hacia Barlow, pero de pronto Ray Kirschmann se levantó y puso una mano sobre el antebrazo del director de museo.

—Calma —dijo.

—Cuando todo esto acabe —dijo Barlow—, voy a demandarle, Rhodenbarr. Creo que cualquier tribunal llamaría a esto difamación.

—Una perspectiva aterradora —dije— para una persona a la que actualmente buscan por dos asesinatos. De todos modos lo tendré en cuenta, pese a que usted no va a hacer ninguna acusación, señor Barlow. Lo que va a hacer es trasladarse al norte del estado a fabricar matrículas de coches.

—No tiene pruebas de nada.

—Usted tenía facilidad para entrar en este piso. Usted y su esposa viven en el quinto piso. Para usted no suponía ningún problema entrar y salir de un edificio dotado de estrictas medidas de seguridad.

—Aquí viven muchas personas, pero eso no nos convierte en un asesino.

—En efecto —dije, asintiendo—, pero facilita el registro de su piso. —Hice una señal con la cabeza a Ray, quien a su vez hizo una señal al agente Rockland.

Este fue hasta la puerta y la abrió. Un par de agentes uniformados entraron resueltamente en el piso con otro Mondrian más. Se parecía en todo al que Lloyd Lewes acababa de condenar como falsificación hecha con acrílicos.

—Este es el auténtico —dije—. Casi salta a la vista cuando está en la misma

habitación que una copia, ¿verdad? Podría haber cosido a cuchilladas el cuadro que le encajó a Onderdonk, pero este lo ha cuidado bien, ¿eh, Barlow? Este es el verdadero cuadro, el que Piet Mondrian regaló a su amigo Haig Petrosian.

—Y por si tienen alguna duda, traemos un mandamiento judicial. ¿Dónde habéis encontrado esto, chicos?

—En un armario del piso de la quinta planta que nos ha indicado.

Lloyd Lewes ya había acercado su lupa al lienzo.

—Bueno, esto ya es otra cosa —dijo—. No está pintado con acrílicos. Es un óleo. Y, cierto, parece auténtico. No tiene nada que ver con ese ejemplar de ahí.

—Se ha cometido un error —dijo Barlow—. Escuchen. Se ha cometido un error.

—También hemos encontrado esto —añadió el policía—. Estaba en el botiquín. No tiene etiqueta, pero lo he probado, y si no es hidrato cloral, está mejor falsificado que el cuadro.

—Eso es imposible —dijo Barlow—. Imposible.

Por un momento pensé que iba a explicar que era imposible porque había tirado todo el hidrato cloral por el retrete. Pero se contuvo a tiempo. Qué remedio: no se puede aspirar a que todo salga redondo.

—Tiene derecho a permanecer en silencio... —le dijo Ray Kirschmann, pero no voy a repetir esto de nuevo.

Los derechos del detenido están bien o mal dependiendo de si eres policía o no, pero a nadie le gusta escribirlos siempre de principio a fin.

Después de decirle unas palabras a su esposa (algo acerca del abogado al que tenía que llamar y dónde podía localizarlo), dos agentes uniformados se llevaron a J. McLendon Barlow esposado. Francis Rockland se quedó en el piso, al igual que Ray Kirschmann.

Se produjo un respetuoso silencio, que al final rompió Carolyn Kaiser.

—Barlow debió de matar a Turnquist —dijo—, porque era el pintor que trabajaba para él y podía desenmascararle, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Turnquist era el pintor, en efecto, y es posible que, si lo hubiera considerado conveniente, Barlow lo hubiese matado tarde o temprano. Pero en ningún caso habría venido a mi librería a hacerlo. Recuerda que Barlow me dijo que era Onderdonk, y que bastaba con que yo lo viera paseando por ahí sano y fuerte para que todo el plan se fuese al garete. Yo creo que Barlow ni siquiera llegó a salir de su piso después del asesinato. Quería desaparecer hasta que yo estuviera entre rejas, donde yo no podría verle. ¿No es así, señora Barlow?

Todas las cabezas se volvieron hacia la mujer que ahora estaba sentada sola en el sofá, quien ladeó la cabeza, empezó a decir algo y finalmente se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

—Edwin P. Turnquist era pintor —dije—, y un ferviente admirador de la obra de Mondrian. Nunca se consideró a sí mismo un falsificador. Dios sabe cómo lo encontraría Barlow. Turnquist hablaba con personas desconocidas en los museos y las galerías, así que es posible que se conocieran así. En cualquier caso, Barlow se pegó a él porque sabía que podía utilizarle, y al final consiguió que le copiara cuadros. Turnquist obtenía una gran satisfacción al ver sus obras en museos respetables. Era un visitante frecuente del Hewlett, señor Reeves. Todos los encargados lo conocían.

—Oh... —exclamó Reeves.

—Sólo pagaba diez centavos.

—Es correcto —dijo Reeves—. Nos da igual lo que se pague, con tal de que se pague algo. Es una de las normas del museo.

—Esa y la exclusión de los jóvenes. Pero no importa. Cuando Barlow empezó a sentir pánico a causa de la próxima retrospectiva, señor Danforth, hizo una llamada a Edwin Turnquist. Supongo que le instó a que desapareciera de vista. La esencia de su conversación no tiene importancia. Lo que sí la tiene es que Turnquist cayó en la cuenta de que Barlow no sólo había estado burlándose del mundo del arte desde el principio, sino que había estado ganando enormes sumas de dinero gracias a ello, por lo que, como el idealista que era, se sintió escandalizado. Él se había sentido satisfecho con el salario de subsistencia que ganaba como falsificador de Barlow; lo

del arte por el arte le parecía bien, pero no que Barlow se beneficiara con el juego.

Miré al barbudo de pelo castaño y lacio.

—Fue entonces cuando intervino usted, ¿no, señor Jacobi?

—Nunca llegué a intervenir.

—Usted era amigo de Turnquist.

—Bueno, lo conocía.

—Se alojaban en la misma pensión de Chelsea y en el mismo piso.

—Sí, lo conocía porque hablábamos de vez en cuando.

—Usted se asoció con Turnquist. Uno de los dos siguió a Barlow hasta mi tienda. Luego, sólo unas horas antes de que yo viniera aquí a tasar los libros, usted vino a mi librería y trató de venderme un libro que había robado de una biblioteca pública. Quería que se lo comprara sabiendo que era un libro robado, imaginó que lo haría porque pensaba que yo vendía obras de arte falsas o robadas. Pensó que de ese modo tendría oportunidad de dominarme, pero al ver que yo no mordía el anzuelo, no supo qué hacer.

—Tal como lo describe, parece algo siniestro —dijo Jacobi—. Eddie y yo no sabíamos qué pintaba usted en el asunto y yo quería averiguarlo. Pensé que si le vendía el libro de mariposas, usted me revelaría algún detalle. Pero no fue así.

—Y no insistió.

—Pensé que era una persona honrada. Un vendedor de libros que rechaza un trato de esas características no se dedica a la compraventa de objetos robados.

—Pero el viernes por la mañana usted cambió de parecer evidentemente, porque vino a mi tienda con Edwin Turnquist. Para entonces ya me habían arrestado por el asesinato de Onderdonk y puesto en libertad bajo fianza, por lo que se figuró que debía de tener alguna relación con el asunto. Turnquist, por su parte, quería hacerme saber qué se traía Barlow entre manos. Probablemente había adivinado que me habían tendido una trampa y quería ayudarme a demostrar mi inocencia. —Bebí un sorbo de café—. Abrí la tienda y luego fui a visitar a una amiga que trabaja en la misma calle, a un par de puertas. Puede que entraran después de que yo me fuera. Puede que fuesen los dos vagabundos que vi acechando en un portal. Puede que se entretuvieran a propósito en la acera de enfrente hasta que me vieron salir. En cualquier caso, entraron. Había cerrado la puerta con el pestillo, lo cual no debió de plantearle ningún problema a un hombre capaz de robar libros ilustrados de gran tamaño de una biblioteca.

—Yo no soy un ladrón de libros, maldita sea —objetó Jacobi—. Eso lo hice únicamente para despertar su interés.

Dejé pasar aquello por el momento.

—Una vez dentro —dije—, echó el cerrojo para que nadie entrara y le interrumpiera. Llevó a su buen amigo Turnquist al fondo de la tienda, donde nadie

podiera verlos, le clavó un picahielos en el corazón y lo dejó sentado en el retrete.

—¿Por qué habría yo de hacer eso?

—Porque podían ganar dinero con aquel asunto y él lo estaba echando a perder. Tenía toda una colección de cuadros falsos que había pintado en su tiempo libre y estaba planeando destruirlos. Usted se imaginó que valían dinero y probablemente estaba en lo cierto. Además Turnquist tenía pillado a Barlow, así que en cuanto yo estuviera entre rejas y dejara de suponer un peligro, usted podría apretarle las tuercas a Barlow y chantajearle todo lo que quisiera. Si Turnquist hablaba, le quitaba su vale de la comida. Decidió matarlo, y pensó que si lo mataba en mi librería, era muy probable que me colgaran a mí el asesinato. De esa manera me quitaría de en medio y tendría más facilidad para presionar a Barlow.

—De modo que lo maté allí mismo, en su librería.

—Eso es.

—¿Y luego me fui?

—No inmediatamente, ya que todavía estaba en ella cuando regresé. Al volver encontré echado el cerrojo, cuando había dejado la puerta cerrada con el pestillo; que el cerrojo estuviera echado significaba que usted seguía dentro. Supongo que se escondería entre las estanterías o en la trastienda y se marcharía disimuladamente después de que yo abriera. Esto me tuvo perplejo durante un rato, porque atendí a una cliente poco después de abrir —miré expresivamente a Elspeth Petrosian— y ni siquiera me había dado cuenta de que había entrado en la librería. En un primer momento sospeché que era ella quien había estado escondida en la trastienda y había asesinado a Turnquist, pero eso no tenía sentido. Es probable que usted se fuera cuando ella entró o que saliera disimuladamente durante la conversación que mantuve con ella. Fue una conversación larga e intensa, y estoy seguro de que usted pudo marcharse sin que ninguno de los dos se diera cuenta.

Jacobi se levantó, pero Ray Kirschmann le imitó acto seguido. Francis Rockland, que ya estaba en pie, se acercó a una distancia desde la que tenía a Jacobi al alcance de la mano.

—No puede demostrar nada de lo que ha dicho —dijo Jacobi.

—Hemos registrado su habitación —le dijo Ray afablemente—. Guarda en ella el número suficiente de libros de propiedad municipal para abrir una sucursal de biblioteca.

—¿Y qué? Son robos de poca monta.

—Son unas ochocientas acusaciones de robo de poca monta. Sume todas estas condenas cortas y le saldrá una sentencia bastante considerable.

—Es cleptomanía —dijo Jacobi—. Siento la necesidad imperiosa de robar libros de biblioteca. No hago daño a nadie, y al final los devuelvo. Eso no me convierte en un asesino.

—También hemos encontrado unos cuadros —dijo Ray—. Falsos, por supuesto, aunque será mejor que no se fíen de mí. El señor Lewes es el experto aquí, y todo lo que puedo decir es que eran pinturas sin marco. Pero ¿qué apuestan a que son obra de su amigo Turnquist?

—Me los regaló. Son el regalo de un amigo. A ver si puede demostrar lo contrario.

—Hemos encargado a una persona que pregunte en todas las puertas de su pensión. ¿Qué apuesta a que encontramos a alguien que le vio llevar esas pinturas de la habitación de Turnquist a la suya? Y seguro que le vio después de que le asesinaran y antes de que se descubriera el cadáver. A ver si usted puede explicar eso. Además hemos encontrado una nota en la habitación de Turnquist, con el nombre y la dirección de Bernie, que es igual a la que encontramos en el cadáver. ¿Quiere apostar a que es su letra y no la de él?

—¿Y eso qué demuestra? ¿Qué tiene de malo que le escribiera el nombre y la dirección?

—También llamó a la policía para dar un soplo. Dijo que si queríamos saber quién había matado a Turnquist deberíamos preguntárselo a Bernie Rhodenbarr.

—Sería otra persona. Yo no llamé.

—¿Y si le dijera que se graban todas las llamadas que se reciben? ¿Y si le dijera que la identificación de su voz es tan válida como la de sus huellas dactilares?

Jacobi guardó silencio.

—Hemos encontrado algo más en su habitación —dijo Ray—. Enséñaselo, Francis.

Rockland metió una mano en el bolsillo y sacó un picahielos. Richard Jacobi lo miró fijamente (bueno, qué demonios: él y el resto de las personas que había en la habitación) y pensó que iba a desmayarse.

—Lo han dejado ustedes en mi habitación para inculparme —dijo.

—¿Y si le dijera que tiene restos de sangre? ¿Y si le dijera que el grupo sanguíneo es el mismo que el de Turnquist?

—Debí de dejarlo en la librería —barbotó Jacobi—. Pero eso es imposible. Lo arrojé a un contenedor de Dempsey. A menos que me equivoque y se me cayera en la librería... Pero no; recuerdo que lo llevaba en la mano cuando salí.

—Para poder clavármelo si yo me interponía en su camino —añadí.

—Usted ni siquiera sabía que me encontraba allí. Y no me siguió. No me siguió nadie. Nadie me vio salir; di la vuelta a la esquina con un picahielos escondido bajo la chaqueta, eché a andar por Broadway y lo tiré al primer contenedor que vi. Es imposible que usted lo sacara de allí. —Se estiró triunfalmente cuan largo era—. De modo que es un farol. Si ese picahielos tiene algo de sangre, no es la de Eddie. Alguien lo ha puesto en mi habitación, y de todos modos no es el arma homicida.

—Supongo que será una casualidad que hayamos encontrado otro picahielos en su habitación —dijo Ray—. Pero como nos ha dicho dónde tenemos que ir a buscar el otro, no creo que nos resulte difícil encontrarlo. En cualquier caso será más fácil que buscar una aguja en un pajar. ¿Qué más quiere decirnos?

—No tengo nada más que decir —dijo Jacobi.

—Está en su derecho —dijo Ray—. A decir verdad, tiene derecho a guardar silencio y a...

Etcétera, etcétera...

Cuando Rockland se hubo llevado a Jacobi, Ray Kirschmann dijo:

—Ahora llega lo mejor. —Fue a la cocina y volvió con mí tubo cilíndrico de metro y medio de largo, le quitó la tapa y sacó de él un lienzo enrollado. Lo desenrolló, y que me cuelguen si no era un lienzo conocido.

Barnett Reeves preguntó qué era.

—Un cuadro —le dijo Ray—. Otro Mondrian, si no fuera porque es una falsificación. Turnquist lo pintó para Barlow y este se lo vendió a Onderdonk y se lo robó tras matarle. Corresponde exactamente al marco roto y los jirones de lienzo que encontramos junto con el cadáver de Onderdonk en el armario de su dormitorio.

—No me lo puedo creer —dijo la señora Barlow—. ¿Está diciendo que mi marido se llevó eso y no fue lo suficientemente inteligente para destruirlo?

—Es probable que no tuviera ocasión de hacerlo, señora. ¿Qué iba a hacer? ¿Tirarlo al incinerador? ¿Y si lo recuperaban? Lo guardó donde pensó que estaría seguro con la intención de destruirlo cuando dispusiera del tiempo para hacerlo. Pero actuando por iniciativa propia he logrado encontrarlo mediante la aplicación de técnicas de investigación policiales de probada eficacia. —Dios santo...—. En cualquier caso —prosiguió, entregándoselo a Orville Widener—, aquí lo tiene.

Widener puso la misma cara que si su perro le hubiera llevado carroña a casa.

—¿Qué significa esto? —preguntó—. ¿Por qué me lo da a mí?

—Acabo de decirle lo que es —contestó Ray—, y se lo doy para que me pague la recompensa.

—¿Qué recompensa?

—La recompensa de treinta y cinco mil dólares que su compañía va a desembolsar por el cuadro que tiene asegurado. Le entrego el cuadro en presencia de testigos y le reclamo la recompensa.

—Debe usted de haber perdido el juicio —le espetó Widener—. ¿Cree que voy a pagarle ese dinero por una falsificación que no vale nada?

—Es una falsificación, de acuerdo, pero no es cierto que no valga nada. Más vale que me pague treinta y cinco mil de los grandes y que de paso me lo agradezca, porque de lo contrario tendrá que soltarle diez veces más al primo de Calgary.

—Eso es un disparate —dijo Widener—. No tenemos que pagarle nada a nadie. Este cuadro es una falsificación.

—Da igual —dijo Wally Hemphill, con una mano sobre su rodilla herida—. Onderdonk pagó las primas y ustedes las aceptaron. El hecho de que el cuadro sea una falsificación y de que se pagara una póliza excesiva por él no le exime de su responsabilidad. El asegurado actuó de buena fe: es indudable que creía que era auténtico y que pagó un precio proporcional a la póliza que firmó para asegurarlo. Tendrán que devolver el cuadro asegurado a mi cliente de Calgary, o de lo contrario tendrán que abonarle trescientos cincuenta mil dólares por la pérdida.

—Habrá que ver qué dicen nuestros asesores legales al respecto.

—Le dirán lo que acabo de decirle —dijo Wally—. No sé por qué se irrita usted. Este asunto les va a salir barato. Si no fuera por el detective Kirschmann aquí presente, tendrían que pagar el total del valor asegurado.

—Entonces el detective Kirschmann va a costarle dinero a su cliente, ¿no es así, señor abogado?

—Creo que no —dijo Wally—, porque necesitamos la falsificación como prueba en nuestra demanda contra Barlow. Barlow posee dinero, parte del cual obtenido del difunto primo de mi cliente, y tengo intención de demandarle para recuperar el dinero que le cobró por el Mondrian falso. También represento al detective Kirschmann, de modo que no crea que van a poder escurrirse y evitar el pago de su recompensa.

—Somos una compañía de toda confianza. Me ofende que utilice la palabra «escurrirse».

—Vamos, por favor... —exclamó Wally—. Pero si fueron ustedes quienes inventaron esa palabra.

Barnett Reeves carraspeó.

—Quisiera hacer una pregunta —dijo—. ¿Qué me dicen del cuadro auténtico?

—¿Qué? —exclamó alguien. O probablemente varias personas, a decir verdad.

—El cuadro auténtico —dijo Reeves, señalando el lienzo que Lloyd Lewes había autenticado antes de que se hicieran varias de las revelaciones que se habían hecho—. Si no hay inconveniente, desearía llevármelo a la galería Hewlett, que es donde debe estar.

—Espere un momento —dijo Widener—. Si mi compañía va a pagar treinta y cinco mil dólares...

—Ese dinero es por eso de ahí —dijo Reeves—. Yo quiero mi cuadro.

—Y ese es el que se va a llevar —dijo señalando el acrílico que colgaba sobre la chimenea—. Ese es el cuadro que estaba expuesto en su galería, señor Reeves, y ese es el que se va a llevar.

—Nunca deberíamos haberlo expuesto. El señor Barlow nos donó un Mondrian auténtico...

—Pues no —dije—. Les donó una falsificación, y ni siquiera les engañó al hacerlo, ya que no les costó ni un dólar. El señor Barlow defraudó a Hacienda, y es probable que tenga que hablar con ellos al respecto. Sin embargo, a ustedes no les defraudó, a menos que consideren que dejarles en ridículo sea un fraude, pero esto no tiene importancia. Ustedes no tienen ningún derecho sobre el cuadro.

—Entonces ¿quién lo tiene?

—Yo —dijo la señora Barlow—. Los agentes lo han cogido de mi piso, pero eso no significa que mi marido y yo hayamos perdido su derecho de propiedad.

—El derecho de propiedad no es suyo —dijo Reeves—, porque se lo entregaron al museo.

—Eso no es cierto —dijo Wally—. Es a mi cliente de Calgary a quien le pertenece el cuadro. El cuadro debería ser entregado a Onderdonk, de manera que ahora será entregado a sus herederos.

—¡Todo esto es un disparate! —gritó Elspeth Peters—. Ese ladrón de Barlow nunca ha tenido el título de propiedad del cuadro. El cuadro me pertenece a mí. Me lo prometió mi abuelo Haig Petrosian, y alguien lo robó antes de que pudieran cumplirse sus deseos. Me da igual cuánto pagó Barlow por él y a quién se lo vendió o dejó de vendérselo. Nunca trató con el legítimo propietario del cuadro. Ese cuadro es mío.

Ray Kirschmann se acercó al cuadro y apoyó una mano en él.

—A partir de ahora este cuadro es una prueba —dijo—, y por tanto lo confisco. Ustedes tendrán todas las reivindicaciones y teorías que quieran, pero el cuadro permanecerá en la comisaría mientras ustedes se dedican a llevarse a juicio los unos a los otros, lo cual es posible que les tenga entretenidos durante mucho tiempo una vez los abogados pongan manos a la obra. —Entonces se volvió hacia Reeves y le dijo—: Yo de usted, cogería el otro cuadro, me lo llevaría al museo y lo colgaría donde estaba. Para cuando la prensa se haga eco de este asunto, la mitad de la ciudad querrá verlo, tanto si es una falsificación como si no lo es. Puede perder el tiempo preocupándose por que le hayan dejado en ridículo, pero de esa manera sólo conseguirá quedar en un ridículo todavía mayor, dado que, haga lo que haga, el público va a rodear la manzana haciendo cola para mirar esto. Ya me dirá usted qué tiene eso de malo.

—Este sitio es muy agradable —dijo Carolyn—, y sirven unas copas estupendas, pese a que cobran el doble de lo que deberían. Big Charlie, ¿eh? Me gusta.

—He pensado que te gustaría.

—También me gusta la chica que toca el piano. Me pregunto si será lesbiana.

—Dios mío...

—¿Qué tiene de malo preguntárselo? —Bebió un trago y dejó su vaso sobre la mesa—. Te dejaste algunas cosas —dijo—. A pesar de que lo explicaste todo y conseguiste que todas las piezas encajaran, te dejaste algunas cosas.

—Bueno, lo que conté ya era bastante confuso de por sí. Quería evitar que os resultara imposible seguir el hilo de la explicación.

—Ya. Muy amable de tu parte. Te dejaste lo del gato.

—Oh, no —exclamé—. Habían asesinado a dos hombres y robado varios cuadros. No podía hacerle perder el tiempo a la gente hablando de un gato secuestrado. Además, ya se había pagado el rescate y devuelto el gato, de modo que no tenía sentido hablar de ello.

—Ya. Alison era la otra nieta de Haig Petrosian, ¿verdad? La nieta que iba a cenar los domingos a Riverside Drive. Es la prima de Elspeth, y su padre es el tío de Elspeth, Willy.

—Bueno. El parecido era sorprendente. ¿No recuerdas que la miraste fijamente en la librería? Lo gracioso es que en un principio pensé que Andrea era la prima desaparecida, porque ella y Elspeth tienen la misma costumbre de ladear la cabeza. Pero no era más que una coincidencia. En cuanto vi a Alison me di cuenta de que era ella la prima, no Andrea.

—Andrea Barlow.

—En efecto.

—La dejaste al margen, ¿verdad? No mencionaste que te topaste con ella en el piso de Onderdonk, y menos aún que os disteis un revolcón en la alfombra.

—Bueno, hay cosas que deben permanecer en secreto —respondí—. Entre las cosas que me dijo hubo una que era verdad. Andrea tuvo una aventura con Onderdonk, y su marido lo sabía, lo cual probablemente contribuyó a que lo matará con más placer. Luego debió de jactarse de lo que había hecho, y Andrea tuvo miedo de que la policía registrara el piso y descubriera unas fotos que Onderdonk había hecho de los dos con una Polaroid con disparador automático. Fue por ellas, las encontró (o no, quién demonios sabe), y se tropezó conmigo. No es de extrañar que se quedara aterrada. Debió de hallar el cadáver de Onderdonk en el armario, por lo que sabía que no era él. ¿Quién podía ser entonces? O la policía, en cuyo caso tendría que recurrir la imaginación para explicar su presencia allí, o su marido asesino, que

venía a matarla y dejarla junto al cadáver de su amante. En cualquier caso, estaba metida en un buen lío.

—Por lo que, al ver que eras tú, se sintió tan aliviada que le embargó la pasión.

—O eso, o pensó que podría escapar dándose un revolcón conmigo —dije—, aunque estoy dispuesto a otorgarle el beneficio de la duda. En cualquier caso, no tenía sentido mencionarle todo eso a la policía.

—Sobre todo si tenemos en cuenta que quieres hacer con ella lo que te imaginas con lo que ya sabes.

—Bueno...

—¿Por qué no? Tiene un buen par de lo que te imaginas. Creo que necesito otra copa... Oye, ¿no te encantan esos vestiditos que llevan las camareras? Vamos a pedir otra ronda, y luego me cuentas qué ha ocurrido realmente con los cuadros.

—Ah, los cuadros...

—Sí, los cuadros. Que si este es de aquí y ese de allá; que si este lo cortaron del marco, pero ese no. Así no hay quien se aclare. Aunque sé que una parte de lo que dijiste es cierto y que otra parte no lo es, quiero saber toda la historia de principio a fin. Pero antes quiero otra copa.

¿Quién podía negarle nada? Consiguió lo que quería: primero la copa y luego la explicación.

—El cuadro que Ray devolvió a Orville Widener, el tipo de la compañía de seguros, fue uno que pintamos Denise y yo —dije—. Como es natural, Barlow destruyó el lienzo que había robado del piso de Onderdonk. Todo lo que tenía que hacer era hacerlo jirones y echarlo al incinerador. Estoy seguro de que eso fue lo que hizo. El lienzo que le di a Ray, y que este a su vez dio a Widener, fue el que corté del marco que dejé en el Hewlett. Da igual que no coincida con los trozos de marco que aparecieron en el armario junto con el cadáver de Onderdonk, porque ese marco acabará perdiéndose oportunamente. Ray se ocupará de ello.

—¿Y el cuadro que Reeves se llevó? ¿Era el que te llevaste del Hewlett? ¿En el museo siempre han tenido expuesta una falsificación pintada con acrílicos?

—Claro que no. Turnquist era pintor y no tenía prisa. No empleó acrílicos, sino óleos, como Mondrian, y el cuadro del Hewlett era obra suya.

—Pero lo que Reeves se llevó...

—Es la segunda falsificación que pintamos Denise y yo grapada al marco del Hewlett. Recuerda que fue el sello grabado en el bastidor lo que convenció a Reeves. Para sacar el cuadro de museo, quité las grapas al lienzo y desarmé el marco. Al armarlo de nuevo, no tuve más que grapar el acrílico falso al marco del Hewlett.

—Y Reeves piensa que ese es el cuadro que han tenido siempre en el museo.

—Eso parece. De todos modos, qué más da: una falsificación es una

falsificación...

—No sabía que Denise hubiera pintado dos falsificaciones.

—En realidad pintó tres. Uno lo cortamos; dejé el marco y algunos fragmentos en el Hewlett y el resto se lo devolvimos a Orville Widener; otro se lo llevó Reeves al Hewlett.

—¿Y el tercero?

—Está colgado en una pared de la galería El Estrecho y muestra una pequeña diferencia con respecto a los otros: el monograma de la firma es DR en lugar de PM. Denise está muy orgullosa de él, aunque yo le ayudé a pintarlo, y Jared también.

—Denise pintó tres falsificaciones y Turnquist pintó dos. Has dicho que Barlow destruyó una de las falsificaciones de Turnquist. ¿Qué ha sido de la otra, la que te llevaste del Hewlett?

—Ah... —exclamé—. Ha sido confiscada.

—Bern, por Dios... El cuadro que ha sido confiscado es el auténtico, el que pintó Mondrian, ¿no te acuerdas? Todo el mundo está reclamándolo, por lo que va a haber juicios durante años y... Vaya...

Debí de sonreír.

—Bern, no me digas que...

—¿Por qué no? Ya oíste lo que dijo Lloyd Lewes. Miró el lienzo que trajeron los dos agentes y dijo que era un óleo y que parecía auténtico. Al fin y al cabo, lleva años en el Hewlett, y nadie ha sospechado nada. Ahora es posible que permanezca guardado en un armario cerrado con llave de la comisaría unos cuantos años más, y tampoco sospechará nadie absolutamente nada. Lo llevaba encima anoche cuando entré en el piso de Barlow, lo grapé a un bastidor y lo dejé donde la policía pudiera encontrarlo.

—¿Y el verdadero Mondrian?

—Estaba en el piso de Barlow, por supuesto. Lo quité del bastidor y grapé la falsificación de Turnquist en su lugar. Recuerda que necesitaba un bastidor para el lienzo de Turnquist.

—Porque el bastidor que tenía en el Hewlett lo habías utilizado para poner una de las falsificaciones de Denise.

—Sí.

—¿Sabes cuál es el problema? Hay demasiados Mondrian. Este asunto parece una novela de Nero Wolfe, ¿verdad? *Demasiados cocineros, Demasiados clientes, Demasiados detectives, Demasiadas mujeres. Y Demasiados Mondrian.*

—Sí.

—Denise pintó tres acrílicos falsos, Turnquist pintó dos óleos falsos y Mondrian pintó uno. Sólo que el suyo es el auténtico, aunque ya veo que tienes intención de mantenerme en la incertidumbre por tiempo indefinido. ¿Qué ha sido del Mondrian

auténtico?

—Se lo ha quedado su legítimo dueño.

—¿Elspeth Petrosian? ¿O Alison? Tiene tanto derecho sobre él como su prima.

—A propósito de Alison...

—Pues sí, a propósito de Alison... —repitió Carolyn con pesar—. Al darte cuenta de que eran primas, supiste que Elspeth era armenia. Miraste en la guía y...

—No exactamente. Examiné unos documentos que tenía en su oficina y averigüé cuál era su apellido de soltera. Es más sencillo que consultar un listín de teléfonos.

—¿Es así como recuperaste el gato? —Puso la mano sobre la mía—. He acabado averiguándolo, Bernie; ha sido inevitable. Fue ella quien robó mi gato, ¿verdad? Por eso ponía esa voz de nazi cuando hablaba conmigo: porque de lo contrario la hubiera reconocido. Contigo hablaba de manera normal porque no te conocía. Y estaba nerviosa cuando fue a mi piso y vio que estabas allí porque pensó que su voz te sonaría de cuando habíais hablado por teléfono. ¿Te sonó?

—Pues no. Estaba demasiado ocupado fijándome en el parecido que guardaba con su prima Elspeth.

—No se portó tan mal —dijo Carolyn pensativamente—. No hizo daño a *Archie*, si exceptuamos que le cortó el bigote, lo cual está lejos de ser una mutilación. A medida que fuimos conociéndonos, las conversaciones telefónicas con la nazi se hicieron más tranquilizadoras, hasta que llegó un momento en que prácticamente dejé de preocuparme por el gato. ¿Sabes qué? Creo que cuando volvimos al piso y vimos que el gato estaba allí, Alison se sintió tan aliviada como yo.

—No me extraña.

Carolyn bebió un trago de su copa.

—Bern, ¿cómo logró abrir mis cerraduras?

—No las abrió.

—¿Cómo?

—Les gustaba a tus gatos, ¿recuerdas? Sobre todo a *Archie*. Cruzó un edificio de la manzana, salió al patio y, diciéndole cosas cariñosas, consiguió hacerle salir por entre los barrotes de la ventana. Una persona no podía entrar, pero un gato sí podía salir. Por eso no había huellas de su visita dentro del piso. No entró en el piso más que cuando fue contigo. No tuvo necesidad de hacerlo. El gato se le echó en brazos.

—¿Cuándo averiguaste todo esto?

—Cuando vi a *Ubi* medir la distancia entre los barrotes con el bigote. Cabían, lo que significaba que su cabeza también cabía, lo que a su vez significaba que su cuerpo también cabía. Entonces comprendí que tenía que haber ocurrido así, lo cual significaba que tenía que haberlo hecho una persona que al gato le gustara, y tú me habías dicho cuánto le gustaba Alison al gato.

—Pues sí, los gatos tienen facilidad para juzgar el carácter de la gente. Bernie,

¿ibas contarme todo esto?

—Bueno...

—¿Ibas a contármelo o no ibas a contármelo?

—Bueno, no estaba seguro. Tenía la impresión de que estabas a gusto con Alison y pensaba que antes de decir nada lo mejor sería dejar que la relación terminara.

—Creo que ya ha terminado. —Carolyn apuró su copa y suspiró—. Mira, he recuperado mi gato —dijo—, he vivido unas cuantas emociones y Alison me prestó una gran ayuda en el Hewlett. No sé si hubiera podido hacer lo del petardo y el incendio sin ella. Además, me fui a la cama con ella, de manera que no debería guardarle rencor.

—Eso es más o menos lo que pienso sobre el asunto de Andrea.

—Además es posible que quiera volver a verla.

—Eso mismo es lo que pienso sobre el asunto de Andrea.

—Pues bien. He salido bien parada.

—No te olvides de la recompensa.

—¿Qué?

—Es de la compañía de seguros. Los treinta y cinco mil dólares. Ray se va a quedar la mitad del remanente cuando Wally cobre sus honorarios; el resto os lo repartiréis tú y Denise.

—¿Por qué?

—Porque las dos habéis trabajado para conseguirla. Denise se ha esforzado como Miguel Ángel en la capilla Sixtina y tú te arriesgaste a que te arrestaran en el Hewlett, por lo cual vas a ser recompensada.

—¿Y tú qué, Bern?

—Yo me quedo con los sellos de Appling, ¿recuerdas? Y con los pendientes de rubí de su esposa, aunque me temo que no son rubíes. Creo que son espinelas. Es curioso, porque casi me siento culpable por quedármelos, pero ¿cómo voy a devolverlos ahora? Si hay algo de lo que estoy seguro es que no voy a entrar a robar en el Carlomagno nunca más.

—Se me habían olvidado los sellos.

—Bueno, voy a venderlos —dije—; así podremos olvidarnos todos de ellos.

—Buena idea. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Robaste esos sellos antes de que ocurriera nada —dijo—. Bueno, casi. Mientras entrabas a robar en el piso de Appling, Barlow estaba asesinando a Onderdonk. Me entran escalofríos de pensar en ello.

—A mí también, si lo dices de esa manera.

—Pero la mayor parte ocurrió después de que robaras los sellos, y tú no has sacado nada por ello. Te has gastado un montón de dinero y has tenido que pagar una fianza.

—La fianza la voy a recuperar. Tengo que pagar los honorarios de la persona que

se encarga de ellos, pero eso no tiene importancia. Wally no va a cobrarme nada después de todo el trabajo que le he conseguido. Eso sí, he tenido varios gastos secundarios, desde los viajes en taxi hasta el picahielos que dejé en la habitación de Jacobi.

—Y el hidrato cloral que dejaste en el piso de Onderdonk.

—No era hidrato cloral. Era polvo de talco.

—El policía dijo que sabía a hidrato cloral.

—Y Ray dijo que se había hecho una grabación del soplo de Jacobi y también que había sangre en el picahielos. Quizá te asombre, pero hay policías que mienten.

—No te haces una idea de cómo me asombro. En todo caso, has tenido gastos y todo lo que has conseguido ha sido tu libertad.

—¿Y qué?

—¿Entonces no quieres parte de la recompensa? ¿Cuánto son treinta y cinco mil menos los honorarios de Wally? ¿Treinta mil?

—Pongamos esa cantidad. No sé si se atreverá a aceptarla, pero los abogados son imprevisibles.

—Treinta mil menos la mitad que se lleva Ray son quince mil. Si dividimos eso entre tres son cinco mil cada uno, que ya es bastante. ¿Por qué no te quedas con una tercera parte, Bern?

Negué con la cabeza.

—Ya tengo los sellos —dije—, y eso sí es bastante. Además tengo otra cosa.

—¿Qué? Un revolcón con Andrea y otro con Eva DeGrasse. ¡Vaya una cosa!

—Algo más.

—¿Qué?

—Voy a darte una pista —dije—. Consiste en ángulos rectos y colores primarios, y voy a colgarlo encima de mi sofá. Creo que es donde mejor queda.

—¡Bernie!

—Ya te lo he dicho. El Mondrian se lo queda su legítimo dueño. ¿Y quién crees que tiene más derecho sobre él?

Te diré algo más, querido lector. Queda precioso allí.

# Notas

[1] Joseph Force Crater (1889-?), juez del tribunal supremo del estado de Nueva York, desaparecido en extrañas circunstancias en 1930. <<

[2] Seudónimo con que se da a conocer un célebre novelista policial. <<

[3] Novelista, dramaturgo y autor de literatura infantil inglés (1882-1956). <<